EL TERROR SIEMPRE PUEDE VOLVER

HUÉSPED DE UNA NOCHE

HEATHER GUDENKAUF

MÓTUS

HUÉSPED DE UNA NOCHE

Heather Gudenkauf

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

“Magistral, terrible y absolutamente adictiva”.

—Kirkus Review.

“Totalmente lograda, completamente absorbente y dolorosamente tensa. El viaje es fascinante”.

—The New York Times.

Título original: The Overnight Guest

Edición original: : Brandt & Hochman Literary Agents, Inc.
Esta edición es fruto del acuerdo con International Editors & Yáñez Co' S.L.

© 2022 Heather Gudenkauf

© 2023 Trini Vergara Ediciones

www.trinivergaraediciones.com

© 2023 Motus Thriller

www.motus-thriller.com

España · México · Argentina

ISBN: 978-84-18711-79-4

Índice de contenidos

Portadilla
Citas elogiosas
Legales
Huésped de una noche
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
15 meses después
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela...
Heather Gudenkauf
Manifiesto Motus

Para Greg, Milt y Patrick Schmida,
los mejores hermanos del mundo.

Capítulo 1

Agosto de 2000

El 12 de agosto de 2000, Abby Morris, sin aliento y con un hilo de sudor que le corría por la sien, hacía su caminata nocturna por el camino de grava que parecía una franja gris. Pese a que llevaba una camisa de manga larga, pantalones y una buena capa de repelente de insectos, los mosquitos coronaban su cabeza en busca de piel para picar. Agradecía la luz de la luna y la compañía de Pepper, su labrador negro. A Jay, su marido, no le parecía prudente que caminara de noche, pero después de trabajar todo el día, ir a buscar al bebé en la guardería y lidiar con las tareas de la casa, el horario de nueve y media a diez era el único que sentía como propio.

No tenía miedo. Había crecido andando por caminos como ese. Caminos rurales polvorientos, de grava o de tierra, rodeados de campos de maíz. En los tres meses que llevaba allí, nunca se había cruzado con nadie en sus caminatas nocturnas, y eso le gustaba.

—¡Rosco, Rosco! —llamó una voz femenina en la distancia. Alguien estaba llamando a su perro para que entrara, pensó—. ¡Roosss-coo! —La palabra tenía una cadencia cantarina y una nota de irritación.

Pepper jadeaba mucho y casi arrastraba la lengua rosada y gruesa por el suelo.

Abby aceleró el paso; le faltaba poco para alcanzar el punto que marcaba la mitad de su circuito de cinco kilómetros, donde la grava se juntaba con un camino de tierra casi devorado por los maizales. Giró a la derecha y se detuvo abruptamente. Aparcada a un lado del camino, a unos cuarenta metros de allí, había una camioneta. Un cosquilleo de inquietud trepó por su espalda y el perro la miró expectante. Lo más probable era que alguien con una rueda pinchada o un problema en el motor hubiera dejado el vehículo allí momentáneamente, dedujo.

Retomó el paso y un velo de nubes como plumas cruzó delante de la luna, sumiendo el cielo en una súbita oscuridad que no le permitía

ver si había alguien dentro del vehículo. Inclinó la cabeza esperando oír el ronroneo de un motor, pero lo único que se escuchaba era la respiración húmeda de Pepper y una serenata de zumbidos, como de motosierras, producidos por miles de cigarras.

—Vamos, Pepper —dijo Abby en voz baja, y dio unos pocos pasos hacia atrás. El labrador continuó avanzando con el hocico contra el suelo, siguiendo un sendero serpenteante que llevaba directo a las ruedas de la camioneta—. ¡Pepper! —gritó tajante—. ¡Ven aquí!

Ante la intensidad de la voz de Abby, el perro levantó la cabeza de inmediato, renunció al rastro que estaba siguiendo y de mala gana regresó a su lado.

¿Había movimiento detrás del parabrisas oscuro? No podía asegurarlo, pero tampoco lograba quitarse la sensación de que alguien la observaba. Las nubes se disiparon y vio una silueta apoyada sobre el volante. Un hombre. Llevaba una gorra y, a la luz de la luna, Abby atisbó una cara pálida, una nariz algo descentrada y un mentón afilado. Estaba sentado allí, inmóvil.

La brisa cálida llevó un murmullo desde los campos y le levantó el pelo de la nuca. Oyó unos crujidos ásperos hacia su derecha. Pepper tenía el pelo erizado y soltó un gruñido grave.

—¡Vámonos! —dijo Abby. Retrocedió unos pasos, luego giró y corrió hacia su casa.

00.05 horas

El sheriff John Butler estaba en el porche desvencijado de su patio trasero; las tablas de madera se movían y crujían bajo sus pies descalzos. Las casas colindantes estaban a oscuras, los vecinos y sus familias sumidos en un sueño profundo. ¿Por qué iban a quedarse despiertos? Tenían al sheriff de vecino. No había nada de que preocuparse.

Respiraba con dificultad. El aire de la noche era caliente y denso, le pesaba en el pecho. La luna llena de agosto colgaba gorda y baja, amarilla como el polen de las abejas. ¿Se la llamaba luna del esturión o del ciervo? No podía recordarlo.

Los últimos siete días habían sido tranquilos. Demasiado tranquilos. No había habido robos ni accidentes graves, ni explosiones de laboratorios caseros de metanfetaminas ni denuncias de violencia doméstica. El condado de Blake no era un hervidero de ilegalidad. Pero tenían su cuota de crímenes violentos. Solo que esa semana no había ocurrido nada. Los primeros cuatro días se sintió agradecido por ese alivio temporal, pero después comenzó a resultarle raro, inquietante. Por primera vez en sus veinte años como sheriff, Butler pudo ponerse al día con sus papeles.

—Deja de buscar problemas —dijo una voz suave.

Janice, su esposa desde hacía treinta y dos años, deslizó un brazo alrededor de su cintura y apoyó la cabeza en su hombro.

—Tranquila, eso no va a pasar —dijo Butler con una risita—. En general, los problemas me encuentran mí.

—Entonces, vuelve a la cama —dijo Janice tirando de su mano.

—Enseguida voy.

Janice se cruzó de brazos y lo miró seria. Él levantó la mano derecha.

—Cinco minutos, te lo prometo.

A regañadientes Janice entró en la casa.

Butler deslizó su palma callosa sobre la astillada baranda de cedro. Tenía que rehacer toda la terraza. Levantarla por completo y reconstruirla. Quizá al día siguiente iría al supermercado Lowe's en Sioux City. Si las cosas seguían así, tendría tiempo de sobra para reconstruir la terraza. Ahogando un bostezo, entró en la casa, corrió el cerrojo y caminó pesadamente por el pasillo para llegar a su cama y a Janice. "Otra noche tranquila", pensó. "Lo mejor sería disfrutarla mientras dure".

00.30 horas

El ruido de un estallido de globos despertó a Deb Cutter de su sueño profundo. Un estallido, luego otro. Tal vez eran niños jugando con

cohetes que sobraron del 4 de julio.

—Randy —murmuró. No obtuvo respuesta.

Deb buscó a su marido con la mano, pero la cama estaba vacía, el cubrecama estaba intacto y frío. Salió de entre las sábanas, fue hacia la ventana y corrió la cortina. La camioneta de Randy no estaba aparcada en el lugar de siempre, junto al cobertizo de ordeñe. Tampoco se veía la de Brock. Miró el reloj. Era pasada la medianoche.

Su hijo de diecisiete años se había convertido en un desconocido. Su dulce niño siempre había tenido una veta salvaje, que ahora se había tornado violenta. Seguramente estaría cometiendo alguna fechoría. Brock había nacido cuando ellos tenían dieciocho años y apenas podían cuidarse a sí mismos, mucho menos hacerse cargo de un bebé.

Deb pensaba que Randy era duro con él. Demasiado duro a veces. De pequeño, bastaba con una mirada seria y un cachete para mantenerlo bajo control, pero esos días habían quedado atrás. Lo único que parecía dar resultado ahora era un manotazo en la cabeza. Deb debía admitir que, a lo largo de los años, Randy se había pasado de la raya un par de veces, le había hecho sangrar la nariz, le había provocado moratones y le había partido el labio. Pero luego, él justificaba su rudeza; decía que la vida no era fácil, y que cuanto más rápido lo comprendiera Brock, mejor.

Randy... tan distante, tan ocupado últimamente. No solo porque ayudaba a sus padres con su granja, sino porque también estaba restaurando otra vieja granja con media docena de cobertizos deteriorados y una pocilga cubierta, y a la vez trataba de ocuparse de sus propios cultivos. Casi no lo veía durante el día.

Deb trataba de contener el rencor, pero se le atascaba en la garganta. Obsesionado. Así estaba Randy. Obsesionado con la renovación de esa vieja granja, obsesionado con el campo. Todo siempre se trataba del campo. Era probable que la economía se fuera a pique y terminaran atados a dos propiedades que no estaban en condiciones de pagar. No podría soportar la situación durante mucho más tiempo.

Escuchó otra explosión en la distancia. Malditos chicos, pensó. Completamente desvelada, permaneció mirando el ventilador de techo que giraba lentamente sobre ella y esperó a que su marido y su hijo volvieran a casa.

01.10 horas

Al principio, Josie Doyle, de doce años, y su mejor amiga, Becky Allen, corrieron hacia las explosiones. Lo lógico habría sido volver a la casa, donde se encontraban su madre, su padre y Ethan. Estarían a salvo allí. Pero, para cuando Josie y Becky descubrieron su error, ya era demasiado tarde.

Dándoles la espalda a los ruidos, cogidas de la mano, atravesaron corriendo el corral oscuro hacia el maizal: ese bosque alto y desgarbado de tallos era el único sitio donde estarían a salvo.

Josie estaba segura de haber escuchado pasos detrás de ellas y se volvió para ver qué era lo que las perseguía. Nada, no había nadie, solo la casa bañada por las sombras de la noche.

—¡Date prisa! —jadeó Josie tirando de la mano a Becky obligándola a seguir.

Corrieron con la respiración entrecortada. Casi habían llegado. Becky se tropezó. Gritó y su mano se soltó de la de Josie. Sus piernas se doblaron y cayó de rodillas.

—¡Levántate, levántate! —le rogó Josie tirando de su brazo—. ¡Por favor!

Se atrevió a mirar hacia atrás una vez más. Un fragmento de luz de luna dejaba entrever una forma que salía del granero. Vio con espanto cómo la figura levantaba los brazos para apuntar. Soltó el brazo de Becky, se volvió y corrió. Solo un poco más… ya casi había llegado.

Josie entró en el maizal justo cuando sonó otro disparo. Un dolor agudo le atravesó el brazo y la dejó sin aliento. No se detuvo, no aminoró su marcha; aunque la sangre caliente chorreaba sobre la tierra compacta, siguió corriendo.

Capítulo 2

Tiempo presente

Al ver la velocidad con que se acercaba la tormenta, Wylie Lark maniobró para aparcar en el último espacio libre que quedaba en la calle; el supermercado de comestibles Shaffer's estaba ubicada entre la farmacia y la hostería Elk's Lodge. Wylie habría preferido dirigirse al supermercado más grande y mejor surtido de Algona, pero ya se veían sobre Burden nubes bajas pesadas y grises, cargadas de nieve.

Wylie bajó del Bronco; sus botas hacían crujir la sal antihielo que habían esparcido sobre la acera, anticipándose a la cellisca y los setenta centímetros de nieve pronosticados para esa noche.

Nerviosa, se acercó a los escaparates del supermercado, decorados para el Día de San Valentín. Ajados corazones rojos y rosados y cupidos provistos de arco y flecha. Se detuvo antes de abrir la puerta. Shaffer's era una tienda familiar que vendía marcas blancas y tenía poco donde elegir. Era de fácil acceso, pero estaba atestada de lugareños entrometidos.

Hasta el momento, cada vez que iba a Burden, Wylie había logrado evitar cualquier interacción con los lugareños, pero cuanto más se quedaba, más difícil se volvía.

Una vez dentro, la recibió una ráfaga de aire caliente. Reprimió la tentación de quitarse el gorro de punto y los guantes, y, en cambio, se puso los auriculares y subió el volumen del pódcast sobre crímenes reales que había estado escuchando.

Todos los carritos estaban ocupados, por lo que cogió una cesta y comenzó a recorrer los pasillos con la vista clavada en el suelo. Empezó a dejar caer artículos dentro de la cesta. Una pizza congelada, latas de sopa, tubos de masa para galletas con chocolate. Se detuvo en el estante de vinos y estudió las limitadas opciones. Un hombre vestido con mono de trabajo marrón y una gorra verde y amarilla chocó contra ella e hizo que se le saliera uno de sus

auriculares.

—Uy, disculpa —dijo el hombre, y le sonrió.

—No pasa nada —respondió Wylie, evitando mirarlo a los ojos.

Enseguida cogió la botella de vino más cercana y se dirigió a la larga fila de personas que esperaban para pagar.

La única cajera tenía pelo castaño salpicado de canas y lo llevaba peinado hacia atrás y sujeto con un pasador plateado, lo que dejaba al descubierto su cara cansada. Parecía no darse cuenta de que los clientes estaban ansiosos por volver a sus casas. Pasaba cada artículo por el escáner a una velocidad insoportablemente lenta.

La fila avanzaba despacio. Wylie sintió la presencia de alguien justo detrás de ella. Se volvió. Era el hombre del pasillo de los vinos. Sudando bajo el abrigo, Wylie miró a la cajera. Sus miradas se cruzaron.

—Permiso —dijo Wylie, y se abrió paso entre el hombre y los otros clientes. Dejó la cesta en el suelo y huyó por la puerta. El aire frío contra el rostro le resultó un alivio.

El teléfono móvil vibró en su bolsillo y lo sacó para responder.

Era su exmarido; no quería hablar con él. Se pondría a decirle una y otra vez que debía volver a Oregón y ayudar a cuidar al hijo de ambos; que bien podía terminar el libro en casa. Dejó que la llamada entrara en el buzón de voz.

Se equivocaba. Wylie no podría terminar de escribir el libro en casa. Los portazos y las discusiones a gritos con Seth, de catorce años, sobre que llegase tarde o sobre el hecho de que, directamente, no volviese por la noche la frustraban sobremanera. No podía pensar, no podía concentrarse. Y cuando Seth, fulminándola con la mirada desde debajo de su mata desaliñada de pelo, le dijo que la odiaba y quería irse a vivir con su padre, ella lo puso a prueba.

“Muy bien, vete, entonces”, le dijo, y le dio la espalda. Y él se fue. Cuando Seth no regresó a la mañana siguiente ni respondió a sus llamadas ni mensajes de texto, Wylie hizo las maletas y se marchó.

Sabía que estaba tomando el camino más fácil, pero no toleraba un minuto más la ira de su hijo ni sus secretos. Su ex podría encargarse de eso durante algunos días. El problema fue que los días se convirtieron en semanas y luego meses.

Cuando se disponía a volver a guardar el teléfono en el bolsillo, se le resbaló de los dedos, golpeó contra el asfalto y fue a dar a un bache lleno de aguanieve.

—¡Mierda! —dijo, y se inclinó para pescar el móvil dentro del charco congelado. La pantalla se había rajado y el teléfono estaba empapado.

Ya en el coche, se quitó el gorro y el abrigo. Tenía el pelo y la camiseta húmedos de sudor. Intentó quitarle el agua al teléfono, pero sabía que a menos que llegara rápido a casa y lo secase completamente, se estropearía. Tocó en vano la pantalla rajada esperando que se iluminara. Nada.

El viaje de veinticinco minutos hasta la casa de campo le resultó eterno y, además, inútil. No había llevado provisiones ni vino. Tendría que arreglárselas con lo que había en la casa.

Si bien le llevó solo dos minutos dejar Burden en el espejo retrovisor, sentía lo que tenía delante como una interminable franja de carretera negra. Dos veces quedó atascada detrás de camiones de sal, pero cuanto más al norte se dirigía, menos automóviles veía. Todos estaban guardados, esperando que se desatara la tormenta. Por fin, salió de la carretera principal y rebotó por los caminos de grava mal mantenidos que llevaban a su casa.

Hacía seis semanas que Wylie estaba en la zona rural del condado de Blake y el tiempo había sido atroz. El frío calaba los huesos y no tenía recuerdos de haber visto tanta nieve. Mientras conducía, fue dejando atrás cada vez menos casas y granjas hasta que lo único que se veía era un mar de nieve donde una vez habían crecido soja, maíz y alfalfa. No se adivinaba ningún indicio del estallido de verde y dorado que se produciría en pocos meses.

Condujo varios kilómetros más y redujo la velocidad para girar alrededor del nogal que inexplicablemente crecía en la intersección

de dos caminos de grava; luego, tomó el pequeño puente que cruzaba por encima del arroyo congelado.

Doscientos metros más allá del puente, el camino largo y estrecho bordeado por montículos de nieve que le llegaban hasta el hombro la llevaría hasta la casa. Condujo junto a la hilera de pinos altos que frenaban el viento, hacia el descolorido granero rojo, en ese momento cubierto de blanco. Dejó el coche en marcha mientras abría los portones del granero que utilizaba como garaje; guardó el Bronco, apagó el motor y dejó caer las llaves en su bolsillo. Cerró las puertas de madera tras ella y contempló la vasta llanura.

El único sonido era el viento intenso. No había otro ser humano en kilómetros a la redonda. Eso era justamente lo que quería.

Caía aguanieve del cielo. La tormenta había llegado.

Guardó el móvil averiado en el bolsillo y se dirigió a la casa.

Una vez dentro, cerró la puerta trasera, se quitó las botas y las reemplazó por mocasines forrados con lana. Revisó los armarios en busca de una caja de arroz para poder secar el teléfono. No había ninguna. Tendría que repararlo o comprar uno nuevo. Colgó su abrigo de un gancho en el vestíbulo, pero no se quitó el gorro de lana.

La casa de campo tenía cien años y crujía y se quejaba como un anciano. La caldera resoplaba y se esforzaba, pero no podía contra el aire frío que se colaba entre los cristales de las ventanas y por debajo de las puertas. Wylie había pensado en quedarse solamente una semana, dos, como mucho, pero cuanto más tiempo pasaba allí, más difícil se le hacía marcharse.

Al principio, culpó a su exmarido y el mal momento que ella estaba pasando con Seth. Estaba muy cansada de discutir con ellos. Necesitaba concentrarse y terminar el libro que estaba escribiendo.

Entonces, hizo una llamada, descubrió que la antigua casa de campo donde había ocurrido el crimen hacía veinte años estaba en ese momento desocupada y decidió hacer el viaje. La casa solo contaba con lo básico: electricidad y agua. No había wifi, ni

televisor ni un hijo adolescente que le recordara lo mala madre que era. Estaría a dos mil cuatrocientos kilómetros de cualquier distracción. Ahora que había dejado caer el móvil y se le había estropeado, su única conexión con el mundo era el teléfono fijo. Se había quedado sin acceso a internet, sin mensajes de texto, sin FaceTime.

Estaba trabajando en su cuarto libro sobre crímenes reales y, aunque acostumbraba a viajar para hacer investigación, nunca se había ausentado durante tanto tiempo. Cuanto más se quedaba en Burden, más se daba cuenta de que allí había algo más, o, de otro modo, a esas alturas ya habría terminado el libro y habría vuelto a su casa.

Tas, el viejo perro sabueso de raza mixta, la miraba lánguidamente con sus ojos amarillos desde su cama junto al radiador. Wylie lo ignoró. Tas bostezó, apoyó su largo hocico sobre las patas y cerró los ojos.

Faltaban tres horas para el anochecer, pero la tormenta hacía que la luz que entraba por las ventanas fuera un paño mortuorio de color gris. Wylie recorrió la casa, encendiendo luces a su paso. Entró lo que quedaba de leña cortada, la depositó junto a la chimenea y encendió el fuego. Tenía esperanzas de que durara toda la noche, pues no le agradaba la idea de tener que ir hasta el granero a buscar más leña.

Fuera, la tormenta cobraba intensidad; golpeaba contra las ventanas y decoraba las ramas desnudas con una cobertura de hielo. Sería precioso si no estuviera ya harta del invierno. Estaba previsto que se avecinara más nieve y la primavera parecía muy lejana.

Wylie comenzó la rutina, como lo había hecho todas las tardes durante las últimas seis semanas. Recorrió la casa, verificando que las ventanas y puertas estuvieran cerradas y bajó las persianas. Le gustaba estar sola, sí, y pasaba la vida escribiendo sobre crímenes horrendos, pero no le agradaba la oscuridad ni lo que pudiera acechar fuera una vez que se ponía el sol. Abrió el cajón de la mesilla de noche para cerciorarse de que la pistola 9 milímetros estuviera allí.

Se dio una ducha rápida, con la esperanza ganarle al momento en que el agua caliente se tornaba tibia, y se secó el pelo con la toalla. Se puso ropa interior larga, calcetines de lana, tejanos, un suéter, y bajó otra vez a la cocina.

Allí se sirvió una copa de vino y se sentó en el sofá. Tas intentó subirse y acomodarse a su lado.

—Abajo —le ordenó ella distraídamente, y el perro regresó a su sitio junto al radiador.

Wylie pensó en usar el teléfono fijo para llamar a Seth, pero corría el riesgo de que su ex estuviera allí cerca e insistiera en hablar con ella. Ya había oído todo lo que tenía que decirle.

Inevitablemente, la conversación se desmoronaría bajo una andanada de palabras y acusaciones duras. “Vuelve a casa. Te estás comportando de manera irracional”, le había dicho su ex en una de las últimas llamadas telefónicas. “Necesitas ayuda, Wylie”.

Ella había sentido que algo se le quebraba dentro del pecho. Solo una pequeña fisura, suficiente como para hacerle saber que tenía que colgar. Hacía más de una semana que no hablaba con Seth.

Subió la escalera con la copa de vino y se sentó frente al escritorio en la habitación que usaba como despacho. Tas la siguió y se recostó debajo de la ventana. La habitación era el dormitorio más pequeño, pintado de amarillo y con pegatinas de equipos de béisbol en los zócalos. Su escritorio estaba en un rincón y miraba hacia fuera, de manera que podía ver tanto la ventana como la puerta.

El manuscrito que había impreso la semana anterior en la biblioteca de Algona estaba junto a su ordenador, listo para una última revisión. No obstante, a ella le costaba ponerle punto final al proyecto.

Había pasado más de un año estudiando fotos de escenas del crimen, leyendo artículos periodísticos e informes oficiales. Se puso en contacto con testigos y personas relevantes en la investigación, incluyendo a ayudantes del sheriff y hasta al antiguo sheriff. Incluso el detective principal del Departamento de Investigación Criminal

de Iowa accedió a hablar con ella. Todos se mostraron muy sinceros y le revelaron detalles poco conocidos del caso.

Los únicos que no quisieron hablar con ella fueron los miembros de la familia. Algunos habían muerto, otros se negaron a hacerlo. En realidad, no podía culparlos. Wylie había pasado interminables horas escribiendo, haciendo volar sus dedos sobre el teclado. El libro estaba terminado. Había llegado a una conclusión, por insignificante que fuera. El asesino había sido identificado, pero no lo habían llevado ante la justicia.

Wylie todavía tenía un sinfín de preguntas sin responder, pero había llegado el momento. Tenía que releer las páginas, hacer las correcciones finales y enviarle el manuscrito a su editora.

Dejó caer el bolígrafo rojo sobre el escritorio, presa de frustración. Se puso de pie, se desperezó y bajó nuevamente a la cocina a dejar la copa vacía sobre la encimera. Le dolían las manos por el frío, pero estaba decidida a no subir el termostato. En cambio, llenó la tetera con agua y la puso al fuego. Mientras se calentaba, acercó las manos al calor del quemador.

Fuera, el viento azotaba y gemía lúgubremente, y tras unos minutos, la tetera se unió al coro con su propio aullido. Se llevó la taza de té al escritorio y volvió a sentarse. Hizo a un lado el manuscrito y pensó en el siguiente proyecto que podría iniciar.

No había escasez de asesinatos espeluznantes. La variedad era amplia. Muchos escritores de crímenes reales elegían sus temas basándose en los titulares y el interés público por el crimen. Wylie, no. Ella siempre comenzaba por la escena del crimen. Era allí donde la historia se le metía en las venas y ya no la podía soltar.

Pasaba horas estudiando las fotos tomadas en las escenas del crimen, imágenes del lugar donde las víctimas habían soltado su último aliento, de la posición de los cadáveres, las caras congeladas por la muerte, las salpicaduras de sangre.

Las fotografías que estaba estudiando ahora pertenecían a un crimen ocurrido en Arizona. La primera había sido tomada desde una cierta distancia. Se veía a una mujer sentada, apoyada contra

una roca color óxido; a su alrededor, unos matorrales polvorientos formaban una corona. Tenía la cara vuelta en sentido opuesto a la cámara. Una mancha negra oscurecía la parte delantera de su camisa.

Hizo a un lado la foto y pasó a la siguiente. La misma mujer, pero en primer plano y desde un ángulo diferente. Su boca estaba torcida en una mueca de dolor. Asomaba la lengua, negra e hinchada. En el pecho tenía un orificio donde cabría el puño de Wylie, rodeado por un borde de piel irregular donde se veía hueso y cartílago.

Las fotos eran sangrientas, perturbadoras, material de pesadillas, pero ella creía que, antes que nada, debía conocer a las víctimas en el momento de su muerte.

A las diez de la noche, Tas le rozó la pierna. Juntos bajaron por la escalera; el perro se movía lentamente; sus articulaciones crujían oxidadas. No faltaba mucho para que ya no pudiera subir y bajar escaleras.

Se preguntó qué diría su exmarido cuando le contase que había adoptado un viejo perro vagabundo que había encontrado sentado fuera de la puerta de la casa. A pesar de sus intentos de que se fuera, el perro se había quedado.

Wylie suponía que la gente que había alquilado la casa antes de su llegada lo había abandonado. Lo llamó Tas, a modo de abreviación de Itasca, el nombre del parque estatal donde habían descubierto los cadáveres de tres chicas que habían sido el tema de su primer libro sobre crímenes reales.

El perro no le caía demasiado bien y el sentimiento parecía ser mutuo. Era como si hubieran llegado al acuerdo de que, de momento, tendrían que coexistir.

Destrabó la puerta principal, la abrió lo suficiente como para permitir que el perro saliera y volvió a cerrarla tras él. No obstante, el aire frío, la nieve y la ventisca entraron en la casa y Wylie se estremeció.

Transcurrió un minuto, luego otro. Tas, que no era amante del frío,

por lo general era rápido para hacer sus necesidades y enseguida rascaba la puerta para anunciar que estaba listo para volver a entrar.

Wylie fue hasta la ventana, pero los cristales estaban empañados y laqueados con hielo. Se frotó los ojos, que sentía secos tras haber estado estudiando las fotos durante demasiado tiempo, y apoyó la espalda contra la puerta para esperar. No podría irse a dormir hasta que saliera el sol.

Las luces parpadearon y el corazón de Wylie dio un vuelco de pánico. Se quedó mirando la lámpara y contuvo el aliento, pero el brillo cálido se mantuvo estable. Añadió más leña al fuego. Si se iba la luz, podrían congelarse las tuberías y entonces sí que tendría un verdadero problema. Entreabrió la puerta y espió hacia el mar de blanco de fuera, pero no vio a Tas.

—¡Tas! —gritó hacia la oscuridad—. ¡Ven aquí, Tas! —Los copos congelados golpeaban la casa con un incesante sonido que le recordaba el de los roedores. No podía ver más allá de la débil luz que estaba encima de la puerta—. Fantástico —masculló, mientras buscaba en el armario de la entrada un par de botas, un abrigo largo y una de las muchas linternas que guardaba en la casa.

Cuando estuvo lista, salió con cuidado para no resbalar en los escalones que bajaban del porche al jardín delantero.

—¡Tas! —llamó otra vez irritada.

Echó los hombros hacia delante para protegerse del viento helado y bajó la cabeza para que la lluvia congelada no le hiciera daño en la cara.

Ya habían caído varios centímetros de nieve y, lo que era peor aún, ahora la aguanieve transformaba el jardín en una pista de patinaje.

Wylie sintió una punzada de aprensión. Una gran cantidad de hielo o una fuerte nevada sobre los cables eléctricos sin duda haría que se cayesen y se produciría un apagón. Quería encontrar a Tas y volver a la casa.

Utilizando la baranda del porche para mantener el equilibrio y el haz de luz de la linterna como guía, avanzó despacio, sin dejar de llamar al perro. Escudriñó la oscuridad y apuntó la linterna hacia el camino que llevaba a la carretera. Dos círculos rojos relampaguearon.

—¡Tas, ven aquí! —ordenó. El perro bajó la cabeza, pero no obedeció.

Resignada, echó a andar hacia el testarudo animal. Se inclinó ligeramente hacia delante y avanzó pisando plano, tratando de mantener el centro de gravedad directamente encima de sus pies. Pero aun así resbaló y aterrizó con un ruido sordo sobre el coxis.

—¡Su puta madre! —gruñó mientras se levantaba del suelo.

La nieve le había entrado entre el cuello y el abrigo. No llevaba guantes y quería meter las manos en los bolsillos, pero no se atrevía a hacerlo. Las necesitaba fuera, extendidas, por si volvía a caerse.

Tas se mantenía en su sitio. Cuando Wylie se acercó, vio que la atención del perro se centraba en algo que estaba en el suelo, delante de él. Ella no podía distinguir qué era. Tas rodeó el objeto, olisqueándolo de manera vacilante.

—Fuera de ahí —le ordenó Wylie.

Al acercarse con cuidado, vio que no se trataba de un objeto, sino de un ser vivo, o tal vez muerto. Estaba hecho un ovillo apretado y cubierto por una capa de hielo que relucía a la luz de la linterna.

—¡Siéntate, Tas! —gritó.

Esta vez, el perro levantó la cabeza para mirarla, luego se sentó obedientemente. Wylie se acercó más: sus ojos seguían la forma de ese cuerpo cerrado sobre sí mismo. Una zapatilla gastada, el azul de la tela de unos tejanos, el gris de una sudadera, una cabeza de pelo oscuro rapado, un pequeño puño apretado contra unos labios pálidos. Un delgado río de sangre congelada se abría alrededor de su cabeza.

Lo que yacía ante ellos no era ningún animal. Era un niño,

congelado en el suelo.

Capítulo 3

—¿Podríamos ir afuera a jugar? —preguntó la niña mientras espiaba por el borde de la pesada cortina que cubría la ventana.

El cielo estaba gris y las gotas de lluvia suave golpeaban contra el cristal.

—Hoy no —dijo la madre—. Está lloviendo y nos derretiríamos.

La niña rio y luego saltó de la silla que había arrastrado debajo de la ventana. Sabía que su madre bromeaba. No se derretirían de verdad si salían a la lluvia, pero, de todos modos, se estremeció al pensar en ello: sentir el golpeteo del agua sobre la piel y verla derretirse como un cubito de hielo.

En cambio, la niña y su madre pasaron la mañana sentadas en la mesa auxiliar, recortando huevos de cartulina rosa, violeta y verde para luego decorarlos con lunares y rayas.

En uno de los óvalos, su madre dibujó ojos y un piquito puntiagudo de color anaranjado. Colocó las manos de la niña sobre un trozo de papel amarillo y dibujó su contorno con un lápiz.

—Mira —le dijo mientras cortaba la forma de las manos y luego las pegaba al dorso de uno de los óvalos.

—Es un pájaro —dijo la niña, encantada.

—Un pollito de Pascua —dijo la madre—. Los hacía a tu edad.

Juntas, pegaron cuidadosamente en las paredes de cemento los huevos, pollitos y conejitos que habían creado, dándole a la sala oscura un aire festivo y primaveral.

—Bien, ya estamos listas para el Conejo de Pascua —dijo su madre con tono triunfal.

Esa noche, cuando la niña se metió en la cama, las mariposas que sentía en el estómago no la dejaban dormir.

—Quédate quieta —le dijo su madre una y otra vez—. Te dormirás más rápido.

La niña no creía que eso fuera verdad, pero, cuando abrió los ojos, un rayo luminoso de sol espiaba por la persiana y supo que la mañana finalmente había llegado.

Bajó de la cama de un salto y encontró a su madre ya en la pequeña mesa donde comían.

—¿Ha venido? —le preguntó llevándose el largo pelo castaño detrás de las orejas.

—Claro que ha venido —respondió la madre y extendió hacia ella una cestita tejida con tiras de papel de colores que cabía en la palma de la mano de la niña. Era preciosa. Dentro había trocitos de papel verde cortados para que pareciera hierba. Encima, un paquete de chicles con sabor a canela y dos caramelos de sandía.

La niña sonrió a pesar de la desilusión que la invadió. Había estado esperando un conejito de chocolate o una de esas golosinas en forma de huevo que chorreaban una sustancia amarilla cuando se las rompía.

—Gracias —dijo.

—Dáselas al Conejo de Pascua —dijo su madre.

—Gracias, Conejo de Pascua —dijo la niña imitando la voz de la publicidad de golosinas que había visto por televisión. Ambas rieron.

Desenvolvieron un chicle cada una y pasaron la mañana inventando historias sobre los pollitos y los conejitos de papel que habían creado.

Cuando el chicle de la niña perdió el sabor y ya había convertido uno de los caramelos de sandía en un disco plano y afilado, la puerta de encima de la escalera se abrió y su padre bajó hacia ellas. Llevaba una bolsa de plástico y un paquete de seis latas de cerveza. Su madre le dirigió una mirada. La mirada que decía: "Vete ahora; mamá y papá necesitan tiempo a solas".

Obedientemente, la niña, con su cestita de Pascua, se dirigió a la ventana y se sentó en el charco de luz cálida que caía sobre el suelo. De

frente a la pared, desenvolvió otro trozo de chicle y se lo llevó a la boca, tratando de no prestar atención al crujido de la cama y a los suspiros y gruñidos de su padre.

—Ya puedes volverte —dijo su madre por fin.

La niña se levantó de un salto de su sitio en el suelo.

Oyó que corría el agua en el baño y su padre asomó la cabeza por la puerta.

—Felices Pascuas —dijo él con una sonrisa—. El Conejo de Pascua me pidió que te diera un regalito.

La niña miró hacia la mesa de la cocina, donde estaba la bolsa de plástico. Luego miró a su madre, que estaba sentada en el borde de la cama, masajeándose la muñeca, con los ojos enrojecidos y húmedos. Su madre asintió.

—Gracias —murmuró la niña.

Más tarde, una vez que su padre hubo subido la escalera y cerrado la puerta tras él, la niña fue hasta la mesa y miró dentro de la bolsa. Dentro había un conejito de chocolate con ojos celestes. Sostenía una zanahoria y llevaba un lazo amarillo en el cuello.

—Anda, cómetelo —dijo su madre, mientras se apretaba una compresa de hielo contra la muñeca—. Cuando era niña, yo siempre empezaba por las orejas.

—Creo que no tengo hambre —dijo la niña, y volvió a dejar la caja sobre la mesa.

—No pasa nada —dijo su madre con suavidad—. Puedes comértelo. Te lo ha traído el Conejo de Pascua, no tu papá.

La niña lo pensó. Mordisqueó la oreja del conejo y el sabor dulce del chocolate le inundó la boca. Comió otro bocado y luego otro. Le enseñó el conejo a su madre y ella mordió la otra oreja. Rieron y se turnaron para comerse el conejo hasta que solo quedó la cola de chocolate.

—Cierra los ojos y abre la boca —dijo su madre. La niña obedeció y

sintió que su madre le colocaba el trozo de chocolate restante sobre la lengua y luego le besaba la nariz—. Felices Pascuas —susurró.

Capítulo 4

Agosto de 2000

El verano de 2000 se presentaba tranquilo en cuanto a hechos criminales en el condado de Blake, situado en el centro del estado de Iowa, algo hacia el norte. Con una población de 7.310 habitantes, en ese condado rural y agrícola no solían ocurrir crímenes. De hecho, hasta los sucesos del 13 de agosto de ese año, no se había reportado un solo asesinato en toda la localidad. Burden, con sus 844 habitantes, era considerada una comunidad ideal para vivir y formar una familia. Se ubicaba en el vértice sudoeste del condado de Blake y ostentaba un índice de delincuencia inferior a la cuarta parte del promedio del estado.

Aun en los albores del nuevo milenio, Burden seguía siendo un pueblo centrado en la agricultura. El maíz y la soja eran los cultivos principales que producían las familias que habían vivido allí durante generaciones. Los niños corrían descalzos entre las florecillas silvestres tal como lo habían hecho sus padres y sus abuelos.

En los veranos, el trabajo era agotador y los juegos también. Los niños subían a los tractores con sus padres durante la temporada de siembra, jugaban en los graneros y salían de pesca al finalizar las tareas. Las niñas pasaban los nueve meses de escuela aprendiendo que podían llegar a ser abogadas o médicas en el futuro, pero volvían a casa y ayudaban a sus madres y abuelas a envasar encurtidos de pepinos y jalea de ruibarbo. Alimentaban a mano a las cabras, leían libros detrás del silo de maíz, patinaban sobre hielo en el arroyo Burden y jugaban a saltar de fardo en fardo.

Así era la vida de Josie Doyle, de doce años, la mañana del 12 de agosto cuando despertó con alegre ilusión. Se vistió con rapidez y se recogió el cabello castaño y rebelde en una coleta.

Tenía que hacer la mochila y una lista de las atracciones más importantes para mostrársela a su mejor amiga, Becky, pues era su primera vez en una feria estatal. Pero antes debía desayunar y

cumplir con sus tareas. Comió deprisa y se apresuró a terminar con las tareas asignadas.

Fue entonces cuando advirtió que su labrador marrón, Rosco, no aparecía por ninguna parte. No era algo raro. Rosco un vagabundo. En ocasiones desaparecía durante horas para deambular por el campo, pero siempre volvía, nunca faltaba al desayuno. Apenas Josie levantaba la tapa del recipiente plástico con la bolsa de veinte kilos de alimento para perros, él volvía corriendo con telarañas de saliva que le chorreaban de la papada. Esa mañana, Rosco no estaba. Josie echó una medida de alimento en su bol, llenó el otro cacharro con agua de la manguera y, luego, fue a ocuparse de las gallinas.

Para que pasara más rápido el tiempo que faltaba para la llegada de Becky, Josie acompañó a su padre a plantar una hilera de pinos para formar una cortina de protección contra los vientos del invierno. Luego continuó al lado de su padre mientras él remendaba las alambradas en la parte norte de la finca. Sus manos enguantadas se movían con pericia para estirar, envolver y anudar el alambre de púas. Josie parloteaba sobre la feria estatal mientras bailaba dentro y fuera de la línea de visión de su padre, con riesgo de caer sobre el alambre oxidado. Aunque era pequeña para su edad, todos opinaban que Josie tenía una energía inagotable.

Oyó la camioneta antes de verla. La grava crujía como palomitas de maíz debajo de las ruedas. Se volvió y vio que el morro de la camioneta asomaba por la curva del camino. Esperó para ver si seguía de largo, pero el vehículo se quedó allí, por lo que ella siguió caminando.

Volvió a escuchar el chasquido de los guijarros bajo las ruedas. Josie se giró y la camioneta se detuvo. Cuando ella avanzaba, la camioneta la seguía lentamente. Josie trató de ver quién iba en el asiento del copiloto, pero el sol era un disco de oro brillante desde el este y le era imposible saberlo. No tenía miedo. Seguramente los amigos de su hermano le estarían gastando una broma.

—Ja, ja —gritó Josie—, ¡muy gracioso!

Se inclinó para recoger un pequeño guijarro y lo arrojó hacia la

camioneta. La piedra aterrizó en el suelo con un sonido muy poco satisfactorio. Despacio, caminó hacia el vehículo y este comenzó a retroceder.

Qué raro, pensó, y caminó unos pasos más hacia la camioneta, que retrocedió unos metros más. ¿El juego de corre que te pillo? Corrió hacia la camioneta, con la seguridad de que los desagradables amigos de su hermano estarían dentro.

A medida que avanzaba podía ver la silueta de una persona en la cabina. Una figura encorvada, que llevaba una gorra con la visera bien baja sobre la frente. El vehículo seguía marcha atrás.

En ese preciso momento, oyó un grito desde el campo: era su padre, que le hacía señas para que volviera a su lado. Echó una última mirada a la camioneta detenida con el motor en marcha, pero cuando llegó junto a su padre, se olvidó de todo.

Ya en la casa, Josie se atrevió a abrir la puerta del cuarto de su hermano y pedirle ayuda para buscar a Rosco.

—Déjame en paz —dijo Ethan. Estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la cama.

—Pero es que Rosco no volvió a casa anoche. ¿No te importa? —preguntó ella.

—En realidad, no —dijo él con desgana mientras pasaba las páginas de una revista.

—¿Y si lo ha atropellado un coche? —preguntó Josie, levantando la voz. Ethan se encogió de hombros, sin siquiera tomarse la molestia de mirarla—. Te sentirás mal si no regresa —dijo cogiendo un libro de bolsillo que había sobre la cómoda de Ethan y arrojándolo de tal manera que hizo caer la revista de sus manos. Josie no pudo evitar reírse.

—¡Fuera de aquí, joder! —exclamó Ethan.

Cogió una de sus botas con puntera de acero y se la tiró. Pegó justo por encima de la cabeza de la niña y astilló un trozo del marco de la puerta.

Josie huyó a refugiarse en el baño y cerró la puerta con cerrojo. Ethan estaba muy raro últimamente. Se metía en peleas, bebía, llamaban a casa de la escuela, llamaba el sheriff. Ella nunca sabía qué esperar cuando se cruzaban, algo que no ocurría a menudo porque él se encerraba en su habitación casi todo el tiempo. Josie esperó hasta oír que Ethan abría la puerta y bajaba por la escalera antes de asomarse desde el baño.

A las cuatro y media de la tarde, Becky y su madre, Margo Allen, llegaron por el camino y Josie corrió a saludarlas, cerrando con estrépito la mosquitera tras ella. Becky tenía una larga cabellera negra y rizada de la que se quejaba constantemente y unos ojos marrones grandes y expresivos.

—Te cambio mi pelo por tu nombre —decía Becky siempre.

Josie habría hecho el intercambio con mucho gusto. Como todos los demás, pensaba que Becky era preciosa. En cuanto cumplió trece años, los chicos comenzaron a llamar a la casa de Becky y ella encontraba excusas cada vez más frecuentes para pasar tiempo con los chicos del pueblo y no con ella. Pero ese fin de semana sería diferente: Josie tendría a Becky para sí. Podrían hablar y reír y hacer todas las cosas que hacían antes de que la vida se complicara. Las dos se saludaron con chillidos y abrazos, y Josie cogió el saco de dormir y la almohada de su amiga.

—Dejaremos a Becky en tu casa el sábado por la noche cuando volvamos —dijo tímidamente Lynne Doyle, la madre de Josie, mientras se llevaba un mechón rebelde detrás de la oreja—; supongo que sobre las ocho.

Margo le pidió que dejara a Becky en casa de su padre.

—Ay, no sabía nada —dijo Lynne sorprendida, y luego vaciló. Josie no había dicho nada de la separación de los padres de Becky—. Cuenta con ello —agregó, y bajó la mirada.

Las dos mujeres permanecieron en un silencio incómodo por un momento hasta que finalmente Lynne habló de nuevo.

—Otro día de calor, pero por lo menos hay cierta brisa —dijo

mirando al cielo que el viento caliente había despojado de nubes. Cuando no se sabía qué decir, siempre se podía hablar del clima.

—Diviértete, Becky —dijo Margo, y abrazó a su hija—. Pórtate bien y hazles caso al señor y la señora Doyle, ¿vale? Te quiero.

—Lo haré. Yo también te quiero —murmuró Becky avergonzada por la muestra de cariño de su madre.

Las dos chicas corrieron a la casa, subieron al alegre dormitorio amarillo de Josie y tiraron al suelo el saco de dormir, la almohada y el bolso de Becky.

—¿Qué quieres hacer primero? —preguntó Josie.

—Ir a ver las cabras —respondió Becky; de pronto, se oyó un grito de furia fuera.

Las chicas fueron hasta la ventana abierta para ver qué era ese alboroto. Abajo, Margo se detuvo y abrió la puerta de su coche; Lynne se llevó la mano a la frente como en un saludo militar para protegerse los ojos del sol de la tarde. Ambas miraban hacia el granero.

Ethan salió primero, con la expresión ceñuda que siempre tenía últimamente. Lo siguió su padre, William. Puso su enorme mano sobre el hombro de Ethan, y lo hizo girarse para que quedara frente a él. La brisa caliente se llevó algunas palabras furiosas, pero "capullo" se escuchó con claridad. Margo miró con inquietud a Lynne, que sonrió disculpándose y murmuró algo sobre los adolescentes de hoy en día. Últimamente tenía que hacerlo con frecuencia. Ethan intentó liberarse de la mano de su padre.

—¡Cariño! —gritó Lynne.

Al ver que tenían compañía, él dejó caer su mano del hombro de Ethan. Al soltarlo súbitamente, Ethan perdió el equilibrio y cayó sobre una rodilla. William quiso ayudarlo a ponerse de pie, pero su hijo lo ignoró y se incorporó por sí solo.

William miró a su alrededor y levantó la mano para saludar a Margo. Ethan dio un respingo como si fuera a recibir un golpe.

—Vamos —dijo Josie apartando a Becky de la ventana—. Salgamos por detrás. —Parpadeó para contener las lágrimas de humillación. Eso era solo una muestra de la forma en que su padre y su hermano se trataban últimamente.

Ethan se había distanciado de su familia de manera abrupta, en una transformación instantánea. Dejó de hablar y, cuando lo hacía, era con gruñidos de enfado y resentimiento. Tenía una actitud abiertamente desafiante y se negaba a colaborar en los trabajos del campo.

—Tu hermano llamó "capullo" a tu padre —dijo Becky, y en un abrir y cerrar de ojos, las dos sucumbieron a un ataque de risa y ya no pudieron parar. Cuando una de ellas trataba de recomponerse, la otra susurraba "capullo" y ambas estallaban de risa otra vez.

Después de cenar, Lynne le pidió a Ethan que llevara un pastel que había horneado a la granja de sus padres, a un kilómetro y medio de distancia.

—Te vas directo allí y vuelves inmediatamente a casa —le ordenó.

Ethan puso los ojos en blanco.

—Ethan, no empeores las cosas —le advirtió Lynne.

Antes de que Josie pudiera escuchar la respuesta irrespetuosa de Ethan, las dos ya estaban fuera.

El lugar favorito de Josie en la granja era el techo rojo a cuatro aguas del granero, que tenía ochenta años y cada mañana la saludaba con su ancha cara roja. La nariz era la puerta del pajar; los ojos, las enormes ventanas superiores, y la boca era la entrada lo suficientemente grande como para que una camioneta pudiera atravesarla.

El granero olía a paja entibiada al sol y a aceite de tractor. A partículas de polvo y a cabras. Josie colocó forraje en los comederos de madera situados a lo largo del centro del granero. Llenó una pequeña cubeta con pélets mientras Becky corría de un rincón a otro buscando a una mamá gata y a sus gatitos; se habían escondido

muy bien y era imposible encontrarlos.

Josie y Becky salieron por donde el granero se comunicaba con un área cercada; allí, más de treinta cabras pasaban el día. Cuando oyeron el ruido de la cubeta contra la pierna de Josie, las cabras se acercaron corriendo con sus patas larguiruchas. Las chicas se inclinaron para llenarse las manos de alimento y las deslizaron por debajo de la cerca, con las palmas hacia arriba. A Becky le hacían gracia sus ojos alargados y los balidos que parecían humanos.

—Eh, ¿qué está haciendo tu hermano? —preguntó Becky.

Josie levantó la mirada y vio que Ethan se dirigía hacia su vieja camioneta con una escopeta en una mano; con la otra, hacía equilibrios con el pastel que debía llevar a sus abuelos.

—No lo sé, pero desde luego no es lo que debería estar haciendo —dijo Josie con las manos en las caderas.

—¡Qué suerte tienes de tener un hermano mayor! Es tan guapo… Vayamos a ver adónde va —dijo Becky sacudiéndose los restos de alimento de las manos; antes de que Josie pudiera detenerla, corrió detrás de Ethan.

—¿A qué le vas a disparar? —preguntó Becky sin aliento cuando pudo alcanzarlo.

—A las niñas que me persiguen y no cierran la boca —respondió él sin siquiera mirarlas.

—Ja, ja —dijo Josie, seria—. Ni siquiera es temporada de caza. ¿Sabe papá que llevas una escopeta a casa del abuelo?

—Puedo cazar palomas o marmotas y no, papá no necesita saber cada cosa que hago. Además, solo voy a tirar al blanco.

—Claro, no va a oír los disparos. Buen plan el tuyo, Ethan. —Josie miró a su amiga con una sonrisa de satisfacción, pero ella estaba centrada en Ethan.

—¿Podemos ir contigo? —preguntó Becky.

—Como quieras —murmuró él mientras colocaba con cuidado la escopeta en su soporte contra la ventana trasera.

Las chicas se subieron y Becky comentó lo limpia que se veía la camioneta. Abrió la guantera y hurgó entre las cosas, extrajo un paquete de chicles y una cajita de caramelos de menta.

—Se ve que te gusta tener el aliento fresco —dijo Becky, riendo.

Ethan se sonrojó. Becky sacó un muñequito de Linterna Verde que Ethan guardaba como amuleto y, hablando en voz baja, comenzó a hacer caminar la figura por el brazo de él.

—¡Ya basta! —dijo Ethan, y Josie se dio cuenta de que le gustaba la atención que Becky le dispensaba.

Su amiga no paró de hablar alegremente desde que Ethan salió a gran velocidad hasta que se detuvo delante del porche y la puerta roja de entrada.

—Lleva esto rápido y dáselo a la abuela —ordenó Ethan—. Y no te quedes cotorreando, que tengo prisa.

Josie saltó con torpeza por encima de Becky para salir de la camioneta y el pastel se ladeó peligrosamente. Para no enfadar a su hermano, hizo lo que le había pedido. Abrió sin llamar a la puerta y fue directamente a la cocina, donde sus abuelos, Matthew y Caroline Ellis, estaban terminando de cenar.

Se despidió a toda prisa y al volver a la camioneta vio que Becky se había acercado tanto a Ethan que sus piernas se rozaban. Josie subió a la cabina y antes de que pudiera cerrar la puerta, las ruedas ya estaban en movimiento.

En lugar de regresar a la casa, Ethan giró abruptamente a la derecha y tomó el camino de tierra que bordeaba el arroyo.

—¿Qué haces? —preguntó Josie—. Mamá dijo que volvieras directo a casa.

—Voy a tirar al blanco unos minutos —dijo Ethan mientras se acercaba a un grupo de abetos negros al oeste de la finca de sus

abuelos y aparcaba junto a una oxidada camioneta gris plata que estaba a un lado del camino.

—Cutter —dijo Ethan por la ventana abierta.

—Hola —respondió el muchacho elevando el mentón cubierto de granos.

Cutter era uno de los chicos con los que Ethan tenía prohibido juntarse.

—Quedaos aquí —les ordenó.

Josie y Becky lo ignoraron y bajaron del vehículo.

—Josie —dijo Ethan en tono de advertencia.

—¿Qué? —preguntó ella con inocencia y con los ojos bien abiertos. A su lado Becky contenía la risa.

—¿Para qué las has traído? —preguntó Cutter con un movimiento de cabeza hacia las chicas.

Nadie llamaba a Cutter por su nombre de pila. Era alto y corpulento, con el cabello muy claro y la piel muy bronceada por trabajar al sol en la granja familiar. Tenía las mejillas redondeadas y rellenas y una sonrisa fácil que, a primera vista, lo hacía parecer de temperamento tranquilo y alegre; sin embargo, si se lo observaba con más atención, sus ojos eran duros y revelaban más maldad que picardía.

—No somos niñas pequeñas —dijo Becky.

Cutter soltó una risotada que pegaba con sus ojos; miró a las chicas de arriba abajo y se concentró en el pecho de Becky.

—Puede que una de las dos no lo sea —dijo.

—Vamos, que solo tengo unos minutos —dijo Ethan, y cogió la escopeta del soporte para armas.

—¿Es la que te dio tu abuelo? —preguntó Cutter.

—Sí —respondió Ethan.

Sacó un viejo cubo de la caja de la camioneta y se alejó unos cincuenta metros. Todos observaron cómo la colocaba invertida sobre un tocón. Luego caminó hacia atrás y les dijo:

—Ahora, alejaos.

Cutter no se movió y las chicas retrocedieron tres pasos; Ethan colocó un cartucho en la recámara del arma y la cerró, se la puso al hombro con seguridad, colocó los pies y apoyó la mejilla contra la culata.

—Tápate los oídos —advirtió Josie, y Becky se llevó las manos a la cabeza.

Se oyó un estruendo y el balde cayó al suelo estrepitosamente.

Las chicas se destaparon las orejas; con una sonrisa triunfal, Ethan bajó la escopeta del hombro.

—¡Genial! —exclamó Becky.

—Bastante bien —aprobó Cutter, y le quitó el arma de las manos—. Ahora me toca a mí.

—¡Vamos! —dijo Josie tratando de llevar a Becky hacia la camioneta—. Esto es aburrido.

—No, yo quiero probar. —Un chispazo de celos sacudió a Josie.

Becky era su mejor amiga. La idea de que prefiriera pasar el rato con su hermano y con Cutter antes que con ella le provocó una oleada de envidia.

—No puedes disparar —dijo Josie—. Es peligroso.

—Vamos, Cutter —dijo Ethan—. Dispara de una vez. Tenemos que volver enseguida.

—Sí; las niñitas no deben jugar con armas grandes —acotó Cutter. Se llevó la escopeta a la entrepierna y movió la lengua de manera

insinuante.

—¡Qué asqueroso! —dijo Becky riendo.

—Sí, qué asqueroso —la imitó Josie.

—Lo entiendo, tienen miedo —dijo Cutter—. Tenemos que llevarlas a casa. Ya debe de ser su hora de dormir.

—No tengo miedo —masculló Josie.

—Bueno, entonces, hazlo. —Cogió el arma con el cañón hacia abajo y se la ofreció.

Josie se sintió tentada. No solía intimidarse ante un desafío, pero las armas eran algo diferente. Su padre les había taladrado el cerebro advirtiéndoles que las armas no eran juguetes. Les contó cómo ocurrían los accidentes por presumir descuidadamente o por los novatos que no respetaban el poder de las armas de fuego.

—No tengo ganas —dijo despreocupadamente.

—Tienes miedo —se burló Cutter.

—Yo no —intervino Becky—. ¿Puedo probar?

—Claro, ven aquí, te ensañaré. —Cutter le hizo señas para que se acercara.

Ella cogió la escopeta y, sorprendida por lo que pesaba, estuvo a punto de dejarla caer.

—¡Cuidado! —gritó Cutter—. ¿Quieres dispararle a alguien?

—Lo siento —dijo Becky nerviosa.

—Ven, te mostraré cómo se hace.

Cutter se puso detrás de la chica para coger la escopeta. Presionó su cadera contra la espalda de ella y deslizó sus brazos alrededor de la cintura de Becky, subiendo lentamente los dedos por debajo de la tela de la blusa. Becky intentó liberarse, pero Cutter la tenía

acorralada.

—Quiero que me enseñe Ethan. —Becky se liberó usando los codos y Cutter frunció los labios con expresión hosca.

Ethan se encogió de hombros y le mostró cómo debía sostener el rifle para mirar por la mirilla.

—Es mucho más pesado de lo que pensaba —dijo ella mirando el cubo que estaba en el suelo.

—Mejor no lo hagas —le advirtió Josie.

Miró a su alrededor temiendo que alguien pudiera verlas. Se meterían en problemas.

—Solo quiero sostenerla. —Su voz dejaba en claro que creía que Josie estaba actuando como un bebé.

—Anda —dijo Josie—, vuélate el pie. A mí no me importa.

Les dio la espalda y se dirigió a la camioneta para esperar el ruido de más disparos. Se oyó una explosión y Becky lanzó un grito de emoción.

Cutter le arrebató el arma.

—Me toca.

Cargó la escopeta y se la apoyó en el hombro, pero en lugar de apuntar al cubo, la dirigió hacia los árboles, moviéndola despacio de izquierda a derecha. Apretó la mandíbula y entornó los ojos antes de apretar el gatillo. Se oyó el disparo, un crujir de hojas y luego un ruido sordo de algo que había caído al suelo.

—Qué asco —dijo Becky—. Le has disparado a un pájaro. ¿Por qué lo has hecho?

Estaban demasiado lejos para ver de qué pájaro se trataba, pero era negro y de buen tamaño. Tal vez un cuervo o un buitre americano.

—Es un pájaro inútil, da igual —dijo Cutter—. ¡Ey! ¿Saldremos más

tarde? —preguntó.

Ethan le dirigió una mirada a su hermana:

—No, estoy castigado.

—¿Y cuándo te ha detenido algo así? —rio Cutter. Se dirigió a Josie y a Becky—: ¿Qué tal vosotras? ¿Queréis salir a jugar esta noche?

—No, gracias —dijo Josie poniendo los ojos en blanco.

Becky se ruborizó. Cutter rio, pero se lo veía sonrojado debajo del bronceado oscuro. Becky se restregó el hombro que se había golpeado con la culata al disparar.

—Ahí te saldrá un cardenal —dijo Cutter—. Quizás Ethan la bese para curarla.

—Cállate, Cutter —dijo Ethan arrebatándole el arma.

—¿Puedo probar otra vez? —preguntó Becky.

Otra vez, Ethan se puso detrás de Becky y ella le dirigió una sonrisa tímida. Con el mentón apoyado en el hombro de ella, la ayudó a apuntar. Fue justo en ese momento cuando William Doyle pasó lentamente en su camioneta.

—¡Ay, mierda, es mi padre! —exclamó Ethan quitándole la escopeta de la mano a Becky.

—Me piro —dijo Cutter, y corrió hacia su vehículo—. Te veré después.

Mientras William se daba media vuelta bruscamente, Cutter arrancó y salió disparado hacia el camino. William aparcó junto a la camioneta de Ethan, bajó de su vehículo y cerró la puerta con furia.

—¿Qué mierda estás haciendo? —preguntó.

—Ya íbamos a volver a casa —respondió Ethan como si nada malo sucediera.

—¡Me cago en la hostia puta! —dijo con los dientes apretados, y se acercó a su hijo—. ¿Qué cojones tienes en la cabeza?

—No es para tanto —dijo Ethan—. Hemos tenido cuidado.

—¿Cuidado? —repitió William, y un rubor rojo le subió por el cuello—. Ya te he dicho mil veces que no puedes dejar que otros disparen tu arma. Es peligroso. ¡Josie, Becky! —exclamó, volviéndose hacia las chicas—. Subid a mi camioneta.

—Lo siento —se disculpó Becky con lágrimas en los ojos. Josie le apretó la mano.

—Por Dios, papá —dijo Ethan—. La estás asustando.

—Dame la escopeta —ordenó su padre en voz más baja.

—No —respondió Ethan aferrándose a su arma con fuerza—. Es mía.

William quería arrebatarle el arma de las manos, pero sabía que podía provocar un accidente. Entonces, caminó hasta el vehículo de Ethan, abrió la puerta, sacó las llaves y se las guardó en el bolsillo.

—Josie, Becky, subid a mi camioneta ahora mismo —ordenó William.

Las chicas corrieron hacia el vehículo. Ethan movió la cabeza, enfadado, y las siguió, pero su padre lo detuvo con una mano en alto. Ethan se rio, pero luego comprendió que su padre no estaba bromeando.

—¿Quieres que vuelva a casa andando? —preguntó.

—Va a ser tu único medio de transporte durante mucho tiempo —respondió William.

—¿Vamos a dejar mi camioneta aquí? —preguntó con expresión incrédula.

—Exacto. Tu madre y yo vendremos a buscarla más tarde. Abrochaos los cinturones —les dijo a las niñas.

Ethan levantó el mentón con aire desafiante y miró a su padre a los ojos. Las manos de William se crisparon y, por un momento, pareció que iba a pegarle. En cambio, pasó junto a su hijo y subió a la camioneta. La puso en marcha, y cuando había recorrido unos veinte metros, se oyó una explosión que llenó el aire. Frenó en seco y se asomó por la ventanilla. Ethan los miraba, con el arma en la mano y una sonrisa desafiante.

William maldijo en voz baja y siguió conduciendo. Ethan comenzó a caminar con la escopeta en brazos. Josie y Becky se volvieron para mirarlo por la ventana trasera; a medida que se alejaban, Ethan se hacía cada vez más pequeño, hasta que se convirtió en un punto en el camino y luego desapareció.

Menos de ocho horas más tarde, William y Lynne Doyle estaban muertos, y Ethan y Becky, desaparecidos.

Capítulo 5

Tiempo presente

Wylie se llevó una mano helada y reseca a la cara y reprimió un grito. Un niño. Un niño yacía en el jardín delantero. Avanzó por la nieve hacia él y de inmediato perdió el equilibrio, cayó hacia adelante y frenó la caída con el brazo derecho. Sintió que el hueso cedía y esperó a oír el ruido de la rotura. Nada.

La linterna resbaló por encima del hielo, giró como la rueda de una ruleta hasta que finalmente se detuvo, iluminando al niño inmóvil con el haz de luz. Resplandecía como una escultura de hielo.

Wylie quedó tendida allí, a menos de dos metros de la cara del niño, momentáneamente aturdida. Tenía los ojos cerrados y el pulgar en la boca. De la cabeza le chorreaba sangre. No podía discernir si respiraba.

Con un gemido, se puso de rodillas utilizando solo la mano izquierda. Flexionó los dedos y el codo y revisó rápidamente su brazo derecho en busca de lesiones graves. Le dolía, pero no parecía roto. Se arrastró hacia adelante hasta quedar junto al niño.

No sabía qué hacer. ¿Debía intentar moverlo? Resultaba evidente que se había golpeado la cabeza, pero ¿y si también se había lesionado la columna? Tenía que pedir ayuda, pero ¿podría llegar hasta allí una ambulancia con esa tormenta? No le parecía probable.

—Ey —dijo quitándole una capa de hielo de la pálida mejilla. El niño no reaccionó. Wylie presionó un dedo debajo de su nariz. ¿Respiraba? No podía decirlo. Inspiró hondo e intentó pensar con lógica. No tenía conocimientos médicos, pero sabía que era fundamental llevar al niño adentro y darle calor o moriría congelado.

Pasó los brazos debajo de él y sintió alivio al ver que era fácil mover su cuerpo. No estaba rígido por el congelamiento.

Lentamente, comenzó a ponerse de pie. El niño debía de pesar unos quince kilos, era mucho más liviano de lo que ella había creído. Lo levantó de modo que su pecho quedara contra el de ella y la cabeza, contra su hombro; el dedo seguía firmemente insertado entre los labios.

Con el brazo dolorido le sostenía la nuca, mientras que con el sano cargaba gran parte del peso. Lo difícil sería llevarlo a la casa sin caerse.

Se encontraba a unos cincuenta metros del porche de entrada, pero le parecían un millón de kilómetros. Centímetro a centímetro, movió los pies hacia delante, apretando el cuerpo frío del niño, deteniéndose cada vez que sentía que la tierra se movía debajo de ella. Tas iba pegado a la cadera de Wylie y se detenía cuando lo hacía ella.

Miró por encima del hombro. El camino ya no se veía. Kilómetros de campos más allá del camino tragados por la tormenta. ¿De dónde había venido el niño? Nada podía sobrevivir allí fuera mucho tiempo.

Trató de alejar ese pensamiento y se concentró en la nieve bajo sus pies. A pesar de lo menudo que era, el chico era un peso muerto y Wylie comenzó a sentir dolor en el brazo sano. Contuvo el impulso de correr hacia la casa. No lograría llegar sin caerse. En cambio, se centró en dar un paso con cada respiración.

La luz acogedora de la casa servía como guía. La nieve caía en remolinos vertiginosos y los cubría de blanco.

—Resiste —susurró al oído del niño—. Ya estamos cerca. —¿Se había movido? ¿O era solo ella cambiando su peso mientras avanzaba con dificultad?

Pensamientos horribles invadían su mente. La mejilla fría del niño estaba apretada contra su cuello y Wylie temía estar cargando con un niño muerto en brazos. ¿Y si la ayuda no llegaba? Podía quedarse atrapada en la nieve durante días. ¿Cómo haría para estar encerrada en una casa con un cadáver hasta que llegara alguien?

Diez metros más y habrían llegado a la puerta. En el instante en que su pie hizo la transición desde la grava al sendero de cemento, Wylie supo que caerían al suelo. Con un grito, apretó el chico contra su cuerpo, sujetándole la cabeza firmemente con la esperanza de protegerla del impacto.

De algún modo, logró aterrizar sobre las rodillas y evitar que el niño golpeara contra el suelo. El impacto del cemento contra sus huesos le hizo sentir espasmos en las piernas. Los ojos se le llenaron de lágrimas de dolor e impotencia. No sabía cómo haría para ponerse de pie.

Tas la miraba con ojos cargados de reprobación. “Date prisa”, parecía estar diciendo. “No irás a rendirte cuando estamos tan cerca, ¿verdad?”.

La cabeza del niño se movió contra el hombro de Wylie y un suave gemido brotó de sus labios. Wylie estuvo a punto de echarse a llorar por el alivio. Estaba vivo. Volvió a distribuir el peso del cuerpo del pequeño y se puso de pie; los músculos le ardían de agotamiento. Sus vértebras lumbares protestaban bajo el peso del chico, pero ella siguió avanzando centímetro a centímetro hasta que por fin llegó a la puerta roja.

Con cuidado, bajó la mano de la cabeza del niño y giró el pomo para abrir la puerta. En cuanto la abrió, Tas la empujó para entrar primero. Respirando agitadamente, Wylie depositó al chico del otro lado del umbral, sobre la colorida alfombra. El pequeño emitió un suave gemido. Utilizando el pomo de la puerta como apoyo, Wylie se levantó, entró tambaleándose en la casa y cerró la puerta tras ella.

Corrió directamente a la cocina. Su móvil roto yacía sobre la encimera inservible. Wylie fue hasta el teléfono fijo, levantó el auricular y se encontró con el silencio del otro lado.

Esa era una de las desventajas de vivir en medio de la nada. Una tormenta de hielo y se perdían la conexión telefónica y el servicio de internet.

—Mierda —gruñó. Nadie iría en su ayuda esa noche.

Wylie necesitaba hacer entrar en calor al niño y verificar la gravedad de sus lesiones. Subió corriendo a la habitación y revolvió la maleta en busca de calcetines y una sudadera. Pensando que solo se quedaría en la casa de campo poco tiempo, no se había tomado la molestia de deshacerla. Pero los días se habían convertido en semanas y ella seguía allí. Tiró del edredón para llevárselo y volvió a bajar por la escalera.

El niño seguía tendido en la entrada, con los ojos cerrados y el pulgar en la boca; su pecho se elevaba y bajaba rítmicamente. Wylie soltó un suspiro de alivio y se acercó a él; sus botas de goma chirriaban contra la madera. El niño intentó abrir los ojos, pero se le volvían a cerrar. Se llevó una mano al corte que tenía en la cabeza y comenzó a llorar al ver que tenía sangre en los dedos.

Wylie se acercó cautelosamente y le habló con suavidad:

—Me llamo Wylie y te he encontrado en mi jardín —le dijo—. Te has hecho una herida en la cabeza. Mira, te voy a poner esto aquí. —Apretó con cuidado uno de los calcetines contra la sien del chico —. ¿Cómo te llamas? ¿Sabes cuánto tiempo estuviste fuera? Deja que vea tus manos.

El niño ocultó las manos detrás de la espalda. Seguramente tenía principio de congelación y Wylie no sabía qué hacer al respecto. ¿Tendría que meterle los pies y las manos en agua caliente? No le parecía lógico. Tenía una vaga idea de que había que hacer lo contrario: frotar la zona afectada con hielo. Pero… ¿y si se equivocaba y empeoraba las cosas?

—Tenemos que quitarte esa ropa mojada y darte calor —le explicó.

El niño seguía llorando. Wylie colocó la sudadera en el suelo junto a él.

—Quítate la ropa mojada y la pondré a secar, ¿quieres?

De repente, el niño se sentó y miró a su alrededor con ojos desesperados, como buscando una vía de escape. Su mirada se detuvo en la puerta de entrada.

—Es mejor que no salgas —se apresuró a decir Wylie—. Sigue nevando y está muy resbaladizo. ¿Fue así cómo te hiciste la herida en la cabeza? —Hizo un ademán hacia el corte que él tenía en la sien—. ¿Te golpeaste contra el hielo?

El niño no respondió, pero se puso de pie con dificultad. Parecía tener alrededor de cinco años; sus facciones eran afiladas y se veían acentuadas por el pelo rapado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Wylie—. ¿De dónde eres? —El niño no respondió—. Una vez que vuelva a funcionar el teléfono, puedo tratar de llamar a tu mamá y a tu papá.

Él seguía mirando hacia todos lados como un animal atrapado. Wylie no sabía si la estaba entendiendo. Temblaba dentro de la sudadera amplia y de tejanos demasiado cortos.

—Debes de estar congelado —dijo Wylie dándole voz a lo obvio—. Tienes que quitarte esa ropa. —Avanzó un paso hacia él y el niño dio un respingo como si se hubiera quemado—. Tranquilo —dijo ella de inmediato—. No te tocaré si no quieres.

No sabía qué hacer. No podía forzar al niño y no quería asustarlo más de lo que ya estaba.

—Sé que tienes miedo, pero te prometo que estoy aquí para ayudarte. Te he traído ropa seca y dejaré la manta sobre el sofá. —Levantó el edredón del suelo y lo colgó sobre el apoyabrazos del sofá—. Cuando te sientas cómodo, puedes cambiarte, sentarte aquí y calentarte.

Wylie caminó de un lado a otro por la sala. Un niño desconocido estaba de pie delante de ella, angustiado y herido. ¿Qué coño hacía un niño a la intemperie con ese frío y dónde estaban sus padres?

—De verdad necesito que me digas tu nombre —pidió Wylie, con una nota de pánico en la voz.

El chico tiritaba, pero no respondía. La piel de su cara tenía un color gris amarillento anormal. Wylie imaginaba que se le volverían negros los dedos y se le detendría el corazón por la hipotermia.

Tenía que quitarle esa ropa mojada. Avanzó lentamente hacia él. Extendió los brazos para levantarle la sudadera empapada y el chico emitió un alarido que la dejó helada y retumbó contra las paredes. Wylie logró sujetarlo de la manga de la sudadera y comenzó a tirar.

—Tienes que quitarte esa ropa mojada —dijo entre dientes—. Estás temblando. Te pondrás enfermo. Te ayudaré a cambiarte la ropa.

El niño se defendió. Su codo dio de lleno en la mejilla de Wylie; ella lo soltó y cayó hacia atrás.

—Estoy tratando de ayudarte —dijo, llevándose los dedos a la cara dolorida.

El niño se escondió detrás de un sillón y la espió por un extremo.

¿Por qué le salían tan mal estas cosas? Con Seth, nunca podía encontrar las palabras adecuadas para hacerlo sentir mejor. Y ahora, allí estaba ese niño desconocido, y ella, una vez más, solo empeoraba la situación. Sintió el ardor de vergüenza en el pecho.

—Muy bien —le dijo, y se puso de pie—. Quédate con tu ropa mojada, pero lo pasarás muy mal.

Le dio la espalda y se dirigió a la cocina. Probó a llamar otra vez. El teléfono seguía muerto. Tenía que hacer entrar en calor al niño. Revolvió en el armario hasta que encontró un paquete de cacao en polvo para hacer chocolate caliente.

Mientras llenaba el hervidor de agua y lo ponía a calentar, comprendió que había hecho las cosas mal. El chico seguía con la ropa mojada y ahora confiaba todavía menos en ella. Era comprensible: era una desconocida; por supuesto que estaba aterrado.

Conducir los cincuenta kilómetros hasta el hospital de Algona era imposible con esa tormenta. Tendría que encontrar la manera de cuidar del niño en la casa. Le lavaría las heridas y se aseguraría de que estuviera abrigado y cerca del fuego y lo mantendría hidratado y alimentado. No era un plan brillante, pero era un comienzo.

Abrió un sobre de cacao en polvo, lo dejó caer en una taza y añadió

el agua caliente. El chocolate caliente era bueno, ¿no? A todos los niños les encantaba el chocolate. Lo utilizaría como una ofrenda de paz.

El líquido caliente le salpicó la mano.

—Mierda —masculló.

No podía darle al chico una bebida tan caliente. Buscó unos cubitos de hielo en el congelador y los dejó caer dentro de la taza.

Llevó la taza humeante a la sala y miró hacia el sitio junto a la puerta donde había visto al niño por última vez. No estaba allí. Su mirada se detuvo en el sofá. Tas dormitaba allí, pero no había señales del pequeño. Revisó el comedor y abrió las puertas de los armarios. Fue al baño y volvió a la cocina.

El chico no estaba.

Capítulo 6

Unas florecillas crecían debajo de la ventana, lo que le daba un brillo violáceo a la habitación. Eran preciosas y ella imaginaba que olían a jalea de uvas. Deseaba poder recogerlas para su madre. No se sentía bien y la niña pensaba que las flores podrían alegrarla.

En cambio, coloreó un dibujo de las flores. El único problema era que había perdido su pintura naranja, por lo que no podía dibujar las partes puntiagudas que asomaban por el medio.

—¿Cómo se llaman? —preguntó la niña.

—No me acuerdo —dijo su madre desde el sofá.

Llevaba tumbada allí mucho tiempo y durante el día se quedaba dormida muy a menudo. La niña tenía cuidado de no hacer ruido y pasaba el tiempo pintando y viendo libros de la pequeña librería que estaba junto a la cama.

A la hora de la cena, la niña revisó los armarios en busca de algo que pudieran comer. Encontró un paquete de pan y sacó dos rebanadas que colocó en la tostadora.

—Ay, Dios —dijo su madre, arrastrándose de la cama al baño.

Su padre entró y encontró a la niña esperando que el pan saltara de la tostadora y a la madre con arcadas en el baño.

—¿Qué pasa? —preguntó. Cogió una de las rebanadas de pan y le dio un mordisco.

La niña hubiera querido quitárselo. Era para su madre. La ayudaba a sentirse mejor. Su madre salió tambaleándose del baño, pálida y débil.

—¿Estás embarazada? —preguntó su padre cuando ella le dio la noticia —. ¿Cómo es posible? —Estaba impactado, pero también algo enfadado. La niña se acercó más a su madre.

—Del mismo modo que cuando me quedé embarazada las tres primeras

veces —respondió con expresión de impaciencia y cruzó los brazos sobre el abdomen.

Su padre se marchó dando un portazo furioso. La niña puso otra rebanada de pan en la tostadora.

—Tuve dos niños antes que tú, ¿lo sabías? —preguntó su madre con esa expresión distante en los ojos que últimamente era tan frecuente en ella.

El primero, un varón, había nacido demasiado pronto. Su madre estaba sola en casa y de repente sintió como si alguien le estuviera clavando puñales en el estómago.

—No sabía qué hacer —dijo su madre—. Me quedé en la cama durante horas, sin comprender qué sucedía y, luego, de pronto, lo sentí venir. Fue como si me hubieran dado vuelta el cuerpo de dentro hacia fuera. Y llegó él. ¡Era tan pequeñito! —Su madre separó las manos unos treinta centímetros—. Y azul. Tenía la piel de un color azul muy extraño, como un cardenal antiguo. Yo estaba tan débil y dolorida que no podía salir de la cama. Me dormí, y cuando desperté, tu padre había regresado. Se llevó al bebé.

La niña le había preguntado a su madre qué le había sucedido al bebé y ella frunció los labios y movió la cabeza.

—Murió. Era demasiado pequeño. Tu papá lo llamó Robert. Y, un año más tarde, nació otro varón, todavía más pequeño. Su nombre era Stephen.

—¿Y luego llegué yo? —preguntó la niña.

—Sí, luego llegaste tú —respondió su madre—. Y yo le dije que esta vez el bebé iba a vivir y el nombre lo elegiría yo. Y te di el nombre más hermoso del mundo.

La niña sonrió. Era un nombre precioso.

Capítulo 7

Agosto de 2000

Josie se sentía mortificada tras la escena vivida entre su hermano y su padre, y ya de vuelta en casa, para distraer a Becky del drama familiar, le propuso ir en busca de su perro.

Comenzaron a caminar lentamente por el camino polvoriento. La granja estaba situada en una hondonada al fondo de un valle; cuando llegaron a la cima del camino, pudieron ver kilómetros de paisaje. Los campos de alfalfa, de soja y de maíz eran como parches amarillos y verdes en un interminable edredón que cubría la tierra. Los caminitos de grava gris parecían las costuras y el arroyo Burden era como un desgarro irregular en la tela.

Se turnaron para llamar a Rosco. Sus voces sonaban severas y, por momentos, hacían callar el zumbido de los grillos y el agudo piar del gorrión chicharra escondido entre los algodoncillos y otras malezas. Josie estaba nerviosa. Rosco nunca desaparecía durante tanto tiempo. Se le aparecían imágenes del perro tendido a un lado del camino, atropellado por la camioneta o el tractor de un granjero desprevenido.

—Me pregunto dónde estará Ethan —dijo Becky mirando hacia ambos lados del camino.

Josie se preguntaba lo mismo. Ya tendría que haber llegado a la casa.

—A quién le importa —dijo Josie, aún enfadada con su hermano por haberles arruinado la velada.

Becky se encogió de hombros.

Sin prisa, recorrieron de arriba abajo los caminos de grava y tierra, pasaron junto a la pocilga nueva de los Cutter y por la vieja granja de los Rasmussen, hasta llegar a la propiedad de los Henley. Al sol, que las acompañaba en su recorrido, todavía le faltaban unas horas

para ocultarse.

Describir la propiedad de Henley como una granja era un acto de generosidad. Las tierras de cultivo habían sido vendidas mucho tiempo atrás, y todo lo que quedaba a nombre de los Henley era una casa de campo de dos pisos desgastada por el viento, sobre un terreno miserable repleto de vehículos oxidados. El granero semiderruido y algunos cobertizos rebosaban de lavadoras averiadas, herramientas de campo y cortadoras de césped destartaladas.

Las chicas se acercaron a una mujer que sostenía un cigarrillo apagado en una mano y un cubo en la otra, y caminaba por el terreno lleno de malezas.

June Henley era una mujer de sesenta y un años, toda tendones y fibra; con su vestido de estar por casa, sus chancletas y su sombrero rosa con el ala levantada que cubría su calvicie, resultaba toda una curiosidad para las chicas. Aunque la mayoría de los vecinos se conocían entre sí, hasta el momento Josie no se había cruzado con June ni con su hijo adulto, Jackson, que vivía con ella. Josie se presentó tímidamente e hizo lo mismo con Becky y le explicó que estaban buscando a su perro perdido.

June les informó que había perros vagabundos que deambulaban todo el tiempo por su parcela, y que podían entrar a echar un vistazo.

—Mi hijo anda haciendo cosas por allí, así que no os acerquéis a los cobertizos.

Las chicas le dieron las gracias y comenzaron a explorar ese terreno de dos hectáreas repleto de lo que a muchos les habría parecido basura. Curiosamente, estaba bien organizado; eran colecciones clasificadas en largas filas con malezas que brotaban entre los pasillos de tierra.

Una de las filas estaba dedicada a maquinaria agrícola antigua; tractores, rastrillos para heno, distribuidoras de estiércol, sembradoras; otra fila, a camionetas viejas, y otra más, a ruedas en desuso.

—Mira toda esta basura —dijo Becky maravillada—. ¿Qué harán con todo esto?

—Probablemente lo vendan —dijo Josie encogiéndose de hombros —. A mi abuelo le gustan las cosas viejas como estas.

Llamaron a Rosco, pero solo consiguieron que apareciera un gato atigrado y sarnoso y que una comadreja despertara de su siesta. El animal les mostró los dientes e hizo que las chicas gritaran y se aferraran una a la otra.

Riendo, nerviosas, vieron como el animal corría hacia el matorral arrastrando polvo con su larga cola.

Las chicas se separaron por un momento. Becky giró hacia el pasillo la maquinaria antigua y Josie se desvió hacia la montaña de ruedas viejas.

Minutos después se encontraron al final de una de las filas. Josie miró hacia atrás y vio a un hombre alto y flaco que las observaba. Sintió temor en la boca del estómago.

—¿Quién es ese? —preguntó Josie.

Becky levantó los hombros.

—Creo que es el hijo de esa señora; solo quería saber qué estábamos haciendo.

—Tiene un aspecto siniestro —observó Josie.

—Olía mal —Becky frunció la nariz y ambas se rieron.

Regresaron hacia la casa de los Henley y saludaron con la mano a June, que estaba sentada en los escalones del porche. Josie vio por encima del hombro que el hombre seguía mirándolas y aceleró el paso. Cuando estaban saliendo de la finca, Josie advirtió que Becky llevaba un trozo de tela enrollado en la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Nada —respondió Becky, y lo tiró al suelo.

Emprendieron la caminata de tres kilómetros hasta la casa de los Doyle y se detuvieron en el arroyo Burden. Caminaron con cuidado por la orilla empinada al borde del agua. Debido a la falta de lluvia, el arroyo estaba mucho más bajo que de costumbre y el hedor a peces muertos era penetrante.

Apestaba, sí, pero era parte de la vida en el campo. El aroma a heno cortado se mezclaba con el del estiércol de vaca. El perfume limpio y fresco de la ropa recién recogida del tendedero de repente se ahogaba bajo el olor agrio e intenso que venía del corral de cerdos cercano.

Josie y Becky caminaron por la orilla gritando el nombre de Rosco y se detuvieron para cazar ranitas con motas castañas que croaban y saltaban en el agua poco profunda. Becky se rio al ver que la pegajosa criatura se escurría entre sus manos.

Eran casi las ocho de la tarde, y aunque el sol ya se estaba poniendo detrás de los árboles, la temperatura se mantenía en más de veintiséis grados y el aire era pesado y húmedo. Los mosquitos zumbaban en sus oídos y las persiguieron hasta que subieron al puente limpiándose las manos embarradas en los pantalones cortos.

Cuando llegaron a la parte alta de la orilla, vieron una camioneta aparcada a un lado del camino. A Josie le pareció que era blanca, pero con el reflejo del sol que bajaba podría haber sido de cualquier color claro.

—¿Quién es? —susurró Becky.

—No lo sé, pero creo que es la misma camioneta que he visto hace un rato.

Josie miró a ambos lados del camino. Estaba desierto. Por las ventanas mugrientas pudo ver la sombra de alguien con un abrigo oscuro y una gorra colocada tan baja que le cubría la frente y los ojos. Hacía mucho calor para estar vestido de esa manera.

Por primera vez sintió una oleada de miedo.

—Vamos —le dijo a Becky tirándole de la mano.

—¿Quién es? —preguntó Becky otra vez—. ¿Es ese siniestro de Cutter?

—No creo, pero no podría asegurarlo —respondió Josie—. Vamos, ya está oscureciendo.

A sus espaldas, el motor de la camioneta cobró vida repentinamente; las chicas gritaron y, cogidas de la mano, comenzaron a correr, dirigiendo ocasionales miradas hacia atrás; sus pies levantaban polvo e iban dejando una nube gris a modo de estela.

Lynne acababa de recoger la ropa de la cuerda, cuando vio que Josie y Becky corrían hacia ella por el camino de entrada. Al ver sus caras de terror, dejó caer la canasta en el césped y corrió hacia ellas.

—¿Qué ha pasado?

—Un hombre. En una camioneta —dijo Josie tratando de recuperar el aliento—. Por el camino de grava.

—¿Os ha molestado? —preguntó Lynne, estudiando sus caritas sudadas y enrojecidas—. ¿Estáis bien?

Las chicas asintieron.

—Estaba sentado allí, mirándonos —dijo Becky.

—¿Pero no dijo nada ni os hizo nada? —preguntó Lynne.

—No —admitió Josie—. Pero era raro.

—Es probable que no haya sido nada; tal vez un vecino revisando sus cultivos —las tranquilizó Lynne—. Vamos adentro; os daré algo fresco de beber.

Entraron a la cocina y Lynne sacó una jarra de limonada de la nevera.

—Por casualidad no habréis visto a Ethan por ahí, ¿verdad? —preguntó Lynne mientras le servía un vaso a cada una.

Trataba de sonar natural, pero había una pizca de preocupación en su voz.

—Ahora no, le vimos antes —dijo Josie tras beber un gran sorbo.

Lynne apoyó las manos sobre la encimera y estiró el cuello para mirar por la ventana que estaba encima del fregadero.

—Qué chico… —suspiró angustiada—. ¿Tienes idea de lo que le pasa? —preguntó mirando a Josie con preocupación.

La niña se encogió de hombros.

—Debe de ser ese imbécil de Cutter —dijo Becky, y Josie le dio un puntapié por debajo de la mesa.

—Sí —murmuró Lynne.

—Nos vamos arriba —dijo Josie, y dejó su vaso en el fregadero.

—Sé que queréis estar hablando toda la noche, pero tratad de no acostaros muy tarde —les recordó—. Mañana queremos salir sobre las seis.

—Bueno, hasta mañana, mamá —dijo Josie, pero Lynne la detuvo cogiéndola de la coleta.

—No tan rápido. No me digas que eres demasiado mayor como para darme un abrazo y un beso de buenas noches, ¿verdad?

Josie miró a Becky, que estaba esperando en el pasillo y se estudiaba las uñas atentamente. En retrospectiva, Josie deseó haberle dado un largo abrazo a su madre, haberse tomado el tiempo suficiente para recordar el cosquilleo que le provocaba la cascada de pelo abundante de su madre cuando la abrazaba. Pero no lo hizo; le dio un abrazo corto y se escabulló antes de que le besara la frente como lo hacía cada noche.

—Buenas noches, papá —gritó cuando pasaron deprisa por la sala y subieron ruidosamente las escaleras.

—Hasta mañana —respondió él soñoliento.

Más tarde, Josie lamentaría no haberse acercado a darle las buenas noches y no haberse acurrucado en él en su desvencijado sillón, sintiendo cómo sus patillas crecidas le raspaban la cara.

Las chicas desplegaron los sacos de dormir y se tumbaron sobre ellos. El calor era pesado como un edredón grueso.

Desde la planta baja se oían risas metálicas de un programa de televisión y unos pasos suaves en la cocina, luego el acelerador de una camioneta y el rechinar de ruedas en la grava. Hablaron de la feria, del próximo año en la escuela, de los chicos. Becky le preguntó si Ethan tenía novia. Josie le dijo que sí, pero no era verdad. Ethan había tenido problemas con una chica y desde entonces, no había salido con nadie más, pero no quería decírselo a Becky.

La conversación viró hacia la música y las películas; el ventilador soplaba aire reciclado sobre sus cuerpos. Las palabras se hicieron más lentas y los ojos comenzaron a pesarles.

Se escuchó un portazo que sobresaltó a Josie; Becky ahogó una exclamación asustada.

Unas voces entremezcladas se elevaban y bajaban.

—¿Dónde has estado? —preguntó William tajante. Hubo un murmullo por respuesta y luego pasos pesados en la escalera—. No puedes entrar y salir a tu antojo —continuó—. Mucho menos con una escopeta en la mano. Dámela ahora mismo.

—Me obligaste a dejar mi camioneta —replicó Ethan—. No pensaba dejar la escopeta allí. ¡Además, estamos varados en medio de la nada! —gritó el muchacho.

—Te he preguntado dónde has estado —dijo William con firmeza.

Se hizo un silencio y Josie imaginó que estarían enfrentados, mirándose con furia. Por fin, Ethan habló.

—Estaba en la laguna, ¿sabes? ¿A qué otro sitio podría ir?

—A ninguna parte, durante mucho tiempo —replicó William.

—¡Como si alguna vez fuera a algún lado! —dijo Ethan de mala manera.

Se habían acercado a la puerta de la habitación de Josie.

—¡Shh! —Se oyó la voz de Lynne—. Vais a despertar a las niñas.

—El padre de Kara Turner ha llamado otra vez. —William bajó la voz, pero era imposible no oírlo.

Kara Turner era la chica con la que Ethan había estado saliendo durante un tiempo. Tenía quince años y era bonita y callada, pero el romance no duró mucho. Al padre de Kara no le agradaba Ethan. No aprobaba su actitud, no le gustaba lo que se decía de ese chico de dieciséis años que no paraba de llamar y de aparecer en la puerta de su casa. Pero Ethan insistía y se presentaba allí en las pocas ocasiones en las que William le encargaba que fuera a hacer algún recado al pueblo. El padre de Kara había llamado para decir que no querían saber nada de Ethan.

—Ethan, tienes que dejar a Kara en paz —dijo Lynne con voz cansada.

—¡No es problema vuestro! ¿Por qué no me dejáis en paz?

—No podemos dejarte en paz. No podemos —dijo William con exasperación—. Esto es serio. Aléjate de ella. Los Turner están recibiendo llamadas y nadie habla al otro lado de la línea.

—No soy yo —insistió Ethan.

—Alguien llama y los Turner piensan que eres tú —respondió William—. Amenazan con llamar a la policía.

—Es mentira —dijo con Ethan con los dientes apretados—. Y vosotros lo sabéis.

—Lo que sí sé es que últimamente has estado tomando decisiones poco sensatas —dijo Lynne—. Kara, conducir por el campo de béisbol…

—Ese fue Cutter —interrumpió Ethan—. Ni siquiera conducía yo.

—Y, hasta que me demuestres que has madurado —continuó William—, haremos algunos cambios por aquí. Dame el arma.

—¿Qué dices? ¿Piensas que puedo dispararle a alguien? —exclamó Ethan con tono burlón—. La escopeta es mía; me la regaló el abuelo —añadió.

—No tiene gracia —dijo Lynne—. No hagas bromas con eso.

—Cuando me demuestres que puedes usarla responsablemente, te la devolveré. Hasta entonces, será mía.

—No —dijo Ethan, desafiante.

—Entrégamela —dijo William, y se oyó un forcejeo.

—¡Suéltame! —gruñó Ethan, y el cuadro que colgaba en la habitación de Josie tembló por el impacto de los cuerpos contra la pared—. No me toques —continuó, respirando con dificultad—. ¡Es mi arma!

Se escuchó el golpe de una puerta. Otra se cerró con suavidad. Las voces de Lynne y William discutieron en susurros.

—Perdona —susurró Josie.

—No te preocupes —dijo Becky—. Mis padres también discuten.

Fuera, las luciérnagas titilaban y las cigarras cantaban.

Josie escuchó que su madre llamaba a Rosco y pensó en Ethan, que seguramente estaría en su habitación masticando su furia. Se preguntó qué habría estado haciendo durante toda esa tarde, por qué había estado tan misterioso últimamente. ¿Qué ocultaba su hermano?

Capítulo 8

Tiempo presente

Wylie subió la escalera a toda velocidad y revisó cada una de las habitaciones. Cuando estaba corriendo la cortina del baño, un pensamiento horrible le cruzó por la mente.

—Mierda —susurró, y volvió a bajar corriendo. Abrió la puerta principal y entró una ráfaga de viento acompañada de un remolino de nieve. Escudriñó la pared de blanco. La tormenta había intensificado su furia. No podía ver más allá del escalón del porche —. Dios mío —murmuró. El niño no sobreviviría mucho tiempo allí fuera.

Inspiró hondo y trató de pensar. Tenía que estar en algún sitio dentro de la casa. Comenzó de nuevo y revisó armarios y detrás de las puertas. Por último, miró detrás del sofá y encontró al niño acurrucado contra la pared. Vestido con la sudadera que ella le había llevado, dormía profundamente, con el pulgar en la boca. En el suelo junto a él estaba el montón de ropa mojada.

Wylie fue hasta la puerta de entrada y echó el cerrojo. Alejó el sofá medio metro de la pared para darle más espacio al niño y se arrodilló junto a él. Tenía la cabeza apoyada en el suelo en un ángulo incómodo. Wylie buscó un cojín y se lo colocó debajo de la cabeza. El niño apenas si se movió. La palidez de su piel era alarmante y tenía un sarpullido extraño y rojo que le rodeaba la boca y subía hacia sus mejillas. El corte en la sien había dejado de sangrar, pero se veía algo amoratado e hinchado. Las puntas de sus dedos, que asomaban por debajo de la manta, estaban cerosas y duras. En los bordes curvos de sus orejas se habían formado pequeñas ampollas. Principio de congelación.

El niño tiritaba en sueños y Wylie cogió el edredón del sofá y lo arropó. Era delgado, demasiado delgado.

Wylie tenía muchas preguntas. ¿Cómo había ido a parar allí? ¿De quién era ese niño? Debería esperar para conseguir respuestas. Por

lo visto, tendría un huésped de una noche.

Recogió la ropa mojada del niño. Hizo una mueca de desagrado cuando sintió el olor a moho y humedad que brotaba de las prendas. Revisó los bolsillos con esperanza de encontrar algo que pudiera servir para identificarlo. Lo único que había era un pequeño muñeco de un superhéroe. Dejó el juguete en la encimera de la cocina y luego metió las prendas en la lavadora.

Echó más troncos al fuego. La madera crujía y chisporroteaba y las llamas bailaban. Fuera el viento aullaba y sacudía la casa; las luces parpadearon y luego se estabilizaron nuevamente.

Se sentó en el sofá junto a Tas. Estaba agotada, pero no podía dejar de pensar en cómo habría llegado el niño hasta allí. Con ese tiempo, parecía imposible que un niño vestido de esa manera pudiera caminar dos kilómetros desde la casa más cercana hasta el jardín delantero de la granja. Tenía que haber llegado desde el camino. Tal vez había ocurrido un accidente de tráfico.

Subió a la primera planta y fue hasta una ventana que daba al jardín. Quería ver si podía descubrir algún indicio de lo que pudiera haber ocurrido. Los árboles parecían de otro mundo; sus ramas afiladas brillaban y se curvaban bajo una capa pesada de hielo. El camino que llevaba hasta la carretera de grava más allá de la finca se perdía en una niebla blanca.

¿Cuánto habría tenido que caminar antes de caer delante de la casa? No podía haber sido una gran distancia. La visibilidad era nula y él era muy pequeño como para caminar solo muchos metros. Tal vez algún coche se había salido del camino cerca de la casa.

Wylie volvió a bajar; se abrigó con la parka de plumón y se calzó unas botas con clavos en las suelas que, con suerte, la mantendrían anclada al hielo e impedirían que resbalara.

Miró al niño que dormía y sopesó la idea de despertarlo para decirle que salía. Dormía tan profundamente que decidió dejarlo descansar. Con suerte, no despertaría ni se asustaría en su ausencia.

Cogió una linterna y sus bastones de caminar con punta afilada para

el hielo. Fuera, el aire gélido cortaba la respiración, pero al menos el viento había amainado un poco.

Había tres centímetros de hielo; dio un paso cauteloso fuera de la puerta y soltó un suspiro de alivio cuando sus pies no resbalaron. Estaba a unos sesenta metros del camino, pero el avance sería lento; con ayuda de las botas con clavos y los bastones esperaba poder mantenerse erguida.

Avanzó metódicamente; el tap-tap de las puntas de los bastones al hundirse en la nieve y golpear contra el hielo era como un ritmo de percusión que la impulsaba hacia delante. Sostener la linterna y los bastones le resultaba incómodo. La luz de la linterna se sacudía vertiginosamente con cada paso. Llegó al sitio donde había encontrado al niño. Parecía que nunca hubiera estado allí. Las huellas y el hueco producido por el cuerpo ya estaban cubiertos de nieve fresca.

Para cuando llegó a la mitad del camino, Wylie respiraba agitadamente y sudaba debajo del abrigo. Contuvo el impulso de quitarse el gorro de punto y se volvió para mirar hacia la casa y el granero a través del velo de encaje de la nieve.

Desde ese punto más alto, tenían un aspecto mágico. De los aleros colgaban carámbanos plateados y el techo estaba cubierto por una capa azucarada de nieve. El humo subía caracoleando desde la chimenea y las ventanas brillaban con luz cálida: con razón el niño había intentado llegar allí.

Miró el cielo gris como el hierro. Caían copos suaves en círculos perezosos. No se veían halcones buscando roedores en los campos vacíos, ni alondras de canto agudo y delicado. El aire estaba silencioso, salvo por el sonido de su propia respiración. Todas las criaturas silvestres habían buscado refugio ante las inminentes tormentas. Tenía que darse prisa.

Cuando llegó al final del sendero, pasando la barrera de pinos, vio huellas de neumáticos; un vehículo había pasado por allí recientemente. Las huellas profundas que zigzagueaban por el camino ya se estaban llenando con nieve fresca. Al conductor le estaba costando mantenerse sobre el camino. Wylie movió la

linterna de lado a lado para iluminar las cunetas cargadas de nieve y hielo. No había ningún vehículo. Se levantó viento y un trozo de tela blanca, sucia, voló hacia ella y se le adhirió al pantalón.

Wylie despegó la tela. Era del tamaño de una toalla pequeña de mano; estaba gastada, sucia y cubierta de descoloridos conejitos. Le recordaba una mantita que había tenido de pequeña. La había arrastrado tanto que había quedado fina como papel de seda. Se la llevó a la nariz. Olía a humedad y a humo de leña. Tal vez perteneciera al niño o tal vez fuera basura que había a un lado del camino. La guardó en el bolsillo.

Algo rojo en la nieve le llamó la atención y su respiración se aceleró. ¿Sería sangre? Wylie apuntó la linterna al suelo delante de ella. Más manchas rojas relucían debajo de una fina capa de nieve. Se inclinó para ver mejor y pasó la mano sobre la nieve, esperando que se manchase de rosa. No era sangre. Eran esquirlas de lo que parecía ser una luz trasera rota y estaban desparramadas por la nieve. Más adelante se veía un rastro de restos de plástico imposibles de identificar y más trozos de cristales.

Sin duda, un accidente de tráfico, pensó luchando contra el viento. Cada vez que intentaba recuperar el aliento, una ráfaga gélida se lo robaba otra vez.

Dio unos pasos más y vio más restos. Se agachó y recogió pedazos de un espejo retrovisor lateral. Vio su cara, entumecida por el frío, reflejada en el vidrio rajado. Su imagen distorsionada, tan asustada como ella, le devolvió la mirada.

El viento huracanado había formado altas dunas con la nieve recién caída. Wylie apresuró el paso, caminó varios metros y llegó al punto donde parecía que un vehículo se había despistado del camino por primera vez: vio nieve intacta donde debió de salir por los aires un instante tras chocar contra un poste de teléfono, y luego un tajo en el suelo cubierto por un mosaico de cristales rotos.

Dos metros más adelante encontró lo que buscaba. Una camioneta negra dada vuelta, con las ruedas hacia arriba, dentro de una cuneta profunda al borde de un campo.

Utilizando los bastones para mantener el equilibrio, descendió con cuidado a la cuneta y rodeó los hierros retorcidos y los neumáticos cubiertos de hielo. Frotó los dedos enguantados contra la ventana trasera, pero una capa fina de hielo y nieve le impedía ver el interior.

La puerta del conductor estaba abierta y atascada por la nieve. Huellas de zapatos pequeños se alejaban de la camioneta. Wylie se aferró al vehículo para pasar hacia el otro lado y se hundió en el hielo hasta las rodillas.

—Mierda —masculló, y trató de quitarse la nieve de dentro de la bota, pero solo empeoró las cosas.

Caminó por la nieve y se agachó para mirar por la puerta abierta. El parabrisas delantero estaba surcado grietas en forma de telaraña y se veía lo que parecían ser manchas de sangre.

Giró el cuello para ver si había alguien en el asiento trasero. Solo latas de cerveza vacías. ¿El conductor había estado bebiendo con un niño en el coche? ¿Era ese el motivo de las huellas zigzagueantes? Al principio, había creído que el hielo en el camino había causado el accidente, pero, por lo visto, podía tratarse de algo más.

Terminó de buscar alrededor del vehículo. La nieve congelada debió de sostener el peso del niño cuando caminó hasta la casa de Wylie con sus zapatillas de tenis. Qué frío debió de sentir. Si ella hubiera salido una hora más tarde, seguramente se habría encontrado con su cadáver.

¿Dónde podía haber ido el conductor? ¿Dejaría un padre o una madre a su hijo solo en un coche destrozado aun si fuera para ir en busca de ayuda? ¿O habría sido el niño el que había intentado buscar ayuda?

Miró hacia su casa y vio un brillo tenue en la oscuridad. Desde el punto de vista del niño, tras la partida del adulto, las luces habrían sido como un faro acogedor.

Wylie retrocedió por donde había caminado, buscando señales del conductor; se mantuvo en la cuneta y en la tierra levantada por el

derrotero del vehículo. La cuneta la protegía parcialmente de la fuerza creciente del viento, pero sentía ardor en la cara por el frío. Pasó por encima de más restos semienterrados en el hielo y la nieve. Un paquete casi vacío de pipas de girasol, más latas de cerveza, cristales rotos y envoltorios de comida rápida enganchados en los matorrales congelados. Siguió caminando.

Entonces lo vio, asomando por encima de la nieve en el campo desierto: un trozo rojo de tela. Wylie avanzó con dificultad por la nieve que le llegaba hasta las rodillas, sintiendo que le quemaban las piernas por el esfuerzo. Se detuvo cuando vio el resto de la figura. La conductora de la camioneta, o una pasajera, había salido despedida del vehículo cuando este se había salido del camino.

La mujer yacía boca abajo al borde del campo nevado, enganchada en una maraña de alambre de púas que había sido arrancado del poste. Tenía la frente apoyada sobre un antebrazo flexionado; el otro brazo estaba extendido como buscando una cuerda salvavidas. El pelo largo de la mujer, cubierto por nieve fina como azúcar, se abría hacia afuera en mechones que parecían serpientes congeladas en posición de ataque. La mujer estaba completamente inmóvil.

Wylie se acercó lo más rápido que pudo, respirando agitadamente; su aliento se elevaba en nubecitas blancas. Cuando estaba a unos diez metros, pudo ver lo enredada que estaba la mujer. El alambre se le había enrollado alrededor de las piernas y las púas afiladas le habían rasgado la ropa y la carne, dejando la piel ensangrentada a la vista.

—Joder —murmuró.

Tuvo que bajar a zanja llena de nieve, cruzarla y subir por el otro lado para llegar a la mujer. Avanzó con cuidado, sabiendo que un paso en falso podía hacer que se rompiera un tobillo o se torciese la rodilla.

Cuando terminó de cruzar la cuneta, la mujer seguía sin moverse y Wylie temió lo peor. Se arrodilló a su lado y apoyó la linterna en el suelo para que apuntara hacia la mujer herida. Se tendió junto a ella, que estaba boca abajo, y le quitó suavemente la nieve de la cara, lo que dejó al descubierto un gran corte en la frente y un ojo

muy hinchado. Estaba en malas condiciones. Tenía que sacarla de allí.

No veía el modo de hacerla girar sin herirla todavía más; lo mejor que podía hacer era quitarle toda la nieve posible de la cara.

—¿Me escuchas? —le preguntó mientras se quitaba los guantes y presionaba los dedos contra el cuello de la mujer, con la esperanza de encontrar un pulso—. Encontré al niño. Está a salvo. —Ninguna reacción—. Por favor. Por favor, que no esté muerta. —Intentó silenciar el rugido en sus oídos para aquietar sus dedos temblorosos.

Entonces, lo sintió: un latido apenas perceptible bajo sus dedos.

—Ay, gracias a Dios —suspiró.

La mujer emitió un quejido suave.

—Estoy aquí. Me llamo Wylie y voy a ayudarte. He encontrado al niño, está bien. ¿Hay alguien más?

La mujer tardó unos segundos antes de negar con la cabeza.

Entonces, ¿solamente ella y el niño habían sufrido el accidente? Wylie no sabía si creerla, pero ¿por qué iba a mentir? Recordó la forma extraña en que se había comportado el niño en cuanto había recobrado la conciencia en la casa. Le había hecho pensar en un animal atrapado, desesperado por huir. ¿Esta mujer sería su madre u otra persona?

—Bien, voy a ayudarte a salir de aquí —dijo; volvió a colocarse los guantes, empujó cuidadosamente el alambre hacia abajo y pasó por encima. Se arrodilló otra vez y comenzó a tratar de liberar a la mujer. Las púas se le hundían en el pantalón y rompían la tela, desgarrando también la piel. Gotas brillantes de sangre ensuciaban la nieve fresca.

Wylie sentía las puntas afiladas a través de los guantes, pero no lograba liberar a la mujer, que emitía gemidos de dolor.

—Ay, lo siento, lo siento. Es que tengo que desengancharte de la cerca de alambre.

La mujer trató de alejarse de Wylie y las púas se clavaron más profundamente en su piel.

—Trata de no moverte —dijo Wylie—. Te enredarás todavía más. —La mujer seguía gimiendo; en su ojo sano había dolor y algo más. Resistencia.

Wylie se sentó sobre los talones; tenía copos de nieve en las pestañas, que se le derretían al entrar en contacto con su cara sudorosa.

—Iré a casa a buscar unos alicates para cortar el alambre —le dijo. La mujer extendió el brazo y la aferró de la muñeca como suplicándole que no se marchara. Wylie se liberó sin dificultad—. Volveré enseguida —le aseguró—. Te lo prometo. Es la única forma de poder liberarte.

La mujer volvió a aferrarse a ella con más fuerza. Wylie comprendía el miedo que sentía. Junto con ella, desaparecería la linterna. La mujer se quedaría sola en la oscuridad total. El viento y el frío eran implacables y estaba nevando con más fuerza. Poco a poco, la nieve iba a enterrarla viva.

Wylie se bajó la cremallera del abrigo y se lo quitó. Inmediatamente el frío la golpeó a través de la ropa y ella ahogó una exclamación. Temblando, cubrió a la mujer con el abrigo lo mejor que pudo. Luego, se quitó el gorro, se lo colocó con cuidado en la cabeza y le cubrió las orejas. En último momento, recordó que tenía las llaves del coche en el abrigo, las sacó y las guardó en el bolsillo trasero del pantalón.

Wylie sabía que era peligroso exponerse a ese frío, pero cogería otro gorro y otro abrigo en casa. Por otra parte, la mujer no tenía posibilidades de sobrevivir sin algo de protección, y aun así, no duraría mucho tiempo más.

Se quitó la bufanda amarilla del cuello y la anudó en el alambre de púas, justo por encima de la cabeza de la mujer. Los flecos se agitaban al viento como una bandera sombría, pero cuando ella regresara, la ayudarían a ubicar inmediatamente a la mujer.

Había algo muy extraño en toda esa escena. ¿Por qué alguien se atrevería a salir en coche con esa tormenta? Ni la mujer ni el niño estaban vestidos adecuadamente. No tenían abrigo ni botas ni gorros ni guantes. ¿Vivirían cerca de allí? ¿Estarían intentando llegar a su casa o huir?

Wylie se volvió hacia su casa. Tenía que darse prisa.

Capítulo 9

*A*gosto de 2000

Josie seguía acostada en la oscuridad, con los músculos tensos, a la espera del siguiente estallido entre sus padres y Ethan. En cambio, oyó los ruidos habituales de la casa a la hora de dormir; el quejido de las cañerías y el del agua corriendo, la descarga de una cisterna y el rechinar de los somieres de las camas. Y, por último, el silencio.

—¿Estás despierta? —susurró Becky.

—Ajá —respondió Josie. Levantó la cabeza para mirar el reloj de la mesilla de noche eran las 00.07—. No puedo dormir —dijo.

La pelea entre su hermano y sus padres le había puesto mal cuerpo. Más de lo acostumbrado. Sentía náuseas.

—Vamos —susurró Becky, y se puso de pie.

—¿Adónde? —preguntó Josie.

—Shh —respondió Becky.

Abrió la puerta despacio y vio el pasillo oscuro. Todo estaba en calma. Las chicas fueron hasta la escalera de puntillas, cubriéndose la boca para contener la risa.

El momento más difícil para escapar en silencio era bajar las escaleras de tal manera que nadie se entrara de sus travesuras. Cada escalón tenía su propio tono y su propio timbre cuando se lo pisaba: un chirrido, un susurro o un crujido. Finalmente, solo contuvieron el aire y bajaron corriendo. Ya abajo, quedaron inmóviles con el corazón al galope, esperando que apareciera alguien arriba y las obligara a volver a la cama.

El resto de la huida resultó fácil; por la cocina, a través del recibidor y por la puerta de atrás. Los Doyle nunca se molestaban en cerrar las puertas. ¿Por qué iban a hacerlo? Conocían a sus

vecinos, estaban a kilómetros del pueblo y no tenían nada de valor que pudieran robarles.

El viento se había calmado, y aunque todavía hacía calor, el aire tenía el perfume dulce del trébol. El cielo estaba radiante, iluminado por la luna y por las estrellas incrustadas en la noche oscura.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Becky en voz baja, mientras Josie la guiaba hacia la cama elástica.

Subieron juntas y cogidas de la mano, de esas mismas manos que se habían marcado con un cuchillo de cocina a los diez años para convertirse en hermanas de sangre, comenzaron a saltar.

—Hermanas para siempre —dijo Josie en voz alta; saltaban cada vez más alto y más alto, hasta que el mundo desaparecía a sus pies.

El aire húmedo era como terciopelo en la piel. Les corría sudor por las sienes y se les metía en los ojos, pero ellas seguían saltando. El sonido rítmico de sus pies sobre la goma les llenaba los oídos como los latidos del corazón.

—Casi puedo agarrar las estrellas —gritó Becky, estirando su mano libre hacia el cielo.

Josie apretaba los labios para contener la risa, pero nunca se había sentido tan libre como en ese instante, saltando por el aire, con los dedos de la mano izquierda entrelazados con los de su mejor amiga, y los de la derecha, extendidos hacia el cielo. Las estrellas parecían muy cercanas. Como un montón de canicas en la mano. Un puñado de estrellas. En ese momento, la idea no le parecía imposible.

Josie y Becky siguieron saltando y estirando las manos al cielo hasta que se les cortó la respiración y les resultó imposible contener las carcajadas. Se desplomaron sobre la cama elástica, sudadas y sin aliento, esperando que la tierra dejara de moverse.

—¿Cuántas has conseguido? —preguntó Josie mirando la mano derecha de Becky que todavía estaba cerrada.

La niña acercó el puño a un ojo y espió dentro.

—Un millón —susurró—, ¿y tú?

—Un millón más una —respondió Josie, que siempre tenía que ganar.

Era como si fuesen niñas pequeñas otra vez, cuando nada importaba, excepto el momento preciso en que estabas con tu mejor amiga y con eso bastaba. No había que preocuparse por los chicos, por las peleas familiares o por madurar. Sonrió y dejó que toda esa tranquilidad fluyera por encima de ella.

Una explosión interrumpió su contemplación de las estrellas y Becky se incorporó sobre un codo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—No estoy segura —dijo Josie nerviosa.

Miraron hacia el jardín de la granja y todo estaba quieto. Las cabras estaban cómodas en el fondo del granero; las gallinas, en el gallinero.

—Seguramente el tubo de escape de alguna camioneta. —Josie se sacudió de encima la preocupación y volvió a recostarse.

Se oyó otra explosión y Josie la reconoció. Al vivir en el campo y convivir con cazadores conocía muy bien ese sonido. Un disparo de escopeta.

Era lo único que tenía sentido para ella, de modo que, en lugar de alejarse del ruido, se sintió atraída hacia él. Se arrastró por el borde de la cama elástica y saltó al suelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Becky sin despegarse de su amiga.

Una nube pasó delante de la luna y dejó a las niñas en la oscuridad.

—Quizás alguien está disparándole a un zorro o a un coyote —dijo Josie, pero, mientras salían las palabras de su boca, se dio cuenta de que era poco probable que fuera cierto.

Sintió un desasosiego en el pecho. Su padre nunca dispararía a

ciegas en la oscuridad. Por otra parte, la explosión sonaba apagada, lejana. Quizá fuese el vecino, a dos kilómetros de distancia. Los ruidos viajaban lejos en el campo.

—Volvamos dentro —dijo Josie.

La sensación de libertad se había disipado y las chicas se dirigieron a la casa cojeando en la tierra pedregosa con los pies descalzos. El ruido había despertado a las cabras del granero. Balaban ansiosas y se podían oír sus pasos asustados.

Oyeron un tercer disparo justo cuando rodeaban el granero. Un momentáneo destello de luz brilló en la ventana del dormitorio de sus padres, como el flash de una cámara. Luego, silencio. Pegada a Josie, Becky dejó escapar un grito.

Josie pensó en su hermano y en su ira y en la mirada malévola que le había dirigido a su padre antes; la forma en que se había negado a entregar el arma. “No”, se dijo, “Ethan jamás haría algo así”.

Se oyeron tres explosiones más dentro de la casa, una tras otra. Becky se tapó los oídos con las manos y gritó. Josie la cogió de la mano y la guio hasta la puerta del granero. Trató de abrirla, pero era muy pesada y estaba muy desgastada por el paso del tiempo. La parte inferior se arrastraba lentamente por el suelo y se quedó atascada. Levantó la manija y tiró con más fuerza; la puerta se abrió ligeramente antes de volver a atascarse.

—¡Date prisa! —Becky buscaba el brazo de Josie.

El granero tenía muchos lugares donde esconderse: el pajar, el pesebre de las cabras, detrás de una pila de leña. Josie atravesó la puerta, se sumergió en la oscuridad y de inmediato comprendió que había cometido un error. Las cabras, asustadas por su aparición, comenzaron a moverse con una alarmante cascada de balidos. Dentro de las paredes astilladas del granero, ellas no tendrían salida. Se quedarían atrapadas. Josie se escabulló nuevamente fuera.

—No podemos escondernos aquí —susurró.

Miró a su alrededor con desesperación. Necesitaban un teléfono, pero tenía miedo de entrar en casa. Sus abuelos vivían a más de un kilómetro. El maizal. Si cruzaban por el maizal, terminarían en casa de sus abuelos. Ellos sabrían qué hacer. En las sombras, las plantas altas de maíz se erguían como desgarbados centinelas.

¿Se atreverían a entrar allí? Uno de sus primeros recuerdos era de su madre regañándola para que no entrara sola en los maizales.

“Te puedes perder allí dentro y nunca, pero nunca podríamos encontrarte”, le había advertido.

Durante un tiempo, esas advertencias dieron resultado, pero, con el correr de los años, Josie se volvió cada vez más audaz y ya era habitual que se atreviera a recorrerlo.

Una figura oscura emergió desde la casa. Josie no podía ver de quién se trataba, pero la escopeta que sostenía era inconfundible. Como un lobo caminó lenta y metódicamente hacia ellas.

Josie buscó la mano de Becky y comenzaron a correr, descalzas, con pasos firmes sobre la tierra; los guijarros afilados y las ramas se les clavaban en las plantas de los pies, pero Josie apenas si lo sentía. A su lado, Becky respiraba con agitación frenética.

Si lograban llegar al maizal, Josie sabía que estarían a salvo.

—¡Josie! —dijo una voz masculina.

¿Había oído bien? ¿Alguien había pronunciado su nombre? Se animó a mirar hacia atrás y vio que la figura aceleraba el paso y acortaba la distancia entre ellos. ¿Sería su hermano? No lo sabía y no quería detenerse para averiguarlo.

—¡Más rápido! —Josie urgió a Becky—. ¡Date prisa!

Josie tropezó, pero se volvió a incorporar enseguida. Ya casi estaban allí. El estruendo de los pasos tras ellas las impulsaba hacia delante. Estallaron gritos en el aire. Josie se mantenía erguida, pero Becky perdió el equilibrio otra vez, y, aunque trató de aferrarse a Josie, sus dedos resbalaron de la mano de su amiga.

—Levántate, levántate —le rogó tirando de su brazo—. ¡Por favor!

Se atrevió a mirar hacia atrás una vez más. La figura levantó los brazos y apuntó. Josie soltó el brazo de Becky, se volvió y huyó.

Corrió hacia el campo y el maizal se la tragó de inmediato. Los gritos de Becky la perseguían, pero ella siguió corriendo. El disparo del arma explotó en sus oídos y un dolor punzante le atravesó el brazo. “Me ha disparado”, pensó, sin poder creerlo. “Me ha disparado”. El mundo se movía y giraba, pero ella se las arregló para mantenerse de pie ayudándose con los tallos de maíz. Quería volver a por Becky, pero sus pies solo se movían hacia delante.

Las hojas ásperas le golpeaban la cara, dejándole marcas rojas, y la tierra compacta le hería los pies. Cuando no pudo correr más, se detuvo, se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas y trató de quedarse completamente quieta. El brazo le latía y los oídos le retumbaban dolorosamente. ¿Venía hacia ella? Su instinto le decía que siguiera, pero no tenía idea de dónde estaba.

Josie había dejado su recorrido marcado en el maizal, y comprendió que el hombre armado solo tendría que seguir los tallos aplastados para llegar hasta ella. Comenzó a moverse sigilosa por los surcos, en zigzag, con el brazo húmedo de sangre contra el cuerpo. Sabía lo que un cartucho de escopeta podía hacerle a un faisán o un ciervo. Lo había visto muchas veces. Un gran orificio y chorros de sangre. Unos centímetros más arriba, y la bala le habría llegado al corazón. Y estaría muerta.

Poco a poco, su respiración se tranquilizó y disminuyó el latido en sus oídos. Mantuvo la mirada fija en la parte alta del maíz, esperando descubrir un movimiento o un sonido que alertara sobre otra presencia. Su mente no se detenía; tal vez el tirador creía que había muerto. Pensó en tumbarse en el suelo y hacerse la muerta, por si él la seguía buscando, pero le daba mucho miedo.

Pensó en Ethan y en su padre, en las horribles palabras que habían intercambiado. Las palabras tajantes de su padre se repetían en su cabeza: “Ethan, dame el arma”, así como también la resistencia desafiante de su hermano.

¿Sería Ethan? No. Josie se negaba a aceptarlo. No podía tratarse de aquel dulce hermano de antaño que le había enseñado a colocar la carnada en el anzuelo y a montar en bicicleta.

Necesitaba volver a orientarse. Había estado miles de veces dentro de ese maizal. Podía lograrlo, podía encontrar la salida y conseguir ayuda.

A su derecha, oyó un crujido de hojas. Se enderezó y se inmovilizó por completo para escuchar. Una cortina de nubes ocultó la luna y las estrellas, y las sombras del terreno se fundieron unas en otras hasta que Josie no pudo ver ni su propia mano delante de su cara. No obstante, sentía una presencia a unos ocho metros. Deseó y rogó que fuesen su padre o su madre que venían a buscarla, pero algo en el fondo de su corazón le decía que quien se hallaba en el maizal no estaba allí para ayudarla.

El sonido seco y áspero se acercaba cada vez más y Josie se apretó los dedos contra la boca para no gritar. La sangre que le chorreaba del brazo formaba un charco a sus pies.

Reprimió el impulso de salir corriendo. “Quédate quieta”, se dijo. “No lo ves, por lo que él tampoco te ve a ti”. Pero de repente la oscuridad cambió ligeramente. Las sombras se intensificaron y lo vio allí, a menos de dos metros, de espaldas a ella. Tan cerca que si se estiraba un poco podía tocarlo, tan cerca que podía oler el calor que despedía su piel: un olor que no le era tan desconocido, olor a cuerpo y a sudor. ¿Sería Ethan? ¿Podría ser su hermano el que le había disparado y la perseguía por el campo?

Un gruñido de impaciencia brotó de la silueta y Josie contuvo el aliento. La figura comenzó a alejarse, pero luego se detuvo y, muy despacio, se volvió. Tras lo que a Josie le pareció una eternidad, la sombra se hundió dentro del maizal y desapareció.

Josie dejó escapar un suspiro tembloroso. Por el momento, él se había ido.

Capítulo 10

Los delicados pétalos violetas de las flores se marchitaron, fueron cayendo al suelo uno por uno y luego se volaron. Ahora crecían ortigas verdes delante de la ventana.

Su madre seguía enferma y corría de la cama al baño, cubriéndose la boca con la mano.

—Tienes que lograr que coma y beba algo —dijo su padre una noche cuando pasó por allí.

La niña acercaba la silla al estante de madera donde guardaban la comida para poder alcanzar el envase de mantequilla de cacahuete y el pan. Intentaba hacer que su madre comiera, pero ella no quería. Mantenía la boca cerrada con fuerza y la niña terminaba comiéndose el sándwich sola y acompañándolo con un vaso de agua del grifo del fregadero.

Su padre comenzó a llevar espesos batidos con leche para que su madre bebiera. La hacía sentarse en la cama y le insistía que se los tomara.

—Un poquito más —la alentaba—. Tienes que mantenerte fuerte para el bebé.

Su madre trataba de complacer a su padre. Bebía unos sorbos y luego vomitaba en el balde que tenía junto a la cama.

—Vamos —decía él irritado—. Sigue intentándolo.

Su madre apartaba la bebida con la mano y se enrollaba como un ovillo, como si quisiera desaparecer.

Un día, cuando su madre se negó a beber lo que él le había traído, su padre tuvo un arrebato de furia.

—¡Eres una inútil! —exclamó, agarró a su madre del brazo y la arrastró de la cama—. ¿No piensas en ella? —preguntó, moviendo una mano hacia la niña—. ¿No piensas en el bebé?

La arrastró hasta la mesa y la obligó a sentarse.

La niña cogió un libro del estante, fue a su lugar debajo de la ventana y se sentó de cara a la pared.

Su padre sacó una cuchara de un cajón y la hundió en la taza.

—Come —ordenó.

Su madre trató de girar la cabeza, pero él la agarró de la barbilla y le metió la cuchara en la boca. Le dieron arcadas y se atragantó.

La niña volvió la página del libro y se leyó a sí misma el cuento. Era el de la princesa y el guisante. Aunque podía leer algunas palabras en voz alta, se sabía el cuento de memoria.

Pasaron varios minutos y las arcadas y el llanto cesaron. Su padre hablaba en voz baja, con tono tranquilizador.

—¿Ves? No era tan grave, ¿verdad? Te lo has comido casi todo.

La niña levantó la mirada de las páginas del libro y vio como él le limpiaba suavemente la boca a su madre con una servilleta y la ayudaba a regresar a la cama. Pronto escuchó el sonido lento y rítmico de su respiración. Se había quedado dormida.

Su padre le tiró de la coleta a la niña antes de abrir la puerta para marcharse.

—Está bien. Solo déjala descansar.

Una vez que la niña oyó el ruido de la llave en la puerta, devolvió el libro a su sitio en el estante y fue hasta la mesa de la cocina. Tomó la taza que contenía el batido. Olió el chocolate y su estómago gruñó. Quedaban algunas cucharadas. A su madre no le importaría.

La niña se llevó la taza a los labios y bebió. El batido dulce y cremoso le llenó la boca y se deslizó por su garganta. Raspó las últimas gotas con una cuchara y la lamió hasta dejarla limpia.

Encendió el televisor, pero le bajó el volumen. Transcurrieron las horas. Su madre dormía. El dolor de estómago fue fuerte y repentino. La niña

se dobló en dos y logró correr al baño antes de vomitar. Sus intestinos se retorcían y su estómago se contraía.

Permaneció tendida en el suelo del baño; sentía la baldosa rajada fresca contra la piel. La noche fue adueñándose de la habitación hasta que solo quedó la luz azul del televisor. Los calambres se aflojaron y sus músculos se relajaron. La niña se sentía extenuada y vacía. Se sumió en un sueño inquieto hasta que su madre la sacudió con suavidad y la guio hasta la cama.

Capítulo 11

Tiempo presente

El viento soplaba con más fuerza y, con cada ráfaga, Wylie se sentía azotada por nubes de nieve áspera. Tenía que darse prisa para llegar al granero y buscar los alicates para cortar alambre.

Calculó que le quedaban unos veinticinco minutos para llegar al granero y regresar al lugar del accidente antes de que la mujer corriera serios riesgos de morir de hipotermia. Aun así, tal vez llegara demasiado tarde. Una vez que lograra liberarla, tendría que buscar la forma de volver con ella a la casa.

Inquieta, Wylie levantó la mirada al cielo oscuro y la nieve le golpeó el rostro. Tenía que llegar hasta la mujer antes de que la tormenta empeorara. La cara y las orejas, que ahora estaban expuestas al frío, le ardían. No imaginaba cómo había podido sobrevivir la mujer tanto tiempo tendida en la nieve.

Cuando llegó a lo alto del camino, Wylie se detuvo para recuperar el aliento, pero el viento cobraba cada vez más fuerza y creaba ciclones de nieve que se arremolinaban a su alrededor. Tenía que seguir avanzando. Apuntó la linterna hacia el granero y vio que los silos habían desaparecido detrás de un velo blanco. La luz tenue que provenía de la casa la impulsó hacia delante. Los bastones de caminar la ayudaban a mantenerse en pie, pero sentía las piernas doloridas y pesadas por el esfuerzo de caminar en la nieve profunda.

Al acercarse a la casa, vio que los árboles congelados cargaban con todavía más peso por la nieve recién caída y amenazaban quebrarse con cada ráfaga de viento.

Había estado fuera demasiado tiempo. El fuego podía haberse apagado, las lesiones del niño podían ser más graves de lo que pensaba y todavía le faltaba ir al rescate de la mujer. Sintió que se le comprimía el pecho y aceleró el paso para recorrer los últimos cincuenta metros hasta la puerta.

Entró en la casa acompañada de un remolino de nieve. Cerró la puerta y dejó caer los bastones al suelo. Sin prestar atención a las marcas que los clavos de las botas dejaban en el suelo de madera, se dirigió directamente al sofá donde había dejado al niño. Seguía allí, dormido, con Tas acurrucado a su lado.

Fue hasta el teléfono, sabiendo que había pocas probabilidades de que pudiera hacer una llamada. Y tenía razón, ninguna cuadrilla de operarios estaría trabajando con una tormenta de esa magnitud.

Wylie echó otro leño al fuego y luchó contra el impulso de quedarse junto a las llamas. Le ardían las orejas y la nariz. Tenía que seguir. Fue hasta el armario y sacó otro abrigo y otra bufanda. Le había dado a la mujer su gorro de lana, de manera que se subió la capucha forrada con piel del abrigo y se la ató. Detestaba la idea de volver a salir a la tormenta, pero los minutos corrían.

Con renovada determinación, abandonó la calidez de la casa. La tormenta seguía arreciando. Era como si el viento la atacara desde todas las direcciones.

Wylie pasó junto al desvencijado gallinero y el cobertizo que los inquilinos anteriores habían convertido en depósito de muebles y artículos del hogar en desuso. Una vez dentro del granero, se quitó la nieve del abrigo y miró el reloj. Ya habían pasado veinticinco minutos desde que había dejado a la mujer. Recorrió las paredes con la mirada buscando lo que necesitaba.

Rastrillos, azadas y todo tipo de herramientas de trabajo colgaban de clavos y ganchos. Encontró los alicates para cortar alambre, una pala oxidada y un trineo anticuado con patines de acero. De un clavo curvo colgaba una manta mohosa para caballos y Wylie la colocó sobre el trineo con los otros elementos y los ató con una vieja cuerda.

Conservó la linterna, pero abandonó los bastones para caminar. No quería llevar nada más. Bastante difícil sería ya arrastrar por la nieve todo lo que tenía y regresar llevando también a la mujer.

A pesar de que la nieve la cegaba y el viento borraba todo rastro de su caminata anterior, recordaba con claridad hacia dónde debía

dirigirse.

Mantuvo la linterna y los ojos fijos delante de ella. En teoría, su plan era simple. Cortaría el alambre enganchado y liberaría a la mujer, que, con suerte, seguiría con vida. Si ella no podía caminar por sus propios medios, Wylie intentaría arrastrarla hasta la casa sobre el trineo. Llevar la pala le pareció una buena idea, nada más.

A mitad de camino hacia los restos del coche, a pesar de la ropa abrigada, comenzó a sentir frío en el cuerpo y se cuestionó la prudencia de esa misión de rescate. Un paso en falso y podía terminar con una pierna rota, dentro de una tumba de hielo. Últimamente, no había estado tomando buenas decisiones; ¿qué sentido tenía que ambas murieran congeladas? ¿Qué haría el niño, entonces?

Pensó en retroceder. Marcharse se le daba muy bien. Era algo que sabía hacer. Pero esto era diferente. En su casa nadie se estaba muriendo. Su hijo adolescente, Seth, seguía furioso con ella por querer ponerle límites y no la echaba de menos en absoluto. Estaba muy bien con su padre.

Finalmente, a través del remolino de nieve, divisó el brillo de metal del coche en la cuneta. Apresuró el paso. Ya casi había llegado.

Abandonó el camino, cruzó por la cuneta hasta el alambre de púas que rodeaba el campo, buscando la bufanda amarilla que había dejado como señal. Se acercó a la camioneta, pero no vio la bufanda. Respirando con dificultad, se detuvo. Debía de haber cometido un error. Soltó la pala y la cuerda atada al trineo y giró en redondo, lentamente. Todo parecía igual; un desierto hostil y cubierto de nieve.

Tenía que haber pasado por el sitio donde estaba la mujer. Era imposible que la bufanda se hubiera volado con la tormenta; ella se había asegurado de darle varias vueltas alrededor de las púas afiladas.

Tal vez la bufanda y la mujer estaban sepultadas debajo de los montículos de nieve de un metro de alto que se elevaban contra la cerca. Presa de la impotencia, Wylie retrocedió siguiendo el

alambre y esta vez caminó muy despacio hasta que llegó al primer montículo. Con las manos enguantadas, comenzó a despejar la nieve hasta que la cerca quedó visible. No se veía la bufanda.

Siguió moviéndose. El frío traspasaba las capas de ropa. No podría permanecer allí mucho más tiempo. Justo cuando empezaba a darse por vencida y pensaba volver a la casa, sus ojos se posaron sobre un trozo de tela amarilla enganchada en una púa. Bajó la mirada al suelo, esperando encontrarse con el cuerpo congelado y herido de la mujer, enganchado en el alambre. Pero no estaba. La bufanda también había desaparecido.

Wylie se dejó caer sobre las rodillas y observó el alambre de púas. Vio pequeñas gotas de sangre y lo que parecían ser trocitos de piel congelada adheridos. Pasó los dedos por el suelo.

Se puso de pie y buscó huellas recientes en el suelo, pero la intensa nevada y el viento ya habían borrado todo rastro. No había señales de la mujer herida. ¿Por qué se habría marchado en esa tormenta brutal cuando ella le había prometido regresar para ayudarla?

Recorrió la zona cercana a la camioneta buscándola, hasta que el frío la obligó a encaminarse hacia la casa. ¿De qué estaba escapando la mujer y adónde podía haber ido? Wylie sintió el peso de otra preocupación en el pecho. Tenía innumerables preguntas; ahora solamente quedaba una persona que pudiera respondérselas y no mostraba intención de hablar.

Capítulo 12

Agosto de 2000

El ayudante del sheriff, Levi Robbins, recorría las carreteras y los caminos secundarios en busca de algún problema. Cualquier tipo de problema. Hacía diez años que trabajaba en la Oficina del Sheriff del condado de Blake y, por lo general, no patrullaba de noche, pero Frazier estaba de vacaciones, de modo que se ofreció a hacer sus turnos, pensando que un cambio de ritmo podría ser bueno.

Era más de la una y hasta ese momento nadie había llamado. Por más que lo intentara, no podía encontrar ninguna razón para detener a nadie ni por una infracción de tráfico. Las horas se alargaban y Levi mataba el tiempo escuchando música country en la radio.

Condujo por Meadow Rue y aminoró la marcha al acercarse al nogal americano que se levantaba en el medio del camino. Era un punto de referencia para aquellos que no conocían la zona. Nadie podía explicarse cómo ese árbol de veinticuatro metros había crecido en la intersección de dos caminos de grava, y tampoco por qué nunca lo habían cortado. Quienes pasaban por ahí, debían aminorar la marcha y hacer maniobras alrededor de esa rotonda construida por la naturaleza.

Una vez que dejó atrás el nogal, giró hacia el sur por la carretera G11. Daría una vuelta más y luego pasaría por el almacén de Casey para comprar un refresco y echar gasolina. Quizás tendría suerte y encontraría a alguien a punto de asaltar el local. Hacía mucho tiempo que no lidiaba con un robo. Y ni siquiera recordaba cuándo había desenfundado su pistola por última vez. Al menos eso sería interesante.

La brisa cálida entraba por las ventanillas abiertas. La gente tenía grandes esperanzas de que lloviera esa noche. Las nubes cubrían el cielo y el aire tenía ese olor húmedo y eléctrico de una tormenta inminente. Pero no duró mucho; las estrellas y la luna volvieron a aparecer. Un desastre. Los agricultores necesitaban lluvia.

Levi escupió una cáscara de pipa por la ventanilla. Con tanto calor, el aire fresco le ayudaba a no quedarse dormido en su recorrido. Puso el coche patrulla a noventa y cinco, luego a ciento diez y luego a ciento treinta kilómetros por hora. Era una de las ventajas del trabajo nocturno. Circular por la carretera ancha y desierta.

De repente, una camioneta con las luces apagadas apareció como un bólido rugiente desde un camino de grava escondido entre dos campos de maíz. Levi frenó en seco, lo que hizo que el coche derrapara. El chirrido de las ruedas contra el asfalto tapó el sonido de la radio y se le llenó la nariz de olor a goma quemada.

—¡Hijo de puta! —murmuró tratando de que el coche no se saliera del camino. Una vez que lo logró y su corazón retomó su pulso habitual, miró por el parabrisas y puso el pie en acelerador—. Enciéndelas —dijo, y activó las luces y la sirena.

La camioneta que iba delante de él, aceleró ligeramente y luego redujo la velocidad como si el conductor supiera que no tenía posibilidades de escapar de la policía.

—Eso es, hijo de puta —dijo Levi mientras frenaba a un lado de la carretera detrás de la camioneta. Las luces delanteras le permitieron ver que el conductor era la única persona en el vehículo. Trató de echar un vistazo a la matrícula, pero las letras y los números estaban tapados por el barro. Podría ser intencionado, aunque no era probable. Las camionetas de campo se ensuciaban mucho. Pero no estaba de humor para dejar pasar esa transgresión.

Descendió del coche y se acercó lentamente a una Ford Ranger plateada de 1990 con cubierta vinílica en la caja. Antes de que Levi pudiera hablar, la puerta del vehículo se abrió.

—Ey, quieto ahí, quédese dentro del vehículo —le advirtió Levi, y acercó la mano a su arma—. Coloque las manos sobre el volante.

—Lo siento —dijo una voz joven y temblorosa desde el interior de la camioneta—. No lo vi. Miré hacia ambos lados antes de girar y de golpe usted se me vino encima a gran velocidad.

—Eso dices tú —dijo Levi y, al acercarse a la ventanilla del

conductor, con la linterna pudo ver a un joven de cabello rubio enmarañado aferrado al volante.

El interior de la camioneta olía a cuerpo, a tabaco y a miedo. Había una lata de refresco volcada en el suelo y un escupitajo de tabaco sobre la alfombrilla del acompañante. Levi sintió deseos de sonreír. Le encantaba asustar a los adolescentes idiotas.

—¿Sabías que tenías las luces apagadas? Casi me matas. ¿Adónde ibas con tanta prisa? —preguntó—. ¿Has estado bebiendo?

El chico lo miró con los ojos entornados.

—No, señor. Estaba regresando a casa. Llego tarde.

La cara del chico brillaba de sudor, tenía manchas oscuras alrededor del cuello de la camisa y debajo de los brazos.

—¿De dónde vienes? —preguntó Levi mientras el joven le entregaba el carnet de conducir.

Levi leyó que su nombre era Brock Cutter. Eran muchos los Cutter en ese condado. Una familia muy grande de granjeros.

—Estaba en el cine en Spencer —respondió—. Con mi primo.

—Así que eres uno de los Cutter —comentó Levi mientras lo comparaba con la foto del carnet.

—Sí, señor —dijo el chico tratando de esquivar la luz de la linterna —, Brock Cutter.

—¿Tienes un primo que se llama Brett? —preguntó Levi.

El chico asintió, mirando hacia todos lados con nerviosismo.

—Creo que no te he visto desde que eras así de alto —dijo Levi poniendo su mano a un metro del suelo—. Me gradué con tu primo Brett. Eres igual que él. ¿Qué es de su vida?

—Está bien —respondió Cutter con voz temblorosa—. Vive cerca de Perry, trabaja en un matadero de cerdos. Está casado y tiene dos

hijos.

—Dos hijos, qué locura. Joder, hemos pasado buenos momentos en el pasado. ¿Vendrá para nuestra reunión de exalumnos el próximo verano? —preguntó Levi, y se quitó la gorra para limpiarse el sudor de la frente.

—Tal vez —dijo Cutter—. Escuche, como le dije, lo lamento mucho. No lo vi. No volverá a pasar. Seré más cuidadoso la próxima vez.

Levi lo observó. No supo por qué no verificó el historial de conducción del chico. No era su costumbre perdonarles nada a los infractores. Tal vez sintió nostalgia por los viejos tiempos cuando él y Brett paseaban en coche por esos mismos caminos bebiendo refrescos mezclados con alcohol. Sabía que él también estaba cometiendo una infracción por haber conducido a ciento treinta kilómetros por hora cuando la velocidad máxima permitida en esa zona era de noventa. Y tal vez, una parte de él no quiso romper la racha de tranquilidad que habían tenido en el departamento.

Si hubiera investigado la matrícula de la camioneta, habría descubierto que a Brock Cutter le habían retirado el carnet y que tenía una orden de detención por no presentarse ante el tribunal del Condado de Kossuth por un caso de acoso. Habría descubierto que Brock Cutter no era ni tan inocente ni tan afable como su primo Brett.

—Dile al cabrón de tu primo que me llame la próxima vez que pase por el pueblo y te dejaré tranquilo —dijo Levi con una sonrisa—. Pero debes prometerme que en adelante tendrás más cuidado. No quiero tener que pararte a un lado de la carretera otra vez, ¿entendido?

—Gracias —dijo Cutter, aliviado; levantó las manos sudadas del volante y se las secó sobre los tejanos—. Lo prometo.

Levi esperó que Cutter volviera a ponerse en marcha y se alejó despacio, mirando como las luces traseras de la camioneta se convertían en alfileres rojos en la oscuridad. Brett Cutter. Mierda. No había pensado en él durante años. Un buen tipo.

Regresó a su coche y lo puso en marcha. En la radio, la música country dio paso a un programa de reportajes. Continuó con su recorrido, pasó por la gasolinera, compró un refresco y una porción de pizza. El resto de la noche fue tranquilo, sin incidentes.

El sol ya comenzaba a asomar en el cielo brumoso, trayendo una nueva ola de calor. A Levi le faltaba una hora para terminar su turno. Estaba exhausto. Se iría a su casa, se ducharía y se metería en la cama.

Sesenta minutos más tarde, convocaban al ayudante del sheriff Levi Robbins a la escena del crimen más sangriento de la historia del condado de Blake.

Capítulo 13

Tiempo presente

Ya en la casa, Wylie dejó caer la pala y el trineo sobre los escalones del porche y entró. Agotada, se quitó las botas. ¿Qué iba a decirle al niño? Protegida solamente con el abrigo y el gorro de Wylie, la mujer no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir en la tormenta.

No había rastro de ella. Cualquier pisada que pudiera haber dejado, el viento se había encargado de borrarla. Era como si hubiera desaparecido.

La sala estaba vacía. Ni el niño ni Tas estaban donde los había dejado. En la chimenea, el fuego se había consumido en brasas anaranjadas y la habitación estaba fría.

Recorrió las habitaciones con creciente preocupación. Subió a la planta superior, sintiendo el frío del suelo a través de los calcetines. El pasillo estaba a oscuras.

La puerta de su habitación estaba cerrada; Wylie giró el picaporte y la abrió. De pie en el charco de luz tenue de la lámpara junto a la cama estaba el niño, de espaldas a la puerta. Tas estaba tendido a su lado.

—Estás aquí —dijo Wylie, y el niño se volvió, sobresaltado.

Sostenía la pistola 9 mm de Wylie. Ella ahogó un grito.

El pequeño estaba inmóvil, con los ojos abiertos como platos; el arma apuntaba directamente al pecho de Wylie.

—Deja el arma. —Las palabras brotaron ásperas, como la tela enganchada en el alambre de púas.

El niño la miraba boquiabierto.

—¡Deja el arma ahora mismo! —le ordenó Wylie.

Tas comenzó a ladrar y el chico dejó caer la pistola como si se hubiera quemado. Cayó ruidosamente al suelo y Tas se escabulló del lugar. Wylie cerró los ojos y se tapó los oídos, esperando que una bala le atravesara el cuerpo. Tras ver que no sucedía, se abalanzó sobre el arma, y sintió que el metal frío se le clavaba en la parte superior del abdomen.

Levantó la mirada y vio al niño plantado ante ella, paralizado de terror; Tas ladraba enloquecido.

—¿Pero en qué estabas pensando? —dijo Wylie, furiosa, mientras se ponía de pie, sujetando el arma. Con dedos temblorosos le quitó las balas—. Nunca, nunca toques un arma. Podrías haberte disparado o haberle disparado a Tas o a mí. ¿Me entiendes?

El niño no respondió, no podía hacerlo. Tenía el aire atascado en la garganta y trataba de respirar.

—¡Esta no es tu casa! —lo regañó—. Podrías haber matado a alguien. No se tocan las pertenencias de otra persona.

Fue hasta el armario y empujó el arma lo más atrás que pudo en el estante superior. Cuando se volvió, vio que el niño se metía debajo de la cama. Wylie creyó que iba a vomitar. En ningún momento había pensado en guardar el arma bajo llave, pues estaba sola en la casa; no tenía invitados, nadie iba a visitarla.

—¡Tas, ya basta! —gritó, y los ladridos se convirtieron en gemidos suaves.

El perro la miró con temor.

Wylie fue hasta el borde de la cama y trató de calmar los latidos de su corazón. Cuando sintió que había recuperado el control de la voz, habló:

—No debí gritar. No fue mi intención asustarte. —No hubo respuesta, solo los sonidos suaves del llanto contenido del niño desde debajo de la cama—. No fue culpa tuya. Fue mía. Debería haber tenido el arma bajo llave. Ya puedes salir —lo alentó. El niño seguía debajo de la cama—. Tuve miedo —intentó explicar—. ¿Has

tenido miedo alguna vez? ¿Mucho, mucho miedo?

Qué pregunta tan tonta, se dijo. Claro que el niño había tenido miedo. Acababa de sufrir un accidente terrible en el coche y había caminado solo en una tormenta y casi había muerto congelado. Claro que entendía lo que era tener miedo, sentirse aterrado.

Wylie esperó. La respiración agitada del chico se serenó. Transcurrieron los minutos. De pronto sintió un suave tirón en el pantalón, como un pececito tirando de un gusano. Se inclinó, con la cabeza entre las piernas, para poder mirar debajo de la cama. La cara llorosa del niño le devolvió la mirada.

—¿Quieres salir? —le preguntó.

El niño salió de debajo de la cama y se puso de pie. Aunque no habló, Wylie intuyó qué respuestas buscaba.

—Encontré la camioneta —dijo con cautela—. A nadie más. —Una mentira flagrante, pero ¿para qué preocuparlo todavía más? Los hombros del niño se encorvaron de desilusión—. ¿Tu mamá estaba en la camioneta contigo? ¿O alguien más? —preguntó—. ¿Alguien a quien querías?

No respondió.

Wylie le cogió las manos. Tenía la piel fría y los huesos parecían tan frágiles como para quebrarse bajo sus dedos. El niño se apartó como si se hubiera quemado.

—Cuando pase la tormenta, seguiré buscando —le aseguró Wylie. Buscó en el bolsillo y sacó la tela blanca sucia que había hallado cerca del vehículo—. Encontré esto. ¿Es tuyo? —preguntó.

Los ojos del niño se iluminaron y sonrió antes de extender una mano vacilante. Wylie le entregó la tela y él se la llevó a la mejilla.

¿Por qué no había esperado la mujer a que ella volviera? ¿Dónde podía haber ido? Wylie no podía dejar de pensar que tal vez la mujer estaba metida en algo grave y había estado huyendo. Imaginó todo tipo de posibilidades: huía de la policía o de un marido violento. Tal vez solo fuera algo tan sencillo como que la mujer se

había desorientado por el accidente y se había perdido en la tormenta.

Bajaron la escalera y Wylie echó otro leño en el fuego. El niño tenía una manera curiosa de girar el cuerpo hacia un lado y mirar todo lo que sucedía por el rabillo del ojo, como si no quisiera que notaran su presencia. Wylie colocó las mantas sobre el sofá. Tas subió de un salto, giró sobre sí mismo tres veces y se acomodó en un rincón. Esta vez no lo regañó.

Fue a la cocina a buscar un vaso de agua para el niño. Seguramente también tendría hambre. Revisó los armarios y encontró una caja de cereales; llenó un bol. Lo llevó a la sala junto con el vaso y encontró al niño acurrucado junto a Tas, con el pulgar en la boca.

—Deberías beber algo —dijo, y le tendió el vaso de agua, pero él apretó los labios y giró la cabeza—. Muy bien. —Dejó los cereales y el vaso sobre la mesa de café—. Cuando quieras, te puedes servir.

Al niño comenzaron a pesarle los párpados y muy pronto respiraba al ritmo de Tas: ambos estaban dormidos.

Wylie miró el reloj. ¿Cómo era posible que solo fuera medianoche?

Fuera, la tormenta se había intensificado hasta llegar a un frenesí de violencia. El viento aullaba, furioso y la nieve golpeaba contra las ventanas. Wylie miraba constantemente hacia fuera, con esperanzas de ver a la mujer acercándose a la casa, pero lo único que veía eran espumosos remolinos blancos. Transcurrido un tiempo, se dio por vencida. La mujer había conseguido ayuda en el camino, lo que no era muy probable, o había sucumbido al mal clima.

Wylie bajó de la habitación su manuscrito y la carpeta con fotos de escenas del crimen y pensó en servirse una copa de vino, pero se decidió por café. Intentó leer, pero no podía dejar de mirar la figura acurrucada en el sofá. ¿Quién era? Alguien tenía que estar allí fuera buscándolo.

Cada poco rato, levantaba el teléfono, pero siempre se encontraba con el mismo silencio. Por primera vez en mucho tiempo, sentía deseos de hablar con alguien.

No con cualquiera. Wylie quería hablar con su hijo. Deseaba disculparse por haberse marchado intempestivamente. ¡Se había sentido tan impotente, tan frustrada, tan cansada de las discusiones, de que Seth la hiciera enfrentarse con su exmarido! Y cuando su hijo se marchó aquella noche y no volvió a casa…, para ella fue una tortura. No sabía dónde estaba ni con quién, no sabía si estaba vivo o muerto.

Como madre, Wylie había optado por la solución fácil. Las palabras de Seth le habían hecho mucho daño. Él la detestaba, quería irse a vivir con su padre. Dolida, utilizó la excusa de tener que terminar el libro y escapó a ese sitio triste y solitario. Había abandonado a su hijo y solo Dios sabía lo que le costaría recomponer la relación.

En ese momento, le habría bastado con hablar con Seth sobre la escuela y sus amigos, pero era imposible. En cambio, le tocaba cuidar ella sola a otro niño, y no estaba capacitada para hacerlo.

La tormenta arreciaba, las sombras se movían, se tornaban más oscuras. Miró el reloj; la una de la mañana. Wylie detestaba esos momentos de silencio. Sentía como que todo el mundo estaba durmiendo menos ella. Cuando la luz gris del amanecer se colara entre las cortinas, se relajaría. Cerraría los ojos y, por un instante, sería como todos los demás.

Se despertó por el crujido de la madera del suelo. Parpadeó soñolienta y vio al niño sentado en el suelo junto al fuego, de espaldas a ella.

Algo cayó de entre los dedos del chico. Fotos de cabezas degolladas, dientes rotos, cuencas oculares vacías. “Ay, no”, pensó Wylie. El niño había encontrado las fotos de las escenas del crimen. El pequeño se puso de pie y corrió tambaleándose hacia el baño. Wylie se levantó de un salto y lo siguió. Él casi no tuvo tiempo de llegar al retrete antes de que su estómago lo hiciera vomitar bilis, ácida y caliente.

Hizo arcadas hasta que no le quedó nada en el estómago.

—No tendrías que haber visto esas fotos —dijo Wylie desde la puerta del baño a oscuras—. Lo siento mucho. Son para mi trabajo.

Soy escritora.

El niño se metió en el pequeño espacio entre la pared y el retrete y se cubrió la cara con las manos.

Wylie permaneció en la puerta unos instantes, y cuando comprendió que el niño no iba a salir del baño, regresó a la sala.

¿Cómo iba a explicarle para qué eran esas imágenes atroces? No había palabras. El niño pensaba que ella era un monstruo y había perdido cualquier posibilidad de que llegara a confiar en ella.

Capítulo 14

Agosto de 2000

Josie, en su escondite entre el maíz, luchaba contra el impulso de huir.

El hombre podría estar al acecho, listo para lanzar el zarpazo en cuanto ella hiciera un movimiento. Así que esperó. Esperó a que algo sucediera, a que alguien viniera a ayudar, a que trataran de encontrarla. Deseaba con todas sus fuerzas que sus padres se abrieran paso de entre los tallos de maíz, pero no aparecieron.

Se evaporaron las nubes; la luna refulgente la observaba y, con su lento avanzar por el cielo le ayudaba a calcular el tiempo. Tuvo que contener las náuseas temiendo que, si vomitaba, el hombre armado la escucharía y descubriría su ubicación. Pero no podía dejar de llorar; su cuerpo se convulsionaba en callados sollozos, la cabeza le retumbaba y las mandíbulas le dolían por la fuerza que hacía para no gritar.

Josie temblaba a pesar del calor de la noche. La herida del brazo dejó de sangrar, pero sentía la protuberancia de los perdigones dentro de la parte carnosa del tríceps.

Se había mantenido de pie tanto como había podido, pero sus músculos comenzaban a contraerse. Los mosquitos se daban un festín sobre su piel desnuda y las picaduras eran como miles de alfileres. Finalmente, se sentó sobre los talones, metió los brazos dentro de la camiseta y tiró de ella hasta cubrirse las rodillas. El dolor del brazo era como el ritmo de un tambor. Sumida en la tristeza, permaneció allí quieta, como un escarabajo rechoncho que esperaba la luz de la mañana.

Con cada pequeño crujido del maíz, su corazón salía impulsado como un búmeran, del terror a la esperanza. Alguien debía de haber escuchado los disparos. El sonido viajaba kilómetros en medio del campo. Seguramente, alguien se habría alarmado y habría llamado a la policía. Tenía esperanzas de que su padre apareciera, de que le

tendiera la mano para ayudarla y la llevara a casa. Pero nunca llegó. Nadie apareció.

Transcurrieron las horas. Las estrellas se desvanecieron y el cielo se fue despojando de su ropaje nocturno para reemplazarlo por vaporosas gasas rosadas y anaranjadas. Josie tenía la boca seca y la lengua pesada por la sed. Cada vez que se movía, sentía una corriente de dolor en el brazo que la hacía gemir.

A los diez años se había roto un tobillo. En aquella ocasión, ella y Becky habían estado saltando en un laberinto de fardos que había en el campo, y por calcular mal la distancia hasta el fardo siguiente, fue a dar a la tierra compacta desde una altura de casi dos metros.

El dolor había sido intenso, pero nada era comparable a recibir un disparo. Cuando su vejiga ya no pudo aguantar más, Josie salió de la envoltura protectora de su camiseta y se levantó. Con una sola mano, se bajó los pantalones cortos con torpeza y logró aliviarse, rogándole a ese chorro interminable de orina que se diera prisa.

Tenía tanta sed que sintió la tentación de salir del maizal para beber un poco de agua, pero no se atrevía a abandonar el camuflaje que le proporcionaban los tallos. Trató de medir el tiempo mediante el movimiento de la sombra. Necesitaba recostarse y dormir, pero temía que el tirador la encontrara.

Un ruido seco y crujiente avanzó por el campo y las plantas de maíz comenzaron a temblar y a agitarse por encima de su cabeza. Alguien se acercaba. El pánico le cerró la garganta. Le sería imposible escapar, no tenía arma ni protección alguna. Se preparó para lo peor.

Pero, en lugar de ver a alguien corriendo por entre el maíz, divisó una enorme nube negra que pasó, rasante, sobre su cabeza; caía y se levantaba, luego volvía a elevarse para caer otra vez. Eran tordos de ala roja, en una nube densa como el humo, que atravesaban los campos en su migración anual y se posaban sobre los tallos.

Su padre se habría puesto de muy mal humor. Sucedía todos los años; los lustrosos tordos, con sus charreteras rojas y amarillas arrasaban los cultivos de maíz dándose un festín. Esperó oír las

fuertes explosiones de propano lanzadas desde un dispositivo con el que su padre espantaba a los pájaros. Las explosiones nunca llegaron; solo oyó el aleteo y el alboroto de las aves.

Josie no podía quedarse allí para siempre. Nadie iba a rescatarla. Tendría que salvarse por su cuenta. Se puso de pie con esfuerzo y la nube de pájaros ruidosos tomó altura y se trasladó a otro lado del cultivo. Le dolían los músculos de las piernas, el brazo le latía, inflamado y caliente al tacto. Volvieron las náuseas y cerró los ojos para tratar de evocar el jardín de su casa al amanecer.

Eso la calmó, el recuerdo del enorme granero rojo y de su madre y su padre tomando café en la mesa de la cocina. El sol siempre aparecía por detrás del granero, lo que significaba que, si caminaba en dirección contraria al sol, emergería del maizal en algún sitio cercano a la casa.

Paso a paso, se abrió camino bajo el toldo verde; el sol le quemaba la cabeza. Enseguida encontró la huella por donde había pasado la noche anterior. Los tallos aplastados habían formado un sendero frenético y desordenado. A Josie se le aceleró el corazón.

Estaba muy cerca de su casa. Deseaba correr hacia la granja, abrir de un golpe la puerta de entrada y encontrarse con sus padres, Ethan y Becky sentados a la mesa de la cocina, enfadados porque su retraso los haría llegar tarde a la feria, pero tenía demasiado miedo. En cambio, permaneció en los límites del maizal, espiando entre los tallos gruesos.

A primera vista, todo parecía normal. El jardín y la casa se veían igual que siempre. La camioneta de su padre y el coche de su madre estaban en su lugar. Los colibrís de garganta roja rondaban las matas de flores anaranjadas junto a la casa. El gallo de cobre de la veleta sobre el granero giraba en la brisa cálida.

Sin embargo, Josie no se atrevía a salir a terreno abierto. La mosquitera de la puerta trasera se mecía en sus bisagras. Tal vez todos se habían quedado dormidos, pensó esperanzada, aunque sabía que no podía ser así. El corral de las cabras estaba vacío y oyó los gritos casi humanos que provenían del interior del granero cerrado. Sabía que solo eran los balidos de las cabras hambrientas,

pero esas llamadas desesperadas le erizaron la piel. Su padre jamás se olvidaba de alimentar y ordeñar a las cabras.

Sintió deseos de correr hacia la casa y encontrar a su familia y a Becky esperándola, pero las plantas de los pies, heridas por los guijarros y la tierra dura, se lo impedían. Se le encogía el cuerpo con cada paso que daba.

Las gallinas comenzaron a cloquear al intuir que se acercaba, exigiendo agua y alimento. Por favor, que estén todos dormidos, rogó Josie en silencio.

Levantó la vista hacia la casa. Recordó los estallidos y el destello de luz que se habían producido en el interior del dormitorio de sus padres la noche anterior. No había movimiento detrás de las cortinas, pero estaban un poco descorridas, como si alguien estuviera espiando.

Había sido un mal sueño, se dijo; había estado caminando dormida. Cuanto más lo pensaba, más lógico le parecía. Había tenido una espantosa pesadilla.

Una vez que pasó junto al granero y al gallinero, las cabras y las gallinas se tranquilizaron. Dejó atrás el cobertizo donde su madre guardaba las herramientas de jardinería y la cama elástica en la que había estado saltando con Becky tan feliz la noche anterior. Sentía como si hubieran pasado millones de años.

Ladeó la cabeza con la esperanza de escuchar a sus padres conversando en la cocina. Todo estaba en silencio, solo se oía el golpear y crujir de la mosquitera que iba y venía a merced de la brisa cálida.

Agarró la puerta antes de que golpeara otra vez y, tras entrar en el recibidor, la cerró. Se llevaría una buena regañina por haberla dejado abierta toda la noche. Descubrió que las botas polvorientas de su padre estaban allí, y otra vez la ansiedad se apoderó de ella.

La cocina estaba vacía. La nevera canturreaba y el ventilador de techo acompañaba con su zumbido. En la sala vio las zapatillas de deporte de su hermano y el libro que su madre había estado

leyendo, sobre el brazo del sofá.

Llegó hasta la base de la escalera y levantó la vista.

—¿Mamá? ¿Papá? —gritó.

No obtuvo respuesta. Como no podía levantar la mano izquierda para cogerse del pasamanos, se pegó al lado derecho y apretó el hombro contra la pared para mantener el equilibrio.

Tendría que haberse dado la vuelta y haber bajado otra vez por la escalera, pero no pudo evitar que su mano abriera la puerta de la habitación de sus padres. Entró.

El dormitorio estaba oscuro y las cortinas diluían la luz del sol. El aire olía diferente pero familiar. Sintió un hormigueo de temor.

—Mamá, papá —susurró, y sacudió un poco la cama—, es hora de levantarse.

No hubo respuesta. Demasiado silencio.

Su mirada se movió hacia la derecha, donde una mancha de sangre tatuaba la pared que estaba junto a la cama. Siguió el recorrido de la salpicadura de sangre hasta abajo y encontró una figura caída en un rincón, con los ojos abiertos y un orificio del tamaño de un puño en el pecho. Josie no podía apartar la mirada del horror que tenía frente a ella. Se parecía vagamente a su madre, pero ¿cómo podía ser posible? La mueca retorcida en su cara era digna de una película de terror. Tenía el camisón empapado de sangre adherido a la piel.

El cable del teléfono azul claro de la mesilla de noche había sido arrancado y se encontraba caído y enredado junto a su madre.

Josie sintió un extraño adormecimiento en las piernas; los oídos le zumbaban con el latido del corazón. Salió tropezando de la habitación.

—¿Papá? —gritó—. ¿Papi?

Corrió hasta su dormitorio, pero se detuvo abruptamente. En el suelo, por el marco de la puerta, asomaba una mano con el puño

semicerrado. Josie no quería averiguar quién estaba unido a esa mano, pero lo sabía. Era su padre. Aunque no deseaba ver en qué estado se encontraba, avanzó. El destello de una alianza de oro le hizo un guiño.

Soltó un suspiro tembloroso y se asomó por el marco de la puerta. La cara de su padre era un irreconocible lienzo de sangre, hueso y materia gris. Josie soltó un alarido, se giró, y en la desesperación por salir, sintió algo mullido bajo la planta del pie; era la carne blanda de la mano de su padre. Horrorizada, voló escaleras abajo, casi sin tocar los escalones. Abrió la puerta principal de par en par y comenzó a correr bajo un sol implacable.

A las siete y media de la mañana, Matthew Ellis se dirigía a la granja de su hija y su yerno, que estaba a un kilómetro y medio de la suya por Meadow Rue. Pensaba ir también al pueblo a tomar café con sus amigos de siempre en el almacén de forrajes.

Matthew vio algo que se tambaleaba de un lado a otro del camino a unos cien metros. Debido al resplandor del calor que brotaba del asfalto, a primera vista, pensó que se trataba de un ciervo que había sido atropellado por un coche.

A medida que se acercaba, pudo ver que esa figura ensangrentada y maltrecha no era un animal, sino una persona encorvada de dolor que zigzagueaba por el camino.

Más tarde, Matthew declaró a los investigadores que fue “como ver a un zombi salido de esas viejas películas. Tenía los ojos muertos y se tambaleaba; cuando vi de quién se trataba, se me detuvo el corazón”.

Si Josie se dio cuenta de que se acercaba una camioneta, no dio señales de ello. Su abuelo se detuvo a un lado de la carretera y se apeó de un salto.

—¿Josie? —preguntó—. ¿Qué te ha pasado? ¿Qué haces?

Ella se comportó como si no lo oyera y siguió caminando. Sin saber qué hacer, Matthew finalmente la cogió por los hombros y la obligó a mirarlo.

—Josie —dijo mirando esos ojos enrojecidos y desenfocados—. ¿Qué ha sucedido? ¿Adónde vas?

—A tu casa —logró decir ella con voz ronca.

Era una respuesta extraña, pensó Matthew, ya que Josie caminaba en dirección contraria. Su nieta tenía el brazo hinchado y cubierto de sangre seca, y ambos brazos y las piernas tenían tantos rasguños que era imposible contarlos. La condujo hasta la camioneta y la ayudó a subir.

—¿Qué pasa, Shu? —preguntó Matthew, usando el apodo que le había puesto cuando ella era muy pequeña y lo seguía a todas partes. "¡Shu, mosca, shu!", bromeaba, y ella reía y revoloteaba a su alrededor—. ¿Qué ha sucedido? —preguntó, alarmado—. ¿Ha habido un accidente?

—Pensé que había ocurrido un accidente en su casa —le dijo Matthew al ayudante del sheriff cuando este llegó a la escena del crimen—. Era lo único que tenía sentido en ese momento. Planeaban salir para la feria temprano esta mañana. Ya deberían haber estado en camino. Decidí llevar a Josie a su casa. Y nunca imaginé con lo que me iba a encontrar.

Cuando Matthew y Josie llegaron, aparcaron detrás de los dos vehículos que había allí; la camioneta de su yerno y el monovolumen de su hija. La camioneta de Ethan no estaba.

Fue entonces cuando Matthew miró nuevamente a su nieta. Tenía ronchas coloradas en las mejillas, el cabello enredado y despeinado, los ojos hinchados y enrojecidos como si hubiera llorado. Estaba descalza y sucia y parecía que alguien le hubiera azotado las piernas. Cuando se acercó para ver mejor el brazo de Josie, se le cerró la garganta. Había visto ese tipo de heridas con anterioridad.

—Josie, ¿qué te ha pasado en el brazo? —preguntó.

Junto a él, dentro del vehículo, Josie miró hacia abajo. Tenía el brazo ensangrentado, inflamado y con pequeños hoyuelos como en una pelota de golf, provocados por los perdigones.

A pesar del calor de la mañana, comenzó a temblar.

—¿Dónde están todos? —preguntó Matthew.

Josie dirigió la mirada hacia el primer piso de la casa.

—¿Allí arriba? —preguntó el abuelo con la voz llena de temor. Josie asintió—. ¿Es necesario que pida ayuda?

La niña asintió nuevamente y apartó la mirada para apoyar la cabeza contra la ventanilla.

Matthew salió de la camioneta. El jardín estaba silencioso, solo se oía el ruido del motor al enfriarse.

—Quédate aquí —dijo, y caminó hacia la parte trasera de la casa.

Matthew entró por la puerta mosquitera, que crujió y se cerró ruidosamente tras él. Josie cerró los ojos como si así pudiera proteger a su abuelo de lo que iba a descubrir.

Y, aunque también se cubrió los oídos, escuchó su grito ahogado, sus pasos en la escalera y el estrépito de la puerta trasera al abrirse. Escuchó el jadeo de su abuelo tratando de recuperar el aliento y luego el horrible sonido de arcadas y de líquido que caía al suelo.

Los gritos angustiados de Matthew llenaron el aire y Josie apretó con más fuerza las manos sobre los oídos para no oírlo, pero fue en vano.

Deb Cutter, que estaba en su jardín, a aproximadamente un kilómetro y medio en línea recta, declaró que escuchó esos gritos. Dejó de arrancar malezas cuando vio que los gritos no cesaban y, pensando que se trataba de un animal herido, deseó que alguien pudiera poner fin al sufrimiento de esa criatura. Asustada, recogió las sábanas del tendedero y las llevó adentro.

Gradualmente, el llanto de Matthew se transformó en un suave lamento y luego en silencio. Josie volvió a escuchar la puerta mosquitera. ¿Su abuelo entraba otra vez? ¿Por qué?, se preguntó. ¿Por qué haría algo así?

No estuvo dentro mucho tiempo. Josie oyó que la puerta de la camioneta se abría y se cerraba con un clic y su abuelo se sentó a su lado. Juntó valor para mirarlo de reojo. Se había desplomado en el asiento, con la cabeza gacha y las manos curtidas, con manchas de la edad, aferradas al volante. Permanecieron sentados así por lo que pareció un largo rato; la temperatura dentro de la camioneta aumentaba con cada segundo que pasaba.

En la distancia, comenzó a oírse un gemido suave y persistente. Sirenas. La ayuda venía en camino.

—Shu —musitó Matthew con voz ronca—. ¿Qué ha pasado aquí? — Levantó la cabeza y sus ojos enrojecidos se encontraron con los de Josie.

—Creo que están muertos —susurró ella—. ¿Encontraste a Ethan y a Becky?

—No, solo a tus… —Soltó el aire y se estremeció. Las manos le temblaban.

—Solté la mano de Becky —dijo Josie, como en trance—. Lo siento. Yo no quería hacerlo. —Las sirenas se hicieron más fuertes.

—Es hora de salir —dijo Matthew, y abrió la puerta.

El chillido de las sirenas se hizo cada vez más fuerte y luego se apagó cuando los dos vehículos policiales del sheriff del condado de Blake llegaron por el camino de entrada y aparcaron.

—Mantente detrás de mí, Shu —dijo, y Josie se aferró a la correa de su cinturón.

De los coches policiales emergieron dos hombres con las armas desenfundadas. Una vez fuera de la camioneta, Matthew puso sus manos en alto y dijo:

—Están arriba. —Señaló la casa con la cabeza—. Les han disparado.

Capítulo 15

La niña estaba sentada en el suelo mientras su madre le trenzaba el pelo.

—Cuando era niña, tenía el pelo como el tuyo —dijo su madre—. Mi madre me lo trenzaba en forma de espiga, pero nunca aprendí a hacer esa clase de trenza.

A la niña le gustaba escuchar historias sobre la infancia de su madre, pero no sucedía a menudo. Los padres de su madre estaban muertos y le daba tristeza hablar de ellos, así que cuando los mencionaba, la niña saboreaba cada palabra.

Iba a preguntarle qué era una trenza en forma de espiga cuando su madre de pronto soltó un gemido.

—¿Qué ocurre? —preguntó la niña, volviéndose hacia ella.

Su madre se puso de pie y se tambaleó. Una mancha roja brillante le apareció entre las piernas; le chorreaba sangre por los muslos.

—Es el bebé —murmuró su madre, y corrió al baño.

—¿Ella va a nacer ahora? —preguntó, porque estaba segura de que sería una niña.

—Es demasiado pronto —exclamó su madre; se quitó los pantalones cortos y luego cerró la puerta del baño.

La niña se quedó del otro lado de la puerta, escuchando cómo su madre gemía y gritaba. Muy fuerte. Demasiado fuerte. Dirigió una mirada temerosa hacia la puerta en la parte de arriba de la escalera y rogó que los gritos de su madre no molestaran a su padre. Se pondría furioso.

—Shh —dijo la niña a través de la puerta—. Shh.

Pero los gemidos de su madre continuaban, elevándose y retirándose como olas. Se sentó en el suelo, con la espalda contra la puerta, y esperó rezando para que viniese ayuda, pero también para que su padre no

apareciera.

¿Serían esos los sonidos de la muerte?, se preguntó. ¿Qué haría sin su madre? ¿Quién la cuidaría? Su padre casi no le prestaba atención. Era su madre la que le cantaba para que se durmiera, la que le trenzaba el pelo y le pintaba las uñas, la que la abrazaba cuando tenía pesadillas.

La habitación comenzó a oscurecerse y su madre no salía del baño. Eran muchas las cosas que le provocaban miedo a la niña, pero la oscuridad no era una de ellas. La oscuridad no le molestaba en absoluto. Había tres tipos de oscuridad. Por la mañana, estaba la oscuridad de bordes grises que poco a poco iba adquiriendo tonos azules y rosados y que significaba que, muy probablemente, su padre se iría a trabajar pronto. Era siempre mejor cuando él no estaba, aunque su madre se ponía nerviosa. A ella le preocupaba que él no volviera; ¿qué harían entonces? No tendrían dinero para comida ni ropa. Su madre se inquietaba, pero la niña se sentía más tranquila durante las largas horas en las que él no estaba.

Luego estaba la oscuridad tras la cena. Sobrevenía después de que ella se lavara la cara y se cepillara los dientes. Se sentaba en el sofá entre su madre y su padre y veía una de las películas que empujaban dentro del aparato que estaba debajo del televisor. La oscuridad de después de la cena estaba conformada por tonos violáceos y azules y la hacía sentir que todo estaba bien en el mundo. Ver la televisión juntos, compartiendo en ocasiones un bol de palomitas de maíz, le decía a la niña que su familia no era tan diferente de las de las películas.

Pero la oscuridad de después de la cena era también el momento más perturbador del día. Si su padre estaba de mal humor o su madre estaba triste, la niña no tenía adónde ir. Se veía obligada a escuchar las palabras furiosas, las lágrimas, las bofetadas y los golpes. En esos momentos, se retiraba a su sitio preferido debajo de la ventana y miraba libros en la penumbra, espiando a través del hueco entre la persiana y el cristal de la ventana.

La oscuridad más negra llegaba en medio de la noche. Era tibia y aterciopelada y sonaba como la respiración de su madre junto a ella.

No es a la oscuridad a lo que hay que temerle, pensó la niña, es a los monstruos que salen a la luz.

Capítulo 16

Tiempo presente

Mientras esperaba que el niño saliera del baño, Wylie abrió la puerta para dejar salir a Tas. La tormenta había recuperado fuerzas de nuevo y el frío enseguida se le metió por debajo de la ropa. Esta vez, Tas regresó de inmediato.

El niño no podía pasar la noche en el baño. Hacía demasiado frío. Wylie llamó a la puerta. No hubo respuesta.

—¿Estás bien ahí? —preguntó.

Silencio. Giró el picaporte y la puerta se abrió. El niño estaba sentado allí, con los puños apretados contra los ojos.

Era arisco como un cervatillo asustado y Wylie comprendió que tendría que elegir las palabras con cuidado.

—Sé que tienes miedo. Sé que esas fotografías te asustaron. Escribo libros sobre personas a las que han hecho daño; intento contar sus historias. Pero yo nunca le haría daño a nadie. ¿Lo entiendes?

El niño se negaba a mirarla.

—Quiero ayudarte. Quiero comunicarme con tu familia, pero necesito que me ayudes. —Le hizo un gesto al niño para que fuera hacia ella, pero el niño permaneció inmóvil en su sitio.

No podía culparlo.

Aunque era plena noche, Wylie dudaba de que él pudiera volver a dormirse tras haber visto esas fotos. Se dirigió a la cocina y, al cabo de un minuto, oyó los pasos suaves del niño.

—Apuesto a que tienes hambre —dijo Wylie—. ¿Te gustaría comer algo?

El niño no respondió.

—Pues yo tengo mucha. —Abrió la nevera—. A ver… ¿qué tenemos aquí? ¿Qué te parecen huevos con tortitas? —Colocó el cartón de huevos sobre la encimera y sacó la mezcla para tortitas del armario —. ¿Qué te gustaría beber? —preguntó—. Tengo leche, zumo y agua. O café. ¿Tomas café? Seguro que te gusta solo.

Miró al niño para ver si la broma lo había hecho sonreír, pero su cara permanecía inescrutable; se pasó una mano por la cabeza rapada.

—¿Cómo está tu herida de la cabeza? —preguntó ella—. Tiene que dolerte mucho.

El niño se tocó la herida de la sien, pero no respondió.

—Ay, tu ropa ya debe de estar seca —dijo Wylie—. Enseguida vuelvo. —Fue al lavadero, sacó la ropa del niño de la secadora y la dejó sobre una silla de la cocina—. Puedes ir al baño a vestirte. Para cuando vuelvas, ya estará lista la primera tanda de tortitas.

El niño cogió la ropa de la silla como temiendo que lo castigaran y salió corriendo de la cocina. Wylie cascó los huevos dentro de un bol y echó masa de tortitas en una sartén caliente. Les dio la vuelta en el aire y colocó la mantequilla, el sirope y un recipiente con uvas sobre la mesa de la cocina.

—¿Te gustan las tortitas? —preguntó cuando el niño regresó sigilosamente a la cocina. Sirvió una en un plato y se lo alcanzó—. Siéntate y come. Te acompañaré en un segundo.

Wylie llevó una fuente con tortitas y la sartén de huevos revueltos a la mesa, sirvió al niño en su plato y luego se sirvió ella. Se sentó a la mesa redonda de roble, frente a él.

—Come —lo animó—, no es necesario que me esperes. —El niño la miraba con aire vacilante—. ¿Quieres que te corte la comida? —preguntó, pero el niño se acercó el plato al cuerpo y cogió la tortita con los dedos.

Wylie miró cómo la arrastraba por un charco de sirope, se la llevaba cautelosamente a los labios y la lamía con desconfianza. Tras

decidir que le gustaba, el niño se la comió entera y comenzó con la segunda que Wylie le colocó en el plato. Comía sin pausa, casi sin darse tiempo para masticar y tragar.

—Despacio —dijo Wylie—, hay muchas más.

El niño se inclinó sobre el plato para oler los huevos revueltos y luego frunció la nariz.

—No hay problema —le aseguró Wylie—; no tienes que comer nada que no te apetezca.

El niño miraba la puerta con ilusión.

—¿Recuerdas la tormenta? —dijo Wylie—. No es seguro salir ahora. Los caminos son muy peligrosos. —El niño se movió en la silla como preparándose para huir.

Wylie no deseaba asustarlo, pero tampoco quería mentirle más de lo que ya lo había hecho.

—Te prometo que haré lo posible para llevarte a tu casa —le dijo—. No puede seguir nevando mucho tiempo más. —El niño pareció pensarlo y le cayeron unas lágrimas por las mejillas—. No llores —agregó Wylie, alarmada—. ¿Qué te parece si jugamos un juego? —dijo intentando distraerlo.

El niño la miró con desconfianza.

—Se llama "primero tú, luego yo" —explicó ella poniéndose de pie. Cogió su plato y lo llevó al fregadero—. Primero tú me haces una pregunta y, luego, yo te hago una a ti. ¿Quieres? Solo tienes que preguntarme algo, por ejemplo, cuáles son mis cosas preferidas, y yo te respondo.

Wylie enjuagó los platos y los colocó en el lavavajillas.

—Muy bien, comenzaré yo, entonces —dijo al ver que el niño no respondía. Miró al techo y se dio golpecitos en la barbilla, como si estuviera pensando. Quería encontrar una pregunta fácil, que no fuera demasiado personal—. ¿Cuál es tu color favorito? —preguntó. No obtuvo respuesta.

Decidió intentar con una estrategia diferente.

—Bueno, Wylie —dijo imitando una voz infantil—, mi color preferido es el azul. ¿Y el tuyo? —preguntó, y volvió a su voz normal—: ¡Qué casualidad! ¡El mío también!

Miró al niño buscando algún tipo de reacción, pero él la miraba sin expresión alguna. Tal vez no entendía el idioma o tenía algún impedimento físico para hablar. O estaba aterrado.

Suspiró.

—Pues puedo hablarte de mí, si quieres. Ya has conocido a Tas. ¿Tienes perro? —Hizo una pausa muy breve, sin esperar una respuesta, y luego siguió—: Mi programa de televisión preferido es *Dateline*. ¿El tuyo cuál es? —preguntó mientras le servía más leche.

El niño arrancó una uva del racimo y la mordisqueó como si la probara por primera vez. ¿Es que no había probado nunca las uvas?, se preguntó Wylie.

El niño seguía sin mirarla.

Wylie levantó los brazos. El pequeño dio un respingo.

—Me gustaría que me dijeras tu nombre. Solo eso, tu nombre. ¿Por qué es tan difícil? —preguntó.

El niño lo pensó y pareció a punto de hablar, pero luego cerró la boca con fuerza.

En la cabeza de Wylie se activaron más alarmas. Era consciente de que le había dado al niño pocos motivos para confiar en ella, pero lo había salvado de morir congelado. ¿Qué podía ser tan grave como para que no pudiera decirle su nombre ni el de sus padres? ¿Qué clase de secretos guardaba ese niño y por qué?

Capítulo 17

Agosto de 2000

—¡Soy Matthew Ellis! —gritó Matthew con voz temblorosa.

—Recibimos una llamada por un tiroteo —dijo el sheriff Butler bajando cuidadosamente el arma.

A su lado estaba el ayudante Levi Robbins, que había llegado en su coche detrás de él.

—Fui yo quien llamó —dijo Matthew. La siguiente frase fue incomprensible y el sheriff tuvo que pedirle que la repitiera—. Mi hija y mi yerno están muertos —repitió con la voz rota por las lágrimas—. Hay sangre por todas partes —lloró, mirando al sheriff con desesperación—. Por todas partes.

Josie seguía detrás de su abuelo, con la cara apoyada contra su espalda.

—También le dispararon a Josie —agregó, y se secó los ojos con un pañuelo que sacó del bolsillo trasero.

—La ayuda ya está en camino. Déjeme echar un vistazo —dijo Butler.

Josie permaneció detrás de su abuelo.

—Tranquila, Shu —le dijo, y se movió hacia un lado para dejarla a la vista—. Han venido a ayudarnos.

Levi soltó un suave silbido. No entendía cómo la niña seguía de pie. Josie se tambaleó. El abuelo la cogió del brazo sano y la guio para que se sentara en el estribo de su camioneta.

—No te preocupes, cariño, la ambulancia ya viene en camino —le aseguró el sheriff—. Usted dijo “le dispararon a Josie”; ¿había más de una persona?

Matthew se apoyó contra la camioneta para no perder el equilibrio.

—No lo sé, no sé quién fue.

—¿Cree que ya se han ido? —El sheriff miró a su alrededor.

—No vi a nadie más dentro de la casa. ¡Ay, Dios mío! Es terrible. ¡Es realmente terrible!

—¿Ha estado dentro? —preguntó Butler.

Matthew asintió.

—Lynne estaba en su dormitorio y William en el de Josie. No sé dónde está mi nieto. —Sucumbió al llanto otra vez.

—Debemos asegurarnos de que no haya nadie en la casa antes de permitir la entrada de los sanitarios —dijo el sheriff, como si quisiera disculparse—. Lo comprende, ¿verdad, Matthew?

—No creo que puedan hacer ya nada por ellos —murmuró Matthew.

Josie se aferró a la manga de su abuelo.

—No digas eso, abuelo. Tienen que intentarlo —insistió—. Pueden llevarlos al hospital para que se mejoren. —La niña lloraba y sus lágrimas dejaban un surco en su carita sucia.

—Nosotros nos ocuparemos de todo, hija —le aseguró el sheriff Butler con voz suave y tranquilizadora—. Necesito que ahora os alejéis de la casa —añadió—. Debemos hacer nuestro trabajo.

Butler y Levi tenían que revisar la escena del crimen y luego establecer un perímetro de seguridad. Por lo que sabían, el asesino podía seguir dentro de la casa. Y existía la remota posibilidad de que alguna de las víctimas siguiera con vida. Estaban perdiendo segundos muy valiosos. Segundos que no se podrían recuperar.

El sol ya había secado la humedad de la mañana. Con ayuda de Matthew, que la sostenía del codo con una mano sudada, Josie cojeó hasta el viejo arce y se sentó bajo el árbol a esperar.

El sheriff y Levi entraron con cautela por la puerta de atrás con las armas en la mano.

Los minutos que siguieron transcurrieron borrosos, desdibujados. Llegaron más policías y Matthew volvió a contar lo que sabía.

Al escuchar la sirena de una ambulancia, Matthew volvió con Josie a la sombra del arce. La rodeó con los brazos, con cuidado de no tocarle la herida, y ella hundió la cara en el hombro de su abuelo, inhalando el aroma a tabaco que se mezclaba con el jabón fuerte que usaba para lavar su ropa de trabajo.

—Shu, van a examinarte mientras los demás buscan a Ethan, ¿vale? —dijo Matthew secándole las lágrimas con los pulgares.

La ambulancia llegó a la entrada y se detuvo junto a la cinta policial. Bajaron dos sanitarios, un hombre y una mujer. Abrieron las puertas traseras y observaron la zona, esperando las instrucciones de la policía.

Matthew les hizo señas con el brazo para que se acercaran.

—Mi nieta ha recibido un disparo —les dijo, y ellos se acercaron de inmediato con una camilla, recostaron a Josie en ella y la llevaron hasta la parte trasera de la ambulancia para examinar sus heridas.

—No se la llevarán todavía, ¿verdad? —le preguntó Matthew a la mujer.

—Vamos a examinarla, pero, por el aspecto de ese brazo, tendremos que trasladarla al hospital de Algona. Saldremos en cuanto podamos, pero le avisaremos antes de partir —le dijo con una sonrisa tranquilizadora.

—Vuelvo enseguida, mi cielo —dijo el abuelo, y Josie se aferró a su mano para detenerlo—. No me perderás de vista —le prometió.

A regañadientes, Josie le soltó la mano.

Cuando pasó junto a la puerta principal, que no tenía echada la llave, el sheriff Butler tomó nota mental de que debía preguntarle a Matthew Ellis si él había entrado directamente o había usado la

llave.

La casa estaba oscura y silenciosa y parecía estar vacía. Butler y Levi comenzaron por el salón, miraron detrás de las gruesas cortinas y el armario, vieron que no había nadie y pasaron a inspeccionar el baño de la planta baja.

—No hay nadie aquí —dijo Levi—, pero parece que hay sangre en el lavabo.

El sheriff Butler se asomó para mirar. La base y los lados del lavabo de porcelana tenían manchas rosadas. Butler asintió. Juntos siguieron por el comedor. En el centro había una gran mesa de madera de tablas anchas con seis sillas y sobre ella un arreglo de flores secas.

—Nadie aquí —indicó Butler mientras se secaba el sudor de la cara.

Hacía tanto calor allí dentro que parecía el interior de una olla de hierro fundido. Sin embargo, había un aparato de aire acondicionado en una de las ventanas; era extraño que no estuviera encendido en un día de tanto calor y, en especial, con todas las ventanas cerradas.

Levi tomó la delantera y pasó a la cocina. No había nadie allí tampoco. La cafetera estaba llena. Levi y tocó la jarra de vidrio; estaba fría. En un tablero cerca de la puerta trasera había dos juegos de llaves que probablemente eran de los vehículos que estaban aparcados fuera.

—¿Miramos abajo? —preguntó Levi con un movimiento de cabeza en dirección a la puerta del sótano.

Butler revisó el pasador en la parte de arriba de la puerta. Estaba en su lugar.

—La puerta está cerrada desde fuera —dijo—. Lo revisaremos cuando acabemos con la parte de arriba. Matthew dijo que las víctimas estaban allí.

Butler subió primero por la escalera. El calor era sofocante; las gotas de sudor se le metían en los ojos. Olió el miedo que emanaba

de la piel de su joven ayudante. Levi ya había visto muchos cadáveres, heridos de accidentes de tráfico, dos suicidios y el de un hombre que se había disparado al tropezar con su arma en una cacería de pavos salvajes; pero nunca había visto una víctima de asesinato. Levi no tenía ni idea de a qué iba a enfrentarse. El sheriff ya lo había visto todo, lo que no significaba que le resultara más fácil entrar en la escena de un crimen. ¿Se trataría de un asesinato y un posterior suicidio? ¿O de un intruso que había disparado? En ese caso, ¿cuál era el motivo?

La escalera tenía una esquina ciega. No podían saber qué o quién podía estar del otro lado. Butler trató de escuchar algún sonido más arriba, pero solo oía su respiración. Debían estar alerta. El sheriff le hizo señas a Levi para que se detuviera, inspiró profundamente y, con rapidez, dobló la esquina con el arma en alto. No había nada. Hizo una pausa para aquietar la respiración y siguió avanzando.

Cuando llegó al rellano del primer piso, el olor le dio de lleno en la cara. Óxido mezclado con materia fecal. Sangre y los esfínteres que se relajan tras la muerte.

—¡Dios mío! —dijo Levi.

—Respira por la boca —le ordenó Butler mientras caminaba por el pasillo. Empujó la primera puerta. Un baño. Corrió la cortina de la ducha—. Nadie —dijo Butler por encima del hombro. Ya estaban más cerca.

Levi se detuvo delante de la puerta cerrada de una habitación. Temía tocar el picaporte. ¿Y si borraba las huellas? No quería ver lo que había detrás de la puerta. Miró al sheriff y este asintió con la cabeza. Tratando de tocar la superficie lo menos posible, Levi giró el pomo, empujó la puerta y entró con el arma lista. El olor era insoportable; contuvo el impulso de taparse la nariz.

El sol de la mañana se colaba por los bordes de las persianas. A primera vista, la habitación se veía como cualquier otra. Una cómoda con fotografías de la familia enmarcadas, la cama deshecha, una pila de libros y algunas monedas desparramadas sobre la mesilla de noche. Pero lo que vieron junto a la cama era sin duda una carnicería. Una mujer cuyo cadáver ya había comenzado

a descomponerse a causa del calor sofocante del lugar.

Levi oyó la voz de Butler a sus espaldas.

—¿Todo despejado? —preguntó.

Levi tardó un segundo en reaccionar, pero luego se agachó, levantó faldón con bordes de encaje y miró si había alguien debajo de la cama, temiendo que estuviera espiándolos. Pero no había nadie. Revisó también el armario y lo encontró vacío.

—Despejado —respondió, y se pasó una mano por el pelo húmedo —. Primera víctima —dijo cuando entró el sheriff.

—¡Ay, Dios! —exclamó Butler—. Es Lynne Doyle. Parece que fue un disparo en el pecho y a muy poca distancia.

—El señor Ellis dijo que había dos cadáveres —indicó Levi mientras salían del dormitorio.

—Sí. Cúbreme tú ahora, yo iré primero —dijo Butler—. ¿Estás bien? —Miró a su ayudante con preocupación. Estaba pálido y tenía los ojos muy abiertos.

—Estoy bien.

El sheriff se detuvo en la siguiente habitación a la izquierda. La puerta estaba abierta y el cadáver se encontraba boca arriba sobre el suelo de madera. Estaba descalzo y llevaba calzoncillos y una camiseta; donde debía estar su cara había un enorme orificio en el que se veía hueso y materia gris.

—¡Mierda! —dijo Levi—. ¿Es el marido? —preguntó con el corazón en la boca.

—Parece que sí, pero tendremos que confirmarlo —respondió Butler.

Levi recorrió el dormitorio con la mirada. Resultaba evidente que pertenecía a una adolescente, la chica que estaba sentada bajo el arce. En la pared había un póster de un caballo al galope por una pradera amarilla y otro del grupo musical NSYNC. Los zócalos

estaban decorados con pegatinas de béisbol.

Había una cama individual cubierta con un edredón violeta y llena de animales de peluche. O bien la cama había sido hecha con anterioridad, o nadie había dormido en ella. Sobre una cómoda blanca de madera se veía un guante de sóftbol y un frasco de esmalte de uñas rosa. Colgado encima había un talón cubierto de escarapelas de la organización juvenil 4-H. Junto a la cama había dos sacos de dormir desplegados.

—Vamos —dijo Butler—. Falta revisar el último dormitorio.

La última habitación era el clásico dormitorio de un chico adolescente, lleno de ropa sucia, latas de refrescos y revistas de coches. Olía a calcetines sucios y a desodorante corporal Axe. No había ningún cadáver.

Los hombres regresaron al pasillo y se detuvieron en la puerta donde estaba el cadáver masculino.

—¿Qué cree que ha pasado? ¿Asesinato y suicidio posterior? —preguntó Levi—. ¿Mató a su mujer y se suicidó aquí?

—Para mí no fue suicidio —respondió el sheriff—. No hay arma.

—Vale. Entonces, ¿ahora hablamos con la chica que está abajo y buscamos al hermano?

—Y buscamos a la otra chica —dijo el sheriff sombríamente.

—¿La otra chica? ¿Qué quiere decir? —preguntó Levi.

—Hay dos sacos de dormir en el suelo —explicó Butler—, y una bolsa de deporte llena de ropa. Tenía una invitada a dormir. —El sheriff movió la cabeza, perplejo—. ¿Qué coño le ha pasado a la otra chica?

En la ambulancia, el sanitario Lowell Steubens trataba de distraer a Josie Doyle de la actividad febril que se llevaba a cabo muy cerca de donde estaban. Era alto y desgarbado y tenía los ojos oscuros, tristes, y una sonrisa amplia que le allanaba su dura tarea. Lowell, de treinta y nueve años, había ido a la escuela primaria con Lynne

Doyle; la recordaba como una chica tímida, callada, pero no habían cruzado más que algunas palabras en aquel entonces. A pesar de pertenecer a una comunidad pequeña, Lowell y Lynne frecuentaban a círculos diferentes.

—Pareces tener frío —observó Lowell—. Te revisaré rápido y luego te traeré una manta.

Josie no respondió. Cerró los ojos, pero no podía acallar la charla de los agentes ni los chasquidos de sus radios, sonidos muy ajenos a la vida en la granja. La parte trasera de la ambulancia olía a hospital, a alcohol para desinfectar.

Se asustó al oír el ruido de los guantes de látex. Una sanitaria le quitó un mechón de pelo de los ojos con movimientos suaves.

—Me llamo Erin —dijo—. Y este es mi amigo Lowell. Te vamos a hacer una revisión y, en cuanto el sheriff Butler nos permita salir, te llevaremos al hospital para que los médicos puedan ver tu brazo. ¿Qué te parece si me permites ver el otro y así puedo tomarte la tensión? —preguntó.

Josie extendió su brazo izquierdo para que la mujer colocara el brazalete alrededor del bíceps. Hizo una mueca de dolor cuando sintió que la presión alrededor de su brazo aumentaba y luego disminuía.

—¿Te he hecho daño? —preguntó Erin—. Perdona.

—No —dijo Josie débilmente—, no duele. Solo lo siento raro.

Había mucho movimiento alrededor de la casa. La niña trató de incorporarse para ver qué sucedía. Lowell la recostó nuevamente en la camilla.

—¿Puedes contarme qué le pasó a tu brazo? —preguntó.

El bíceps de Josie tenía una herida ensangrentada e irregular y perdigones incrustados debajo de la piel.

—Estábamos jugando en la cama elástica cuando oímos las explosiones. Fuimos a ver qué sucedía y alguien comenzó a

perseguirnos y corrimos. Logré llegar al maizal, pero Becky no pudo. Luego me dispararon. ¿Becky está bien? ¿La han encontrado?

Lowell y Erin intercambiaron miradas.

—Seguro que uno de los agentes hablará contigo pronto —murmuró Erin—. Iré a ver qué está pasando.

—¿Sabes dónde está mi hermano? —le preguntó a Lowell—. No pude encontrarlo, y a Becky tampoco.

—Trata de no pensar en eso ahora —dijo él con suavidad—. Dejaré que sea el médico el que te revise el brazo más detenidamente. —Sonrió tratando de animarla—. Puede que esto te escueza un poquito —dijo mientras le pasaba un líquido frío por las plantas de los pies—. Es alcohol para limpiar las heridas. —Josie hizo una mueca por el escozor—. No son muy profundas. Las desinfectaremos bien y te llevaremos al hospital para que los médicos te las vean.

—¿Puedo quedarme con mi abuelo? —preguntó Josie—. No me duele tanto el brazo.

—Lo siento, mi niña. Debemos llevarte al hospital, órdenes de los médicos.

—No quiero ir. —Josie trató de separarse del sanitario.

—¡Ey! —Lowell la cogió de la cintura—. Tranquila. No querrás meterme en líos, ¿verdad?

Cuando Matthew vio el alboroto se dirigió a la ambulancia.

—Vamos, Shu —dijo—. Quédate quieta. Deja que ellos te ayuden.

De mala gana, Josie se volvió a sentar.

—Vendrás conmigo, ¿no? —preguntó a su abuelo.

En lugar de responder, Matthew le cogió la mano y le dijo:

—Escucha, la policía quiere hablar contigo unos minutos antes de

que te lleven al hospital. ¿Podrás hacerlo? Es muy importante. Debemos hacer todo lo posible para encontrar a tu hermano y a Becky.

Lo único que Josie quería hacer era olvidar. Olvidar la sangre y los cuerpos destrozados de sus padres, el terror de la persecución por el campo, pero tenía las imágenes grabadas en el cerebro. No olvidaría nada de eso nunca, pero estaba dispuesta a hacer lo posible para colaborar. Le daría todos los detalles que pudiera a la policía, para que atraparan al culpable y para que Ethan y Becky pudieran regresar a casa.

En Burden, la madre de Becky, Margo Allen, comenzaba su turno en el supermercado; se puso el delantal verde y se sentó en su puesto en la caja registradora justo cuando se acercaba la primera clienta de la fila.

—Hola, Bonnie. ¿Cómo estás? —saludó Margo cuando Bonnie Mitchell dejó sus compras en el mostrador.

—Bien, muy bien —respondió Bonnie—. ¿Has oído lo que ocurrió al oeste de la ciudad? —dijo en voz baja y conspirativa inclinándose hacia ella.

—No, ¿qué ha pasado? —preguntó mientras le entregaba el tíquet de compra.

—Se ha liado una buena cerca del viejo nogal. Está lleno de policías. Y debe de ser el motivo por el que hace un momento escuché pasar una ambulancia.

—¿El viejo nogal? —repitió Margo—. ¿Por Meadow Rue?

Sintió una punzada de preocupación, pero enseguida la descartó. Los Doyle vivían en Meadow Rue, pero tenían que haber salido para la feria de Des Moines unas horas antes. Si algo hubiera sucedido, ya habrían contactado con ella.

—Apuesto a que fue en una de esas casas donde cocinan metanfetaminas —dijo Bonnie moviendo la cabeza con aire crítico.

Margo le entregó la bolsa con la compra y le deseó un buen día.

¿Cuántas casas podría haber en Meadow Rue? Repasó el recorrido mentalmente. Al menos cuatro, quizás más. Lo más probable era que no tuviera nada que ver con los Doyle.

Echó un vistazo por el supermercado. Había pocos clientes.

—Oye, Tommy —se dirigió al muchacho que colocaba unas mazorcas frescas en el expositor—. ¿Podrías vigilar la caja un momento?

Fue a la sala de descanso y sacó su bolso del armario donde lo guardaba durante las horas de trabajo. Dentro guardaba una pequeña libreta roja con los números telefónicos importantes. Sacó el teléfono y marcó el de la casa de los Doyle. Sonaba y sonaba. Era lógico que nadie respondiera. Miró la hora: eran pasadas las nueve. Jugueteó nerviosamente con un mechón de pelo que se le había soltado de la horquilla.

Al dueño del supermercado, Leonard Shaffer, no le molestaría que se ausentara un rato. Tommy podría sustituirla momentáneamente. Su marido, ya casi su exmarido, se corrigió, pensaría que era una tonta, demasiado sobreprotectora. Becky estaba creciendo muy rápido, pero todavía era su bebé. “Algo no va bien, algo no iba bien”, se dijo. Miró su reloj. Podría ir y volver en unos cuarenta minutos. ¿Qué problema podría haber? Se pasaría por la granja de Doyle y regresaría.

Sin prestar atención a la cantidad creciente de policías y sanitarios, Levi salió tambaleándose de la casa. Con las manos sobre las rodillas, tomó una bocanada de aire fresco, tratando de limpiarse la nariz y la garganta del hedor a sangre y muerte. Poco después salió el sheriff Butler con la cara sombría y empapada de sudor.

—¿Sheriff? —Un joven agente se le acercó con enorme expectativa.

—Hay que acordonar la zona —ordenó Butler—. Nadie entra ni sale sin mi autorización.

El muchacho asintió y corrió a comunicar la orden y llevar la cinta amarilla de su coche policial.

—Levi —dijo Butler.

Levi se irguió, deseando que su estómago se asentara.

—¿Señor? —preguntó.

Butler miró hacia donde estaba Matthew, de pie bajo el arce, observándolos atentamente con la gorra en la mano. Hizo un pequeño movimiento con la cabeza y la cara de Matthew se transformó.

—Necesito que llames a la policía estatal —dijo volviendo su atención hacia Levi—. Diles que necesitamos más agentes aquí. Cuanto antes. —Se secó la frente con la manga—. Y pídeles que traigan perros rastreadores. Tenemos dos cadáveres, dos chicos desaparecidos y vamos a necesitar toda la ayuda posible.

Capítulo 18

Tiempo presente

Una vez que hubieron comido, Wylie y el niño regresaron a la sala y se sentaron delante del fuego. Ella no podía dejar de mirarlo. El sarpullido alrededor de su boca parecía estar aplacándose levemente. La piel seguía enrojecida, pero no tan inflamada. Se inclinó hacia él. Vio algo plateado y brillante. Wylie le tocó suavemente la cara y frotó la piel. Para su sorpresa, el niño no se apartó. Su piel se adhirió por un momento a los dedos de Wylie, luego se despegó.

Ella separó con cuidado del labio del niño el pequeño fragmento plateado y lo hizo rodar entre sus dedos. Tenía una textura de goma pegajosa. ¿Cinta adhesiva? No podía ser.

—¿Alguien te cubrió la boca con cinta? —le preguntó en un susurro.

El niño la miró y parpadeó. No se escandalizó por la pregunta ni reaccionó con indignación. Simplemente asintió.

—¿Quién? —preguntó Wylie, sintiendo que se le comprimía el pecho con algo que no lograba identificar. Horror, furia, tristeza. Las tres cosas, probablemente—. ¿Tu papá? ¿Tu mamá?

Antes de que el niño pudiera responder, se oyó un crujido atronador. Y luego otro y otro más. Wylie se puso de pie de un salto y se golpeó la espinilla contra el baúl de cedro.

—Mierda —murmuró al oír un ruido similar a la rotura de un cristal.

Las ventanas estaban empañadas y pasó los dedos por el cristal para limpiarlas. Desde allí no podía ver la causa del ruido. Seguía nevando, el viento azotaba y solo podía ver un par de metros más allá de la ventana.

Otro crujido hizo estallar el aire. Tas gimió.

—¡Los árboles! —dijo Wylie—. ¡Las ramas de los árboles se están partiendo por el peso del hielo y la nieve! Primero son los árboles, luego serán los cables de la luz.

El niño la miraba con aire interrogante.

—Significa que muy pronto se pondrá muy oscuro y hará mucho frío —explicó Wylie mientras se dirigía al armario.

Abrió la puerta y sacó una linterna de gran potencia, que apoyó sobre el baúl de cedro. Luego abrió el cajón de la mesita que estaba junto al sofá y encontró otra linterna más pequeña.

—Toma —le dijo al niño, y se la entregó—. Presiona este botón de aquí para encenderla. Inténtalo. —El niño movió el interruptor negro hacia arriba y apareció un haz de luz—. Ahora apágala. Enciéndela solo si se va la luz. —El niño obedeció—. Quédate aquí —le ordenó—. Iré a buscar las otras.

Wylie corrió de habitación en habitación recuperando las linternas. Cuando llegó a la casa de campo, había guardado varias en distintas habitaciones para una ocasión como esa. Hasta el momento nunca había tenido que utilizarlas y se le aceleró el pulso ante la idea de quedarse a oscuras, aun en una casa que conocía tan bien. Mientras hubiera luz, todo iría bien, se dijo.

Le llevó todas las linternas al niño y las dejó caer sobre el sofá.

—Iré arriba a buscar más. Enseguida vuelvo.

Al ver su expresión temerosa, se detuvo. No quería asustarlo más de lo que ya lo había hecho. La oscuridad era su problema, no el del niño.

—Traeré unas cuantas más y buscaré pilas de repuesto —dijo.

Cogió una de las linternas y subió por la escalera. Debería preocuparse más por tener suficiente leña para la chimenea. Pensando racionalmente, se daba cuenta de que la oscuridad no podía hacerles daño, pero el frío sí. Una vez que tuviera todas las

linternas a mano, iría al granero en busca de más leña.

Ya arriba, Wylie se dirigió a la habitación que utilizaba como despacho. Era donde pasaba la mayor parte del tiempo, por lo que allí guardaba la linterna para tormentas. Tenía una duración de ciento cuarenta horas sin que hubiera que cambiarle las pilas.

Fuera continuaba el crujido de las ramas al romperse. Wylie observó, anonadada, cómo una rama cubierta de hielo que cruzaba junto a su ventana se balanceaba, se partía como un palillo de dientes y caía estruendosamente al suelo. Cuando se disponía a sacar varios paquetes de pilas de un cajón del escritorio, vio de repente un brillo anaranjado entre la tormenta.

Se inclinó por encima del escritorio y apretó la cara contra la ventana para ver mejor. El viento levantaba nubes de nieve que volaban sobre los campos. Otra vez, un brillo anaranjado. ¿Serían las luces de un coche o de algún vehículo de emergencia? Imposible saberlo.

Apagó la lámpara del escritorio con la esperanza de poder ver mejor. La luz de fuera desapareció y por un instante, Wylie pensó que se lo había imaginado, pero luego el aire se aquietó como si la tormenta estuviera inspirando. La nieve se aplacó y una bola de fuego anaranjado iluminó el cielo al final del sendero.

La camioneta volcada se había incendiado y las llamas la estaban devorando.

¿Le habría caído encima un cable eléctrico? Tenía que haber sido eso.

No había nada que hacer salvo dejarla arder.

La tormenta espiró, oscureciendo el camino y envolviendo el fuego en un remolino blanco.

Un nuevo relampagueo anaranjado iluminó la oscuridad. Wylie oyó el crepitar de las llamas en el viento. Pensó en la guantera y en cualquier documento guardado allí que podría haberle revelado la identidad de la dueña; se habían hecho humo, literalmente. Debió

haberla revisado en el momento en que descubrió el coche.

Las luces de la habitación parpadearon. Wylie contuvo el aliento, pero se mantuvieron encendidas. Necesitaba conseguir más linternas, más pilas.

No había nada que pudiera hacer por la camioneta. Tenía que preocuparse por las cosas que sí podía controlar. Como mantenerse a sí misma y al niño abrigados y protegidos de la oscuridad.

Se apartó de la ventana y, haciendo malabarismos con la linterna y el puñado de pilas, avanzó por el pasillo hacia la escalera. Justo cuando pisaba el primer escalón, la casa quedó a oscuras.

Wylie se paralizó. Sintió un hormigueo en los dedos y se le aceleró el corazón. Un repentino mareo le hizo soltar las pilas, que cayeron por la escalera y desaparecieron en la oscuridad; Wylie contemplaba el abismo negro debajo de ella. Su mente racional sabía que no había nada que temer, pero no podía pensar. Sintió gotas de sudor frío en la frente y un zumbido en los oídos.

Mareada, se sentó en el escalón superior. No podía respirar bien, el aire se negaba a llenarle los pulmones. Algo que había estado allí, latente durante años, lo bloqueaba. Algo negro y aceitoso se acomodó dentro de ella y tomó el control.

Se apretó los dedos contra la garganta como para liberarse de ese ahogo frío. La noche, finalmente, la había encontrado mal preparada, y sentía que iba a ahogarse.

Hasta ese momento, había aprendido a controlar la luz y la oscuridad. Ya no podía seguir escapando. Cerró los ojos y los apretó con fuerza.

Un ataque de tos agudo y áspero como ladridos de foca le despejó el zumbido de abejas de la mente; Wylie abrió los ojos.

—¡Ey! —gritó—. ¿Estás bien? —preguntó, tratando de mantener la voz serena.

Un haz de luz rebotó contra las paredes, llenando el pozo de la escalera con un brillo espectral. El mareo se disipó y el mundo se

enderezó. Había luz. Todo iba a ir bien.

—Ya voy —logró decir, y esperó a que se le calmara la respiración antes de ponerse de pie.

Recuperó la sensación en las piernas y sintió la madera lisa del pasamanos bajo los dedos. Le pesaban las piernas, pero con el brillo de la linterna del niño pudo bajar lentamente.

Al ver su expresión preocupada, murmuró:

—Estoy bien, es solo que no me gusta la oscuridad.

El pequeño extendió el brazo y encendió la linterna que Wylie llevaba en una mano, y la sala se inundó de luz suave. Tas, despreocupado, estaba echado delante de la chimenea. El nudo negro que Wylie sentía en la garganta se deshizo.

Apoyó la linterna sobre el baúl de cedro.

—Es posible que tarden días en arreglar la electricidad, pero estaremos bien. Tenemos luz, comida y leña —dijo con débil convicción.

Observó la pila decreciente de leña junto al fuego y el alma se le cayó a los pies. Necesitaban más, pero no quedaba leña en casa. Tendría que ir al granero. Era lo último que deseaba hacer, pero ¿qué opción tenía? La necesitaban.

—Necesitamos más leña. ¿Quieres ayudarme?

El niño se miró los zapatos.

—Tendré que venir cargada con leña, así que, si quieres, puedes abrir y cerrar la puerta trasera para ayudarme. Pero, primero, tenemos que asegurarnos de que estés bien abrigado. La casa se va a enfriar rápido, sobre todo cuando se abra la puerta. ¿Qué me dices? —preguntó Wylie.

Por fin, el niño asintió y ella le dirigió una sonrisa agradecida.

Sintió la tentación de encender todas las linternas que había

juntado, pero sabía que sería un desperdicio de pilas. Tendría que arreglárselas con la de tormenta. Juntos, con sendas luces, Wylie y el niño se dirigieron al recibidor. Primero, ella intentó encender las luces exteriores esperando que el jardín se iluminara de repente. No sucedió nada.

Cogió una vieja sudadera y se la puso al niño metiéndosela por la cabeza. Le llegaba por debajo de las rodillas y tuvo que enrollarle las mangas varias veces, pero la prenda resultaría útil. Revisó una canasta llena de ropa de abrigo, encontró un gorro y tras colocárselo, se lo bajó hasta las orejas.

—Muy bien —dijo dando un paso atrás para admirar su obra—. Mantén las manos dentro de las mangas y estarás bien.

Wylie se abrigó y salió a recuperar el trineo que había dejado en el escalón del porche. Lo usaría para transportar la leña a la casa.

—Eh, ¿va todo bien por allí? —gritó un hombre desde el extremo del camino—. Vi el fuego desde mi casa y salí con la moto de nieve para ver qué sucedía.

Se detuvo en la mitad del camino de entrada y se quitó el casco. A través de la nieve que caía, Wylie lo reconoció como uno de los vecinos que vivían en la zona este, Randy Cutter. Gracias a la investigación que había hecho para el libro, sabía que Randy y Deb Cutter se habían divorciado y él se había mudado a otra casa no lejos de allí.

—Me topé con el accidente —dijo él sin aliento. Su pelo rubio salpicado de canas asomaba por debajo de un gorro de punto y en las pestañas tenía adheridos copos de nieve—. ¿Hubo heridos? Ha sido un vuelco muy aparatoso.

—Sí —respondió ella en voz alta—. Mucho. Encontré a un niño. Está asustado, pero se encuentra bien. La que me preocupa es la mujer que estaba en la camioneta con él. Ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido? —dijo Randy.

—Después de que encontrase al niño, fui a ver si podía averiguar de

dónde había venido. Encontré la camioneta y a una mujer. Estaba enganchada en el alambre de púas y no podía liberarla. Vine a buscar herramientas y, cuando volví, se había ido.

—¿Se había ido? —repitió Randy—. Madre mía. ¿Adónde podría haber ido?

—Buena pregunta —respondió Wylie—. No tiene sentido. Tenía muchos golpes. No puede haber ido lejos, pero no pude encontrarla. Es una tormenta espantosa.

—Sí, es cierto —dijo Randy—. Te llevaría con el niño en la moto de nieve a mi casa a esperar que pase, pero se está poniendo cada vez peor. Creo que lo mejor es que os quedéis aquí.

—Estoy de acuerdo. Estamos bien aquí —le aseguró Wylie—. Tenemos leña, agua y comida. Estaremos bien; me preocupa la mujer. ¿Tienes manera de ir a buscarla?

—Sí, creo que podré hacerlo —dijo Randy—. No soporto la idea de que haya alguien perdido allí afuera con este tiempo. Daré unas vueltas y veré si la encuentro. ¿Qué te parece si paso mañana a ver cómo están y a contarte lo que haya visto? Con suerte habrá dejado de nevar para entonces.

—Me parece muy bien. Gracias —dijo Wylie, estirando el momento de despedirse—. Cuídate —agregó, mientras Randy se volvía y comenzaba a subir hasta el final del camino.

De nuevo en la casa, Wylie se sacudió la nieve de encima y llevó el trineo hacia la puerta de la cocina. Pensó en contarle al niño la visita de Randy, pero tal vez la mención de la mujer herida lo alteraría. Sería mejor esperar y ver si el vecino la encontraba.

Al llegar a la puerta, Wylie se dio cuenta de que con una linterna en la mano no podría arrastrar el trineo cargado de leña de nuevo hasta la casa.

Plan B. Tenía una linterna frontal guardada en el coche que estaba en el granero. La sacaría y tendría luz y las manos libres.

—Bien —dijo, mientras se ponía los guantes—. Tú y Tas me

esperáis aquí, y cuando llegue a la puerta, me la abres, ¿vale?

El niño asintió y Wylie abrió la puerta. El aire gélido los golpeó a ambos. Wylie salió y agachó la cabeza para protegerse del viento. El aire olía a gasolina del incendio de la camioneta.

La linterna que llevaba iluminó el camino, permitiéndole ver un metro delante de ella. La nieve recién caída cubría el hielo, le llegaba hasta las rodillas y le permitía algo de tracción para poder avanzar más rápido.

Cuando llegó al granero, tiró con fuerza de la puerta. Se abrió solo unos centímetros, pues el borde inferior se atascaba en la nieve. Pateó la nieve con la bota, tratando de despejar un camino, luego metió la cadera en la abertura y empujó con fuerza para abrirla lo suficiente para poder entrar.

Aunque los animales que una vez se habían alojado allí habían desaparecido hacía tiempo, quedaban las antiguas herramientas de la granja: una horquilla de tres dientes para fardos, una grada, una pala de carga frontal y otras cosas.

Se dirigió directamente hacia el Bronco y revolvió hasta que encontró el frontal. Presionó el botón y apareció un haz de luz intensa. Se puso la lámpara sobre la frente, por encima del gorro y bajó la vista hacia la montaña de madera apilada en un rincón.

Tendría que hacer varios viajes para llevar suficiente leña a la casa como para que durara hasta que terminara la tormenta. Wylie cargó los leños sobre el trineo y luego lo cubrió con una lona.

Por encima de su cabeza, oyó un ruido. Un sonido seco, susurrante. Había algo arriba en el pajar.

—Hola —dijo en tono vacilante.

Tal vez la mujer del accidente se había refugiado en el granero.

La mujer le provocaba sentimientos encontrados. Los restos de cinta adhesiva que había encontrado en la cara del niño la perturbaban. ¿Acaso lo había secuestrado? ¿Sería su madre?

Wylie subió por la desvencijada escalera hasta el pajar y miró por encima del borde. La luz de la lámpara que llevaba en la cabeza iluminó el espacio. El suelo estaba cubierto de paja y en la parte alta de los rincones se veían telarañas congeladas que parecían encaje sobre las vigas. Subió los últimos escalones y llegó al suelo del pajar.

Caminó sobre la paja suelta, levantando nubecitas de polvo. Desde un rincón, dos pequeños ojos dorados la miraban. Parpadearon y luego pasaron corriendo junto a ella. Un mapache en busca de refugio para el invierno.

Wylie revisó rápidamente el sitio. La mujer no estaba allí. Se acercó a la puerta con cerrojo que en un tiempo se había utilizado para subir y bajar los fardos y miró por la pequeña ventana sucia que estaba junto a ella. Desde allí, en lo alto, si no hubiera sido por la tormenta, podría haber tenido un panorama de kilómetros a la redonda. La nieve pesada había apagado las llamas del incendio y ahora su visión estaba limitada a lo que le dejaba ver la lámpara que llevaba en la cabeza.

A través de la pesada cortina de nieve, atisbó el brillo suave de la linterna del niño dentro de la casa. Estaba esperando su regreso.

Por un instante, el viento se aquietó, la nieve se ordenó en una reluciente lluvia blanca y la luz de su frontal rebotó sobre una figura oscura que salía de las sombras del viejo cobertizo. La figura avanzaba tambaleándose hacia la casa. Hacia el niño.

Tenía que tratarse de la mujer de la camioneta. Debió de haberse refugiado en el cobertizo. Pero ¿por qué no había ido directamente a la casa? Wylie le había dicho a la mujer que el niño estaba a salvo, que ella quería ayudarla. No podía quitarse de la cabeza la idea de que la mujer tenía malas intenciones.

Bajó rápidamente por la escalera, empujó la puerta del granero y por un instante, esta no se movió. “Alguien me ha encerrado”, fue su primer pensamiento desesperado. Embistió la puerta con el hombro y logró abrirla unos centímetros. En el poco tiempo en que había estado dentro, el viento había acumulado nieve contra la base de la puerta y le había bloqueado la salida.

Wylie empujó hasta que pudo escurrirse por la abertura. La tormenta arreciaba y el viento le hacía lagrimear los ojos. Los entrecerró para mirar por entre la nieve y vio que la figura seguía avanzando hacia la casa.

Las botas de Wylie se hundían en la nieve con cada paso; era como caminar por el fango, pero se iba acercando a la figura. Gracias a la luz de la lámpara, vio que se trataba de la mujer del accidente. Llevaba el gorro de Wylie en la cabeza y su abrigo.

—¡Ey! —le gritó, pero la mujer no se detuvo, siguió avanzando con dificultad.

Cuando se acercaban a la casa, apareció la cara del niño en la ventana, una luna pálida en la oscuridad, y luego desapareció. Cuando el viento se calmó, allí estaba otra vez. Tenía las manos apretadas contra el vidrio y una expresión de miedo en la cara. La desconocida estaba muy cerca de la puerta y Wylie treinta metros detrás.

Wylie dejó caer la cuerda del trineo y echó a correr hacia la casa.

—¡Ey! —gritó—. ¡Cierra la puerta con llave!

Pero el niño seguía allí, hipnotizado por la figura que avanzaba hacia él. La puerta trasera se abrió y la mujer entró en la casa. Entre el rugido del viento, Wylie creyó oír los ladridos frenéticos de Tas.

El viento cobró intensidad y trajo consigo una nube de nieve que le tapó la vista de la casa. En ese momento, ni siquiera la luz de su frontal pudo atravesar la tormenta. Wylie siguió avanzando.

Cuando finalmente llegó a la puerta trasera, movió el picaporte. La puerta no se abrió. Tenía la llave echada. La golpeó con el puño.

—¡Ey! —gritó—. ¡Abrid la puerta!

Apretó la cara contra la ventana y su frontal iluminó el recibidor. Dentro, Tas ladraba y bailaba en círculos enérgicos alrededor de la mujer, que intentaba darle patadas. Tas emitió un gemido de dolor y se alejó con la cola entre las patas.

La mujer estaba de espaldas a Wylie, pero ella podía ver la cara del niño con claridad. Llorosa y aterrada. Pero lo que hizo que Wylie ahogara una exclamación fue lo que tenía la mujer en la mano. Un mango largo de madera que terminaba en un triángulo de acero que relucía a la luz de la lámpara: un hacha de mano.

La mujer esgrimió el hacha y arrastró al niño desde el recibidor hacia las sombras.

Capítulo 19

Cuando la madre de la niña por fin salió del baño, murmuró:

—Ya no está. —Y caminó como en trance hacia la cama, dejando huellas de color rojo claro a su paso.

La niña corrió al baño. El suelo estaba cubierto de toallas empapadas en sangre. Lo comprendió. Su hermanita había muerto y yacía en alguna parte debajo de una de las toallas ensangrentadas. Le dieron arcadas y cerró la puerta de inmediato.

El calor del sótano se estaba volviendo insoportable. El aire era pesado y húmedo; el sol caliente mataba la hierba que intentaba crecer alrededor de la ventana, convirtiéndola en frágiles tallos marchitos y ocres. De vez en cuando, un pájaro con el pecho amarillo brillante y alas negras aterrizaba en la ventana para elegir la hebra perfecta de hierba seca para su nido. La niña y el pájaro se miraban a través del cristal sucio. El pájaro siempre era el primero en apartar la mirada. Tenía cosas que hacer, sitios adonde ir.

Su madre dormía y lloraba. La niña sentía necesidad de ir al baño, pero no se atrevía a abrir la puerta. Intentó distraerse hojeando libros, o mirando por la ventana en busca del pájaro amarillo, o con la televisión, pero ya no podía aguantarse más.

Abrió la puerta con la esperanza de que, gracias a algún milagro, las toallas sangrientas hubieran desaparecido. Seguían allí. Caminó de puntillas hasta el retrete, tratando de esquivar las manchas rojas pegajosas.

Su padre llegaría pronto y ¿qué haría cuando viera ese desastre? Se enfadaría. Maldeciría, gritaría y luego golpearía a su madre, que estaba acostada en la cama, demasiado débil para moverse, demasiado triste para comer o beber. No iba a poder soportarlo.

La niña buscó una bolsa de basura negra y comenzó a llenarla con las toallas sucias.

—No pienses en ello —se dijo. Con servilletas de papel, limpió los restos de sangre y las echó dentro de la bolsa hasta que estuvo llena—. No pienses en ello —se dijo una y otra vez.

Cuando terminó y todos los restos del bebé hubieron desaparecido, se acostó en la cama junto a su madre y se durmió.

Cuando finalmente llegó su padre, llevaba un batido para su madre. La bolsa de residuos repleta estaba en el centro de la habitación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Ya no está —dijo su madre desde debajo de las sábanas.

—¿Vas a estar bien? —preguntó su padre, pero ella no respondió—. Tal vez haya sido lo mejor —dijo él; se sentó en el borde de la cama y apoyó una mano sobre la cadera de su madre. Ella rodó en la cama para alejarse de él.

—¿Lo has limpiado todo tú sola? —le preguntó a la niña.

La pequeña asintió.

—¡Ja! —Su padre soltó esa exclamación como si estuviera impresionado.

Fue hasta la bolsa de basura, miró dentro, arrojó al interior el batido que había llevado para su madre y se llevó la bolsa de la habitación.

Capítulo 20

Agosto de 2000

Media docena de agentes deambulaban por la parte delantera del jardín de los Doyle a la espera de órdenes del sheriff Butler. Tras un mes tan tranquilo en cuanto a delincuencia, a Butler no le hubiera sorprendido que esta se recrudeciera en el condado. Se había esperado asaltos, robos a casas, una redada por drogas o tal vez una pelea de borrachos en un bar, pero no algo así. William y Lynne Doyle eran buenas personas. No causaban problema alguno. Era cierto que su hijo había participado en algún que otro altercado, pero nada serio.

El único testigo era una niña de doce años con una herida por un disparo en el brazo. Debían llevarla al hospital, pero Butler necesitaba hablar con ella primero. Parecía que habían invitado a alguien a pasar la noche con ellos y tenía que saber quién era.

—¡Joder! —murmuró. Dos muertos y dos desaparecidos. Tenía que hablar con la testigo antes de que se la llevaran.

Butler fue hasta la ambulancia donde los dos sanitarios estaban atendiendo a la niña. Matthew estaba a unos metros, observando con ansiedad.

—Sigue temblando —dijo Matthew—. ¿Podrían conseguirle otra manta?

La mujer la arropó con otra manta.

—¿Estás bien así, cariño? —le preguntó.

Josie asintió; apretaba las mandíbulas como si quisiera que los dientes dejaran de castañetear.

—Hola, Josie. Soy el sheriff Butler —le dijo inclinándose dentro del interior de la ambulancia—. ¿Te están tratando bien Erin y Lowell?

Con suavidad le tocó la espinilla y Josie dio un respingo.

—Lo siento, no fue mi intención —dijo el sheriff quitando la mano rápidamente—. ¿Te duele mucho?

—Un poco —admitió ella.

—Le hemos dado un calmante para el dolor —dijo Lowell, y se movió hacia el fondo de la ambulancia.

—Tengo que hacerte unas preguntas, muy pocas —dijo Butler con una sonrisa compasiva—. Y perdona si soy tan directo, pero es que queremos llevarte al hospital cuanto antes. ¿Pudiste ver quién atacó a tus padres?

Josie miró a su abuelo y él movió la cabeza en señal de aprobación.

—En realidad no pude ver nada —dijo con voz débil—. Estábamos fuera. Becky y yo. Oímos los disparos, pero no vimos quien era.

—¿Cuál es el apellido de Becky? —preguntó Butler.

—Allen —respondió Josie—. Becky Allen.

—Su madre trabaja en el supermercado de Shaffer —agregó Matthew.

Butler se dirigió a un agente:

—Necesito que encuentren a los padres de Becky Allen y les informen de lo que ha pasado. Solo lo esencial —le advirtió—. Díganles que ha habido un percance en la casa de los Doyle y que estamos tratando de localizar a Becky. Nada más. ¿Entendido?

El agente asintió y partió a toda prisa.

—Bueno, lo estás haciendo muy bien, Josie —dijo Butler—. ¿Llegaste a ver a quien te disparó?

Josie negó con la cabeza.

—Estaba muy oscuro. Solo vi que alguien venía hacia nosotras.

Estaba armado. Nos perseguía.

—Entonces, ¿era un varón?

—Creo que sí.

—¿Era joven o mayor?

Josie vaciló, con expresión de duda.

—Creo que era un hombre, pero no estoy segura —dijo con voz ronca, y cerró los ojos—. No pude ver cuántos años tenía.

—Muy bien, Josie. —El sheriff suspiró. El analgésico que le habían dado los sanitarios estaba ejerciendo su efecto.

—¿Viste o escuchaste algo extraño anoche?

—Una camioneta. Había una camioneta —dijo soñolienta

—¿Anoche? ¿Viste una camioneta dentro de tu parcela? —preguntó Butler. Allí había algo importante.

—No —respondió ella—. En el camino. La vi en el camino dos veces. Era blanca.

Butler volvió a suspirar. Las camionetas blancas abundaban en Burden County. Siempre había sido así. No era una información muy útil.

Levi Robbins se acercó al sheriff.

—La policía estatal ya viene de camino. Dijeron que les llevará un poco de tiempo traer los perros hasta aquí.

El sheriff asintió y volvió a concentrarse en Josie.

—¿Hay algo más que hayas visto hace poco, fuera de lo habitual? ¿Gente extraña merodeando?

Josie se frotó la cabeza como si pensar le causara dolor.

—No, creo que no. Vimos a Cutter después de cenar.

—¿Cutter? —preguntó Levi sorprendido.

—Brock Cutter. Es amigo de mi hermano.

—¿Viste a alguien más? —preguntó el sheriff—. ¿A alguna otra persona?

—A mi abuelo y a mi abuela cuando fuimos a llevarles un pastel a su casa y después Becky y yo fuimos a buscar a Rosco. Nos detuvimos en esa casa que está llena de trastos viejos.

El sheriff Butler sabía a quién se refería. June Henley y su hijo Jackson vivían a unos tres kilómetros por Oxeye Road. Se decía que June Henley estaba muy enferma. Cáncer.

Jackson vendía todo tipo de objetos usados, piezas de coches, restos de metal y antigüedades de labranza. Era veterano de la guerra del Golfo, padecía de estrés postraumático y era alcohólico. Le habían quitado el carnet de conducir hacía tiempo, de modo que solo conducía un quad todoterreno por caminos secundarios. No había duda de que Jackson era raro, pero no tenía fama de ser violento.

El sheriff anotó el nombre en su libreta.

—La última pregunta por el momento. A Becky Allen, ¿cuándo la viste por última vez?

Josie cerró los ojos tratando de recordar. Oyeron los disparos. Escuchó que alguien la llamaba. ¿Quién había sido? ¿Ethan? ¿Su padre? No, no. Se cogieron de las manos y corrieron. Los estallidos siguieron. La mano de Becky se soltó de la suya. Pero siguió corriendo.

Josie tenía la cara empapada de lágrimas.

—No lo sé —lloró y miró a su abuelo en busca de ayuda—. Lo siento.

—Bueno, bueno —dijo Lowell—, creo que ya ha sido suficiente. Apoyó su mano fresca sobre la frente de Josie—. Luego podrán hacerle más preguntas. Es preciso que un médico vea ese brazo. No queremos que se infecte. ¿Habrá alguien en el hospital para

acompañarla?

—Mi mujer. ¡Ay, Dios mío! Tengo que llamar a mi mujer —Matthew se tapó los ojos y sollozó en silencio.

—¿Qué le parece si acompaña usted a Josie? —dijo el sheriff Butler —. Pasaré más tarde y podremos seguir hablando.

Mathew negó con la cabeza y se pasó las manos temblorosas por el bigote gris.

—No puedo irme hasta que encontremos a Ethan y a la niña y hasta que retiren el cuerpo de mi hija de la casa —dijo.

El sheriff Butler miró a Josie. Tenía los ojos cerrados.

—Los sacarán una vez que la escena del crimen haya sido revisada por completo y haya llegado el médico forense del condado.

Dos agentes salieron del granero y resonaron los balidos de las cabras, que esperaban que alguien las ordeñara y las alimentara.

—Nadie en el granero —informó uno de ellos.

—¿Cuántos vehículos tendría que haber aquí? —preguntó Butler.

—Dos —dijo Matthew—. El monovolumen de Lynne y la camioneta de William. —Miró a su alrededor—. Tres, en realidad. Ethan tiene una camioneta. Es una vieja Datsun. No está aquí.

Desaparecen dos adolescentes y una camioneta. Matan a los padres, hieren a la hermana. Butler llamó aparte a Levi y dijo con expresión sombría:

—Activa la búsqueda del vehículo de Ethan Doyle.

En la ambulancia, Matthew le dio un beso en la frente a su nieta.

—Sé buena. Hazles caso a los médicos —le dijo con voz quebrada, secándose los ojos—. Tu abuela llegará enseguida.

—¡Eh! —Se oyó un grito desde el extremo del maizal—. ¡Hemos

encontrado algo!

Todos se volvieron hacia el maizal. Matthew no sabía si debía sentir esperanza o terror. Se dio cuenta de que sentía ambas cosas. Antes de que alguien pudiera moverse, se oyó una voz agitada detrás de ellos.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué sucede?

Matthew se movió hacia un lado y apareció una mujer.

—Señora, no puede estar aquí —dijo Butler.

—¿Mi hija está aquí? ¿Becky Allen? —Margo agarró al sheriff del brazo.

—¿Usted es la madre de Becky? —dijo Butler, nervioso—. Alejémonos un poco, así podremos hablar.

—Sheriff, lo necesitamos. —Un agente lo llamó de nuevo—. Hemos encontrado algo.

Butler estaba indeciso. Tenía que ver qué era lo que habían encontrado en el campo, pero no podía abandonar a la madre de la niña perdida.

—¿Dónde está Becky? He oído que pasó algo. —Margo miraba a su alrededor, desconcertada. Perdida—. ¿Dónde está?

Josie se apoyó sobre los codos y la manta que la cubría cayó al suelo de la ambulancia. Nadie dijo una palabra.

Margo iba mirando cara por cara. Un nudo helado se le formó en el pecho y se le extendió a los brazos y las piernas.

—Por favor —dijo sin fuerzas—. Tienen que decirme qué ha ocurrido.

Su mirada se posó sobre Josie. Reparó en el brazo y la ropa ensangrentados.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está

Becky?

—No lo sé, no lo sé —gimió Josie. Las palabras salían entrecortadas.

—Josie, ¿dónde está tu madre? —preguntó Margo. Miraba hacia todos lados esperando que Lynne Doyle apareciera súbitamente—. Dime dónde está. Quiero hablar con ella ahora mismo.

—Venga conmigo, señora —dijo Butler tratando de cogerla del brazo.

—¡No! —dijo Margo, aferrándose a la ambulancia—. Josie, ¿dónde está tu madre?

El ruido de neumáticos sobre la grava hizo que todos se volvieran. Una furgoneta negra con la inscripción en letras blancas Médico forense del condado de Blake se acercaba rebotando por el camino.

—¡Ay, Dios mío! —A Margo se le doblaron las piernas y estuvo a punto de caer de bruces, pero el sheriff Butler la sostuvo—. ¡No, no, no, no!

—Todavía no sabemos qué ha sucedido aquí —murmuró Butler, y guio a Margo lejos de la ambulancia.

Los sanitarios cerraron las puertas del vehículo.

—Trata de no pensar en ello, Josie —le dijo Lowell con tono tranquilizador—. Se ocuparán de ella. Todo va a ir bien. De momento, vamos a colocarte una vía para hidratarte. Vas a sentir un pequeño pellizco, ¿de acuerdo?

Josie cerró los ojos y Lowell le introdujo la aguja en el brazo. La ambulancia arrancó y el llanto de Margo se entremezcló con el ulular de la sirena.

El viaje hasta el hospital de Algona duraba treinta minutos y Josie podía recorrer esos caminos con los ojos cerrados. Las curvas, los giros, los baches y las pendientes. Pero viajar en una ambulancia no era lo mismo que viajar en la camioneta de su padre o en el monovolumen de su madre. Se sentía desorientada y preguntaba a

cada rato adónde iban.

—Al hospital —dijo Lowell—. Los médicos van a examinarte el brazo.

—¿Llevarán a mis padres allí también? —preguntó Josie.

Si los trasladaban al hospital, los médicos también podrían curarlos, pensó. Eso era lo que hacían los médicos. Curar a las personas, recomponerlas. Se esforzó por borrar las imágenes sangrientas de las heridas de sus padres, que no dejaban de relampaguear en su mente.

—Van a hacer todo lo posible para ayudar a tus padres —le aseguró.

—¿Mi abuela estará allí? —Miró los grandes ojos oscuros de Lowell, buscando una confirmación—. ¿Crees que han encontrado a Ethan y a Becky?

—Shh —dijo él para calmarla—, no te preocupes por esas cosas ahora. Tu abuela nos espera en el hospital. Te lo prometo. Josie, ya estás a salvo.

Josie comenzó a flotar sobre las palabras de él y recordó el cielo nocturno lleno de estrellas blancas y doradas; pensó en cómo había saltado con Becky, tratando de arrancarlas con las manos.

Antes de que se diera cuenta ya estaban en el hospital. Se abrieron las puertas traseras de la ambulancia y sacaron la camilla donde estaba acostada. Sobre su cabeza, vio un pedacito de cielo azul y oyó que Lowell decía:

—Herida de bala en el brazo derecho. Cortes y contusiones en pies y brazos. Presión sanguínea y frecuencia cardíaca por debajo de lo normal. Es posible que entre en estado de shock.

—¿Es la chica de la granja de cerca de Burden? —preguntó una mujer con uniforme quirúrgico amarillo.

—Sí —dijo Lowell apretando la mano de Josie—. Su abuela estará aquí en un momento.

—¿Traen a alguien más de la escena? —preguntó la mujer.

El aire estaba helado y un fuerte olor a antiséptico invadió la nariz de Josie cuando recorrieron los pasillos.

Miró a Lowell con esperanzas, y una chispa de ilusión le llenó el pecho.

—No estoy seguro.

—Soy la doctora López —dijo la mujer inclinándose sobre Josie—. Yo te atenderé. ¿Puedes contarme qué ha pasado?

—Me dispararon —dijo Josie. Miró a Lowell otra vez—. ¿Puedes quedarte conmigo? —le preguntó antes de que la llevaran a un consultorio.

—Lamentablemente no, Josie —se disculpó—. Tengo que seguir trabajando, pero volveré más tarde para ver cómo sigues. ¿Te parece bien?

Josie aceptó y Lowell abandonó el lugar.

Los médicos y las enfermeras se hicieron cargo de ella.

—Parece que tienes perdigones incrustados. Sin embargo, eres una niña afortunada —dijo la doctora López mientras sondeaba con delicadeza la herida con sus guantes de látex.

Josie no sentía afortunada en absoluto.

—Por suerte solo te ha rozado. Parece que no ha dañado tendones ni huesos, pero te haremos unas radiografías y limpiaremos la herida.

Trasladaron a la niña en silla de ruedas hasta la sala de rayos X y luego la llevaron de nuevo al consultorio. La doctora López lavó la herida con solución salina mientras le explicaba en detalle lo que iba a hacer.

—Vamos a dormirte el brazo, luego limpiaremos la herida, te daremos unos puntos y quedarás como nueva. —Al ver que Josie la

miraba asustada, sonrió—. Todo eso que te he dicho solo significa que te sacaremos del brazo los perdigones. No te preocupes, no vas a sentir absolutamente nada.

La doctora tenía razón: con excepción del pinchazo inicial de la anestesia, Josie no sintió nada, pero, de todas formas, giró la cabeza y cerró con fuerza los ojos para no ver. Luego, la doctora López le revisó los cortes en los pies y en los brazos.

—Son superficiales. Nada de que preocuparse, pero te dolerán durante un tiempo. Tienes que mantenerlos limpios y te daré una crema con antibiótico para que te la apliques.

Josie se durmió; cuando abrió los ojos, ya estaba en otra habitación y su abuela, sentada en un rincón. Llevaba el largo cabello gris recogido en una coleta, los tejanos "para estar en casa", como ella los llamaba, y una camisa de manga corta. Jugaba nerviosamente con las tiras del bolso de cuero negro que tenía en el regazo.

—Abuela —suspiró Josie.

—¡Josie! —dijo Caroline Ellis, y se levantó de un salto—. ¿Cómo te sientes? —La voz le temblaba.

Josie se miró el cuerpo. No sentía ninguna molestia. Tenía la lengua pastosa y necesitaba beber agua. Trató de sentarse, pero una punzada de dolor le atravesó el brazo derecho.

—¿Y mamá? ¿Y papá? —preguntó con angustia.

Su abuela tenía la cara llena de tristeza.

—¡Cuánto lo siento, cariño! —dijo Caroline—. ¡Lo siento mucho!

Josie soltó un gemido y trató de colocarse de lado y acurrucarse en un ovillo, pero moverse era demasiado doloroso. Entonces, permaneció boca arriba y lloró. Las lágrimas le empapaban la cara y se le llenaban la nariz y la garganta de mocos.

—¿Por qué? —preguntó con impotencia.

—No lo sé, tesoro. La policía quiere hablar contigo para saber qué

recuerdas. Sé que te asusta —dijo rápidamente al ver el miedo en el rostro de Josie—. Son solo unas preguntas, ¿podrás hacerlo?

—Pero ya he hablado con alguien —protestó.

—Me parece que querrán repasarlo varias veces —dijo Caroline cogiéndole la mano.

Josie podría repasar todo un millón de veces, pero no cambiaría lo que ya sabía. No había visto nada. Nada que sirviera. Los recuerdos de la noche anterior se iban disipando en una niebla, pero recordaba algunos detalles con claridad: los ensordecedores ruidos de un arma, la figura en la oscuridad que venía hacia ellas y la caída de Becky, que se había quedado atrás.

—¿Ethan? ¿Becky? —preguntó.

Su abuela negó con la cabeza y Josie interpretó que ellos también habían muerto. Inspiró con tanta fuerza que el aire se le agolpó en la garganta seca y sucumbió a un ataque de tos. Levantó la mano para cubrirse boca y, al sentir el tirón de la vía colocada en su brazo, de inmediato la volvió a bajar.

Su abuela enseguida cogió un vaso de agua que estaba junto a la cama y le colocó la pajita entre los labios. Josie bebió un sorbo.

—Todavía no han encontrado a Ethan ni a Becky —explicó Caroline —. Tu abuelo dice que tal vez se escondieron en los campos, igual que tú. Los están buscando.

El agua le suavizó la garganta.

—¿Puedo ayudar? —preguntó la niña—. ¿Puedo ir yo también a buscarlos?

—En este momento, no —le respondió su abuela con pesar—. Tu misión ahora es descansar y responder a las preguntas que te haga la policía. Esto es lo más importante que puedes hacer. —Se mordió el labio inferior y suspiró—. ¿Tienes alguna idea de quién pudo haber sido?

Los ojos de Josie volvieron a llenarse de lágrimas.

—Al principio —dijo en un hilo de voz apenas perceptible—, pensé que podría haber sido Ethan.

Al ver el horror en la cara de su abuela, Josie se retractó enseguida.

—Pero sabía que no podía ser él. Él nunca nos haría daño.

—No, por supuesto que no —agregó Caroline, y apretó la mano de su nieta—. Es un buen chico —murmuró, como tratando de convencerse a sí misma—. Es un buen chico.

Capítulo 21

El padre de la niña siempre le prometía que le llevaría un cachorrito, pero nunca lo cumplía. Era algo que hacía mucho: promesas. "Un día iremos al mar. Caminaremos por la playa y recogeremos caracolas y vidrios gastados por el mar". La niña había hablado de eso durante días. Dibujó el mar y leyó sobre el océano Pacífico y toda clase de criaturas marinas en la Enciclopedia Mundial *que estaba en el estante de la biblioteca.*

—¿Sabías que la ballena azul es el animal más grande del mundo, pero que su garganta es más pequeña que mi mano? —dijo levantando el puño a modo de demostración.

—Él miente, ¿sabes? —dijo su madre mientras miraba una revista—. Lo hace todo el tiempo. No sucederá nunca.

Cuando la niña lo pensaba, se daba cuenta de que su madre tenía razón. Su padre siempre decía cosas como esas. Dos años antes había prometido llevarlas a Disney World, pero se enfadó cuando ella sacó el tema una y otra vez.

—¿Crees que estoy forrado en dinero? —dijo tajante—. No quiero escuchar una palabra más sobre el asunto.

Y el año anterior, comenzó a hablar sobre hacer un viaje a Wisconsin Dells, donde había un hotel con un parque acuático. Parecía que esa vez realmente iban a ir, pero luego su padre volvió a casa y dijo:

—Lo siento, tengo que trabajar.

Con todo, la niña tenía esperanzas de que le trajera un perro… o incluso un gato. Comenzó a subirse a la silla debajo de la ventana para poder escuchar el sonido de las ruedas de su camioneta. Cada vez que su padre entraba por la puerta, ella miraba fijamente los bolsillos de su chaqueta, esperando ver movimiento. Eso sucedía algunas veces en la televisión: el papá volvía a casa con un cachorrito escondido en el bolsillo. Pero el perro nunca llegó.

Finalmente, se dio por vencida cuando, un día, su padre llegó a casa con una gran caja de cartón. El corazón de la niña levantó el vuelo. "Por fin", pensó. Su padre dejó la caja sobre la mesa y la niña corrió hacia allí, presa del entusiasmo.

—Te he traído algo —dijo él.

—¿Puedo abrirla? —preguntó ella, y su padre asintió. Hasta su madre se sintió intrigada y se acercó para ver qué había llevado.

La niña levantó una solapa de la caja, esperando ver un pequeño hocico. En cambio, un aroma mustio y seco le llenó la nariz. Levantó la otra solapa. Dentro había libros. Docenas de libros. Viejos, a juzgar por el olor y las cubiertas gastadas.

La niña miró a su padre y se esforzó por disimular su desilusión. No era que no le gustaran los libros, le encantaban, pero no había un cachorrito en la caja y esos libros eran viejos y estaban mal cuidados.

—¿Qué? —dijo su padre con aspereza—. ¿No te gustan? ¿Me tomé el trabajo de elegir estos libros para ti y ni siquiera me dices gracias?

La niña se sorbió las lágrimas y se frotó los ojos.

—Gracias —dijo, conteniendo el llanto; metió la mano dentro de la caja. Sacó un libro con una mancha marrón en la cubierta.

—No sé ni para qué me molesto —dijo su padre, y le quitó el libro con un golpe en la mano. La niña se llevó los dedos a la boca para calmar el dolor—. Desagradecida de mierda —masculló, y derribó la caja de un empujón. Los libros cayeron al suelo con estrépito y la niña se quedó mirando cómo su padre subía la escalera pesadamente y cerraba la puerta con llave tras él.

Más tarde, cuando él se hubo ido, la madre sentó a la niña sobre su regazo.

—¿Ves? —le dijo, acariciándole el pelo—. Te dije que mentía. Es mejor no ilusionarte.

Capítulo 22

Tiempo presente

—¡Déjame entrar! —gritó Wylie, golpeando a la puerta de la cocina. La mujer con el hacha había arrastrado al niño fuera de su vista. La casa estaba completamente a oscuras; las linternas no estaban encendidas y el fuego se había consumido o lo habían apagado. Tas había dejado de ladrar y los únicos sonidos eran la respiración agitada de Wylie y el gemido del viento feroz que le cortaba la ropa como un cuchillo.

No podía permanecer fuera mucho más tiempo, pero no tenía ningún arma. Wylie evaluó sus opciones. Podía volver al granero, buscar algo con qué protegerse y regresar a la casa.

Sabía que no había tiempo para eso. Tenía que entrar y ayudar al niño. Giró la cabeza, se protegió la cara y clavó un codo contra el cristal, que se cubrió de grietas en forma de telaraña, pero se mantuvo en su sitio. Sabiendo que ni el rugir de la tormenta disimularía el ruido del cristal al romperse, lo volvió a golpear y esa vez la ventana se hizo añicos, haciendo volar esquirlas. Conteniendo el aliento, Wylie metió la mano por la abertura y descorrió el cerrojo.

Entró en el recibidor, esperando ver venir un hacha hacia su cabeza, pero no había nadie. Ni la demente con el arma ni el niño. Ni siquiera Tas.

Wylie pasó a la cocina y cerró la puerta del recibidor tras ella. Revisó rápidamente los cajones buscando un arma y encontró un cuchillo de cocina enterrado debajo de un desorden de cubiertos. La hoja de acero tenía unos diecisiete centímetros, pero estaba desafilada por años de uso. Le vendría bien.

Aun en el poco tiempo que ella había estado fuera, la temperatura dentro de la casa había bajado drásticamente. Utilizando el frontal para guiarse, Wylie avanzó por la cocina con pasos vacilantes. Tenía una gran ventaja sobre la intrusa: conocía bien la casa. Estaba

familiarizada con la disposición y conocía los rincones más profundos y secretos. Había cruzado ya la cocina cuando vio algo tan imperceptible que casi no le prestó atención: la puerta del sótano. Ligeramente entreabierta, como para permitir el paso de un papel.

"¿El sótano?", se preguntó. Lleno de cajas de cartón y muebles viejos; había muchos sitios donde esconderse, pero ¿por qué la intrusa llevaría al niño allí? Wylie se estremeció ante la idea. Cerró la puerta con suavidad y le echó llave, aprisionando a quienquiera que estuviera del otro lado.

Si el niño y la mujer estaban en el sótano, al menos podría mantenerlos allí por el momento.

Con las piernas temblorosas, avanzó por el pasillo, cruzó el comedor vacío hasta la sala y se detuvo. El fuego estaba apagado; solo brillaban algunas brasas anaranjadas. Wylie recorrió la habitación con la mirada, y el corazón le dio un vuelco cuando la luz de la linterna se detuvo sobre el sofá. Allí estaba la mujer, hacha en mano.

Casi sin atreverse a respirar, Wylie avanzó, con los ojos fijos en el arma de la mujer.

—¿Qué quieres? —preguntó con el cuchillo en posición.

No obtuvo respuesta, por lo que levantó la mirada hacia la cara de la mujer.

Decididamente, era la mujer del accidente. Vestía su abrigo y tenía un lado de la cara hinchado de manera grotesca y el otro oscurecido por la sangre seca. La mujer la miró con desdén. Wylie mantuvo el cuchillo levantado y la luz fija sobre la intrusa. Eran las dos de la mañana. ¿Cómo había sobrevivido esa mujer tantas horas en la tormenta? Era imposible.

—No te acerques —dijo la mujer, moviendo el hacha de mano en dirección a Wylie.

—¡Por Dios! —exclamó ella, dando un paso hacia atrás—. ¿Qué

mierda es esto?

Sintió una corriente de furia por el cuerpo. La mujer la había dejado fuera para que muriera congelada y ahora esgrimía un hacha. Lo único que ella había hecho era tratar de ayudarla. ¿En qué estaba metida? ¿Y dónde estaba el niño? ¿Y Tas? El miedo se tensó en su estómago.

A sus espaldas, Wylie oyó un suave gruñido. Temiendo con qué se iba a encontrar, se volvió justo a tiempo para ver que el niño, pálido y decidido, blandía el atizador hacia su cabeza. Esquivó el golpe, y el niño, cargado con el peso del atizador, cayó hacia delante.

—¡Oye! —le gritó—. ¿Qué haces?

El niño la miró desafiante. Wylie se agachó y le quitó el atizador de la mano.

La mujer trató de levantarse del sofá, pero Wylie la empujó hacia atrás y le quitó el hacha de mano. La mujer gimió de dolor y Wylie observó con incredulidad cómo el niño se levantaba del suelo y se arrojaba sobre el sofá, protegiendo con su cuerpo el de la mujer herida.

El primer impulso de Wylie fue arrastrar a la mujer afuera de la casa, pero vio el miedo en la cara del niño. No le temía a la mujer, sino a ella.

—No voy a hacerte daño —dijo con exasperación—. No voy a hacerle daño a nadie.

La mujer le dirigió una mirada fulminante y el niño ocultó la cara contra su pecho.

—Por Dios —murmuró Wylie—. Mírame. ¡Mírame! —dijo con más firmeza. El niño la miró por el rabillo del ojo—. Mira, voy a guardar todo esto, ¿ves? —se puso de puntillas y colocó las armas sobre un estante alto.

Volvió al sofá y les mostró las manos vacías a ambos. No confiaba en la mujer, pero sabía que podría dominarla si intentaba otro

ataque.

—Veo que estás tratando de protegerla. Es tu mamá, ¿verdad? —El niño la miró durante varios segundos y luego asintió casi imperceptiblemente.

—Shh —dijo la mujer—. No hables.

—¡Tú, cállate la boca! —le ordenó Wylie—. No sé quién mierda eres y por qué sentiste la necesidad de atacarme con un hacha, pero estás herida y necesitas ayuda. Te ayudaré, pero si vuelves a hacer otra estupidez así, te arrojaré a la nieve. —Se dirigió al niño—: ¿Quieres que ayude a tu mamá? —Esta vez no esperó a que él respondiera—. Lo primero que tenemos que hacer es darle calor. Aquí adentro está helando. Ayúdame a cubrirla con más mantas.

Wylie dio un paso hacia el sofá, y el niño se puso de pie, bloqueándole el paso. Wylie cerró los ojos y contó mentalmente hasta diez. Cuando volvió a abrirlos, se aseguró de hablar con voz serena y medida.

—¿Acaso no te he cuidado bien hasta ahora? —le preguntó—. Te traje a la casa, te abrigué, te di de comer. Voy a hacer lo mismo por tu mamá, te lo aseguro.

El niño la miró con un destello de desconfianza en los ojos.

Wylie cogió una linterna de la mesa lateral, la encendió y se la alcanzó; esperaba que no fuera a usarla como arma. El niño se la quitó de las manos y la apretó contra el pecho.

—Abrígala con estas mantas —dijo Wylie, haciendo un movimiento de cabeza en dirección al montón de mantas que se había caído al suelo—. Iré en busca de más edredones. Tenemos que abrigarla cuanto antes.

Observó durante unos segundos cómo el niño arropaba a su madre con las mantas. La mujer no se quejó, pero mantuvo su ojo sano sobre ella.

Wylie no tenía la menor idea de la gravedad de las lesiones de la mujer. Lo único que podían hacer era intentar mantenerla cómoda y

esperar que la tormenta pasara pronto y llegara ayuda.

—¿Dónde está Tas? —preguntó al recordar súbitamente al perro.

Con aire culpable, el niño señaló hacia la cocina. Wylie corrió a la puerta del sótano, giró la llave y llamó:

—¡Tas! ¡Aquí! Tranquilo, puedes subir. —Wylie lo animó y Tas subió cautelosamente la escalera; luego, fue directamente a su cama y se acostó—. No le hará daño —le aseguró al niño—. Te lo prometo.

Subió corriendo la escalera hasta la habitación. No conocía a esa mujer ni podía confiar en ella. Pasó la mano por el estante superior del armario hasta que encontró el arma, la cargó y se la guardó en el bolsillo.

En el pasillo, abrió el armario de la ropa blanca, donde había edredones polvorientos y algo mustios. Tomó todos los que pudo y volvió a la sala, donde con el niño cubrieron a la mujer hasta que solo se le veía la cara golpeada. El pequeño se acurrucó junto a ella.

—¿Quién eres? —le preguntó Wylie—. ¿A dónde estabas intentando llegar? —La mujer se mantuvo en silencio.

—Oye, estamos atrapadas aquí hasta que pase la tormenta, así que lo menos que puedes hacer es decirme quién eres y qué estabas haciendo en medio de la nieve.

—Nos iremos en cuanto podamos —dijo la mujer con voz pastosa.

—¿Y cómo crees que lo harás? Tu camioneta está destrozada por completo, hay hielo en los caminos y tú estás herida.

—Nos las arreglaremos —dijo la mujer.

—Cuando vuelva a funcionar el teléfono llamaremos al 911. Enviarán ayuda en cuanto puedan.

—No, no, nada de policía —dijo la mujer, y, por primera vez, Wylie vio miedo real en su cara—. Si llamas, nos marcharemos. Nos marcharemos ahora mismo. —Hizo a un lado las mantas y trató de

ponerse de pie, pero estaba demasiado débil.

Wylie negó con la cabeza, presa de frustración.

—No importa. De todos modos, ahora no podemos llamar a nadie. Nos preocuparemos por eso más tarde.

Lo único que podían hacer por el momento era esperar a que pasara la tormenta. Pero Wylie desconfiaba de la mujer. Eran demasiadas las preguntas sin respuesta. Echó la poca madera que quedaba al fuego y se sentó en el suelo, mirando el sofá donde se acurrucaban la mujer y el niño. Se quedó allí, vigilándolos, con la mano en el bolsillo y los dedos cerrados alrededor de la pistola cargada.

Capítulo 23

Agosto de 2000

Tres horas después de que el Departamento del Sheriff del condado de Blake hubiera solicitado refuerzos, la detective Camila Santos conducía a gran velocidad por la carretera de grava. Tuvo que frenar abruptamente cuando en la cima de una loma se encontró con un árbol que crecía en el medio del camino.

—Pero ¡qué coño es esto! —exclamó, mientras su acompañante, el detective John Randolph, apoyaba las manos sobre el salpicadero para sujetarse. El sedán negro patinó y derrapó hasta detenerse.

Los dos detectives del Departamento de Investigación Criminal de Iowa quedaron atónitos al ver ese árbol gigante.

—¡Madre mía! —dijo Randolph—. Esto sí que no se ve todos los días.

Santos maniobró lentamente alrededor del tronco rugoso y grisáceo de más de veinte metros de alto.

—Deberían colocar un letrero de advertencia o algo —dijo.

Cruzaron un arroyo, doblaron una curva y la casa apareció delante de ellos. A simple vista, parecía igual a las casas blancas por las que habían pasado en su trayecto desde Des Moines hasta el condado de Burden, pero el torbellino de actividad reinante les hizo saber que estaban en el lugar indicado.

Pasaron lentamente junto a una docena de vehículos aparcados y de pequeñas cuadrillas de rastreadores que revisaban el pasto alto de las cunetas junto al camino; todos ellos, con expresión sombría, se detenían al verlos pasar.

—Esperemos que no hayan contaminado toda la escena del crimen —dijo Randolph.

—Doble asesinato, dos chicos desaparecidos, deben de estar todos aterrados —comentó Santos mientras aparcaba detrás de un Bonneville oxidado a un lado del camino—. Me aseguraron que el sheriff local tiene todo bajo control.

—¿Por qué nos detenemos en este lugar? —preguntó Randolph. No le agradaba la idea de caminar con tanto calor.

—Quiero hacerme una idea de cómo es el terreno —respondió ella.

Salió del coche bajo el sol cegador y miró a su alrededor. Las únicas instalaciones a la vista eran las que pertenecían a la granja Doyle. Una casa, un silo, un enorme granero con la pintura roja descascarillada y algunas construcciones más, rodeados completamente por campos de maíz maduro. Un sitio remoto, aislado.

Camila Santos, compacta y fuerte como una gimnasta, trabajaba en las fuerzas del orden desde hacía veinte años; había llegado a la División de Investigación Criminal de Iowa en ١٩٩٥, tras mudarse a Des Moines desde Kansas City. Rápidamente ascendió de rango y había dirigido muchas investigaciones importantes que incluían asesinatos y desaparición de personas. Este caso comprendía ambas cosas.

Randolph, el más joven de los dos, vestía traje con corbata rayada roja y azul. El brillo de sus zapatos de vestir impecablemente lustrados no duraría mucho en esos suelos polvorientos.

Era tan alto que su compañera tenía que estirar el cuello para mirarlo. Pero la detective Santos exudaba cierta autoridad que también se percibía en la forma en que levantaba el mentón y en el rictus de su boca. Quedaba en claro que estaba al mando.

Las escenas del crimen tienen un ritmo propio, y cuando se las maneja de manera efectiva, funcionan con un pulso eficiente y regular. Todos, desde un agente a un investigador, desde un detective a un técnico forense y hasta el juez de instrucción, saben cuál es su función.

Santos recibió confirmación de que el acceso a la escena principal

del crimen —la casa, las dependencias y el maizal de los Doyle— estaba restringido y solamente estaban allí las fuerzas del orden. Eso era clave. Pero la zona fuera del perímetro de la escena también era muy importante.

Por lo general, las búsquedas con voluntarios no se activaban de inmediato, para darles tiempo a las fuerzas de seguridad de hacerse una idea de lo ocurrido en el lugar y dedicar el menor tiempo posible a la distracción de lidiar con las personas de buena voluntad.

Sí, los lugareños se habían organizado enseguida. Santos también sabía que los voluntarios locales podrían llegar a ser de gran utilidad en situaciones como esa, en especial cuando la zona de búsqueda era tan amplia y los recursos humanos, escasos. La gente del lugar conocía el terreno, los rincones y recovecos con los que los forasteros no estaban familiarizados.

Consciente de las miradas curiosas que los seguían en su caminata hasta el lugar, Santos estudiaba las caras y el lenguaje corporal de los presentes. No era inusual que el asesino se metiera en medio de la escena para saber cómo iba la investigación.

Varios hombres con monos de trabajo y botas polvorientas formaban grupos y movían lúgubremente la cabeza. Las mujeres, con camisetas y pantalones cortos, ocultaban las lágrimas detrás de sus gafas de sol. Nadie parecía demasiado sospechoso, pero eso no significaba que el asesino no estuviera allí, vigilando.

Santos se concentró en la casa. Era vieja y le hacía falta una mano de pintura. El calor del día ya estaba marchitando las flores blancas y violetas de los canastos que colgaban del porche. Del granero salía un quejido estremecedor.

Aunque la casa no mostraba señal de que algo terrible hubiese ocurrido allí, Santos percibió que una sensación de pavor se elevaba desde la tierra y centelleaba en el calor.

Una persona repartía fotografías de los adolescentes desaparecidos. La detective Santos cogió una y la estudió. La foto de Ethan Doyle era buena. Tenía una sonrisa brillante y sus ojos celestes denotaban

una picardía bonachona.

Miró la imagen de Becky Allen. Bonita. Mientras que la mayoría de las chicas de su edad parecían un poco torpes y con rasgos todavía indefinidos, ella irradiaba un aire más maduro, de confianza en sí misma.

—Hola —dijo la mujer que repartía las fotos—. Gracias por venir. Firme aquí, por favor, nosotr…

—Somos de la policía estatal —dijo Santos.

—¡Ah! —La mujer vaciló—. Le estaba contando al agente que la otra noche vi una camioneta extraña aparcada en el camino de grava, justo allí. —Se volvió y señaló más allá del maizal de los Doyle.

—¿Su nombre? —preguntó la detective Santos.

—Abby Morris, vivo por allí —respondió señalando hacia el norte.

—Yo soy Robbins, ayudante del sheriff. He sido yo quien le ha tomado declaración —dijo Levi, y se palmeó el bolsillo de la camisa donde guardaba una pequeña libreta.

—Asegúrese de que nos envíen una copia —dijo Santos—. Busco al sheriff Butler.

—Tendremos que caminar bastante —asintió Levi.

—Por suerte traje calzado cómodo —observó Santos.

Levi mostró una pequeña sonrisa temiendo haber ofendido a la detective, y al ver que ella no le devolvía el gesto, cambió la cara de inmediato.

—Está por aquí —dijo el ayudante, y se dirigieron hacia la parte trasera de la casa—. Un agente ha encontrado algo a unos nueve metros dentro del maizal.

—Nadie lo ha tocado, ¿verdad? —preguntó Santos.

—Dijeron que no. Vinieron a avisarme y corrí hasta la zona y la despejé.

—Bien —dijo Santos.

El granero rojo se alzaba, imponente, sobre el terreno. Dentro del desvencijado edificio, su propia casa entraría tres veces con facilidad. La detective Santos era una mujer de ciudad, había crecido en Kansas City, y actualmente vivía en el centro de la ciudad de Des Moines, pero estaba convencida de que ese código postal no estaba exento de violencia y muerte. Solo había menos cemento y más campo.

A medida que se acercaban al maizal, el pulso de Santos se aceleraba. Había estado en laboratorios de metanfetamina y por callejones perdidos y sombríos, pero cuando entró en el cultivo, los altos tallos la superaron. En los extremos tenían penachos puntiagudos que apuntaban al cielo. Dio unos pocos pasos y el maizal se la tragó entera. Santos sintió una oleada de inquietud.

Mientras se abría paso entre el maíz, imaginó el terror que habría sentido Josie Doyle escondiéndose de su atacante. Hacia donde miraran, izquierda o derecha, siempre había un tallo de maíz frente a ellos.

Estiró el cuello y miró hacia lo alto. El cielo era tan grande e interminable como el sembrado. Los insectos le zumbaban en los oídos y el aroma dulzón del maíz se le metía en la nariz.

Instantes después, el murmullo de la brisa a través de los tallos se vio interrumpido por una tos seca. Unos pocos pasos más adelante, apareció el uniforme color caqui del sheriff Butler.

—Sheriff —dijo la detective Santos a manera de saludo.

Butler se volvió hacia ella y luego dio un paso a la izquierda para revelarle lo que habían descubierto los voluntarios.

Una escopeta pintada de camuflaje, con el cañón hacia arriba, apoyada contra un tallo grueso.

—Parece como si acabaran de dejarla allí —dijo el ayudante del

sheriff.

La detective Santos se agachó y examinó la culata del arma que estaba apoyada sobre la tierra seca.

—Puede ser. ¿Huellas de pisadas?

—Ni una. La tierra está muy compacta —dijo el sheriff Butler—. Pero hay muchos tallos pisoteados. Coincide con lo que dijo Josie respecto de que la persiguieron por el maizal.

Santos tomó una pizca de tierra y la frotó entre sus dedos.

—¿Por qué dejaría el arma aquí?

—¿Para deshacerse de ella? —sugirió Levi—. Trató de esconderla enseguida.

—¿De quién estamos hablando? —preguntó Butler—. ¿De un desconocido? Entonces, ¿dónde están Ethan Doyle y la chica de los Allen? Si se los llevó a ambos, ¿no necesitaría el arma para poder controlarlos? Lo mismo si pensamos que Ethan es el sospechoso. ¿No tendría que haberse quedado con la escopeta para amedrentar a Becky?

La detective Santos se levantó ágilmente.

—Tenemos que organizarnos. Ver qué sabemos y qué necesitamos saber. Montar un puesto de mando. ¿A qué distancia estamos de la oficina del sheriff?

Butler negó con la cabeza.

—Está a casi cincuenta kilómetros de aquí. Demasiado lejos. El departamento tiene un puesto de mando remoto, pero lo están usando en el otro extremo del condado debido a un descarrilamiento. Estaba pensando… ¿qué le parece la vieja iglesia a un lado de la autopista 11? Está a pocos kilómetros de aquí.

—Bien —dijo Santos—. Necesitamos hablar con la superviviente y con los padres de la chica desaparecida.

—Josie Doyle nos contó lo esencial —dijo Butler—. Habló de una camioneta extraña que había estado merodeando antes ese día.

—¿Ha surgido algún nombre? —preguntó Randolph.

—Nada demasiado sospechoso, solo algunas personas con las que las chicas habían tenido contacto ayer —dijo el sheriff—. Brock Cutter, un chico del pueblo. Y los Henley, que viven a tres kilómetros de aquí, en Oxeye Road.

—Muy bien —dijo Santos—. El detective Randolph puede colaborar en el montaje del centro de mando. Sheriff, envíe a alguien a hablar con los Henley y con este chico Cutter. Yo iré a ver a los Allen. Una vez que los médicos le den luz verde a Josie Doyle, tendremos que interrogarla más exhaustivamente. Pongamos una hora de encuentro en la iglesia a las… —miró su reloj— cuatro de la tarde.

Todos asintieron.

—Metan el arma en una bolsa, regístrenla como prueba y vayan a hablar con Brock Cutter —le ordenó el sheriff a Levi, y le entregó la cámara fotográfica.

—Sí, señor —dijo Levi.

Butler y los detectives desaparecieron entre los tallos.

Levi se quedó atrás, tomó varias fotografías de la escopeta y dibujó en su libreta un diagrama de la posición en que estaba. Se puso unos guantes y levantó el arma con mucho cuidado. La abrió y vio que no estaba cargada.

Quizá Brock Cutter fuera testigo de lo ocurrido en casa de los Doyle. Levi recordaba el fuerte olor a sudor que emanaba del adolescente cuando lo obligó a detenerse. ¿Había sido solo el calor? Tal vez sentía miedo. Y él lo había dejado ir sin pensarlo dos veces.

Lo invadió una oleada de furia. ¿Le habría mentido el muy hijo de puta? Tal vez sabía algo que podría solucionar el caso. Sosteniendo el arma al lado del cuerpo, cuidando de no borrar posibles huellas, Levi regresó a la granja. Tenía que encontrar a Brock Cutter.

Santos quería ver los cadáveres.

—¿Podemos pasar? —preguntó al agente que custodiaba la puerta trasera.

El hombre asintió y les entregó unos cubrezapatos desechables para que se los pusieran. Lo primero que sintió Santos al entrar en la cocina fue un calor opresivo. Todas las ventanas estaban cerradas, no había ventiladores y el aire acondicionado estaba apagado.

—Debe de hacer cuarenta y tres grados aquí —dijo Randolph, y se aflojó la corbata.

—No debemos olvidarnos preguntarle a Josie Doyle si la casa estaba así cerrada anoche —dijo Santos caminado hacia el salón—. Con una semana de tanto calor, me cuesta imaginar que no hayan tenido el aire acondicionado encendido o al menos las ventanas abiertas.

—El asesino puede haber querido alterar la escena —sugirió Randolph—. Se aseguró de cerrar todo y apagar el aire acondicionado para que los cuerpos se descompusieran más rápido. Eso haría que a los forenses les fuese difícil determinar la hora de las muertes.

—Puede ser. No parece una entrada forzada. Tendremos que averiguar si los Doyle acostumbraban a cerrar las puertas por la noche.

Continuaron recorriendo la casa; se la veía pulcra y ordenada.

—¿Sabemos cuántas armas había en la casa? —preguntó Santos a un agente que estaba cerca de ella.

—Según Matthew Ellis, el abuelo, los Doyle tenían varias armas en la casa. Como casi todas las familias de la zona. Matthew piensa que tenían tres o cuatro.

—¿Sabe qué tipo de armas son? —preguntó Randolph.

El agente miró su libreta.

—Dijo que creía que tenían una escopeta de repetición para cazar

ciervos, una calibre 20, una escopeta de aire comprimido y posiblemente también una calibre doce.

—Averigüe si la escopeta calibre 20 hallada en el maizal es de los Doyle —le ordenó Santos.

Comenzaron a subir despacio, con mucho cuidado de no tocar nada. Randolph notó las manchas de sangre en la pared junto a la escalera.

—Pueden haber sido de una de las víctimas o del asesino. O también del brazo herido de Josie Doyle cuando subió a buscar a su familia.

Los detectives entraron en la habitación principal. Se concentraron en Lynne Doyle. La herida de su pecho era enorme.

—A quemarropa —dijo Randolph.

El sudor le chorreaba por la cara, pero Santos se resistía a quitarse la chaqueta. Hacía mucho más calor en ese dormitorio que abajo.

—¿Está encendida la calefacción? —preguntó, y se dirigió a un conducto de ventilación en el suelo. Sintió el aire caliente entre los dedos—. Tenías razón; el hijo de puta encendió la calefacción —le dijo a Randolph.

Siguieron adelante hasta la habitación de Josie, donde su padre estaba tendido en la entrada.

—¿Encontraron algo interesante? —preguntó Santos al técnico forense.

—Espolvoreamos algunas huellas —dijo el profesional—. Encontramos grupos diferentes. Muchas fibras; no sabremos si son importantes hasta dentro de bastante tiempo.

No tenían mucho.

—¿Nada más? —preguntó Randolph.

—Estaba guardando lo mejor para el final —dijo el técnico con una

leve sonrisa—. Encontramos dos tipos distintos de casquillos. Dos de calibre 20 y uno de 9 milímetros, que casi pasamos por alto.

Santos se quedó junto al cadáver de William Doyle procesando esa información y Randolph continuó hacia el dormitorio de Ethan. Dos armas. ¿Significaría que eran dos los intrusos? Habría que esperar el informe del médico forense para saber exactamente cuántos disparos habían recibido los Doyle y qué tipo de armas se habían utilizado.

La casa no había sido saqueada. No parecía que faltaran cosas de valor, por lo que había que descartar el robo como motivo.

—Mira esto —dijo Randolph interrumpiendo sus pensamientos.

Le alcanzó un portarretratos dorado de unos trece por dieciocho centímetros con la foto de Ethan Doyle junto a su abuelo. Ethan mostraba con orgullo una escopeta de camuflaje.

Los técnicos tendrían que confirmarlo, pero parecía muy probable que la escopeta encontrada en el maizal perteneciera a Ethan Doyle. Pero ¿dónde estaba él ahora? ¿Y qué había pasado con Becky Allen?

Capítulo 24

Tiempo presente

Wylie mantuvo la linterna enfocada sobre la mujer e hizo todo lo que pudo para evaluar sus lesiones mientras ella dormía. Tenía un ojo completamente cerrado por la hinchazón, la mejilla estaba del color de una berenjena y tenía un corte en el labio que necesitaba sutura. La nariz estaba descentrada y tenía ampollas en las orejas. Principio de congelación. La mujer había logrado, de algún modo, llegar hasta el cobertizo y luego hasta la casa, lo que era buena señal, pero necesitaba asistencia médica.

La oscuridad y el frío lo abarcaban todo, pero el niño no quería separarse de su madre. Se acurrucó junto a ella y, de vez en cuando, le murmuraba algo suavemente al oído. "Con que el niño sabe hablar", pensó Wylie. Había hecho lo posible para extraerle más información ametrallándolo con preguntas: "¿Cómo se llama tu mamá? ¿Cuál es tu nombre? ¿Estáis huyendo de algo?".

Wylie apuntó la linterna hacia su propia cara.

—Mírame —le ordenó al niño—. Hablo en serio, mírame. —A regañadientes, él levantó la mirada hacia ella—. ¿Te he hecho daño, acaso? —Él no respondió—. Aun cuando me apuntaste con un arma y me quisiste pegar con un atizador, ¿hice algo que te llevara a creer que iba a hacerte daño?

Tras unos segundos, el niño meneó cautelosamente la cabeza.

—Exacto —dijo Wylie—. Y no voy a hacerle daño a tu madre tampoco. Te lo prometo.

El niño guardó silencio y, tras unos minutos, Wylie se dio por vencida y fue a la cocina. Estaba helada. Tapó la ventana rota con cartón y recogió la leña que había dejado caer fuera. Añadió varios troncos a la chimenea, hasta que las llamas se encendieron. La habitación tardaría un buen rato en volver a calentarse. Luego, se sentó frente al niño.

Trató de no prestar atención al silbido y los crujidos de las viejas tuberías, que se estaban congelando. El viento seguía aullando y sacudiendo las ventanas.

—Necesito tu ayuda, de verdad —dijo suavemente—. Tienes que decirme quién eres, de dónde has venido.

Se quedaron en silencio unos instantes; ambos escuchaban la respiración áspera de la mujer y observaban las nubecillas de aire blanco que salían de entre sus labios hinchados.

—Si estáis huyendo de alguien, puedo ayudar a protegeros, pero tienes que hablar conmigo —insistió.

La mujer abrió el ojo.

—Si quieres hablar con alguien, hazlo conmigo —dijo.

—Buena idea —replicó Wylie—. Habla.

La mujer guardó silencio.

—Muy bien —dijo Wylie levantando las manos—. Con suerte, llegará ayuda pronto y dejaréis de ser mi problema.

Una expresión de miedo cruzó por la cara de la mujer.

—No necesitamos ayuda.

—No me parece que sea así —la contradijo.

—Cariño, sigo con frío —le dijo la mujer al niño —. ¿Puedes ir a buscarme otra manta?

—Ya sabes dónde están —le dijo Wylie, y el niño cogió una linterna y corrió escaleras arriba.

—Oye —dijo la mujer cuando el pequeño ya no podía escucharla—. Esperaremos a que pase la tormenta y nos marcharemos. Nada más. Nos iremos. Basta de preguntas. ¿Entendido?

—Lo siento. Yo no funciono así. Además, la única persona que me

preocupa es el niño que está arriba. Y no pienso dejar que te vayas sin saber dónde planeas llevarlo y asegurarme de que estará bien.

La mujer le dirigió una mirada furiosa y luego miró hacia la escalera.

—El hombre que nos persigue hará lo imposible para que volvamos. —Se incorporó ligeramente e hizo una mueca de dolor al cambiar de posición—. Y estoy dispuesta a hacer cualquier cosa, y quiero decir *cualquier cosa* —agregó en un susurro intenso y peligroso—, para asegurarme de que eso no suceda. Aunque eso signifique que tenga que cortarte de lado a lado.

Una corriente helada de miedo recorrió el cuerpo de Wylie y sus dedos acariciaron la pistola. Creía a la mujer.

El niño bajó la escalera, cargado de mantas.

—Aquí tienes, mamá —dijo, orgulloso—. Te traje dos. ¿Tendrás bastante?

—Gracias, tesoro —dijo ella, sin dejar de mirar a Wylie—. Es la cantidad perfecta.

Capítulo 25

Agosto de 2000

Margo Allen estaba sentada en una silla de la cocina; su exmarido, Kevin, caminaba de un lado a otro. El agente que la había llevado a su casa le sugirió que llamara a una vecina para que se llevara a los niños mientras ellos esperaban noticias. Margo se negó. No había forma de separarla de sus hijos. Toby, de cuatro años, se hallaba sobre su regazo y jugaba con la cruz de plata que colgaba del cuello de su madre. Addie, de diez, sentada frente a ellos, miraba atentamente un videojuego que tenía en la mano.

Cuando vio llegar al médico forense a la granja de los Doyle, Margo estuvo a punto de perder el conocimiento. Nunca había sentido tanto miedo en su vida, fue como si alguien la hubiera agarrado del cuello y la hubiera estrangulado hasta dejarla sin aire. El sheriff no le dijo quién había muerto, pero aclaró que no era Becky. El sheriff también murmuró una sarta de promesas y la derivó a un agente que fue de poca ayuda.

Cuando rogó que la llevaran con Becky, el agente admitió que no tenían ni idea de dónde estaba, pero que estaban haciendo lo posible para encontrarla. En ese momento, Margo perdió el control e intentó correr hasta la casa de los Doyle. Fueron necesarios tres agentes para detenerla. No había querido montar un número, simplemente quería ver con sus propios ojos que Becky no estaba allí. Uno de los agentes la llevó a su casa y otro fue detrás conduciendo el coche de Margo. Para cuando llegaron a la pequeña casa gris de Laurel Street, su exmarido se encontraba sentado en la cocina y la niñera ya se había retirado.

—¿Cómo es posible que no tengamos noticias? —quiso saber Kevin.

Al igual que Margo, tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Alguien había muerto, Josie había sido trasladada al hospital y Becky había desaparecido.

—Disculpe, señor Allen. Estoy seguro de que el sheriff se pondrá en

contacto con ustedes pronto. ¿Está seguro de que no hay nadie a quien quiera que llamemos? ¿Un pariente o un amigo?

Margo negó con la cabeza. Sabía que, si llamaba a sus padres, que vivían en Omaha, insistirían en hacer el viaje de cuatro horas hasta allí. No estaba preparada para eso. Deseaba que Becky apareciera sana y salva por la puerta, agitada y disculpándose por haberlos preocupado, así ella podría llamar a su madre y contarle, contrariada, que Becky se estaba convirtiendo en una de "esas" adolescentes.

Llamaron a la puerta; Margo se puso de pie y volvió a sentarse con rapidez. Becky no llamaba nunca. Se quedó en la cocina y el agente Dahl fue a abrir. Salió y, minutos más tarde, volvió con una mujer que Margo no reconoció. Se presentó como la detective Camila Santos, del Departamento de Investigación Criminal de Iowa.

—¿La han encontrado? —preguntó Kevin Allen.

—Me temo que no —respondió la detective Santos.

Miró al niño que Margo tenía en su regazo, y que no dejaba de secarle las lágrimas a su madre. La otra niña estaba enfrascada en un videojuego, pero, de vez en cuando, miraba a los adultos.

—Señora —dijo la detective Santos con suavidad—, en estas situaciones, es vital que las familias tengan el apoyo de alguna persona. ¿Tienen un familiar o un amigo a quien podamos llamar?

Tal vez debido a que la detective Santos era mujer o quizás por su jerarquía dentro de la fuerza, Margo le prestó atención. Aceptó la propuesta y escribió un número y un nombre en un trozo de papel. Santos se lo pasó al agente.

—Addie, lleva a tu hermano a nuestra habitación y enciende el televisor.

—Sí, mami —dijo Addie con vocecita débil: se levantó, cogió de la mano a su hermano y se lo llevó de la cocina.

—¡Ay, Dios mío! —gimió Margo, meciéndose hacia adelante y hacia atrás—. ¡Ay, Dios mío!

La detective Santos observó en silencio como Kevin se situaba detrás de Margo y apoyaba las manos sobre sus hombros; ella se las apartó con un movimiento, luego, carraspeó y dijo:

—¿Puede decirme qué está pasando? El agente no pudo contarnos mucho.

—Señor y señora Allen… —Santos tomó asiento frente a ella—. Esto es lo que sabemos. Anoche asesinaron a William y a Lynne Doyle y le dispararon a Josie. Cuando las fuerzas de seguridad llegaron al lugar, Ethan Doyle y Becky no estaban allí.

Margo se apretó las manos con tanta fuerza que sus uñas le dejaron pequeños arcos marcados en la piel.

La detective Santos continuó:

—Por lo que Josie Doyle nos contó, ella perdió de vista a Becky. En este momento, estamos barajando dos posibilidades: una es que Becky escapase y esté escondida en algún lugar, y la otra es que el delincuente se la llevase con él.

Detrás de Margo, Kevin caminaba de un lado a otro por la cocina. Ella quería gritarle que se detuviera, que se quedara quieto por una vez en la vida. En cambio, se mordió la cara interna de las mejillas hasta que sintió sabor a sangre.

—Activamos una alerta amarilla para buscar una camioneta que desapareció del lugar del crimen y hemos enviado la foto de Becky que usted nos facilitó a todos los medios de comunicación. Los agentes continuarán la búsqueda por los alrededores y mañana traeremos a los perros rastreadores.

—¿Perros rastreadores? —Kevin se detuvo—. Los perros rastreadores se usan para encontrar cadáveres, ¿no? ¿Creen que Becky está muerta? —preguntó con la voz rota.

—Cállate, Kevin —dijo Margo en voz baja.

Él comenzó a caminar otra vez a lo largo de la angosta cocina, ida y vuelta, ida y vuelta.

—Para eso se utilizan los perros. Para encontrar cadáveres. ¿Hay algo que no nos están diciendo? ¿Creen que ha muerto?

—Cállate, Kevin —volvió a decir Margo, y golpeó la mesa con las manos.

El sonido seco llenó todo el ambiente. Fue un alivio para Margo sentir que el dolor del pecho pasaba a sus manos. Volvió a golpear la mesa una y otra vez. ¡Pum, pum, pum!

Quería que la mesa de madera se astillara en miles de trozos, pero, sin embargo, no cedía. ¡Pum, pum, pum! Apretó los puños y lo intentó de nuevo. Sintió que el hueso del meñique cedía, pero siguió de todos modos. Por fin, Kevin dejó de moverse y se quedó paralizado, mirando a su mujer como si fuera una desconocida. Con ojos llenos de temor, Addie corrió a la cocina para ver qué estaba sucediendo.

La detective Santos colocó sus manos sobre las de Margo y las sujetó contra la mesa. Su piel parecía fresca en contacto con las manos ardientes de la mujer.

—Lo sé —dijo Santos suavemente—, lo sé.

Margo le miró los ojos oscuros y supo que esa mujer había visto cosas terribles. Pero había algo más; una pequeña chispa de esperanza. Margo se aferró a esa chispa y le sostuvo la mirada. Todo iba a ir bien. Tenía que ir bien.

En la oficina del sheriff, el ayudante Levi Robbins registró la escopeta como prueba y dispuso que comenzara la búsqueda de la camioneta Datsun de Ethan Doyle, pero algo más le carcomía la mente.

Brock Cutter y Ethan Doyle eran amigos. Josie contó que habían visto a Brock antes esa misma tarde. Él había detenido a Brock por exceso de velocidad después de la una de la mañana y el chico venía desde la dirección de la granja de los Doyle. Levi era consciente de que debió de haber informado sobre su encuentro con Brock, pero había decidido esperar hasta escuchar lo que el chico tenía que decir. Rogó no haber dejado pasar nada importante.

De camino hacia la granja de los Cutter, tuvo la suerte de ver la camioneta de Brock aparcada en la gasolinera. Levi hizo un giro brusco para entrar y dejó el coche en un sitio apartado. El calor que salía a oleadas del cemento había podrido todo lo que estuviera dentro del cubo de basura, del que emanaba un olor nauseabundo. Levi se apoyó en la camioneta de Brock y esperó.

Brock salió del local con una botella de Gatorade bajo el brazo y caminó tranquilamente hacia su vehículo; cuando vio a Levi, se sobresaltó. Por la manera en la que miró hacia todos lados, Robbins pensó que podría escapar.

—¿Por qué estás tan nervioso? —le preguntó—. Solo quiero hacerte unas preguntas.

—¿Sobre qué? —preguntó Cutter con recelo. No tenía buen aspecto. Desaliñado y cansado. Bastante parecido a como el mismo Levi se sentía.

—Sobre los asesinatos en la granja de los Doyle —dijo mirándolo fijamente.

Brock dejó caer los hombros.

—Sí, me ya me he enterado. Es tremendo. ¿Han encontrado ya a Ethan y a esa chica?

—¿Así que conoces a Ethan Doyle? —preguntó Levi.

—Pues sí —respondió Cutter, y bebió un sorbo de la botella de Gatorade—. Vamos al mismo instituto.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —Levi se frotó el cuello y su mano se humedeció de sudor.

Cutter miró hacia el cielo.

—Mmm, hace bastante tiempo. A comienzos del verano nos metimos en problema por una pelea.

—¿Entre vosotros? —interrumpió Levi.

—No, juntos. Nos topamos con unos cabrones y peleamos. No fue nada. —Movió la cabeza con pesar—. Nuestros padres nos prohibieron ir juntos.

Alguien mentía: el chico o Josie Doyle. No había razón para que Josie mintiera sobre haber visto a Brock Cutter el día en que habían matado a sus padres.

Levi quería comprobar lo lejos que llegaría Brock con su mentira.

—Pero anoche yo te detuve cerca de allí. ¿Qué estabas haciendo? Ibas demasiado deprisa.

—Ya se lo dije; llegaba tarde a mi casa. Mi padre se iba a mosquear —dijo él a la defensiva.

—Estabas en el cine, ¿no? ¿Qué película viste? —lo sondeó Levi.

—*Scary Movie*. Fui con mi primo Rick; puede llamarlo.

Levi asintió.

—Sí, lo haré. Bien, ¿tienes alguna idea de dónde podría estar Ethan?

—No; como le dije, hace tiempo que no nos vemos. Lo último que oí es que estaba castigado.

—Dime algo, lo que se te ocurra —insistió Levi.

—No sé, le gustaba pescar, también ir a la piscina. Durante un tiempo estuvo saliendo con Kara Turner, podría estar en su casa— dijo, y terminó de beberse el refresco—. Eso es todo lo que se me ocurre.

—Bien —dijo Levi dejando que siguiera con la mentira momentáneamente.

Lo citaría en comisaría para un interrogatorio formal al día siguiente; allí lo presionaría. Mientras tanto, lo vigilaría. Tal vez el chico lo guiara hasta donde estaba Ethan Doyle.

—Si recuerdas algo más, llámame, ¿entendido? —dijo Levi con firmeza.

—No lo dude —dijo Cutter mientas tiraba al cubo de basura la botella vacía—. Espero que lo encuentre.

—Yo también —respondió Levi, y Cutter se alejó.

"El chico miente", pensó. "Pero ¿por qué?". ¿A quién protegía: a Ethan Doyle o a sí mismo?

A unos quinientos kilómetros de allí, no muy lejos de Leroy, en el estado de Nebraska, el agente estatal Phillip Loeb se dirigía hacia el oeste por la autopista I-80. Había recibido una alerta de búsqueda de una camioneta plateada Datsun 1990 y que lo partiera un rayo si no la estaba viendo por el espejo retrovisor. Qué desastre lo ocurrido en Iowa. Dos muertos y dos desaparecidos.

Por supuesto, tendría que verla de cerca y comprobar la matrícula. Seguramente se trataría de una falsa alarma, como casi siempre sucedía.

Loeb redujo la velocidad para que la camioneta lo pasara por la izquierda y así ver quién conducía, pero el conductor detrás de él también aminoró. Unos cuantos vehículos lo adelantaron, pero la camioneta se mantuvo detrás, cada vez a más distancia. Interesante.

Desde donde estaba, Loeb no podía ver bien quiénes iban en el interior, pero se veían dos personas en la cabina. Se le aceleró el pulso. Tenía que colocarse detrás del vehículo. Pidió por la radio que enviaran un refuerzo a su posición, pero el patrullero más cercano se encontraba a sesenta kilómetros de allí. Loeb no quería esperar tanto por un refuerzo, aunque sabía también que las vidas de dos adolescentes podían estar en peligro.

Otra vez, aminoró la marcha, pero la camioneta hizo lo mismo, permitiendo que unos cuantos vehículos se interpusieran entre ambos. El conductor, decididamente, trataba de evitarlo.

En cuanto el patrullero se detuvo en el arcén para dejarlo pasar, el conductor de la camioneta pisó el acelerador. Cuando pasó

rugiendo, Loeb alcanzó a ver al acompañante: una joven que lo miró con expresión aterrada.

Loeb volvió a la carretera y comenzó a perseguirlos; la camioneta ya pasaba de los 120 kilómetros por hora permitidos.

—¡Joder! —murmuró el policía.

Encendió la sirena y las luces, pero tuvo que esperar a que pasaran unos cuantos coches hasta poder incorporarse sin peligro. Aceleró hasta casi llegar a los 140 kilómetros por hora.

Los coches que tenía delante le fueron cediendo el paso hasta que solo quedó un vehículo entre él y la camioneta. El coche, conducido por un distraído hombre joven, no bajaba la velocidad ni se hacía a un lado.

Loeb se desvió hacia la izquierda para adelantarlo y de inmediato comprendió su error. El conductor de la camioneta dio un volantazo y en último momento consiguió tomar la salida de la autopista hacia la derecha.

No había forma de que Loeb pudiera hacer lo mismo y vio con frustración cómo dejaba atrás la salida. Maldiciendo por lo bajo, aminoró la marcha y en el siguiente paso de la mediana hizo un cambio de sentido.

Para cuando llegó a la salida, la camioneta plateada ya había desaparecido.

La detective Santos se encontraba en el pequeño dormitorio de Becky Allen tratando de introducirse en la mente de una chica de trece años. La habitación estaba desordenada, la cama deshecha y había ropa tirada por el suelo. En las paredes revestidas de madera había pósters de Christina Aguilera, Mandy Moore y los Backstreet Boys.

Había revisado los armarios, mirado debajo de la cama, en todos los lugares obvios, pero no había encontrado nada particularmente interesante. En un rincón de la habitación había una mochila que todavía tenía la etiqueta y unas bolsas de Walmart repletas de

material para el nuevo año escolar: cuadernos, carpetas, archivadores, bolígrafos y lápices.

Por lo que Santos pudo observar, Becky escuchaba música pop, leía libros de la colección Pesadillas y de la serie El club de las canguro, y, por la cantidad de envoltorios estrujados junto a su cama, tenía predilección por los dulces masticables Laffy Taffy y los caramelos duros de manzana. Nada indicaba que Becky tuviera una vida secreta. Aun así, había desaparecido junto con un muchacho de dieciséis años. La pregunta era: ¿se había ido por propia voluntad?

Se sentó en el borde de la cama de Becky y levantó una de las bolsas de Walmart. Contenía diversos cuadernos de colores y un paquete, ya abierto, de marcadores de punta fina. Sacó los cuadernos y abrió el que estaba encima. Como era de esperar, Becky había escrito su nombre en la primera hoja con letras grandes y redondeadas. Hojeó el cuaderno en blanco hasta que algo colorido le llamó la atención.

Santos examinó la hoja llena de garabatos de flores, corazones, estrellas y letras al azar. Entre tanto despliegue de colores, sus ojos se detuvieron en una serie de letras bien remarcadas en tinta azul. BJA + ED. Becky Jean Allen. Ethan Doyle.

A lo mejor Becky se había escapado voluntariamente con Ethan. ¿Un amor juvenil con asesinato y huida? ¿Otros Bonnie y Clyde o Charles Starkweather y Caril Fugate? Amantes desventurados que habían llevado a cabo una matanza. Santos tenía varias preguntas para hacerles a Margo y a Kevin Allen.

No le agradaba la tarea que tenía por delante, pero llevó el cuaderno a la cocina. Con los codos sobre la mesa, Margo descansaba la cabeza entre las manos y Kevin hablaba por teléfono con la voz rota por la tristeza.

Kevin colgó rápidamente y, secándose las lágrimas, dijo:

—Era mi hermana. Le estaba contando lo sucedido.

—No tenemos que ocupar la línea —dijo Margo, tajante—, por si llama Becky.

Kevin comenzó a discutir, pero Santos los interrumpió para mostrarles el cuaderno, abierto en la página de los dibujos; lo colocó sobre la mesa frente a Margo. Kevin miró por encima del hombro de Margo para ver mejor.

—¿Qué es eso? —preguntó Kevin—. Son solo garabatos.

Santos señaló con el dedo las iniciales.

—BJA más ED. ¿Becky y Ethan tenían algún tipo de relación? —preguntó.

—¿Relación? —repitió Margo, indignada—. ¡Tiene solo trece años! Las chicas de esa edad no tienen una relación. Solo enamoramientos.

—Disculpen, pero debo preguntarlo —insistió—. ¿Existe la posibilidad de que Ethan Doyle le haya correspondido? ¿De que sintiera lo mismo por Becky?

—Ethan Doyle tiene ¿cuántos…? ¿Dieciséis años? —preguntó Kevin, disgustado—. ¿Qué muchacho de dieciséis años querría salir con una chica que va a empezar primero en el instituto?

—Ninguno —dijo Margo; le temblaba la voz—. Ningún chico normal de dieciséis años lo haría. ¿Está diciendo que fue Ethan Doyle? ¿Qué él mató a sus padres y secuestró a Becky?

—No es eso lo que dije, en absoluto —dijo Santos—. Pero debemos mirar el asunto desde todos los ángulos. Considerar todas las posibilidades. Necesito saber si ustedes tienen conocimiento de alguna relación… o alguna conexión entre Ethan y Becky, más allá del hecho de que es el hermano de su mejor amiga.

—No, nada —dijo Kevin inmediatamente, pero Santos no dejaba de mirar a Margo; su cara decía otra cosa.

—¿Señora Allen? —insistió, pero antes de que la mujer pudiera responder, un agente entró en la cocina y la llamó aparte.

—¿Qué pasa? —preguntó Margo enfadada—. ¿Qué sucede?

—Debo salir un momento —dijo Santos—. Regresaré enseguida.

—¿Qué ha pasado? —gritó Margo—. ¿La han encontrado? ¡Ay, Dios! Por favor, no puedo soportarlo más. Tienen que decírmelo —Kevin se agachó al lado de Margo y la rodeó con sus brazos. Esta vez, ella no lo rechazó.

—Les prometo que tan pronto como tenga información que haya sido confirmada, la compartiré con ustedes —dijo la detective—. Llegan muchas pistas que después resultan irrelevantes. Nuestro trabajo es examinarlas una por una. Sé que es muy difícil, pero, por favor, tengan paciencia. Los mantendré informados. Se lo prometo.

La detective Santos dejó la habitación entre los sollozos de Margo y salió para llamar a Randolph.

—¿Qué pasa? —Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los oyera.

—Recibimos aviso de que una camioneta como la de Ethan Doyle fue vista en la autopista I-80 en dirección oeste en Nebraska —dijo Randolph—. Estamos esperando confirmación.

—Entendido. Solo necesito hacerles unas preguntas más a los Allen y luego iré para la iglesia.

—Esta puede ser la que buscamos —dijo Randolph.

—Tal vez —murmuró Santos—. Nos vemos enseguida.

Encontrar la camioneta sería importantísimo, pero a quién encontrarían dentro de ella sería la clave.

Con suerte, Ethan Doyle y Becky Allen estarían a salvo y atraparían al asesino. Deseaba que ninguno de los dos estuviera relacionado con los crímenes. Josie Doyle y ambas familias merecían un final más feliz que ese. Pero Santos sabía que los crímenes tan espantosos como ese dejaban mucho más que una masacre física. Independientemente de lo que encontraran en esa camioneta, los Doyle y los Allen no volverían ser los mismos.

Capítulo 26

La niña miró hacia fuera y vio que el viento movía los árboles y les arrancaba hojas doradas, rojas y amarillas, que caían al suelo y hacían carreras por la hierba hasta descansar apiladas delante de la ventana.

Hacía frío en la habitación y se sentía inquieta. No había nada en la televisión y estaba cansada de dibujar. Miró la caja con libros que estaba en el rincón junto a la cama. No los había tocado desde el día en que su padre los había llevado. Seguía enfadada porque él no le había llevado un perro como había prometido. Pero ahora estaba aburrida y hasta una caja de libros viejos era mejor que mirar por la diminuta ventana.

Volvió a sentir un olor a moho cuando abrió la caja. Aunque no quería admitirlo, la invadió el entusiasmo. Le gustaban los libros. Le agradaba perderse en las historias y los dibujos y tenía delante una caja llena de libros que nunca había visto. Un poco de la frialdad que sentía hacia su padre comenzó a derretirse.

—Estamos casi sin comida —dijo su madre desde el otro lado de la habitación.

La niña seguía revisando el contenido de la caja. Había libros ilustrado. Uno con el dibujo de un hombre cubriéndose la cabeza con un paraguas mientras caía comida del cielo y otro con dos hipopótamos llamados George y Martha.

—Esto es lo único que queda —dijo su madre—. Esto y un poquito de mantequilla de cacahuete.

La niña levantó la mirada de un libro que mostraba a un niño travieso con una pintura violeta en la mano. Su madre le mostró una lata de sopa y un paquete de galletas.

—Vendrá y traerá más —dijo la niña.

No estaba preocupada. Su padre siempre llevaba provisiones. A ella no siempre le apetecía lo que les llevaba, pero nunca les faltaba comida.

Cenaron sopa. Su madre le permitió abrir la lata con el abrelatas y servirla en un recipiente de vidrio y añadir el agua. Hasta dejó que ella presionara los botones del pequeño horno a microondas para calentarla.

—Guardaremos las galletas para más tarde —dijo su madre.

Cenaron y la niña volvió a la caja de libros.

A la mañana siguiente, para el desayuno, cada una se comió tres galletas. Comieron dos galletas con mantequilla de cacahuete cada una. El padre de la niña no había vuelto.

—Tal vez no regrese —dijo la niña, y se bebió otro vaso de agua.

Su madre le había dicho que eso la ayudaría a llenar el estómago.

—Sí, volverá —le respondió, pero la niña detectó la preocupación en su voz—. Tiene que volver.

Para la cena, la niña se comió dos galletas con mantequilla de cacahuete y su madre una. El frasco ya estaba vacío. Bebieron más agua. Esa noche, a la niña le costó dormir. El estómago le hacía ruido y no podía dejar de pensar en las dos galletas que quedaban. ¿Qué harían cuando no quedara nada? ¿Y si su padre no volvía? Morirían de hambre.

Se levantó de la cama, cuidando de no despertar a su madre, y verificó que las galletas siguieran allí. Quería sacarlas del envoltorio de plástico y comerlas, pero no sería justo. Volvió a la cama y trató de dormir.

A la mañana siguiente, su madre le dio las dos galletas.

—No tengo hambre —le dijo.

La niña no la creyó, pero se las comió a mordisquitos, tratando de hacerlas durar todo lo posible. Pasó la comida y luego la cena. Su padre no volvió.

La niña se puso de mal humor. El agua se le movía dentro del estómago, haciéndola sentir náuseas.

—Tengo hambre —se quejó—. ¿Cuándo vendrá papá?

—No hay comida —le respondió su madre tajante—. No queda nada.

—Entonces, deberías ir ahí afuera y comprar —replicó la niña.

Su madre guardó silencio. Ahí fuera. *Así lo llamaban. No salgas* ahí fuera*, decía su madre, tu papá se enfadará, no es seguro.*

Su padre decía:

—Hay gente malvada ahí fuera. *Te separarán de nosotros y nunca volverás a ver a tu madre.*

Entonces, nunca salían. Se quedaban en el sótano con suelo de hormigón y paredes de cemento.

Pero, para sorpresa de la niña, su madre subió la escalera y se plantó delante de la puerta cerrada. Vaciló, luego extendió el brazo y movió el picaporte. La puerta estaba cerrada con llave. Volvió a bajar y se quedó en el centro de la habitación.

—¿Qué haces? —preguntó la niña, pero ella la alejó con un movimiento de la mano.

Permaneció allí largo rato y luego le dijo a la niña que le buscara un bolígrafo.

—¿Un bolígrafo? —repitió la niña, desconcertada.

—Tráeme un bolígrafo —le ordenó su madre con aspereza.

La niña fue a su caja de pinturas, encontró lo que buscaba y se lo dio. Sorprendida, vio cómo ella retorcía el bolígrafo hasta que la cubierta exterior de plástico se soltó. La dejó sobre la mesa y examinó lo que quedaba: la punta afilada y el tubo lleno de tinta. Su madre volvió a subir la escalera. La niña la siguió. Su madre se agachó delante de la puerta, insertó la punta del bolígrafo dentro de la cerradura y presionó.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó la niña, pero su madre le indicó que se callara y siguió presionando el bolígrafo dentro de la cerradura. Transcurrió lo que a la niña le pareció una eternidad, pero de pronto se oyó un clic y la puerta se abrió. Sucedió así de rápido, así de fácil.

Su madre le dijo que no se moviera, pero la niña no la escuchó. Juntas, salieron al ahí fuera.

La niña se maravilló ante la vista. La cocina tenía una nevera grande, un microondas y un lavavajillas como había visto en la televisión. Había una mesa redonda de madera con cuatro sillas iguales y una larga hilera de armarios sobre una encimera reluciente.

La niña miró a su madre en busca de una explicación. ¿Por qué tenían que vivir en el sótano, donde comían sentadas a una mesita de plástico, no tenían fuego y solo había una neverita más pequeña que ella?

Pero su madre no miraba la cocina. Comenzó a caminar, como en trance, hacia el comedor, donde había otra mesa y más sillas. De allí pasó a una sala que contenía no uno, sino dos sofás y un sillón a juego, un televisor y un reloj esbelto y alto que casi llegaba al techo. Todas las ventanas estaban cubiertas por pesadas cortinas.

Su madre tampoco prestaba atención a esas maravillas. Tenía la atención puesta en una puerta grande con tres ventanas cuadradas en la parte superior. Por los cristales entraba la brillante luz del sol y las dos se detuvieron bajo los rayos durante unos instantes, sintiendo que se les entibiaba la piel.

Su madre movió el picaporte, pero la puerta no se abrió. Probó con el cerrojo de bronce que estaba debajo y lo giró hacia la derecha. Volvió a bajar el picaporte y la puerta se abrió con un chirrido.

Era como mirar un libro de ilustraciones. Eran tantas las cosas que ver, los colores, los aromas desconocidos que, por un momento, la niña se sintió aturdida. Sin pensarlo, salió de la casa a los escalones de cemento. El aire era fresco, pero más cálido que en el sótano. El cielo era azul y el sol, tibio, del color de la miel. Los árboles estaban cubiertos de hojas del color de joyas y todo a su alrededor eran campos dorados hasta donde llegaba la vista. Un sendero subía desde el frente de la casa hasta un camino que iba a algún sitio. A las montañas, al océano, al desierto…, a algún lugar lejos de allí.

El mundo exterior era más silencioso de lo que imaginaba. Se oía el susurro suave del maíz en la brisa, el zumbido de los grillos y el canto de las golondrinas. Cuando se inclinó para recoger una bonita flor

amarilla, sintió un tirón en el brazo.

Su madre la arrastró de nuevo dentro de la casa, cerró la puerta y echó el cerrojo.

—No podemos salir ahí fuera —dijo.

Parecía asustada y respiraba entrecortadamente. Cogidas de la mano, volvieron por la sala y por el comedor hacia la cocina.

—Tengo mucha hambre —dijo la niña, desesperada por llevarse una fruta de la encimera. Su madre abrió un armario lleno de latas de sopa, judías y maíz. Abrió otro que tenía cajas de cereales y galletas saladas y dulces.

—No podemos llevarnos demasiado —dijo su madre evaluando las opciones—. Si se dará cuenta de que falta algo, sabrá que hemos estado aquí. —Vaciló, pero se decidió finalmente por dos latas de sopa y una naranja y una manzana de la nevera—. Vamos. Podría regresar en cualquier momento.

La niña abrió la puerta que llevaba al sótano, pero su madre no la siguió. Se detuvo junto al teléfono que estaba en la pared de la cocina. La niña observó como levantaba el auricular con manos temblorosas, se lo llevaba a la oreja y comenzaba a pulsar números.

La niña quería preguntarle a quién llamaba. Abajo no tenían teléfono, lo habían visto solamente por televisión, pero su madre parecía saber lo que hacía. Se oyó un sonido del otro lado del teléfono y luego la voz de una mujer.

—¿Hola? —dijo—. ¿Hola?

Una profunda tristeza transformó la cara de su madre, que colgó el receptor en silencio. Con su pequeño botín de provisiones, se dirigieron al sótano, y su madre se detuvo para volver a cerrar puerta. Luego bajó la escalera, se sentó en el último escalón y se echó a llorar. La niña se sentó a sus pies.

Cuando por fin dejó de llorar, se secó los ojos y dijo:

—No le cuentes nada a tu papá de esto, ¿de acuerdo? Será nuestro

secreto.

A la niña le agradaba la idea de tener un secreto con su madre, por lo que asintió y sellaron el pacto entrelazando los meñiques. Pero dos preguntas le quedaron en la punta de la lengua: ¿por qué nunca habían salido antes? y ¿qué les impedía volver a hacerlo?

Capítulo 27

Tiempo presente

Por lo visto, la mujer y el niño estaban huyendo de un hombre violento. Todo cobraba sentido. La huida en medio de una tormenta de nieve, la desesperación por mantenerse oculta, la paranoia.

—La policía puede ayudarte —dijo Wylie sentada frente a ellos—. Una vez que amaine la tormenta, iremos a ver al sheriff.

—No —dijo la mujer, y se movió en el sofá con una mueca de dolor —. No lo entiendes. Vendrá a buscarnos. No sabes cómo es.

Wylie no podía llevarle la contraria. No sabía por lo que había pasado la mujer, con qué clase de hombre estaba casada. Su exmarido, con todos sus defectos, no era un hombre violento. Solo un imbécil testarudo y egocéntrico.

Wylie, durante las investigaciones que había hecho para sus libros, se había topado con algunos de los hombres y maridos más violentos y posesivos que se podía imaginar. No, no tenía ni idea de lo que esa mujer había tenido que soportar en su relación, pero podía entenderla.

—¿Quieres decirme tu nombre, el del niño y el del hombre? —preguntó—. Así, cuando pase la tormenta, podré ir con vosotros a la policía; ellos os protegerán.

—No puedo. —La mujer negó con la cabeza—. No puedo decir nada hasta que estemos muy lejos de aquí.

—Tienes que confiar en alguien en algún momento —dijo Wylie con desesperación—. ¿Por qué no confías en mí?

La mujer se puso de pie.

—Ven —le dijo al niño—. Nos vamos.

Wylie se rio, pero luego se dio cuenta de que la mujer hablaba en

serio.

—Pero ¿adónde crees que va a ir? —preguntó, incrédula—. Tu camioneta se ha incendiado, estás herida y ¿piensas arrastrar a tu hijo por ahí con esta tormenta? De ninguna manera.

—No soy un niño —dijo una vocecita desafiante.

—¿Qué? —preguntó Wylie, mirando al pequeño—. ¿Qué has dicho?

—Shhhh —dijo la mujer, volviéndose hacia el niño con una mirada fulminante—. No hables.

—Soy una niña —repitió la niña con más firmeza pasándose una mano por la cabeza rapada.

Wylie estaba estupefacta. Desde el primer momento, había dado por sentado que había encontrado a un niño en el jardín de la casa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Wylie.

La niña parecía a punto de hablar, pero su madre la detuvo.

—No se lo digas. Hablo en serio —dijo la mujer con firmeza y con lágrimas en los ojos.

—Lo siento —dijo la niña y se apoyó en su madre—. Lo siento.

—¿Entiendes ahora? —le preguntó la mujer a Wylie—. ¿Crees que le cortaría así el pelo a mi hija si solo quisiera dejar a mi marido? ¿Crees que esto es solo una batalla por la custodia que se nos fue de las manos? —La mujer había levantado la voz y gritaba—. Si nos encuentra, nos matará. —Hizo una pausa, tratando de recuperar la calma—. O peor aún, nos llevará de nuevo a casa. —Se levantó las mangas de la sudadera. Una corona de costras le rodeaba las muñecas.

Wylie había perdido el habla. A juzgar por las lesiones en las muñecas, la mujer había estado atada con algo, cuerdas o bridas de plástico o esposas.

Claramente, ella y su hija estaban desesperadas y aterradas. Habían

huido para salvar su vida. ¿Quién era Wylie para exigirle detalles a esa pobre mujer?

Estarían a salvo allí. Por más terrible que pareciera el marido, Wylie no creía que fuera a atreverse a invadir la casa de una desconocida para recuperar a su mujer y su hija. No podía ser tan demente, ¿o sí?

Decidió darle espacio. Dejarla descansar. Y cuando pasara la tormenta, las montaría a ambas en el coche y las llevaría directamente a la oficina del sheriff.

En cuanto a la niña, su comportamiento anterior ahora cobraba sentido. Finalmente, comenzaba a abrirse a Wylie. A confiar en ella. Y tal vez, aun si su madre no quería revelar sus nombres ni de dónde venían, finalmente le contaría su historia.

Capítulo 28

Agosto de 2000

El sheriff Butler aparcó frente a la casa de los Henley. Notó que el jardín estaba lleno de malezas y que los escalones del frente se caían a pedazos. Las paredes exteriores grises estaban descascarilladas y necesitaban una mano de pintura. Sorteó los escalones de madera podrida y desvencijada del porche y llamó a la puerta. No hubo respuesta.

Se había cruzado con June Henley varias veces a lo largo de los años. Tenía entendido que ella y su marido habían trabajado en el campo durante décadas, pero que unos años atrás, June había vendido sus tierras de cultivo tras la muerte de él. La recordaba como una mujer amable y simpática, así que no le agradaba la idea de tener que preguntarle sobre la visita de Josie y Becky a su finca el día anterior. Pero era su obligación hacerlo.

Los Henley tenían un hijo, Jackson, que había sido un buen jugador de béisbol en el pasado, se había enrolado en el Ejército tras terminar el instituto y había sido militar durante un tiempo. Su última etapa fue durante la guerra del Golfo en 1990.

Cuando finalizó su período de servicio, volvió a casa y comenzó su negocio de chatarra y objetos en desuso. Allí comenzaron los problemas con las fuerzas del orden, casi siempre relacionados con su consumo excesivo de alcohol y, también, con algunos delitos leves. Se decía que había algo más grave en el historial de Jackson, pero Butler no podía recordar qué era.

Volvió a llamar a la puerta. Seguían sin responder. No tenía tiempo para malgastarlo así. Cada minuto que pasaba era tiempo perdido en la búsqueda de esos chicos y del asesino de los Doyle. Creía que era necesario hablar con June y Jackson Henley, pero sería más útil ocupándose de otra cosa mientras tanto. Más tarde enviaría a un agente.

Butler volvió a su vehículo y salió lentamente por el camino de

entrada, hasta una parte ancha que le permitía dar la vuelta. Pasó por filas de coches desmontados y maquinaria agrícola apilados uno encima del otro como cadáveres. Todo bastante siniestro, pensó Butler al pasar junto a una montaña de neumáticos cocinándose al sol.

Cuando la casa volvió a quedar a la vista, advirtió que había una camioneta blanca delante. Butler apretó el freno y, entornando los ojos para protegerse del sol, divisó a un hombre alto, con pelo negro rapado, que ayudaba a una señora mayor a subir los escalones del porche.

June y Jackson Henley.

Cuando Jackson abrió la puerta de entrada, descubrió el vehículo del sheriff detenido en la entrada. Lo miró alarmado.

—Hola, Jackson —dijo Butler con naturalidad—. Me gustaría que tú y tu madre me ayudarais con algo.

Jackson no respondió y lo miró con desconfianza.

—Seguramente os habéis enterado de lo sucedido anoche en la granja de los Doyle. Estamos tratando de recrear una línea de tiempo de los movimientos de Josie Doyle y Becky Allen durante el día de ayer y sabemos que las chicas pasaron por aquí. Sería de gran ayuda si pudierais hablarnos sobre la visita. ¿A qué hora vinieron y de qué hablasteis con ellas?

—Yo no hice nada —dijo Jackson nervioso pasándose la lengua por los labios—. Estaban buscando un perro. No lo encontraron y se fueron.

—Eso mismo nos contó Josie —dijo Butler. Quería asegurarse de que Jackson supiera que la otra niña se hallaba bien y podía hablar —. Pensé que podríamos caminar juntos por la parcela así me enseñas por dónde estuvieron las chicas buscando el perro.

—No tengo por qué permitirle que entre en mi propiedad —dijo Jackson acercándose a su camioneta—. No tengo por qué hablar con usted.

—Bueno, Jackson —dijo Butler amigablemente—. Creo que en realidad esta propiedad no es tuya. Creo que le pertenece a tu madre.

—Deje tranquila a mi madre. Está enferma —dijo Jackson, mirando de reojo hacia su casa—. No es necesario que la moleste con todo esto.

—Me temo que sí —dijo el sheriff con pesar—. Tenemos dos muertos y dos chicos desaparecidos. Debo hablar con todas las personas que vieron a cualquiera de los Doyle o a Becky Allen ayer. —Trató de sonreírle amigablemente—. ¿Qué opinas? Demos una vuelta y hablemos.

Butler percibió la indecisión en la cara de Jackson, una expresión que había visto en cientos de personas a lo largo de su vida: ¿subiría a la camioneta y escaparía? ¿O esperaría para saber qué quería el sheriff?

Jackson no hizo ninguna de las dos cosas. Dejó la camioneta donde estaba y escapó a pie. Butler lo vio correr detrás de la casa, levantando espeso polvo gris con sus botas. En esa fracción de segundo, Jackson Henley pasó de ser testigo a sospechoso.

El sheriff sintió un destello de entusiasmo. Las personas huían cuando se sentían culpables o estaban asustadas. Butler maniobró su vehículo alrededor de la camioneta de Henley y aparcó. Desde la radio, llamó al operador y, entre los sonidos de las interferencias, solicitó que los refuerzos estuvieran preparados y que revisaran todos los antecedentes de Jackson Henley.

Butler sabía que no tenía poder legal para registrar la finca, por lo que tendría que conseguir un permiso de otra forma.

Salió del coche en estado de extrema alerta. Eran demasiados interrogantes; por qué Henley había escapado, dónde se ocultaba y con qué armas contaba.

Con una mano apoyada en el arma, se encaminó hacia la deteriorada entrada y llamó a la puerta. Le abrió June Henley, que llevaba un sombrero rosado ladeado. A Butler le impresionó lo débil

que parecía la mujer; como si fuese a desplomarse en cualquier momento.

June lo miró con ojos cansados.

—Me imagino que ha venido para hablar de esas dos chicas —dijo —. Adelante, pase.

A casi quinientos kilómetros de allí, el policía estatal Phillip Loeb continuaba la persecución de la camioneta plateada. Tomó la salida para McCool Junction, un pequeño pueblo a ocho kilómetros de la autopista I-80. Más patrullas se habían unido a la búsqueda y vigilaban por si camioneta volvía a la autopista interestatal. Pero Loeb tenía el presentimiento de que el conductor había llegado hasta McCool para ocultarse. Condujo muy lentamente por las calles silenciosas. Uno de cada dos vehículos eran camionetas, y eso le hacía más difícil la búsqueda. Pasó por la escuela, el banco y por un restaurante de comida para llevar para automóviles.

Tomó la carretera 4, que salía desde McCool Junction hacia la autopista, y se detuvo en un aparcamiento. Y allí estaba. La camioneta gris plata con sus dos pasajeros sentados tranquilamente. Loeb dio aviso de su posición, descendió cuidadosamente, sacó su arma y se cubrió detrás de su coche.

El vehículo no tenía matrícula, eso era una señal de alarma. Era la que buscaban. Lo podía sentir.

—¡Las manos sobre el volante! —gritó—. ¡Las manos sobre el salpicadero! —Casi esperaba que la camioneta huyera, pero, sin embargo, permaneció en el lugar.

En pocos minutos, llegaron dos patrullas estatales más y tres agentes de la Oficina del Sheriff del condado de York. Formando una barricada con sus automóviles, encerraron al vehículo. No tenía escapatoria. Los agentes de la ley salieron de los coches con las armas listas para disparar.

—¡Conductor! —gritó Loeb—. ¡Abra la puerta!

La puerta se abrió de inmediato.

—¡Manos arriba, manos arriba!

Aparecieron dos manos temblorosas.

—Salga lentamente del vehículo —fue la orden de Loeb.

Primero una y luego otra zapatilla de deporte tocaron el asfalto y una figura alta apareció poco a poco.

Era un hombre joven con los ojos desorbitados de terror.

—Lo siento —tartamudeó—, lo siento.

—¡Tírese al suelo! —le gritó otro policía, y el muchacho se tendió en el suelo con los brazos extendidos. Los agentes lo rodearon apuntándole a la cabeza y le sujetaron las muñecas detrás de la espalda.

Loeb se volvió hacia la acompañante.

—¡Usted, abra la puerta, manos arriba!

Una figura menuda descendió de la camioneta con las manos sobre la cabeza.

—¿Estás herida? —preguntó Loeb—. ¿Te ha hecho daño?

La chica, que sollozaba, negó con la cabeza.

—Becky Allen —dijo él—, ¿eres Becky Allen?

La chica lo miró confundida

—No, me llamo Christina.

El sheriff Butler se quitó el sombrero al entrar en la sala de June Henley. El aire estaba fresco y olía a eucalipto; las cortinas gruesas tapaban el sol. La habitación estaba austeramente amueblada, pulcra y limpia. Sobre una mesita auxiliar se veían frascos de pastillas cuidadosamente alineados junto a un vaso de agua. En un rincón, un televisor transmitía una telenovela.

—Sí, señora. Estoy aquí por las chicas.

June acomodó su delgada contextura en un sillón tapizado con una tela gastada y descolorida con un diseño de rosas. Butler se sentó frente a ella en un sillón de dos cuerpos que hacía juego.

—Nos informaron que Josie Doyle y Becky Allen estuvieron por aquí anoche —dijo él sin preámbulos.

—Sí, así es. Hablé con ellas alrededor de las siete. Buscaban un perro. Les dije que podían pasar y buscar en la finca. —Tomó un frasco de pastillas de la mesita y trató infructuosamente de abrirlo.

Butler le tendió la mano y June se lo entregó.

—¿Cuánto tiempo estuvieron aquí? —preguntó el sheriff, y giró la tapa para abrirlo.

—No mucho —dijo ella—. Gracias —agregó cuando Butler le devolvió el frasco abierto—. ¿Veinte minutos? Quizá menos. Saludaron con la mano y se fueron.

—¿Sabe si su hijo tuvo alguna interacción con las chicas?

June sacó dos pastillas, se las puso en la boca y tomó un trago de agua.

—No, que yo sepa —dijo después de tragarlas—. No lo mencionó.

—¿Tiene idea de por qué Jackson huyó cuando me vio?

—¿De qué habla? —preguntó con cautela.

—Cuando me vio, después de dejarla a usted en la puerta, escapó. ¿Qué motivo tendría para hacerlo?

June despejó la preocupación de Butler enseguida.

—La última vez que habló con uno de ustedes acabó preso. No lo puedo culpar por mostrarse un poco reacio.

De pronto, Butler recordó el incidente al que June se refería.

Unos seis meses atrás, Jackson había sido arrestado tras la denuncia

de una mujer que dijo que un hombre había entrado en su casa borracho y había tratado de meterse en su cama.

Jackson tuvo que pasar un par de noches en la cárcel del condado y se declaró culpable de embriaguez en la vía pública y allanamiento de propiedad privada.

—¿Quién conducía la camioneta que la trajo hasta su casa hoy? —preguntó el sheriff.

June entrecerró los ojos.

—Yo —respondió con firmeza—. Jackson vino conmigo a mi sesión de quimioterapia, pero conduje yo.

El sheriff aceptó lo que decía, pero tenía sus dudas. Jackson había perdido su carnet por conducir borracho hacía bastante tiempo, pero seguramente seguía haciéndolo cada vez que podía.

—¿Le molesta si echo un vistazo por la finca? —preguntó Butler—. Como sabe, no podemos perder un minuto. Tenemos que encontrar a esos chicos.

—Entonces, no pierda su tiempo buscando aquí —replicó June, tajante. Se levantó del sillón con dificultad—. Le dije que las chicas vinieron a buscar un perro. Buscaron y se fueron. Es todo lo que sabemos.

Al llegar a la puerta, June ya se había quedado sin aire. Butler la siguió:

—Señora Henley, necesitamos hacer todo lo posible para encontrar a esos chicos. Por favor, ¿podría decirle a Jackson que tengo que hablar con él?

June abrió la boca para discutir, pero Butler levantó el dedo:

—Solo para hablar. Sé que Jackson es arisco cuando se trata de la policía. Y no tengo motivos para creer que él sabe lo que le sucedió a Becky Allen después de que se fuera de aquí. Pero ella estuvo en esta finca y debo hablar con todos los que estuvieron en contacto con ella. Lo comprende, ¿verdad?

June apretó los labios y asintió.

—Le diré que usted quiere hablarle, pero no podrá decirle nada más de lo que ya le conté.

Butler salió de la frescura de la casa al calor pesado y opresivo. Había cometido un error al poner a June a la defensiva. Pero volvería de todos modos, y si Jackson se negaba a hablarle, conseguiría una orden de registro. Tal vez así podrían obtener algunas respuestas.

Capítulo 29

El padre de la niña apareció, finalmente, después de tres días. Entró por la puerta cargado con pollo frito y una bolsa de plástico llena de envases con puré de patatas, maíz, ensalada de repollo y salsa.

La niña se sintió mareada al oler la comida. Estaba famélica. Miró a su madre para ver si podía acercarse a su padre, pero ella tenía una expresión dura. Enfadada. Así que la niña no se movió. Su madre se puso de pie, temblorosa, y se plantó frente a él, con las manos en las caderas.

—Nos has abandonado —lo acusó—. Nos dejaste sin comida. Hace tres días que no comemos.

—Ahora tenéis comida. —Pasó junto a ella y dejó la comida sobre la mesa.

Su madre lo siguió.

—No puedes hacer eso. —Lo asió del brazo—. No puedes abandonarnos de ese modo. —Su padre se volvió y miró a su madre con furia.

Ella le soltó el codo, pero le sostuvo la mirada con valentía.

El golpe llegó sin aviso. El puño de él se estrelló contra el esternón de su madre y la dejó sin aire. Se le doblaron las piernas y cayó de rodillas, intentando respirar. La niña se movió para ir hacia su madre, pero se detuvo cuando su padre levantó un dedo.

—Ve a sentarte —dijo él, y señaló una silla.

La niña se sentó a la mesa. Su madre permaneció de rodillas, luchando por respirar. Su padre sacó dos platos y cubiertos de un armario. Levantó las tapas de los envases y comenzó a apilar comida en el plato de ella y luego en el suyo. Pollo frito crujiente, montañas de puré y maíz, salsa espesa.

—Come —le ordenó, y se sentó en una silla frente a ella.

La niña miró a hurtadillas a su madre, que estaba hecha un ovillo en el suelo.

—No la mires —dijo su padre con la boca llena de pan—. Come.

La niña cogió un trozo de pollo y le dio un mordisco. Estaba frío, pero delicioso. Se sentía muy mal por comer delante de su madre, pero no podía contenerse. Frente a ella, su padre se metía la comida en la boca con exagerado deleite.

—¡Qué delicia! —decía con la boca llena de puré.

Tras comerse un trozo de pollo, dejó caer los huesos junto a su madre.

La niña le odiaba, pero seguía comiendo. La comida desapareció de su plato, hasta el repollo, que le resultó amargo. Sentía el estómago tenso y lleno, pero no podía parar de comer. Comió un trozo de pan, luego otro, y no protestó cuando su padre le volvió a llenar el plato. Cuando él no miraba, escondía trocitos de comida en su regazo. Por fin, dejó el tenedor, y la vergüenza, caliente y agria, le subió a la garganta. Tenía los dedos resbaladizos de grasa y migas aceitosas adheridas a la parte delantera de la camiseta. Su padre se rio:

—Delicioso, ¿verdad?

La niña tuvo que esforzarse para no vomitar. Su madre estaba tendida en el suelo, débil por el hambre y el miedo, y ella había comido sin esperarla. Se sentía desleal, malvada.

Su padre empujó la silla hacia atrás, se puso de pie y comenzó a quitar los envases casi vacíos de la mesa. En lugar de guardar las sobras en la pequeña nevera, las tiró a la basura con gesto exagerados.

—¿Qué se dice, pequeña? —dijo su padre.

—Gracias —respondió la niña con voz débil.

Él se plantó junto a su madre y la miró desde arriba con repugnancia. Ella se preparó para otro golpe. La niña no se atrevía a moverse por temor a dejar caer al suelo la comida que había guardado en su regazo.

—Gra-ti-tud —dijo él, estirando la palabra—. Sería bueno recibir un

poco, de vez en cuando. —Esperó, pero su madre seguía hecha un ovillo en el suelo. Él llevó un pie hacia atrás como para darle un puntapié y la niña soltó un gemido. Pero él la empujó suavemente con el pie—: ¿Qué se dice? —preguntó, como si le hablara a un niño.

—Gracias —dijo ella, pero no sonaba agradecida en absoluto.

La palabra contenía algo nuevo. Un tono duro como el acero que nunca había utilizado antes.

—De nada —dijo él con desenfado, y pasó por encima de ella.

La niña contuvo el aliento hasta que él cruzó la habitación, subió la escalera y desapareció por la puerta.

Esperó unos segundos más y luego cogió los trocitos de comida de su regazo y los colocó sobre la mesa antes de ir con su madre.

—Lo siento —le susurró al oído—. Lo siento. No debería haber comido sin ti.

Su madre le sonrió.

—No pasa nada. Me alegro de que hayas comido.

—Te he guardado un poco. ¿Quieres que te lo traiga?

Su madre negó con la cabeza y mantuvo los brazos apretados contra el torso.

—Creo que me quedaré aquí tumbada unos minutos más —dijo con la voz tensa por el dolor.

La niña fue hasta la cama a buscar una almohada y la colocó debajo de la cabeza de su madre.

El estómago le daba vueltas. Sentía náuseas, pero no deseaba vomitar. Nunca más quería sentirse tan hambrienta. Fue hasta la basura y comenzó a sacar los envases de comida. Con una cuchara, pasó a un plato las sobras, por más escasas que fueran. Cuando terminó, había una pequeña porción de pollo, panecillos, patatas y repollo. La niña le llevó el plato a su madre y se sentó en el suelo a su lado.

—Toma, mamá, tienes que comértelo.

Su madre negó con la cabeza.

—No, cómetelo tú.

—Ya he comido —insistió la niña—. Estoy llena. Esto es para ti. Por favor, come.

Con una mueca de dolor, la madre se incorporó y se sentó con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra la pared de hormigón. La niña le puso el plato entre las manos.

—Solo un bocado —la animó.

Su madre se llevó el tenedor a los labios y comenzó a comer, mientras le caían lágrimas por las mejillas.

Capítulo 30

Agosto de 2000

A las cuatro de la tarde, la detective Santos aparcó junto a la iglesia St. Mary. A lo largo de los años habían utilizado sitios insólitos como centros de mando, pero una iglesia era algo nuevo. Entró por las puertas dobles y se encontró con el conocido olor de las iglesias de su infancia. El aroma de madera ahumada del incienso y de la resina de mirra que había impregnado la alfombra roja y las paredes de piedra.

En lugar de pasar a la nave principal, Santos bajó por la escalera que llevaba al sótano. En pocas horas, Randolph había logrado montar un puesto de mando bastante impresionante: ordenadores, impresoras, teléfonos, radios y mapas de la zona.

El sheriff Butler y varios asistentes estaban sentados en sillas plegables ante una mesa armada delante de una pizarra blanca. Con pulcra caligrafía, el detective Randolph apuntaba notas.

—¿Qué tenemos? —preguntó Santos acercando una silla—. ¿Qué sucedió con ese posible avistamiento en Nebraska?

—Falsa alarma —dijo Randolph con un movimiento de cabeza—. Dos adolescentes. El chico les robó la camioneta a sus padres para llevar a la novia a pasar el día a Lincoln. Se asustó cuando vio la patrulla estatal y huyó. No han informado de más avistamientos de la camioneta —añadió.

—Bien. ¿Qué más tenemos? —preguntó Santos.

Una agente llamada Foster habló:

—Verificamos los antecedentes de Kevin y Margo Allen y están limpios. La madre dijo que a la hora de los asesinatos estaba en casa con los dos hijos menores y el padre dijo que estaba en su casa con su novia. La novia lo confirmó.

—¿No ha habido disputa por la custodia en el divorcio? —preguntó Randolph.

Foster negó con la cabeza.

—El padre y la madre parecían realmente angustiados —convino Santos—. Y están cooperando al máximo. ¿Qué más?

—Hemos compilado una lista de agresores sexuales locales y dos asistentes los están investigando —dijo Randolph—. También tenemos a varios agentes que están yendo a todas las casas cercanas a la de los Doyle y están interrogando a los residentes para saber si oyeron o vieron algo.

—¿Y usted, sheriff? —preguntó Randolph.

El sheriff Butler describió su conversación con June Henley y el extraño comportamiento de Jackson.

—Creo que vale la pena no perderlos de vista, pero Jackson Henley es un pobre borracho. No lo imagino poniéndose violento y, hasta donde sé, no ha tenido ningún tipo de conflicto con los Doyle.

—Eso nos lleva de nuevo a los dos adolescentes desaparecidos —dijo Santos—. ¿Qué sabemos de Ethan Doyle? ¿Cómo se llevaba con sus padres?

—Nunca hemos que ir a su casa por un aviso —dijo Butler—, pero Ethan fue interrogado por la policía por una pelea con otros adolescentes.

—Y recibimos una llamada de Kurt Turner diciendo que Ethan acosaba a su hija —añadió Foster.

—Sí, es cierto —dijo Butler—. El padre estaba furioso porque Ethan perseguía a su hija. Aparecía en su casa, la llamaba. Enviamos a un agente para que hablara con Ethan y le dijera que la dejara en paz. No se oficializó ninguna denuncia.

Santos compartió lo que había encontrado en el dormitorio de Becky Allen.

—Podría tratarse de un capricho adolescente, pero parece que Becky sentía algo por Ethan. ¿Habrán huido juntos?

—Josie Doyle no ha dicho casi nada todavía —informó el sheriff Butler—. Sigue en el hospital, pero están a punto darle el alta. Por lo que nos contó en la escena del crimen, Becky Allen estaba tan asustada como ella. Ambas corrían hacia el maizal cuando se separaron.

Escucharon pasos y vieron que el ayudante Levi Robbins iba hacia ellos.

—Lamento llegar tarde —murmuró, y se sentó.

—Tal vez Ethan Doyle y sus padres discutieron —dijo Randolph—. Los mató, le disparó a su hermana y luego mató a la otra chica o se la llevó.

—No me gustaría nada que fuera cierto, pero sería posible —respondió el sheriff—. ¿Qué averiguaste sobre el chico de los Cutter? —preguntó dirigiéndose a Levi.

Levi negó con la cabeza.

—Tenemos que traerlo y hacerle un interrogatorio formal —dijo Levi, y luego contó cómo había detenido a Brock no lejos de la casa de los Doyle alrededor de la una de la mañana—. Dijo que había ido al cine con su primo —relató—. Localicé al primo, y, al principio, su historia coincidió con la de Brock, pero cuando lo presioné para que me diera detalles, se quebró. Anoche no vio a Brock en ningún momento. Cutter mintió.

—Tal vez protege a su amigo —aventuró el sheriff Butler frotándose los ojos cansados.

—No quiero pecar de simplificación —dijo Santos, empujando la silla hacia atrás—, pero parecería que Ethan Doyle encabeza nuestra lista de sospechosos. Levi, vigila a Brock Cutter, veamos si nos lleva a descubrir algo. —Se volvió hacia el sheriff Butler—. Tenemos que seguir investigando a Jackson Henley, pero mientras tanto, quiero que me presente a Josie Doyle, para ver si tiene algo

nuevo que agregar.

La puerta se abrió y la doctora López entró en la habitación con el sheriff Butler y dos desconocidos.

—Josie, ¿cómo estás? —dijo la doctora López.

—Bien —respondió la joven mirando con desconfianza al hombre y a la mujer que acompañaban al sheriff.

—El brazo te va a doler durante unos días. Te daremos unos analgésicos, y cuida de mantener seca la herida. Pero la buena noticia es que no tienes que pasar la noche aquí. En un rato podrás volver a casa con tu abuela.

Josie miró sorprendida a su abuela. ¿Iban a volver a la casa? No estaba segura de poder regresar allí alguna vez. Pensó en su dormitorio y en todas sus pertenencias. Su reproductor de música y sus CD. Sus medallas de 4-H y la colección de animalitos de cristal que estaban sobre el alféizar. Una imagen de su padre, sin cara, tendido en el suelo de la habitación le cruzó por la mente. Miró a su abuela con tristeza.

Caroline le dio palmaditas la mano como si le leyera la mente.

—Vendrás a nuestra casa —dijo.

Josie asintió. Claro que no volvería a la suya. Sus padres estaban muertos. Ethan y ella no podían vivir solos en la casa: eran huérfanos.

El sheriff carraspeó y se quitó el rígido sombrero marrón. Miró a Josie por encima de su nariz aguileña.

—Josie, me alegro de ver que estás mejor —dijo—. Estos son los detectives Santos y Randolph, del Departamento de Investigación Criminal de Des Moines. Están investigando lo que sucedió anoche en tu casa. Les gustaría hablar contigo unos minutos.

A Josie no le parecía que tuvieran aspecto de policías. No llevaban uniforme. La mujer vestía pantalones negros y una chaqueta del mismo color.

Miró a su abuela, que asintió.

—De acuerdo —dijo Josie, y se acomodó en la cama.

La doctora López se despidió y la detective Santos acercó una silla y se sentó junto a la cama, tan cerca que Josie sintió el olor del aceite para limpiar la pistola. El sheriff Butler y el otro detective se apoyaron contra la pared para observar. Caroline no se movió del lado de su nieta.

—Sé que has sufrido mucho, Josie —dijo la detective con tono amable—. Y no habríamos venido si no fuera realmente importante. Tengo que hacerte unas preguntas, ¿de acuerdo?

La joven asintió.

—Háblame de tu hermano, Josie —dijo.

—¿Ethan? —respondió ella sorprendida—. ¿Sabe dónde está?

—No, lamentablemente, no —respondió la detective Santos llevándose un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja—. Por eso necesitamos tu ayuda.

—¿Mi ayuda? No sé dónde está. Tal vez se asustó y se escondió igual que yo. Mi abuela me dijo que lo están buscando por los maizales.

—Sí, sí, es cierto —dijo Santos—. Hay agentes buscándolo, pero queremos estar seguros de que no se nos escape otro sitio donde pudiera estar. ¿Cuáles eran sus lugares preferidos?

—No lo sé —Josie levantó los hombros—. Pasa mucho tiempo en su habitación.

—¿En alguna otra parte? —preguntó el detective Randolph junto a la puerta—. ¿La casa de algún amigo? ¿Una novia, quizá?

—Ethan no tiene novia —dijo Josie automáticamente, descartando a Kara Turner. Eso no había terminado bien.

—Ya sabemos la historia de Kara —dijo Santos, y Josie se sonrojó

por haber sido descubierta en una mentira—. ¿Dónde pasa Ethan su tiempo?

—Le gusta ir a pescar al estanque del abuelo y al arroyo —dijo Josie—. Va casi todos los días. —La detective lo apuntó en una libretita que sacó del bolsillo.

—¿Algún amigo con el que pase más tiempo?

—Cutter —respondió Josie—. Pasa tiempo con él, a veces.

—¿Ethan y Brock son buenos amigos? —preguntó la detective Santos.

—Más o menos. A mi madre y a mi padre no les gusta que Ethan esté con Cutter. Es algo rebelde.

—¿En qué sentido? —preguntó Santos.

Josie levantó los hombros.

—Falta al instituto y bebe bastante, creo. Es un poco siniestro.

—¿Siniestro de qué manera? —preguntó Santos.

Josie se mordió la uña del pulgar. La forma en que Cutter miraba a Becky, la forma en que la tocaba. Era difícil ponerlo en palabras.

—Tocaba todo el tiempo a Becky, trataba de acercársele. A ella no le gustaba.

—¿Te lo dijo ella?

—En realidad, no. Pero yo me daba cuenta —dijo Josie.

—Oí decir que a Becky le gustaba Ethan —dijo la detective.

—No —respondió Josie de manera automática—. No lo creo. Nunca me dijo nada.

—Vas muy bien, Josie —dijo Santos—. Unas pocas preguntas más. ¿Se te ocurre alguien que pudiera estar enfadado con tus padres? ¿Que quisiera hacerles daño?

Lo primero que le vino a la mente fue un no. Todos apreciaban a su madre y a su padre. Ella nunca había oído a su madre enfadada, y su padre hacía sonreír a todos con su humor bondadoso. La mirada penetrante de la detective Santos la incomodaba.

Solo se le ocurría una persona que hubiera estado furiosa, realmente furiosa con sus padres, pero no podía pronunciar el nombre de Ethan en voz alta.

—A mi padre no le caía bien el padre de Brock Cutter —dijo Josie de pronto.

—¿Porque Brock y Ethan se metían en problemas? —preguntó Santos.

Josie asintió.

—Y porque no llevaban bien, nada más. —No sabía cómo explicarlo.

Josie necesitaba a su madre. Ella sabría qué hacer, la ayudaría a encontrar las palabras adecuadas.

Intuyendo su angustia, Caroline intervino:

—Randy Cutter tuvo un altercado con mi hija y su marido por una parcela de tierra —explicó—. Fue bastante desagradable en su momento. William compró un pedazo de tierra cultivable que Randy pensó que debería haber sido para él. Llegaron a las manos e intervinieron abogados. Cuando aparecieron animales muertos, William estaba seguro de que Randy Cutter había tenido algo que ver. Pero nunca lo pudo probar. En los últimos años, las cosas parecieron calmarse, pero nunca volvió a ser lo mismo entre ellos.

—¿Fue una disputa por un terreno? —preguntó Santos.

—No tenemos muchos homicidios aquí —acotó el sheriff Butler—, pero cuando los hay, el motivo termina siendo casi siempre uno de dos: infidelidad o disputa por tierras.

“Interesante”, pensó Santos. El apellido Cutter aparecía una y otra vez.

—Esta mañana encontramos la escopeta de tu hermano en el maizal, Josie —dijo Santos en voz baja y seria—. No lejos de donde dijiste que te ocultaste. —Josie se miró el brazo vendado—. ¿Tienes idea de por qué estaría allí?

La joven se encogió de hombros.

—Josie, sé que esto es difícil —dijo Santos—, pero ¿hay alguna posibilidad de que tu hermano haya podido ser el que mató a tus padres y te persiguió por el maizal?

—¡No! —exclamó Josie, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. No haría una cosa así, no lo haría.

—Existen pruebas para demostrar si un arma fue disparada recientemente. ¿Qué crees que nos dirán esas pruebas sobre la escopeta de Ethan?

—¡No lo hizo con intención! —exclamó Josie—. No nos apuntaba a nosotras. Disparó al aire.

Santos y Randolph se miraron.

—¿Viste a tu hermano disparar la escopeta ayer? —preguntó Randolph.

—Sí, pero no le estaba disparando a nadie —insistió Josie—. Me duele el brazo —agregó mirando a su abuela en busca de ayuda.

—Suficiente por hoy —dijo Caroline con firmeza—. La doctora dijo que Josie podía irse a casa.

—Hablaremos más adelante —dijo la detective Santos—. Que descanses, Josie.

Santos y Randolph salieron al pasillo y se encontraron con el sheriff Butler, que estaba esperándolos.

—Los padres muertos, su hermana con una herida de escopeta y el chico desaparece con la camioneta y una chica de trece años —dijo Santos—. Esto no pinta bien para Ethan Doyle.

El sheriff negó con la cabeza.

—Conozco a la familia desde hace mucho tiempo y sé lo que parece, pero me cuesta mucho creer que haya sido Ethan.

—¿Cuántos asesinatos dijo que suelen tener en un año? —preguntó el detective Randolph.

Su voz no contenía rencor, pero Butler se dio cuenta de que le estaba hablando con condescendencia.

Con el índice de homicidios más bajo del estado de Iowa, su condado tenía poca experiencia con crímenes de la naturaleza del que había sucedido la noche anterior, pero todos en su departamento trabajaban bien y cumplían su función.

—No muchos, pero conozco a la gente de este condado y Ethan Doyle no tiene pasta de asesino —respondió.

Se frotó los ojos mientras se dirigían hacia la salida del hospital. Randolph fue a buscar el coche. Santos se demoró con el sheriff.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó cuando salieron al sol cegador.

—Sí —dijo Butler—. No es que no veamos cosas horribles por aquí, pero cuando hay chicos involucrados… —No pudo seguir hablando.

—Comprendo —dijo Santos—. Si fue Ethan Doyle… esta comunidad no volverá a ser la misma.

La radio que Butler llevaba a la cadera emitió un chasquido. El sheriff cogió el micrófono.

—Habla Butler, adelante. —Se oyó una voz distante por el altavoz, pero el mensaje fue claro.

—Sheriff —dijo la voz—, acabamos de recibir una llamada de la familia Allen. Margo Allen dijo que han recibido una llamada de alguien que dijo ser el que tiene a su hija.

Butler miró a Santos.

—Enviaremos a alguien de inmediato para ver si podemos rastrear el número, por si llaman de nuevo —dijo ella—. Envíen también a alguien a casa de los abuelos de Josie.

Butler pasó el mensaje al operador mientras Santos llamaba para pedir más asistencia técnica.

—Podría ser una broma —dijo Butler cuando Randolph se acercó con el coche.

—Sí, pero no podemos correr ese riesgo —dijo Santos—. Si no es el asesino, al menos atraparemos al imbécil que está molestando a la familia.

Butler miró el reloj.

—Hace dieciocho horas que desaparecieron Ethan y Becky.

—Los encontraremos —dijo Santos—. Solo espero que estén vivos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Butler.

—Seguimos buscando, haciendo preguntas, detrás de cualquier pista que aparezca —dijo Santos—. Y mañana traemos a los perros.

Josie permaneció en silencio el trayecto del hospital a la casa de sus abuelos. Le dolía el brazo y tenía el estómago revuelto. En la cabeza le aparecían imágenes de los cadáveres de su madre y su padre, como fotografías, breves pero vívidas. En tecnicolor. Le pidió a su abuela que detuviera el coche y Caroline frenó a un lado del camino.

Josie abrió la puerta, cruzó con cuidado hasta el borde de la cuneta y se quedó allí, sosteniendo su brazo lastimado. Inspiró hondo hasta que se le pasaron las náuseas. Las flores de las zanahorias silvestres movían sus cabecitas blancas y Josie arrancó una, la frotó entre los dedos y se la llevó a la nariz. Olía a las zanahorias que crecían en la huerta de su abuela.

Volvió a subir al coche y Caroline buscó dentro del bolso hasta que encontró un caramelo de menta. Se lo dio a Josie y buscó otro.

—Es bueno para asentar el estómago —dijo.

Juntas desenvolvieron los caramelos rojos y blancos y se los llevaron a la boca. El coche se llenó con el ruido del celofán y de los dulces en la boca. Tras unos minutos, Caroline lo puso en marcha de nuevo. Tenía razón, el caramelo ayudaba, pero solo un poco.

Para cuando llegaron a la casa, eran cerca de las ocho de la noche y el sol se derretía en el horizonte. Atardeceres de sorbete de naranja, los llamaba la madre de Josie. A solo un kilómetro y medio de allí estaba su casa, muy cerca, pero ella sabía que nunca más volvería a ser su hogar.

La noche caía rápidamente y la casa estaba a oscuras y en silencio. Caroline fue a la puerta del copiloto, la abrió y le tendió la mano. Josie se la cogió agradecida. Juntas entraron al recibidor por la puerta trasera. Los zapatos y botas de Matthew estaban en fila sobre una alfombrilla de goma y de unos ganchos de bronce en la pared colgaban su chaqueta de trabajo y un suéter amplio con el que Caroline se abrigaba durante las noches frescas de verano.

Una oleada de desesperación la inundó y Josie se echó a llorar, con sollozos profundos y temblorosos que brotaban de un sitio desconocido en su interior. Sorprendida, Caroline la sentó sobre sus rodillas; aunque Josie ya era demasiado mayor, hundió la cara contra el hombro de su abuela y lloró. Se quedaron así largo rato; Caroline mecía a Josie en su regazo como lo había hecho con Lynne cuando era una niña.

Caroline esperó a que Josie dejara de llorar y la guio por la escalera.

—Dormirás aquí —le dijo, y abrió la puerta.

Era una habitación acogedora, recién pintada de un color verde salvia, que contenía una cama individual y una mesa donde estaba la máquina de coser de Caroline.

Unas vaporosas cortinas blancas enmarcaban la ventana; Caroline fue a bajar la persiana de plástico, pero no antes de que Josie viera un coche desconocido delante de la casa.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un agente. Va a quedarse fuera esta noche —dijo Caroline sin darle importancia mientras preparaba la cama—. Solo por si acaso, tesoro. Es algo que suelen hacer.

—Pero ¿por qué? ¿Temen que vuelva el asesino? ¿Por qué vendría aquí? —preguntó Josie, y levantó la persiana para echar otra mirada.

Al ver que su abuela no respondía, se alejó de la ventana. Cuando vio la expresión en su cara, Josie lo comprendió. El policía estaba allí por ella. Temían que la persona que había matado a sus padres fuera a por ella.

—No te preocupes, aquí estás a salvo —dijo Caroline.

Josie se metió en la cama. Las sábanas olían a lejía y estaban frescas. Las sentía suaves contra los pies heridos.

Su mente se perdió en sitios oscuros y solitarios. Sus padres estaban muertos. ¿Qué podrían estar pensando? ¿Estarían felices de verla en casa de sus abuelos o pensarían que debería haber hecho más para intentar salvarlos? ¿Pensarían que debía estar con Ethan y Becky, donde fuera que estuvieran?

De pronto, cayó en la cuenta de que sus padres, desde ese momento y durante el resto de su vida, la mirarían desde arriba. Conocerían todos sus movimientos y sus pensamientos. Sabrían lo que estaba pensando en ese mismo instante, que se alegraba de que el agente estuviera fuera en la oscuridad. Que una vocecita en su cabeza no dejaba de susurrar: “Fue Ethan”. Que ella pensaba que su hermano había asesinado a sus padres y posiblemente a Becky por algo tan tonto como estar castigado. Que Josie también estaría muerta si no hubiera sido un poco más rápida que Becky para llegar al maizal.

Josie abrió los ojos. Sombras negras bailaban por el techo; mientras esperaba que la venciera el sueño, oyó los crujidos y los ruidos desconocidos de la casa por la noche. Escuchó el chirrido de la puerta cuando sus abuelos la entreabrieron para verla. Y, luego, le pareció escuchar el llanto suave de alguien, pero podría haber sido

el viento caliente que soplaba en los campos.

Un rato después, se levantó de la cama y miró por la ventana. El agente seguía allí. Pero había algo más. Miró la oscuridad con atención. ¿Qué era? ¿Un destello de luz? ¿Un movimiento en las sombras?

En la oscuridad, pensó Josie, era donde sucedían las desgracias.

Encendió la pequeña lámpara junto a la cama y se tapó con la sábana. Entonces llegó el sueño, inquieto y cargado de pesadillas.

Capítulo 31

Agosto de 2000

La detective Santos llamó a la puerta de la habitación de Randolph justo antes de la madrugada en la mañana del sábado 14 de agosto. Randolph y ella se alojaban en el Burden Inn, un motel de una sola planta que era sombrío, pero al menos limpio.

El detective Randolph abrió, listo para el día, vestido con traje y corbata.

Santos entró en la habitación y la recibió el aire caliente y viciado. La habitación era un horno.

—Mierda —dijo—. Tu aire acondicionado no funciona.

—No —dijo Randolph, que ni siquiera estaba sudado.

—Recibí un mensaje diciendo que llamara a la médica forense al laboratorio estatal. Espero que tenga resultados para darnos —dijo Santos. Se sentó delante de un pequeño escritorio y cogió el teléfono mientras Randolph intentaba poner en funcionamiento el aire acondicionado—. Sí, habla Camila Santos. Con la doctora Foster, por favor. Me llamó ella hace un rato.

El aire acondicionado se tembló y comenzó a traquetear; la intervención de Randolph parecía haber dado resultado. Santos sintió una brisa tibia sobre la frente. Se irguió cuando escuchó una voz del otro lado de la línea; Randolph observaba mientras ella escuchaba y tomaba nota.

—¿Está segura? —preguntó Santos, dejando el bolígrafo sobre el escritorio—. ¿Por qué alguien haría algo así? —Al oír la respuesta, soltó una risita—. No, creo que es a usted a quien le pagan un dineral por averiguarlo. Gracias por la información, la añadiremos a la lista de cosas sobre este caso que no tienen sentido.

Santos colgó el teléfono y miró a Randolph, que esperaba

ansiosamente.

—A los Doyle les dispararon con más de un arma —dijo poniéndose de pie.

—Encontramos dos tipos de casquillos en la escena, así que no me sorprende —dijo Randolph—. O sea, que tenemos dos asesinos y dos armas.

—O un asesino y dos armas —sugirió Santos—. Lo interesante es dónde les dispararon —explicó Santos—. A William Doyle le dispararon en la garganta con una 9 milímetros y, luego, en el mismo lugar con una escopeta. Lo mismo sucedió con Lynne Doyle, pero fue en el pecho.

—Tal vez fue para ocultar el tipo de arma que se utilizó —aventuró Randolph—. Sabemos que Ethan Doyle tenía una escopeta. ¿Tenía una pistola también? Seguramente el asesino sabía que antes o después averiguaríamos qué tipo de armas se usaron. Parece bastante elaborado para un chico de dieciséis años.

—Estoy de acuerdo —dijo Santos—. Pero es solo una posibilidad. Si estamos ante una escena estilo Bonnie y Clyde, tal vez tanto Ethan como Becky mataron a los Doyle. Una especie de pacto: si tú lo haces, yo también lo hago… algo así.

—Puede ser, pero, si no es así, ¿por qué hacerlo de esa manera? —preguntó Randolph.

Santos lo pensó durante un minuto.

—Si yo matara a una persona con mi 9 milímetros, me convendría que pensaran que el crimen se cometió con una escopeta. Produce un orificio más grande y causa más daño. Por lo menos me daría más tiempo.

—Escopeta le gana a 9 milímetros —dijo Randolph, dirigiéndose a la puerta.

—Siempre —estuvo de acuerdo Santos.

El trabajo de la granja no terminaba con la muerte. Matthew Ellis

tenía que ocuparse de los animales de su hija y su yerno. Caroline y él vacilaron antes de llevar a Josie con ellos, pero ella les suplicó ir. No quería ni acercarse a la casa, pero sí visitar a las cabras y ver si Rosco había vuelto.

Aunque era temprano y el sol estaba asomando, el calor prometía ser tan implacable como el día anterior. Se pronosticaba una temperatura de cuarenta grados.

Condujeron el breve trayecto hasta la casa sin ver ningún otro vehículo. Todavía no habían llegado los voluntarios de búsqueda y rastreo; solo había un agente donde comenzaba el camino que llevaba a la casa.

Cuando Matthew frenó para tomar la entrada, el agente le hizo señas de que no se detuviera.

—Oiga, no puede pasar —dijo.

Desde el asiento copiloto, Caroline irguió la espalda.

—Es la casa de mi hija —dijo por la ventanilla abierta—. Quiero hablar con la persona a cargo.

—Sí, por supuesto —se disculpó el agente—. Siento mucho su pérdida. Puede pasar. Otro agente los recibirá en la entrada.

Matthew aparcó delante de la casa y salieron de la camioneta. Josie miró la casa. Se suponía que un hogar era un sitio seguro, un lugar de protección. Un refugio de las inclemencias del tiempo, una fortaleza que mantenía a raya el mal, y su hogar la había traicionado de la peor manera.

—Iremos a alimentar a los animales —dijo Matthew—. ¿Estás segura de que quieres entrar en la casa? —le preguntó a Caroline.

—Estaré bien —respondió ella con estoicismo—. Solo quiero buscar unas cosas para Josie.

Matthew y Josie se quedaron mirando a Caroline y al agente, que entraron en la casa.

Josie imaginó a su abuela caminando por la casa, subiendo la escalera, pasando por el dormitorio donde había muerto su hija y, luego, pasando por encima de la alfombra manchada de sangre en su habitación. Josie no entendía cómo podía hacerlo, sabiendo lo que les había sucedido. Juró nunca más volver a poner un pie en esa casa.

Oyeron pasos a sus espaldas. Se volvieron; Margo Allen iba hacia ellos.

Matthew se sorprendió. Tras lo sucedido el día anterior, no esperaba que Margo volviera allí, pero lo entendía. Ese era el lugar donde su hija había sido vista por última vez. Cuando había dejado a Becky en casa de los Doyle, estaba sana, feliz, protegida. Y ahora había desaparecido.

Le tendió la mano, pero ella la dejó que colgara en el aire.

A pesar del calor, Margo llevaba una sudadera amplia y tejanos. Tenía los ojos hinchados y la piel enrojecida por el llanto. Josie se preguntó si ella también tendría ese aspecto. Como si una palabra o una mirada fuera de lugar pudieran hacerla estallar en mil pedazos.

—Solo quería hablar con Josie un minuto —dijo Margo; le temblaban los labios—. ¿Puede ser? Solamente un minuto.

—No lo sé —vaciló Matthew, mirando a su alrededor para que alguien le dijera qué hacer.

—Solamente quiero saber qué sucedió —dijo Margo—. La policía no me dice nada. —Se volvió hacia Josie y le cogió la mano. Josie quiso soltarse, pero Margo se la agarraba con firmeza—. Solo quiero saber por qué tú lograste escapar y Becky no.

Josie miró a su abuelo.

—Verá, señora Allen… —comenzó a decir.

Margo miraba a Josie.

—No, no, está bien. Me alegro de que estés a salvo. Pudiste salir, ¿verdad? Dijeron que tú estabas fuera, pero ¿dónde estaba Becky?

¿En la casa? —La voz de Margo se elevó—. ¿La dejaste en la casa con él o ella también salió? No sé por qué no me quieren decir nada. Pero tú me lo contarás, ¿verdad? Tú me contarás lo que pasó.

—Siento mucho la desaparición de Becky —dijo Matthew—. Todos están haciendo lo imposible para encontrarla.

—Todos no —respondió Margo con voz aguda—. Yo no. Dijeron que yo no debía buscarla. Que era mejor que me quedara esperando en casa. Pero no puedo quedarme esperando. Necesito saber qué sucedió.

Matthew miraba a su alrededor, buscando desesperadamente a alguien que lo ayudara a reconfortar a la pobre mujer, pero no había nadie.

—Dicen que Becky podía estar encaprichada con Ethan —dijo Margo apretando la mano de Josie con más fuerza—. ¿Crees que podría habérsela llevado?

—¡No! —exclamó Josie—. Él no haría eso —dijo tratando de soltarse.

—Tiene solo trece años —dijo Margo con voz quejumbrosa—. ¿Por qué él se interesaría en una chica de trece años? Es apenas una niña —continuó, pálida y desesperada de angustia.

—Verá —dijo Matthew con aspereza—, Ethan no ha hecho nada. Él también ha desaparecido. Suéltela —agregó, liberando la mano de Josie.

Margo aflojó los dedos y quedaron marcas en forma de medialuna en la piel de la niña.

—¡Solo quiero saber dónde está mi hija! —exclamó—. Estamos recibiendo llamadas —dijo llorando—. ¿Lo sabía? Alguien llama a casa diciendo que es Ethan y que tiene a Becky. ¿Sabe lo que es aguantar eso? ¿Lo sabe?

—Mi nieto nunca haría una cosa así —respondió Matthew con la voz quebrada por la emoción—. Debe de ser otra persona. Bien, voy a tener que pedirle que se marche. Lo siento, pero no debería estar

aquí.

Caroline y el agente salieron de la casa al escuchar las voces airadas.

—Señora, venga conmigo y hablaremos —dijo el agente.

—Quiero saber dónde está mi hija —suplicó Margo—. Por favor. —Miró a Josie—. Por favor, no nos quieren decir nada. Por favor, Josie, eres la mejor amiga de Becky, ¿no quieres ayudarla?

Josie no podía responder. Caroline extendió los brazos como intentando ser una barrera entre Josie y Margo. El agente trató de alejar a Margo con gentileza.

La mujer esquivó a Caroline y asió la muñeca herida de la niña. Josie gritó de dolor.

—Fue tu hermano, ¿verdad? —dijo con los dientes apretados—. ¿Por qué? ¿Por qué se llevaría a mi niña?

El agente intervino y la obligó a soltarle la muñeca.

—Basta ya. Le está haciendo daño —dijo en voz baja y firme.

—Solo quiero hablar un minuto con Josie. Por favor —dijo Margo —. Necesito que me cuente lo que pasó.

El agente que estaba apostado cuesta arriba en el camino bajó corriendo hacia ellos.

—Señora, no puede estar aquí. —Se plantó delante de Margo, mientras su compañero se llevaba rápidamente a Josie.

Un instante después, la joven estaba en el asiento trasero de un vehículo policial, aparcado junto a la carpa.

—Aquí estarás bien —dijo el agente. Encendió el motor y puso al máximo el aire acondicionado; comenzó a brotar aire tibio de las rejillas—. No tiene mala intención —agregó—. Solo quiere encontrar a su hija.

Josie sabía que era cierto. Ella también quería encontrar a Becky y a su hermano, a pesar de las sospechas que no dejaban de colarse en sus pensamientos.

Observó como los agentes hablaban con Margo y con su abuela, que levantaban las voces con creciente frustración.

Finalmente, Margo levantó los brazos y corrió hacia el coche.

—Josie, ¿dónde está Becky? —gritó, tratando infructuosamente de abrir la puerta. Apretó las manos contra la ventanilla. —¡Abre la puerta, Josie! —ordenó—. ¡¿Dónde… está… mi… hija?! —Acompañó cada palabra con un golpe del puño y el cristal vibró bajo el asedio. Josie se agachó en el suelo y se cubrió la cabeza con los brazos.

—Señora, aléjese del vehículo —dijo el agente.

Hubo un momento de silencio, luego se oyó un grito herido que hizo que a Josie la sacudiera un espasmo de temor.

“Me quiero morir”, pensó Josie, mientras los gritos de Margo Allen se hacían más débiles. Pero si no podía morirse, allí era donde le correspondía estar, en el suelo del coche de un agente, con la cara apretada contra la alfombrilla sucia de polvo de criminales, borrachos y malas personas.

El asistente del sheriff Levi Robbins tamborileó impacientemente con los dedos sobre el volante. Estaba nervioso. No podía deshacerse de la sensación de que Brock Cutter sabía mucho más de lo que decía.

Todo parecía indicar que Ethan Doyle había matado a sus padres y se había llevado a Becky Allen. O tal vez la había matado también, se había deshecho del cuerpo y se había dado a la fuga. Las pruebas contra él se acumulaban: tensiones con su familia, el supuesto hostigamiento de la exnovia, la escopeta encontrada en el campo. Y ahora se habían enterado de que la familia Allen estaba recibiendo llamadas de alguien que decía ser Ethan Doyle.

Y, a medida que el caso contra Ethan tomaba forma, se

intensificaban sus sospechas respecto de Cutter. Había estado con Ethan Doyle el día de los asesinatos, estuvo cerca de la escena del crimen poco después, y trataba de cubrirse las espaldas mintiéndole a la policía.

No tenía grandes esperanzas de encontrarlo en su casa. Brock no tendría deseos de hablar ahora que sabían que había mentido sobre su paradero la noche de los asesinatos.

Levi estaba muy cansado. Hecho polvo, como decía su abuelo. Lo lógico sería irse a dormir unas horas a su casa, pero con cada segundo que pasaba, las posibilidades de encontrar viva a Becky Allen disminuían.

Da camino hacia la casa de los Cutter, pasó por tres controles de carretera y vio un par de perros que parecían ser de rastreo y a sus entrenadores. La policía estaba poniendo toda la carne al asador. Sintió una punzada de entusiasmo. Brock Cutter estaba metido en algo, estaba seguro.

Los Cutter vivían a un kilómetro y medio de la granja de los Doyle y Levi sabía las dos familias se llevaban mal. A lo largo de los años había tenido que ir allí por varios problemas entre ellos: un derrame de fertilizante, cultivos dañados, algunos animales desaparecidos. Tras las denuncias, no se llegó nunca a nada; solo aumentó el resentimiento entre los Doyle y los Cutter. Esa era una de las razones por las que le había sorprendido enterarse de que Brock y Ethan eran amigos. A los padres de ambos no debía de gustarles nada.

Levi torció por el camino de entrada de los Cutter y aparcó delante de la amplia casa de ladrillos rodeada por ciento veinte hectáreas de maíz y soja. En una parcela lejana pastaban vacas.

Antes de que pudiera salir del coche, Deb Cutter apareció en la puerta principal.

—Hola —dijo desde allí—. ¿Todo bien?

—Todo bien, señora —respondió él con tono cordial—. ¿Se ha enterado de lo que sucedió en la granja de los Doyle la otra noche?

—Por supuesto, todo el mundo se ha enterado —dijo Deb retorciendo un paño de cocina entre las manos—. Hoy estuvo aquí otro agente. Le dije que me pareció escuchar los disparos.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Levi.

—Cerca de medianoche, tal vez un poco más tarde. No comprendí de qué se trataba hasta que me enteré de la noticia. Terrible, realmente terrible.

—Así es —concordó Levi—. Y por eso he venido. Me han encargado hablar con los amigos de Ethan Doyle; tal vez sepan dónde podría estar.

—Brock y Ethan no son amigos —respondió Deb con amargura—. Les hemos dicho que no queremos que se junten. Nunca pasa nada bueno cuando esos dos muchachos estaban en el mismo lugar.

—Lo comprendo, señora, pero ya sabe cómo son los chicos. —Se inclinó hacia ella con aire cómplice—. A veces no hacen lo que sabemos que es mejor para ellos, ¿verdad?

Deb sonrió como si comprendiera perfectamente lo que estaba diciendo Levi.

—Puede volver más tarde, cuando esté mi marido —sugirió.

—Sí, claro, pero el problema es que nos estamos quedando sin tiempo —dijo Levi, pasándose una mano por el pelo—. Cuanto más tardemos en encontrar a esos dos chicos, menos probable es que aparezcan. Y como madre, creo que, si fuera a la inversa y el que hubiera desaparecido fuera Brock, usted valoraría cualquier contribución que alguien pudiera hacer.

Deb lo pensó.

—Brock no está en casa, pero cuando lo vea le diré que lo llame.

—¿Tiene idea de dónde podría estar ahora? Cualquier información puede ayudarnos. Tal vez Brock ni siquiera sea consciente de que sabe algo. —Levi esperó mientras Deb Cutter procesaba la información y luego añadió—: Si pasa otro día más, es poco

probable que encontremos con vida a Ethan y a Becky.

Deb movió la cabeza ante lo trágico de la situación. No podía imaginar perder a su hijo. Brock era rebelde e indisciplinado, pero siempre volvía a casa. ¿Y si un día no lo hacía? Se le rompería el corazón.

—Pruebe en la antigua granja de la familia Richter. Randy está montando un criadero de cerdos allí. Brock lo ha estado ayudando.

—Gracias, señora Cutter. Si se le ocurre alguna otra cosa, no deje de llamarnos —dijo Levi.

—Por supuesto —dijo Deb—. Haré todo lo que pueda para ayudar.

Levi subió al coche y encendió el aire. La granja de los Richter estaba a pocos kilómetros, pero temía que lo hubieran enviado de paseo sin sentido. Estaba decidido a hablar con el muchacho de los Cutter, aunque tuviera que perseguirlo por todo el condado de Blake.

La antigua granja de los Richter estaba en ruinas y abandonada. La casa se venía abajo y lo único que quedaba de casi todos los cobertizos eran montañas de tablas. Y el olor era lo peor. La combinación de materia fecal porcino y orina en descomposición creaban un hedor espeso que hacía lagrimear los ojos.

Levi bajó del coche y estudió el panorama. No se veían vehículos, y excepto por el gruñido y los ruidos de los cerdos encerrados en el criadero, el sitio parecía estar desierto.

Dio la vuelta alrededor de la casa. La pintura gris estaba descolorida por el sol y la lluvia. La casa estaba inhabitable; las ventanas y las puertas estaban cegadas con tablones, y a las maderas se les veían los puntales. Levi recordaba haber oído algo sobre una subasta tras la muerte de Leland Richter, el hombre de ochenta y seis años que había insistido en quedarse en su casa hasta su muerte, ocurrida hacía unos meses. Randy Cutter debió de haber hecho la mejor oferta, aunque no parecía que se hubiera llevado un premio ganador.

Un destello de movimiento le llamó la atención y fijó la mirada en el cobertizo alargado donde estaban los cerdos. Algo o alguien se había movido en una esquina, fuera de su vista. Dios, ahora tendría que ir a investigar en el criadero. Los cerdos le daban pavor. Podían ser unos hijos de puta muy malvados, con esos ojitos negros y sus hocicos planos. Comían cualquier cosa que se les pusiera delante, incluso carne humana.

Levi avanzó hacia el criadero y, cuando dobló la esquina, se encontró con Brock Cutter sentado en la caja de la camioneta, bebiendo de una botella oculta dentro de una bolsa de papel.

—Hola, Brock —dijo Levi—. Te he estado buscando.

Sorprendido, Cutter dejó caer la botella al suelo y la tierra absorbió rápidamente el líquido.

—Mierda, qué susto me ha dado —dijo, y bajó de la caja de la camioneta.

—Así que te he asustado, ¿eh? —dijo Levi, acercándose a él—. Te diré quién está aterrada en este mismo momento: Becky Allen.

—No sé nada de eso —respondió Cutter pateando un terrón de tierra.

—¿Estás seguro, Brock? —le preguntó Levi acercándose más, lo que lo obligó a retroceder—. ¿No tenías la caja de la camioneta cubierta, la última vez que te vi? ¿Cuándo fue eso? Ah, sí, la noche en que asesinaron a William y a Lynne Doyle y Ethan y Becky Allen desaparecieron.

—No estuve allí. No sé qué sucedió —dijo Cutter levantando la barbilla con expresión desafiante.

—Pero estabas cerca —dijo Levi clavándole un dedo en el pecho—. Te paré a un lado del camino, ¿recuerdas? Conducías como un demente y sudabas como un cerdo cuando te vi. —Soltó una risita ante su broma—. Me mentiste diciendo que habías ido al cine con tu primo. Y tenías la caja de la camioneta cubierta. ¿Por qué la has quitado?

—Porque sí —respondió Cutter—. Y no es asunto suyo. Puedo hacer lo que quiera. La camioneta es mía.

—La veo muy limpia —dijo Levi mirándola de arriba abajo—. Como si la hubieran lavado hace poco. ¿Por qué lo hiciste, Brock? ¿Para deshacerte de algunas pruebas, tal vez?

—¡No! —exclamó Cutter—. La mantengo limpia. Me gusta tenerla limpia.

—¿Y la cubierta? —insistió Levi.

—Mi padre quiere que lleve algunas de estas tablas —dijo, señalando una montaña de madera. Hay gente que paga por estas cosas. Tenía que quitarle la cubierta para cargarlas.

—¿Qué crees que encontraríamos si trajéramos a un equipo de técnicos forenses aquí a que revisaran todo? —preguntó Levi.

—¡Nada! No encontrarán nada —dijo Cutter rojo de calor y de indignación.

Trató de pasar junto a Levi, pero él se movió y le bloqueó el paso.

—Puede que tengas razón —suspiró Levi—. Si quisiera deshacerme de pruebas, seguramente se las arrojaría a los cerdos. —Estiró el brazo más allá del hombro de Cutter y golpeó la pared del criadero. Asustados por el ruido, los cerdos chillaron, gruñeron y se empujaron unos a otros—. Vayamos a echar un vistazo. —Cogió a Cutter de los codos y lo llevó por la fuerza hacia las puertas del criadero.

—¡Eh, eh! —gritó Cutter—. ¡No puede hacer esto! ¡Suélteme!

—He tratado de ser amable contigo, Brock. La otra noche venías a toda velocidad, seguramente borracho o drogado, pero te di el beneficio de la duda porque me crie con tu primo, que es un buen tipo. Tú, en cambio, eres un pedazo de mierda. Luego, cuando volví a verte, me mentiste y me dijiste que no habías visto a Ethan ni a Becky el día de los asesinatos. Y me entero de que no solo los viste, sino que también manoseaste a una chica de trece años.

—Yo no… —comenzó a decir Cutter, pero Levi lo sacudió y lo hizo callar.

—¿Vas a llamar mentirosa a Josie Doyle, Brock? —preguntó Levi.

Sabía que estaba a punto de perder el control, pero estaba agotado y se estaba quedando sin tiempo. Tenían perros rastreadores y operativos en los caminos y cientos de personas buscando a Ethan Doyle y a Becky Allen, y no habían encontrado nada.

Levi estaba dispuesto a apostar su placa policial a que Cutter sabía algo, posiblemente más que algo. Era probable que supiera mucho y ninguno de los dos iba a abandonar esa cloaca llena de mierda de cerdo hasta que Levi averiguara qué era.

Abrió de un tirón la puerta del cobertizo de los cerdos y empujó a Cutter dentro. El hedor era abrumador y Levi contuvo las arcadas.

—Los cerdos comen todo lo que les pones delante, pero supongo que ya lo sabes, ¿no es cierto?

—¡Suélteme, está loco! —Cutter trató de liberarse, pero Levi lo sujetaba con fuerza.

—Bien, Brock, si tienes alguna información sobre lo que les sucedió a los Doyle y sobre dónde están Ethan y Becky Allen, tienes que contármela ahora mismo.

—Váyase a la mierda —replicó Cutter.

Con un movimiento rápido, Levi le dio un puntapié en las piernas y lo hizo caer al suelo; sus dedos se quedaron a centímetros de los cerdos, que arrastraban los hocicos por fuera de las jaulas.

Cutter trató de apartar la mano, pero Levi le pisó la muñeca con el talón inmovilizándosela. Observó cómo los hocicos carnosos y resecos de los cerdos le olisqueaban los dedos y los afilados colmillos le rozaban los nudillos.

—¡Está bien, está bien! —chilló Cutter—. A Ethan le gustaba la chica. Ese día estuvo todo el tiempo con ella.

Levi quitó el pie de la muñeca de Cutter y lo levantó del cuello de la camisa.

—¡No puede hacer esto! —dijo Cutter con los ojos muy abiertos—. ¡Se supone que no puede tratarme así!

—¿Qué más? —quiso saber Levi pasando por alto sus protestas.

—Ethan detestaba a sus padres. Los odiaba. Decía que deseaba que estuvieran muertos —dijo Cutter pasándose el brazo por la nariz, que le goteaba.

—¿Así que Ethan quería ver muertos a sus padres? ¿Te lo dijo él?

Cutter asintió.

—No aguantaba más en esa casa. No veía la hora de quitárselos de encima. Él mismo me lo dijo.

—Será mejor que no me estés mintiendo, Brock —dijo Levi mientras lo sacaba a rastras del cobertizo de los cerdos.

—No estoy mintiendo. Lo prometo —insistió Cutter.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Ethan, Josie y Becky? —preguntó Levi.

—No lo sé, después de la cena. A eso de las seis, creo. Fuimos a disparar.

—¿A disparar? —Era la primera vez que Levi escuchaba algo al respecto.

—Sí, a tirar al blanco. Poca cosa. Disparamos unas rondas y me fui a mi casa.

—Pero estabas conduciendo después de la medianoche, ¿por qué? —preguntó Levi.

—No lo sé, estaba aburrido —dijo Cutter. Levi lo agarró del cuello de la camisa y comenzó a arrastrarlo de nuevo hacia el cobertizo de los cerdos—. ¡De acuerdo, de acuerdo! —dijo, y se retorció para

soltarse—. Después de que el padre de Ethan le hiciera volverse andando por no querer darle la escopeta, me encontré con él. Dimos unas vueltas y fuimos a Burden porque Ethan quería hablar con la exnovia.

—¿Kara Turner?

—Sí. Pasamos a ver a Kara y su padre se enfadó. Luego dimos unas vueltas, disparamos un poco más, lo dejé al principio del camino que lleva a su casa y me fui.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Levi.

Se refugiaron en la sombra de un manzano nudoso. Las manzanas caídas se deshacían bajo sus pies, liberando un olor más parecido a coles putrefactas que a manzanas.

Cutter se mordió el labio.

—No lo sé, creo que serían cerca de las once. No estoy seguro.

—Te detuve cerca de la una, Brock —le recordó—. ¿Qué hiciste durante las siguientes dos horas?

Cutter dejó que sus hombros cayeran hacia adelante. Sabía que estaba atrapado. Levi cruzó los brazos y esperó.

—No quería volver a casa todavía, así que di unas vueltas y luego aparqué la camioneta. —Cutter arrancó una manzana de la rama que estaba sobre su cabeza y la hizo rodar entre sus dedos—. Fumé. Escuché música. —Levi no le preguntó qué había fumado.

—¿Dónde aparcaste? —quiso saber quitándole la manzana de los dedos.

—No lo sé, en un camino de grava —replicó—. ¿Puedo irme?

—No —respondió Levi sin rodeos—. Puedes decirme lo que viste mientras estabas en ese camino de grava. Lo que viste que hizo que salieras despedido a ciento cuarenta kilómetros por hora.

—¡No vi nada, lo juro! —insistió Cutter. Levi le sostuvo la mirada

—. De acuerdo, escuché disparos —dijo con la voz espesa por la emoción—. Muchos. Y pensé: "Lo hizo, su puta madre, lo hizo de verdad". Y me quedé allí, largo rato, tratando de convencerme a mí mismo de que estaba equivocado, pero luego oí más disparos y me asusté y me marché. Di unas vueltas, completamente aterrado y fue entonces cuando usted me detuvo.

—Bien, bien —dijo Levi, y le palmeó el hombro—. ¿No te sientes mejor ahora que me has dicho la verdad? —Cutter no parecía sentirse mejor, pero asintió.

—Y ahora, ¿qué? ¿Puedo irme?

—No, lo siento —dijo Levi, y arrojó la manzana al suelo—. Ahora te toca contarme toda la historia otra vez. Desde el principio.

Josie escuchó el ruido de la puerta del coche que se abría y miró desde el suelo; vio a un agente y a su abuelo.

—Ya puedes salir. Se ha ido.

Josie no quería salir. El mundo exterior era demasiado cruel, demasiado doloroso. Miró hacia otro lado.

—Ven, Shu, sal —dijo su abuelo con voz cansada—. Ya eres demasiado mayor como para que te lleve en brazos. Vamos, levántate y sal.

A Josie su abuelo siempre le había parecido anciano, pero, en ese momento, el hombre que estaba ante ella se le antojó prehistórico. Tenía la piel tirante contra el cráneo y un mapa de venas violáceas en la frente. Sus ojos estaban enrojecidos y la piel debajo de ellos surcada de arrugas profundas.

Josie salió del coche y miró a su alrededor, temiendo ver a los padres de Becky.

—El sheriff se la ha llevado —explicó Matthew.

Josie abrió mucho los ojos.

—¿A la cárcel? —preguntó, incrédula.

—No, no —dijo Matthew. Rodeó a su nieta con el brazo y la guio hacia la casa—. Se la han llevado a un sitio tranquilo donde poder hablar. Está muy alterada, Shu. Su hija ha desaparecido. No seas dura con ella.

—¡Pero ellos creen que Ethan mató a mamá y a papá y se llevó a Becky! —exclamó sin poder contener las lágrimas.

—La gente no puede pensar con claridad cuando tiene miedo —explicó Matthew. Josie se apoyó en el cuerpo delgado de su abuelo mientras caminaban—. Y es probable que oigas decir muchas cosas malas sobre tu hermano. Están buscando a quién culpar y, en este momento, esa persona es Ethan. Pero nosotros sabemos la verdad, ¿no es así? Sabemos que Ethan no le haría daño a nadie, ¿no es cierto?

—Sí —lloriqueó Josie. Pero no estaba convencida de que fuera así. Había visto su expresión después de disparar al aire. Había oído la furia en su voz cuando discutió con su padre—. Llevarán a Ethan a la cárcel cuando lo encuentren, ¿verdad?

—No sabemos nada con seguridad —dijo Matthew—. Solo debemos tener paciencia hasta que todo esto se solucione. Y, pase lo que pase, estaremos bien.

Josie deseaba creerle.

Sin prestar atención a los espasmos de dolor en su brazo, corrió por el jardín hasta el granero, ansiando ver a las cabras. Una vez dentro, levantó la mirada hacia las vigas rústicas que recorrían el techo como las costillas de una bestia gigante y benévola, y aspiró el aroma de la paja fresca que su abuelo debía de haberles puesto a las cabras en los comederos, unas zanjas de dos metros y medio de largo y noventa centímetros de profundidad que ocupaban el centro del granero.

Por el rabillo del ojo, vio que una figura entraba en el granero. Al principio, pensó que era su abuelo, que venía a buscarla, pero esa persona era demasiado alta y ancha de espaldas, y pisaba con demasiada fuerza para ser Matthew Ellis. Cuando se acercó, Josie vio que se trataba de Randy Cutter, el padre de Brock.

Randy no parecía saber que Josie estaba sentada a unos metros de él. Había algo frío y calculador en su expresión. Algo que la hacía querer esconderse, mantenerse oculta en su propio granero.

Josie midió la distancia hasta la puerta. No estaba lejos, pero con el brazo herido no podría correr demasiado rápido. No tenía motivos específicos para temerle a Randy, pero sabía que a sus padres no les caía bien.

Recordó cuando la detective Santos le preguntó si sus padres tenían conflictos con alguien. Al padre de Josie no le gustaban Brock Cutter ni su padre, un hombre jactancioso y de cara roja que poco a poco iba comprando toda la tierra que salía a la venta. “No se detendrá hasta tener quinientas hectáreas”, había dicho William.

Pero Randy Cutter no había podido apoderarse de la tierra en la que William y Lynne Doyle habían puesto todo su esfuerzo, aunque había hecho todo lo posible por quedársela.

La disputa, si podía llamarse así, venía de años y se había metido en sus vidas cotidianas. William Doyle estaba seguro de que Randy Cutter le había roto algunas cercas y luego había denunciado ante el sheriff que había ganado suelto. Y además estaba la relación de Ethan con el hijo de Randy, Brock. Ninguna de las dos familias la veía con buenos ojos.

En el centro del granero, Randy giró en círculo, mirando hacia todos lados. “No debería estar aquí”, pensó Josie. Nadie se metía en el granero de otra persona sin su permiso. Él continuó girando hasta que se quedó mirando a Josie. Los ojos de ambos se encontraron por un segundo y él bajó la mirada, como avergonzado de que lo hubieran visto.

—Lo siento. No fue mi intención asustarte. Buscaba a tu abuelo —dijo Randy quitándose la gorra y haciéndola girar entre sus grandes dedos.

—Josie —dijo la voz ronca de Matthew—. Es hora de empezar. —Al ver a Randy, su expresión cambió y entornó los ojos con desconfianza—. ¿Necesita algo?

—No, no —se apresuró a decir Randy—. Solo pasaba para ver si había algo que pudiera hacer. Si necesitaban ayuda con los trabajos de campo y esas cosas. Lamento mucho lo que ha pasado. Terrible —dijo, moviendo la cabeza—. No me lo puedo imaginar.

Una vez que Matthew hubo despedido a Randy, Josie se mantuvo a su lado mientras trabajaban. Él ordeñó las cabras, mientras ella les daba agua y comida. Las moscas zumbaban alrededor de la cabeza de Josie, que cargaba granos en los cubos y luego agregaba paja limpia sobre la que ya había.

Josie llegó al último sector, y cuando comenzaba a echar granos en el comedero, un olor pútrido le llenó la nariz. Se tapó la cara con la mano. Las cabras tenían un olor fuerte, sobre todo los machos, pero no era eso lo que olía.

Era un hedor particular. Siempre morían animales en la granja. Ya fuera una cabra, una gallina o un visitante nocturno como un mapache o una comadreja, los animales morían y su olor era inconfundible. Josie sabía que no podía dejar que las cabras se alimentaran de comederos que contuvieran carroña. Estaba revolviendo con la mano los noventa centímetros de paja del comedero buscando el animal muerto cuando lo vio. El color azul oscuro de la tela de unos tejanos. Josie se detuvo. Era algo tan raro allí, tan fuera de lugar, que le llevó un instante darse cuenta de lo que estaba viendo.

Tiró de la tela, pero no cedió. Apartó más paja y apareció más tela. Sintió un escalofrío cuando el hedor se volvió más fuerte. Josie sabía que tenía que llamar a su abuelo, pero siguió apartando la paja a lo largo del comedero hasta que el color azul se volvió pálido, no mucho más claro que la paja sobre la que descansaba.

Sin tener plena conciencia de lo que estaba viendo, se inclinó para mirar mejor. Era una mano, con la palma hacia arriba. Ahuecada, como lista para recibir algo, una moneda o la comunión. Y entonces Josie las vio. Las cicatrices. Se las había hecho al caer sobre una cerca de alambre de púas cuando tenía catorce años. Las púas le habían desgarrado la piel en forma de X.

Era Ethan.

Capítulo 32

Cuando cayeron las primeras nevadas, la niña se subió a la silla debajo de la ventana para ver cómo caían los copos danzarines. Deseaba poder estirar el brazo a través del vidrio y atrapar los cristales blancos en la palma de la mano. Parecían estrellas relucientes.

Cuando se ponía el sol, debían apagar todas las luces, por lo que la oscuridad llegaba temprano. La niña y su madre pasaban la mayor parte del tiempo esperando escuchar las pisadas del padre, y se acurrucaban cerca de la estufa portátil para no tener frío.

El padre de la niña les llevaba comida de manera regular, y hasta incluía golosinas como pastelillos y pequeños recipientes con budín. Con todo, su madre no confiaba en él. Racionaba las comidas, asegurándose siempre de que tuvieran suficientes latas de sopa de fideos con pollo y de raviolis, frascos de mantequilla de cacahuete y latas de atún por si él volvía a desaparecer durante demasiado tiempo.

Aunque su madre siempre le daba una ración más abundante a la hora de comer, la niña sentía un vacío en el estómago que nunca se llenaba.

Su madre hablaba poco y pasaba mucho tiempo ensimismada. La niña tenía que repetirle las cosas dos o tres veces antes de obtener una respuesta. La mujer caminaba de un lado a otro, y a menudo se detenía al pie de la escalera para mirar hacia la puerta cerrada con llave. La niña tenía que leer, pintar y entretenerse por su cuenta.

Un día, su madre subió algunos escalones, pero luego volvió a bajar. Al día siguiente, subió un escalón más. Así estuvo durante días. Subió cuatro escalones, cinco, seis, hasta que al final llegó a la cima. La niña contuvo el aliento. ¿Abriría la puerta? Su padre se pondría furioso. Su madre se quedó allí durante mucho tiempo, pero, finalmente, volvió a bajar.

Una noche, su padre entró con estrépito trayendo una bolsa de plástico.

—Esta noche vendrán algunas personas —dijo.

La niña nunca había visto que nadie fuera a la casa.

—¿Quién? —preguntó, pero su padre la hizo callar con una mirada severa.

—Tenéis que guardar absoluto silencio, hablo en serio. Ni un ruido —dijo—. Llegarán en un ratito.

Metió la mano en la bolsa. La niña esperaba que hubiera un envase con fresas, su fruta preferida. En cambio, sacó un rollo de cinta plateada.

La madre se puso rígida.

—¿Para qué es eso? —preguntó con desconfianza.

—Es solo por un rato —explicó él mientras cortaba unos quince centímetros de cinta con los dientes.

—No —dijo su madre, sacudiendo la cabeza—. No es necesario que hagas eso. Guardaremos silencio.

—No puedo correr riesgos —dijo su padre con pesar—. Ven aquí, pichoncita.

—No —repitió su madre—. Ella no hace ruido. Nunca hace ruido.

—Sabes que no es cierto —respondió su padre, y la niña sintió que la cara le ardía de vergüenza.

—Ven aquí —le ordenó.

La niña dio un paso y él le pegó la cinta sobre los labios. Inmediatamente, se le cerraron los pulmones y la habitación pareció venírsele encima.

—Era pequeña —replicó su madre—. No lo hizo adrede.

La niña se llevó los dedos a la boca y comenzó a despegar la cinta. Su padre le pegó en las manos.

—Ya basta —le dijo.

Ella dejó caer las manos e intentó respirar. Entonces él se volvió hacia su

madre.

—Ven aquí —le ordenó.

Ella negó con la cabeza; le caían lágrimas por las mejillas.

—Por favor, no. Me portaré bien —lloró.

Él la acercó de un tirón, arrancó otro trozo de cinta del rollo y se lo pegó en la boca.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas; vio como él arrastraba a su madre hasta la cama y la maniataba a la cabecera. Su madre no se resistió. Sabía que si se defendía, todo empeoraría.

—Ve a sentarte —le ordenó a la niña, y señaló la tubería de metal que se elevaba desde el suelo de hormigón y se unía al circuito que se abría como telarañas por encima de ellos. La niña negó con la cabeza. Sabía lo que venía después. Él la levantó en brazos y ella se retorció y luchó mientras él la llevaba hasta la tubería—. Quédate quieta —gruñó, y la dejó con fuerza en el suelo. Volvió a cortar cinta del rollo y le ató las manos detrás de la espalda y el tobillo a la tubería.

Respirando agitadamente, su padre contempló su trabajo. Convencido de que no irían a ninguna parte ni harían ruido, subió la escalera.

—Portaos bien —dijo justo antes de cerrar la puerta y echarle llave.

La niña estaba tendida boca abajo sobre el hormigón frío, amordazada, con las manos atadas detrás de la espalda y un tobillo atado a la tubería. No podía respirar ni ver a su madre. Le caían lágrimas; la nariz se le llenaba de mocos, lo que le dificultaba aún más la respiración.

Por encima de ella, oyó los pasos pesados de su padre y otros más ligeros. Escuchó el tintinear de risas, el ruido de conversaciones desconocidas, los alegres acordes de canciones navideñas. Cerró los ojos para dormir, pero la cinta le hacía daño y le dolían los músculos.

Imaginó cómo sería estar arriba, sentada en la gran sala, cantando canciones de Navidad. Vestida con ropa bonita, comiendo galletas con forma de campanas, renos y duendes. Contando los paquetes envueltos que estaban debajo del árbol.

Abrió los ojos. Miró hacia la ventana. A través de un hueco en la cortina, vio que nevaba. Imaginó cómo sería sentir nieve en la cara, saborearla sobre la lengua.

Capítulo 33

Agosto de 2000

Los gritos inundaron el granero y Matthew llegó corriendo; miró hacia todos lados para ver qué había angustiado de esa manera a Josie.

—¿Qué ocurre? —gritó.

Ella solo pudo señalar el comedero. Los ojos de Matthew siguieron la dirección de su dedo y se posaron sobre el cadáver de Ethan. Cayó de bruces delante del comedero.

—Ethan —dijo con tono incrédulo.

Las cabras balaban lúgubremente alrededor de ellos.

—¿Está muerto? —preguntó Josie, aunque ya conocía la respuesta.

—Aléjate de aquí. No toques nada —dijo él con la voz rota.

Se puso de pie con dificultad, evitando tocar el borde del comedero para ayudarse.

Josie retrocedió, pero la negación ya se estaba apoderando de su pensamiento lógico.

—Tal vez no sea él —dijo.

Pero había visto las cicatrices en la palma de su mano. El cadáver que estaba en el comedero era su hermano. Matthew guio a Josie fuera del granero entre el balido de las cabras, que parecían suplicarles que volvieran.

—Voy a vomitar, abuelo —se disculpó Josie, y se alejó de él para vomitar en la hierba.

—Está bien —dijo Matthew, y le sostuvo el pelo lejos de la cara hasta que el estómago de la niña quedó vacío y ella dejó de tener

arcadas.

Cuando por fin se enderezó, él sacó de su bolsillo un pañuelo limpio y le secó la boca.

Matthew corrió a la casa en busca de ayuda y volvió con el agente y con Caroline. Josie estaba debajo del arce, protegiéndose del sol implacable bajo sus hojas anchas. No soportaba pensar en su hermano muerto, a solas en un comedero cubierto de paja. Ni siquiera podía mirar hacia el granero.

Nunca más quería volver a pisar esa granja. La sangre de su familia corría por la tierra. Imaginó el maíz y la alfalfa creciendo atrofiados y negros de putrefacción.

El agente solicitó refuerzos y cerró el acceso al granero; Matthew, Caroline y Josie se acurrucaron juntos debajo del árbol.

Primero llegó la ambulancia a toda velocidad, con la sirena encendida, levantando una niebla sucia de polvo.

Luego llegó el sheriff en su coche y, tras él, los detectives Santos y Randolph en su todoterreno negro.

—Lo siento mucho, Josie —dijo Santos—. Has sufrido pérdidas terribles.

Ella no sabía qué responder, por lo que guardó silencio. Sentada en el césped, apoyó la espalda contra el tronco del árbol y se cubrió la cara con las manos. Caroline se sentó junto a ella, la abrazó y lloraron juntas.

Los sanitarios salieron del granero con la camilla vacía.

—¿No se lo van a llevar? —preguntó Josie, al borde de la histeria.

No podían dejar a Ethan en el comedero, cubierto con paja.

—No, lo siento —se disculpó el sanitario—. El sheriff y la policía deben llevar a cabo su investigación. Vendrán otros a buscar a tu hermano. Pero te aseguro que lo cuidarán bien.

Josie quería creerle, pero eran muchos los que le habían dicho que todo iba a ir bien. Nada iba bien ni lo volvería a ir bien.

—La detective Santos querrá hablar con nosotros otra vez —dijo Matthew pasándose una mano por la cara—. ¿Cuándo terminará esto? —suplicó.

La detective se acercó a ellos. Se había quitado la chaqueta negra del traje y sudaba debajo de su blusa azul cobalto.

—Los técnicos de la escena del crimen revisarán todo y recogerán pruebas. Pero da la impresión de que… —Se detuvo, como si hubiera recordado que Josie solamente tenía doce años.

—Continúe —dijo Matthew—. Josie tiene derecho a saberlo.

—Da la impresión de que se trata de otro homicidio —dijo Santos, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Aunque Matthew había rezado para que encontraran a Ethan sano y salvo, una parte de él sabía que su nieto estaba muerto. Ethan no era capaz de hacer nada de lo que mucha gente andaba murmurando. Aunque el forense tendría la última palabra, parecía que el mismo monstruo que había matado a William y a Lynne lo había golpeado y estrangulado antes de esconderlo en el comedero bajo una capa de heno.

Ethan había estado allí desde el comienzo, delante de las narices de todos.

Aferró la mano de Josie y observó como los agentes se aglutinaban alrededor de la detective Santos.

—Tenemos que organizarnos —dijo ella—. ¿Sabemos algo de las llamadas que les hicieron a los Allen? Es evidente que no fue Ethan. Hay que averiguar quién está detrás de ellas.

—Todavía no. Me encargaré del asunto —aseguró Randolph.

—Juntemos a todo el equipo. Veamos qué se sabe de los agresores sexuales de la zona. Y tenemos que buscar la camioneta de Ethan. Si la hallamos, creo que encontraremos a la chica.

Matthew esperaba que encontraran a Becky Allen, pero temía que hubiera corrido la misma suerte que los demás. Solo quedaba Josie, pensó Matthew. Ella era lo único que les quedaba. Y ellos eran lo único que le quedaba a ella.

La voluntaria de Búsqueda y Rescate Sylvia Lee acercó la camiseta al hocico del perro, y Júpiter, su sabueso de cincuenta kilos, olisqueó la prenda.

—¡Busca, busca! —le ordenó.

Júpiter levantó su cara alargada y arrugada y olió el aire. Concentró su atención en la cama elástica donde la chica de trece años había sido vista por última vez. La rodeó y luego se volvió hacia la casa; se detuvo en el granero unos instantes. Bajó el hocico y trotó hacia el maizal. Sylvia sujetó con fuerza la larga cuerda del arnés del perro y lo siguió. Aunque todavía era temprano, la mujer ya estaba sudando y la parte inferior de sus pantalones estaba empapada de rocío.

Júpiter se detuvo justo en el borde del maizal, pero volvió a cambiar de rumbo; pasó junto a la casa y tomó el camino de entrada que llevaba a la carretera.

En cuanto llegó a la grava, se detuvo momentáneamente y olió el aire. Era un perro de apariencia circunspecta, con cara arrugada y solemnes ojos oscuros. Parecía comprender la seriedad de su trabajo: las personas dependían de él para que les trajera de vuelta a sus seres queridos. Se tomaba su trabajo muy en serio.

Júpiter vaciló. Dio unos pasos hacia el oeste, se detuvo y miró hacia el este. Sylvia esperó con paciencia. Si la chica había tomado ese camino, Júpiter encontraría su rastro. El perro caminaba de un lado a otro. Pareció entusiasmarse en un punto hacia el oeste, pero perdió interés enseguida. Eso podía significar muchas cosas: el rastro de olor podía estar disipándose, la chica podría haber subido a un vehículo o podría no haber tomado esa dirección.

La piel suelta que le rodeaba la mandíbula se movía de lado a lado mientras Júpiter miraba de izquierda a derecha. Tomó una decisión y echó a andar hacia el este. Había descubierto algo y Sylvia tuvo

que trotar para seguirle el ritmo. Avanzaron por el camino a buena velocidad; el polvo se acumulaba sobre los zapatos de Sylvia y las patas de Júpiter. Sus largas orejas caídas se arrastraban por el suelo y tomaban un color ceniciento.

Sylvia percibió el entusiasmo del perro a través de la cuerda. Había captado el olor de la chica. Se estaban alejando de la casa de los Doyle, pero Júpiter se mantenía mayormente en la carretera. Cada cien o doscientos metros viraba hacia la hierba o hacia una cuneta. Cuando esto sucedía, a Sylvia se le aceleraba el pulso. Aunque anhelaba encontrar a la chica desaparecida, no deseaba toparse con ella entre la maleza a los lados del camino.

De vez en cuando, un vehículo pasaba despacio y el conductor levantaba un dedo del volante a modo de saludo. Los neumáticos arremolinaban el polvo y las minúsculas partículas de olor que Júpiter estaba rastreando.

El polvo de la grava se adhería a la piel sudada de Sylvia y le cubría los labios. Ella desenganchó la botella de agua que le colgaba del cinturón y tomó un largo trago. Delante de ellos había una granja. O lo que había sido una granja. Parecía un depósito de chatarra. Un granero grande se inclinaba peligrosamente hacia un lado y el jardín estaba lleno de hileras de maquinaria y vehículos destartalados. Una pared de neumáticos le bloqueaba la vista del resto de la finca, y el olor a goma quemada permeaba el aire.

Júpiter de pronto tiró de la correa hacia la izquierda y casi hizo caer a Sylvia. Desapareció dentro de una zanja llena de maleza, arrastrándola tras él. La hierba llegaba hasta la cintura de Sylvia y las hojas ásperas y secas le raspaban la piel.

De pronto, la correa perdió tensión. Júpiter solamente se detenía si encontraba lo que estaba buscando.

Sylvia avanzó cautelosamente abriéndose paso con las manos por entre la maleza. Las moscas zumbaban alrededor de su cabeza; siguió la cuerda floja, sabiendo que Júpiter había hallado algo.

Lo encontró esperándola, sentado en posición de atención, con ojos tristes. En el suelo, junto a él, había un trapo manchado con lo que

a Sylvia le pareció que era sangre seca.

Acarició a Júpiter, sacó una golosina del bolsillo y se la ofreció.

—Muy bien, muy bien —le dijo; acto seguido sacó la radio y pidió ayuda.

Capítulo 34

Tiempo presente

Eran casi las cuatro de la mañana y Wylie estaba extenuada, pero no podía descansar. La mujer y la niña estaban sentadas una al lado de la otra en el sofá; Wylie leía el manuscrito a la luz del fuego.

El libro estaba terminado. Quedaba poco que añadir. Pensó en incluir una sección llamada "Dónde están en la actualidad" que explicara lo que les había sucedido a los personajes más importantes de la historia, pero, en realidad, no había mucho que decir. Todos estaban muertos, habían desaparecido sin dejar rastro o simplemente preferían permanecer en las sombras, rengueando por el camino de sus vidas rotas.

Una vez que la pesadilla terminara, cuando pasara la tormenta y se asegurara de que la mujer y su hija estuvieran a salvo, Wylie se marcharía del condado de Burden y volvería a casa.

Le entregaría el manuscrito a su editora e intentaría reparar su relación con Seth. Hasta se esforzaría un poco más por llevarse bien con el padre de su hijo.

Levantó la mirada y descubrió que la niña la observaba desde el sofá. La madre estaba recostada con el lado sano de la cara apoyado en el cojín, y se había cubierto con la manta hasta la barbilla.

—¿Cómo eligieron tu nombre? —preguntó la niña.

A Wylie le sorprendió que, de todas las cosas de las que podían hablar, la niña escogiera su nombre. Estaba acostumbrada. Cuando la gente escuchaba ese nombre tan poco común, siempre quería saber por qué se llamaba así.

—Es un nombre de familia —respondió simplemente—. ¿Y el tuyo cuál es? —preguntó Wylie, con la esperanza de que la niña lo dijera sin darse cuenta.

—Mi mamá no me permite decírtelo —dijo; se destapó, se levantó del sofá y fue a sentarse en el suelo junto a ella.

La luz del fuego le iluminaba la carita: los grandes ojos oscuros, los restos pegajosos de la cinta adhesiva que habían utilizado para taparle la boca. Wylie no podía imaginar el sufrimiento por el que habría pasado.

—¿Y tu apellido? —preguntó Wylie—. El mío es Lark. ¿Cuál es el tuyo?

—Creo que no tenemos —respondió la niña, como si pensara en el asunto por primera vez.

Eso no era posible.

—¿Cómo se llama tu papá? —Wylie seguía aplicando presión.

La frente de la niña se arrugó de preocupación, pero ella guardó silencio.

—No pasa nada —dijo, y miró a la mujer dormida—. Puedes decírmelo.

—Se llama papá, nada más —susurró la niña.

—De acuerdo —dijo Wylie resignada—. Ah, quería haberte devuelto algo antes, cuando te lavé la ropa. —Se puso de pie y cruzó por la cocina oscura para recuperar el juguete que había encontrado en el bolsillo de la niña horas antes.

Se estremeció al dejar la relativa calidez de la sala y, con ayuda de la linterna, buscó en la encimera hasta que lo encontró.

Lo miró con atención. Era un muñequito de uno de los superhéroes menos conocidos. Su máscara verde estaba descolorida, los guantes blancos se veían sucios y grises, y el exterior de plástico estaba rayado y golpeado por años de juegos.

Wylie no había visto uno de esos muñecos en años. La inundó una oleada de nostalgia, pero de inmediato la hizo a un lado.

—Aquí tienes —dijo; regresó a la sala y le entregó el juguete a la niña.

Sonrió al ver cómo se iluminaba su carita, cómo sus ojos brillaban de alegría por haberlo recuperado. De pronto, la sonrisa de Wylie se borró. Se quedó quieta, tratando de pensar.

—Gracias —dijo la niña sujetándolo con fuerza; volvió al sofá y se acomodó debajo de las mantas junto a su madre.

Wylie cogió una linterna que estaba sobre la mesa lateral y la encendió. Hizo lo mismo con otra, y luego otra y otra más, hasta que la habitación quedó iluminada. Se sentó frente a la mujer y a la niña sin saber qué decir. El fuego crepitaba y chispeaba con poca efectividad. Tas dormitaba.

Wylie fue a la cocina y volvió con dos botellas de agua.

—Toma, necesitas beber. —Con la linterna en mano, se acercó a la mujer y se arrodilló para poder mirarla.

La mujer, ya despierta, entornó los ojos con expresión de dolor ante el brillo de la linterna y levantó una mano con dedos ligeramente ennegrecidos en las puntas por la necrosis.

—Te he traído aspirinas —dijo Wylie—. Tal vez te ayude un poco para el dolor. No quiero darte nada más fuerte por si tienes conmoción cerebral.

Wylie partió la pastilla por la mitad y colocó los trozos en la mano abierta de la mujer; fue entonces cuando vio la cicatriz en forma de herradura. De manera instintiva, Wylie le agarró la mano, haciendo caer las pastillas al suelo.

—¡Ay! —se quejó la mujer, y apartó la mano.

—Disculpa —dijo Wylie turbada. Se inclinó para recoger la aspirina —. Aquí tienes —dijo, y le volvió a entregar las dos mitades.

La mujer la miró con desconfianza, pero se llevó la aspirina a la boca e hizo una mueca ante su sabor amargo.

—Tienes que beber algo —dijo Wylie y, con cuidado, inclinó la botella hacia los labios de la mujer.

Observó la cara llena de golpes de la mujer. Un desconfiado ojo castaño le devolvió la mirada. Wylie bajó la mirada a la palma de su propia mano, surcada por una cicatriz idéntica a la de la mujer, aunque menos pronunciada.

Capítulo 35

Por las noches, la niña soñaba que se ahogaba, que se le llenaban la nariz, la boca y los pulmones con agua podrida y oscura. Despertaba una y otra vez intentando respirar. Su madre la acunaba y le decía que todo iría bien. Pero no era cierto.

Hacía tanto frío en el sótano que la estufa no era suficiente. Ella se tomaba su sopa, pintaba sus dibujos y veía la televisión con el volumen bajo.

Nunca sabía qué esperar cuando su padre bajaba la escalera. A veces llevaba un rollo de cinta en la mano; en otras ocasiones, llevaba muffins con un glaseado rosa y ligero o pizza en una caja.

Pero aun cuando llevase golosinas y le acariciase el pelo y le dijese que era muy guapa, era rápido para pegarle, empujarla y pellizcarla.

Con su madre era todavía peor.

Una mañana, la niña despertó y se encontró con que su madre no estaba en la cama. Se frotó los ojos y recorrió el sótano con la mirada. Estaba vacío. Se levantó de la cama y abrió la puerta del baño. También estaba vacío. No había armarios ni muebles detrás de los cuales ocultarse.

La invadió la desesperación. Estaba sola. Su madre la había abandonado. Escuchó el ruido de pasos por encima de su cabeza. Venía su padre. Querría saber qué le había pasado a su madre. ¿Qué iba a decirle? La puerta se entreabrió y la niña corrió de vuelta a la cama y apretó su gastada manta contra la mejilla; se llevó el pulgar a la boca.

Los pasos se acercaron; el corazón de la niña latía tan fuerte que tenía miedo de que su padre lo escuchara.

—Cariño, es hora de levantarse —dijo la voz de su madre.

La niña estaba a punto de estallar con preguntas. ¿Dónde había ido? ¿Qué había hecho? ¿Por qué había subido la escalera?

Su madre solo se llevó un dedo a los labios y dijo:

—Shhhh. Recuerda nuestro pequeño secreto.

Había llevado una bolsa de plástico llena de toda clase de cosas: una manzana, algunos dólares, un montón de monedas de veinticinco, diez y cinco centavos que tintineaban en el fondo.

Su madre le entregó la manzana y luego ató las asas de la bolsa y la ocultó en el fondo del cubo de la basura. La niña mordisqueó la manzana mientras su madre caminaba de un lado a otro.

El día pasó lentamente. Su madre estaba preocupada. Nerviosa. La niña le preguntó qué ocurría, pero ella se limitó a sonreír y asegurarle que todo iba bien. Un dardo de preocupación se le clavó en el pecho y la niña corrió al armario para ver cuánta comida les quedaba. Suspiró aliviada. Había mucha.

—¿Crees que él vendrá esta noche? —preguntó.

—No lo sé —dijo su madre mirando hacia la puerta—. Espero que no.

Su padre vino esa noche y estaba de muy mal humor. Le dijo a la niña que se metiera en el baño y ella obedeció a regañadientes. Sabía que se trataba de algo serio. Cogió un libro del estante y cerró la puerta. No podía ver lo que sucedía, pero podía escucharlo todo. La cama crujía violentamente y su madre gritaba con tanto dolor que la niña tuvo que cubrirse los oídos hasta que todo terminó.

Durante los tres días siguientes, la niña despertó sola, pero su madre siempre volvía, llevando cada vez un objeto para agregar a la bolsa escondida en el fondo del cubo de la basura: un par de tijeras afiladas, una afeitadora eléctrica, dos botellas de agua, dos juegos de llaves.

—¿No tienes miedo de que vuelva? —preguntó la niña.

Su madre negó con la cabeza.

—Se marcha a las seis. Va a la ciudad a desayunar café y un dónut —respondió—. Siempre vuelve para las ocho. Te quiero —murmuró su madre sin venir a cuento.

La niña sonrió, pero sintió un peso en el pecho, porque la forma en la que su madre se lo dijo se parecía mucho a una despedida.

Más tarde, su madre la sacudió para que despertara.

—Despierta —dijo.

La niña se incorporó sobre un codo y la miró, soñolienta.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Levántate y haz lo que te diga; tenemos que darnos prisa —le dijo mientras se ponía una sudadera—. Vístete y ve al baño.

La niña obedeció. El sótano estaba a oscuras excepto por la luz parpadeante del televisor. Un presentador de meteorología hablaba sobre tormentas de nieve y ráfagas de viento. Fue al baño y se puso los tejanos, una sudadera verde y un par de zapatillas de deporte.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Va a venir?

Su madre negó con la cabeza.

—No. Escucha, vamos a hacer algo que da miedo, pero tienes que confiar en mí. ¿Confías en mí?

La niña asintió. La mujer fue al cubo de la basura y sacó la bolsa de plástico. Desató las asas, buscó dentro y extrajo las tijeras y la afeitadora eléctrica. La niña la miró desconcertada. No había nada de que temer de unas tijeras, aunque estas eran mucho más afiladas y largas que la que tenía en su estuche.

—Ven, cariño —dijo su madre—. Voy a cortarte el pelo.

—¿Por qué? —preguntó la niña.

—¿Confías en mí? —volvió a preguntarle su madre, mirándola directamente a los ojos.

—Sí —dijo la niña en voz muy baja.

Su madre levantó un mechón de pelo y, con las tijeras, comenzó a

cortárselo. Los rizos largos y oscuros cayeron al suelo. La niña ahogó una exclamación y se llevó una mano a la cabeza.

—No te preocupes, te volverá a crecer, te lo prometo —dijo su madre, y siguió cortando; no se detuvo hasta que no hubo un buen montón de pelo negro en el suelo. Enchufó la afeitadora eléctrica, que cobró vida con un zumbido bajo. Se la pasó por el cuero cabelludo y resto del pelo fino cayó flotando al suelo.

Finalmente, su madre soltó un largo suspiro.

—Bien, he terminado.

—¿Puedo ir a mirar? —preguntó la niña, y su madre asintió a regañadientes.

Ella corrió al baño y se plantó delante del espejo rajado. Se veía espantosa. No se parecía en nada a lo que había sido. Estaba prácticamente calva y sentía el cuello y las orejas desnudos, expuestos.

—Por favor, no llores —dijo su madre con la voz pastosa por sus propias lágrimas—. Necesito que seas valiente. —La niña lo intentó, pero no pudo contener las lágrimas—. Durante un tiempo, seremos personas diferentes. He tenido que cortarte el pelo y yo me lo cortaré también y lo teñiré de otro color después de que nos marchemos. ¿Puedes fingir que eres un niño? ¿Piensas que podrías hacerlo por un tiempo?

La niña asintió.

—Bien —dijo su madre—. Nos marcharemos ahora y no volveremos nunca más.

—¿No se enfadará? —preguntó la niña a través de las lágrimas.

—Sí, y por eso tenemos que darnos prisa —dijo su madre, y comenzó a cortarse hasta los hombros el pelo que le llegaba casi hasta la cintura—. El calendario que tiene arriba decía "subasta de ganado en Burrell, Nebraska", en la fecha de hoy. Pero tenemos que irnos ahora. Elige un objeto especial para llevarte y yo iré a abrir la puerta.

Se marchaban. Subirían la escalera y saldrían por la puerta, de verdad.

Un estremecimiento de emoción sacudió a la niña. Se marchaban hacia el "ahí afuera". Sabía exactamente qué se llevaría. Su mantita blanca con los conejitos. La había tenido desde que nació. Deseó poder llevarse algunos libros y su estuche, pero su madre le había dicho que eligiera una sola cosa y no podía irse sin su mantita. Entonces, sus ojos se posaron sobre el muñequito de plástico vestido de verde. Su madre se lo había dado cuando era muy pequeña; le había dicho que lo tenía desde hacía mucho tiempo. La niña casi lo había olvidado, pues últimamente pasaba la mayor parte del tiempo pintando y leyendo. Guardó el muñequito en el bolsillo. Se llevaría ambas cosas. A su madre no le molestaría.

—¡No, no, no! —dijo la voz de su madre desde la parte de arriba de la escalera. —La niña oyó que sacudía el picaporte de la puerta y golpeaba la madera con los puños—. ¡No puedo abrir! —Bajó la escalera y se sentó, derrotada, en el último escalón—. Debe de haber añadido otra cerradura. No la puedo abrir. Ahora sabrá que planeamos algo. Me matará por haberte cortado el pelo —dijo, y hundió la cara entre las manos.

—No tiene por qué darse cuenta —dijo la niña sentándose junto a su madre—. Le diremos que me lo corté yo. Podemos hacer nuestra promesa de meñiques.

—Se dará cuenta —dijo ella, moviendo la cabeza—. Descubrirá que he estado afuera y que cogí las llaves, dinero y la afeitadora. ¡Lo siento tanto, pero tanto! —lloró—. Te prometí que todo iba a salir bien y no será así.

Se quedaron allí sentadas durante mucho tiempo. La niña le acariciaba la espalda a su madre con una mano mientras se pasaba la otra por la cabeza rapada. Echó una mirada al sótano. No estaba tan mal. Tenía la cama y la televisión y el estante para libros y la ventana.

—Mamá —dijo tirando del brazo de su madre mientras enderezaba ligeramente la espalda. Señaló y ella siguió la dirección de su dedo—. No tenemos que salir por la puerta —agregó—. Podemos hacerlo por la ventana.

Capítulo 36

Tiempo presente

No podía ser, pensó Wylie. No era posible. Becky estaba muerta. Había muerto hacía años. Estaba segura.

Pero… ¿y si no era así? ¿Y si había estado oculta todos esos años? ¿Y si había tenido una hija con el hombre que se la llevó?

Una sensación de culpa la abrumó. La mente de Wylie volvió a la noche de los asesinatos cuando ella y Becky estaban en su habitación y la luz de la luna entraba por la ventana. Poco tiempo después, Becky había desaparecido.

Becky ni siquiera habría estado en la casa de no haber sido por Wylie.

Una vocecita en su cabeza no la dejaba en paz. La cicatriz en forma de herradura en la mano de la mujer, idéntica a la suya.

Parpadeó y negó con la cabeza. Era imposible. Becky Allen estaba muerta.

Durante años, Wylie había huido de su pasado, de la casa en la que se encontraba, de aquella noche de muerte, del hombre que le había robado a toda su familia.

Poco después del asesinato de sus padres, se mudó con sus abuelos a cuatrocientos kilómetros de Burden para comenzar una nueva vida y huir de los recuerdos de todo lo que habían perdido. Y para escapar del hombre que todos sabían que los había matado.

Sus abuelos intentaron crearle una nueva vida, pero el pasado la perseguía a cualquier lado que fuera. Siempre sería Josie Doyle, la chica cuya familia asesinaron, la chica cuya amiga desapareció sin dejar rastro. De manera que, cuando tuvo la edad suficiente y decidió que no podía seguir siendo Josie Doyle, tomó la W de William, la L de Lynne, la E de Ethan y el apellido de soltera de su

abuela y se convirtió en Wylie Lark.

Comenzó a escribir libros sobre crímenes atroces. ¿Por qué? No intentó analizarlo demasiado, pero tenía sentido. El asesinato de su familia y el rapto de su amiga nunca habían sido resueltos de manera oficial, por lo que ella decidió dedicarse a relatar las tragedias de otros.

Hasta el momento actual, en que estaba escribiendo su propia historia. La historia de Josie Doyle, para que el mundo entero la leyera y la examinara.

No. Wylie cerró la carpeta y se puso de pie. Becky estaba muerta. Estaba decidida a alejar la idea de su cabeza, cuando oyó un zumbido que venía desde fuera.

—¿Qué es eso? —preguntó la mujer, asustada.

La niña corrió hasta la ventana del frente y corrió la cortina.

—¡Veo una luz! —exclamó—. Está allí arriba, en el camino.

—Ven aquí —le ordenó su madre—. Aléjate de la ventana. —Con aire culpable, la niña volvió junto a ella.

—Creo que es la quitanieves —dijo Wylie con alivio.

Se quedaron escuchando el gruñido de un motor y el ruido inconfundible de la nieve empujada hacia un lado. Al ver la expresión alarmada en la cara de la mujer, Wylie habló:

—Es una buena noticia. Significa que la tormenta está amainando. La electricidad volverá pronto y tendremos luz y calor. —La mujer no parecía convencida.

De pronto, el motor se apagó.

—¿Se ha ido? —preguntó la niña—. ¿Ya han terminado?

—Tal vez, pero volverán para limpiar el otro lado de la carretera —explicó Wylie.

La niña se levantó y volvió a la ventana.

—¿Cómo puede ser que siga viendo una luz? —preguntó. Wylie se acercó a ella y hasta la mujer abandonó el sofá para ir a mirar—. Tal vez se ha quedado atascada —dijo la niña.

—Lo más probable es que haya visto la camioneta volcada y se haya detenido —dijo Wylie—. Iré afuera a verificarlo y a hablar con él.

—No, por favor —dijo la mujer—. Quédate aquí.

—Solo estaré fuera un minuto. No te preocupes. Debe de tener una radio en la máquina. Podrá ayudarnos —dijo Wylie.

Desoyendo las protestas de la mujer, cogió su abrigo del respaldo del sofá, una linterna y fue hasta el recibidor. Se calzó las botas y se cubrió la cabeza con un gorro de lana. Tenía que llegar hasta el conductor antes de que se fuera. Por lo menos podría pedir ayuda por radio, avisar a las autoridades de que necesitaban atención médica.

Abrió la puerta de par en par y se encontró cara a cara con un hombre vestido con ropa invernal. Sorprendida, dejó caer la linterna, que se estrelló contra el suelo y rodó hacia un lado. Ambos se inclinaron para recuperarla.

Wylie llegó primero a la linterna.

—Madre mía, qué susto me ha dado —dijo con una risa nerviosa—. Justo salía para ver si podía alcanzarlo.

—No fue mi intención asustarla —dijo el hombre cuando ambos se enderezaron.

—No, no —respondió Wylie y apuntó la linterna hacia el hombre—. Me alegro de que esté aquí. Necesitamos… —Y, en ese momento, lo reconoció. Era Jackson Henley, el hombre que había asesinado a su familia. El hombre que había raptado a Becky.

Capítulo 37

Agosto de 2000

La detective Santos recibió una llamada en la que le avisaban que el perro rastreador había encontrado algo en la linde de la finca de los Henley. Gracias a Dios no se trataba de un cadáver. Pero un trapo ensangrentado con el olor de Becky Allen ya era bastante grave.

Mientras esperaba que le confirmaran si la petición de una orden de registro había sido aprobada, se enteró de más detalles inquietantes sobre Jackson Henley. Era parte de una unidad del Ejército que había liberado Kuwait durante la operación Sable del Desierto, pero más allá de eso, su expediente militar estaba marcado por varios conflictos con sus superiores. Jackson Henley no obedecía órdenes, le gustaba beber y hostigar a sus colegas de sexo femenino.

Una mujer denunció que Henley, junto con un grupo de soldados varones, la habían hostigado mental y sexualmente hasta que estuvo a punto de sufrir un colapso nervioso. Otra mujer lo acusó de haberla retenido cuando supuestamente se negó a dejarla ir después de que pasaran la noche juntos. Las acusaciones fueron retiradas después de un tiempo, pero, por lo visto, aun de joven, al soldado Henley le había gustado tener a sus novias solo para él.

Había más información, casi toda relacionada con su aparente lucha contra el alcoholismo. En 1992, Jackson volvió a su casa en el condado de Burden convertido en una cáscara de la persona que había sido antes de partir.

Santos sabía que un trapo ensangrentado no significaba que Jackson fuera culpable de nada, pero no lo dejaba bien parado. Tampoco estaban seguros de que se tratara de la sangre de Becky. Podría haber tocado el trapo o haberlo tenido en la mano, transfiriéndole su olor, pero la sangre bien podría pertenecer a otra persona.

Había perdido minutos preciosos tratando de conseguir una orden de registro de la finca de los Henley. Una prueba encontrada en el límite esta no significa que un juez vaya a otorgar la orden

automáticamente. Con todo, el comportamiento arisco de Jackson y sus problemas legales del pasado habían pesado a la hora de conseguir que el juez la firmara. Ya la tenía consigo.

Ahora lo único que podían hacer era esperar que no fuera demasiado tarde para Becky.

Santos detuvo el coche en el terreno de los Henley y de inmediato sintió el olor desagradable de goma quemada. "¿Por qué alguien estaría quemando algo en un día de tanto calor?", se preguntó. El sheriff Butler pensó lo mismo. Cuando Santos salió del coche, Butler se acercó a ella, moviendo la cabeza con fastidio.

—El hijo de puta está quemando algo —dijo rojo de furia—. Debería haberlo obligado a hablar conmigo ayer.

—Bueno, pues hablaremos con él ahora —dijo Santos—. Pero antes tenemos que encontrarlo. Le mostraremos la orden de registro y hablaremos con la señora Henley; luego, diríjase a la fogata y trate de cerciorarse de que no esté quemando pruebas.

—Tenga cuidado —respondió Butler—. Si Jackson está en la casa y ha bebido, es difícil predecir qué hará.

—Entendido —dijo la detective mientras junto con otros dos agentes se acercaban a la casa. Vio movimientos detrás de las pesadas cortinas que cubrían la ventana—. ¿Ves eso? —preguntó. El agente asintió y ella tocó el arma que llevaba. En estado de máxima alerta, subieron los escalones desvencijados del porche.

Santos llamó a la puerta y se identificó como oficial de la fuerza pública.

—¡Señora Henley! —dijo—. Tenemos una orden de registro para su casa. Por favor, abra la puerta.

La puerta se entreabrió y un ojo celeste acuoso los observó desde dentro.

—¿Qué ocurre? —preguntó June Henley.

—Señora, soy la detective Camila Santos del Departamento de

Investigación Criminal de Iowa y tenemos una orden de registro para su casa y su finca. Por favor, abra la puerta. —Santos y los dos agentes esperaron, tensos, mientras June decidía qué hacer.

El detective Levi Robbins estaba entrevistando a agresores sexuales conocidos de la zona cuando se enteró de dos cosas que terminaron poniendo fin a su carrera en las fuerzas del orden y en una demanda judicial contra el Departamento del Sheriff del condado de Burden.

La primera fue que el cadáver de Ethan Doyle, de dieciséis años, había sido hallado enterrado en un comedero en el granero de su familia.

—No salga de la ciudad —le ordenó al delincuente al que estaba interrogando.

Levi corrió a su coche y se dirigió a la granja de los Doyle. Esa pobre familia, pensó. El único consuelo era que no había sido Ethan quien había matado a los padres y se había llevado a Becky. Pero eso no cambiaba el hecho de que tres cuartos de la familia Doyle habían sido exterminados y una chica de trece años había desaparecido.

Su mente bullía de preguntas cuando le llegó la segunda información. La policía estatal había trabajado rápidamente y habían podido rastrear el número desde el que se hacían a las llamadas crueles que le habían hecho a la familia Allen, en las que alguien se había identificado como Ethan Doyle. La casa de los Cutter.

El instinto de Levi le decía que fuera en busca de Brock Cutter. El cabrón de Cutter les había dado información para que pensaran que Ethan era un potencial homicida: quería matar a los padres y tenía algo con la chica de los Allen. Todo eran patrañas. ¿Y qué debía hacer él, entonces? ¿Acudir al escenario del crimen o ir tras Cutter? Justo cuando iba a tomar el camino que llevaba a casa de los Doyle, cambió de idea y decidió ir directamente a la granja de la familia Cutter. Pensaba obtener algunas respuestas.

A lo lejos, vio que un vehículo se acercaba a gran velocidad. Pisó el freno y cruzó una mirada con el conductor: Cutter. Levi frenó en

seco, haciendo chillar los neumáticos en el asfalto; dejó una estela de humo acre y marcas en la carretera. Dio media vuelta, encendió las luces y la sirena y pisó el acelerador.

Delante de él, Cutter aumentaba la velocidad. "¿Qué mierda está haciendo?", pensó Levi.

Pisó el acelerador con fuerza y el vehículo policial salió disparado y se situó justo detrás de la camioneta de Cutter. ¿Por qué el chico no se detenía a un lado de la carretera? Cutter giró abruptamente hacia la derecha, para tomar un camino de grava, y Levi estuvo a punto de seguir de largo.

—¡Hijo de puta! —exclamó.

Estuvo a punto de salirse del camino y terminar en un maizal. Giró el volante a la izquierda y el vehículo se enderezó. Cutter seguía conduciendo a gran velocidad. La polvareda envolvía a ambos vehículos en una nube gris. Levi no veía lo que tenía delante, a los lados ni detrás. El polvo calizo le cubría el parabrisas.

Pensó en aminorar la marcha, pero fue demasiado tarde. El coche policial se estrelló contra la parte trasera de la camioneta de Brock Cutter. El crujido de metal le llenó los oídos y Levi sintió que las piernas se le rompían, que el cinturón de seguridad se le clavaba en el tórax. Gritó de dolor y el estómago se le dio vuelta mientras el coche giraba como un trompo hasta detenerse. Cuando Levi abrió los ojos, vio que la parte delantera estaba destrozada y tenía las piernas atrapadas debajo del volante. Extrañamente, no sentía dolor, solo una gran presión en el pecho.

Con cuidado, movió la cabeza de izquierda a derecha. Por lo menos, el cuello le funcionaba. Luego, probó con los dedos del pie. Le pareció que se movían, pero no estaba seguro. Poco a poco, la nube de polvo que lo envolvía se asentó y el mundo exterior volvió a aparecer. Las luces de su coche mostraban la camioneta de Cutter casi partida por el medio por un poste telefónico. Y allí estaba Brock Cutter, con medio cuerpo colgando por la puerta del conductor, con los nudillos contra el camino y una herida abierta en el cuello. No se movía. ¿Cómo iba a moverse? Había demasiada sangre.

Levi cerró los ojos. Lo único que había querido eran respuestas. Saber qué les había sucedido a los Doyle y a esa otra chica. Era su deber perseguir a Brock Cutter, ¿no? Solo estaba haciendo su trabajo.

Capítulo 38

—Quédate atrás —dijo su madre. Estaba subida a una silla debajo de la ventana; en las manos tenía la tapa de porcelana de la cisterna. Cerró los ojos y la estrelló contra la ventana desatando una lluvia de cristales. Arrojó la tapa al suelo y la niña se estremeció cuando se partió contra el hormigón—. Alcánzame la toalla —ordenó.

La niña le dio la toalla a su madre, que se la envolvió alrededor de la mano, y comenzó a quitar de la ventana los trozos de cristal que quedaban. Una pared de nieve congelada las miraba. Intentó cavar con los dedos, pero al ver que no funcionaba, le pidió a la niña que le alcanzara la estufa portátil.

La niña obedeció y la madre sostuvo la pequeña estufa delante de la nieve.

—Trae otra silla y coge una cuchara —dijo su madre. La niña buscó una cuchara, arrastró la otra silla plegable hasta donde estaba su madre y se subió—. Ahora sostén la estufa, que yo cavaré.

Trabajaron a buena velocidad, y al cabo de diez minutos, los brazos de su madre estaban mojados por la nieve derretida. Un viento gélido entró por la ventana y dejó a la niña sin aliento.

—Bien —dijo su madre—. Hará frío y tenemos que darnos prisa. Alcánzame la bolsa de plástico y busca tu manta.

La niña saltó de la silla y los cristales rotos crujieron bajo sus pies. Corrió hasta la mesa y recuperó las cosas, luego volvió junto a su madre.

—Te ayudaré a salir primero y luego saldré yo —dijo ella—. No te cortes.

Levantó a la niña, que pasó sin dificultad por la ventana. Luego siguieron la manta y la bolsa. La niña se apartó y esperó a su madre. Caía una lluvia helada y el viento le calaba los huesos a través de la sudadera y los tejanos.

Su madre tuvo que intentarlo varias veces antes de levantarse lo suficiente como para pasar los hombros por la ventana rota. La niña la sujetó de los brazos extendidos y tiró. Con un quejido, su madre levantó el resto del cuerpo, atravesó la ventana y se desplomó sobre la nieve.

Tras levantarse rápidamente, miró a su alrededor, intentando situarse.

—Por aquí —dijo entrecerrando los ojos para protegerse de la lluvia congelada que les golpeaba la cara.

De la mano, madre e hija caminaron por el resbaladizo jardín hasta que llegaron a la puerta principal de la casa y se refugiaron en el porche delantero para protegerse de la lluvia.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó la niña.

Tiritando, se apretó contra su madre. La noche estaba oscura y mojada y fría y era mucho más vasta de lo que había imaginado.

Su madre abrió la bolsa y sacó las llaves que había guardado allí unos días antes.

—Sé que una de estas es de una camioneta —dijo—. Espero que alguna abra la puerta principal o tendremos que caminar.

Intentó introducir la primera llave en la puerta principal. No entraba. Luego la segunda y la tercera. Finalmente, la cuarta llave entró con facilidad y la puerta se abrió. Una vez dentro, cruzaron la sala oscura hasta la cocina. Su madre se detuvo ante la puerta que llevaba al sótano.

—Con razón no se abría —dijo en voz baja, y movió el cerrojo hacia la izquierda—. Usó las dos cerraduras. —Volvió a cerrarla—. Vamos —dijo su madre, y la guio hasta otra puerta.

Esta se abría a un espacio oscuro y sin ventanas. Su madre pasó la mano por la pared y la luz inundó el lugar. Era un garaje. Una de las plazas estaba vacía. En la otra se veía un vehículo cubierto con una lona.

Su madre tiró de la lona y dejó al descubierto una vieja camioneta negra, rayada y oxidada. Era la camioneta que él decía que no

conducía a menudo, pero de la que no pensaba deshacerse. Le gustaba sentarse dentro de vez en cuando, le había dicho, y recordar.

Su madre pasó la mano por el metal frío. Trocitos de pintura negra se adhirieron a sus dedos.

—Sube —le dijo a la niña mientras le abría la puerta—. Y abróchate el cinturón.

La niña no conocía el significado de esas palabras.

La madre subió tras ella, cerró la puerta y probó las llaves hasta que encontró la que arrancaba el motor. Luego extendió el brazo y empujó de una correa que cruzaba el pecho y el regazo de la niña y la abrochó.

—¿Cómo salimos? —preguntó la niña mirando la puerta cerrada del garaje.

—Así —dijo su madre, extendió el brazo por encima de su cabeza y presionó un botón negro.

Con un ruido sonoro, la puerta del garaje comenzó a levantarse lentamente. Su madre colocó las manos sobre el volante y observó lo que tenía delante. Giró la llave y el motor de la camioneta cobró vida—. Allá vamos —dijo, y le dirigió una sonrisa asustada.

La camioneta salió impulsada hacia adelante, a la entrada cubierta de nieve. La parte de atrás derrapó hacia un lado, luego hacia el otro y se enderezó. Su madre pisó con suavidad el acelerador, luego el freno y avanzó lentamente.

—¿Adónde vamos? —preguntó la niña mientras tomaban por el largo camino de entrada.

—Shhh, necesito concentrarme —dijo su madre.

La lluvia caía en torrentes congelados y una niebla espesa cubría el parabrisas. Encontró las luces y el limpiaparabrisas y eso mejoró algo la situación. Al llegar al final del camino de entrada, tuvo que tomar una decisión. Girar a la derecha o a la izquierda. No sabía dónde estaba ni adónde iba. Inspiró hondo y giró la camioneta hacia la derecha.

El vehículo daba saltos, patinaba y se detenía; el estómago de la niña comenzó a darle vueltas. Se aferró con fuerza a su mantita y se concentró en no vomitar.

Por fin, su madre pareció entender cómo conducir y comenzaron a avanzar lentamente por el camino.

—Pase lo que pase —dijo su madre—, quiero que sigas huyendo. Si él aparece, huye. Si nos separamos, huye. ¿Entiendes? —Volvió a girar a la derecha. Las ruedas parecían aferrarse mejor al camino allí y pisó el acelerador. La camioneta cobró velocidad. Su madre la miró—. Busca un sitio seguro. No le digas nada a nadie. Ni tu nombre, ni mi nombre, nada, hasta que sepas que estás en un sitio seguro.

—¿Y cómo sabré si es seguro? —preguntó la niña.

—Lo sabrás —le respondió—. Lo sabrás.

La niña no estaba tan segura. Miró el camino que se extendía delante de ellas. Podían ir a cualquier sitio, ser quienes quisieran ser. Iluminado por las luces de la camioneta, la niña vio un árbol. Un árbol que crecía en medio del camino.

—¡Mamá! —gritó.

Su madre intentó mover el volante hacia la derecha, pero la camioneta rozó el tronco del árbol. La niña oyó el ruido de metal y de madera rota y, de pronto, el camino ya no estaba allí. Su estómago se dio la vuelta y la camioneta se elevó y rebotó; súbitamente la niña se encontró cabeza abajo. Se mordió la lengua y la boca se le llenó de sangre. Golpeó con la cabeza algo duro; la camioneta giró y patinó hasta detenerse por completo.

La niña estaba cabeza abajo en su asiento. Su madre había desaparecido. Se llevó los dedos a la cabeza y vio que estaban ensangrentados.

—¿Mamá? —llamó.

No obtuvo respuesta. El parabrisas estaba rajado y, desde esa perspectiva, lo único que podía ver era blanco. El aire se volvió más frío. Con dedos doloridos, logró desabrocharse el cinturón y cayó hacia

abajo, lo que le provocó dolor. Estaba sentada donde debería haber estado el techo. Gritó, llamando a su madre, pero lo único que oía era el aullido del viento.

No sabía qué hacer. El dolor que sentía en la cabeza le provocaba náuseas y le ardían los dedos de las manos y de los pies por el frío. Su madre le había dicho que huyera, así que eso era lo que haría. Contra viento y marea. Una de las puertas de la camioneta estaba entreabierta; aturdida, salió por el hueco. Vio a su alrededor pedazos de la camioneta, pero su madre no estaba por ninguna parte.

—Mamá, ¿dónde estás? —llamó, pero la nieve que caía con furia se tragó sus palabras.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, que cayeron por sus mejillas frías. Huye, se dijo. Dio un paso hacia adelante y de inmediato resbaló y cayó. Se arrastró sobre las manos y las rodillas hasta la cima de una pequeña cuesta. Miró a través de la tormenta y la vio. Pálida y débil, pero allí estaba. Se puso de pie y comenzó a avanzar, lenta pero ininterrumpidamente, hacia la estrella.

Capítulo 39

Agosto de 2000

La puerta se abrió lentamente y la detective Santos estudió a la mujer que tenía delante. Estaba esquelética y tenía la cara pálida y demacrada. Parecía estar al borde de la muerte.

—Me dijo que ustedes vendrían —dijo June con voz ronca.

—¿Dónde está Jackson? —preguntó Santos recorriendo el lugar con la mirada.

June se sentó sobre una silla, con mucho cansancio.

—Es mi hijo. Le quiero. —Eso fue lo único que dijo.

Santos supo que la madre de Jackson no los ayudaría.

—Quédate con ella —le ordenó a uno de los agentes.

Junto con su equipo, Santos comenzó a registrar la casa. Todo estaba impecable. Hasta el sótano, con sus paredes de hormigón, estaba limpio. No había señales de Jackson Henley ni de Becky Allen. Santos regresó a la sala donde June los observaba con desconfianza.

La casa, por lo que habían podido ver hasta ese momento, era común y corriente; parecía la vivienda de alguien que se había casado y había criado a su hijo allí. Se veían fotos de Jackson en distintas etapas de su infancia y su adolescencia y de June y su marido el día de su boda. Pero le faltaba algo.

De pronto, lo comprendió: la casa parecía pertenecer a una anciana enferma, no a una mujer que vivía con su hijo adulto. No había indicios de que Jackson durmiera allí. Ningún armario contenía su ropa ni sus artículos personales.

Jackson, por lo que se veía, no vivía en la casa. Pasaba su tiempo en otra parte de la finca.

Santos fue hasta la ventana del frente y corrió la cortina. Fuera, el sheriff Butler y su gente estaban revisando la finca y los cobertizos. A lo lejos, se veía el humo espeso de una fogata y Santos sintió un peso en el estómago.

Quemar neumáticos no era como quemar ramas o basura de jardín. Era ilegal desde el año 1991. Jackson seguramente lo sabía, pero, por lo visto, no le importaba. Quemar neumáticos no era fácil. Ardían a mucha temperatura y, una vez que se encendían, era difícil extinguir el fuego. Y el humo de los neumáticos estaba cargado de químicos tóxicos como cianuro y monóxido de carbono.

June dijo que Jackson sabía que vendría la policía. Arrestarlo por quemar neumáticos valdría la pena si estaba destruyendo cualquier prueba que lo conectara con los asesinatos o la desaparición de Becky.

Era necesario apagar ese fuego.

—Llama al departamento de bomberos más cercano para que vengan —ordenó Santos—. Diles que están quemando neumáticos. —Se volvió hacia June Henley—. Señora, es peligroso que se quede en la casa. El humo y los químicos de los neumáticos podrían intoxicarla. Tenemos que sacarla de aquí.

June encorvó los hombros con aire resignado, pero se puso de pie con dificultad.

—Están equivocados —dijo—. Jackson no mató a esa familia ni se llevó a la chica.

—Espero que sea así, señora —respondió Santos mientras un agente sacaba a la anciana de la casa.

Se oyó el ruido de un disparo y Santos corrió afuera. El aire estaba cargado de humo negro y el olor a goma quemada le llenó la nariz y le hizo arder los ojos. Se cubrió la boca con el brazo y fue hacia el ruido del disparo.

La fogata estaba a unos cien metros de la casa, donde había una montaña de neumáticos. Santos se acercó y vio que varios agentes,

tosiendo y escupiendo, corrían en dirección opuesta.

Detuvo a uno de ellos cuando pasó corriendo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—El tipo está montando guardia junto a la fogata con una escopeta. No deja que nadie se le acerque. —Tenía los ojos enrojecidos e irritados por el humo—. Lo vimos arrojando unas armas al fuego. Tiene muchísimas. Un arsenal.

—¿Y el disparo? —preguntó Santos—. ¿Algún herido?

—No he podido verlo. Hay demasiado humo. —El agente se inclinó hacia adelante, con las manos en las rodillas, y sucumbió a un ataque de tos y de arcadas.

—Sal de aquí —le dijo—. Asegúrate de que todos estén lejos de la finca. Pide refuerzos. —El agente asintió y desapareció dentro de una nube negra.

Santos sabía que lo mejor sería retroceder y resguardarse, pero el sheriff no había salido de la zona del fuego y no podía abandonarlo. Se quitó la chaqueta del traje y, utilizándola para cubrirse la cara, se adentró en el humo.

La pira de neumáticos estaba siendo devorada por el fuego y Jackson Henley, esgrimiendo una escopeta, montaba guardia delante de la fogata, con los ojos encendidos como las llamas que ardían detrás de él. A sus pies se veían varios bidones de gasolina.

Santos arrojó a un lado la chaqueta y levantó el arma.

El sheriff, intoxicado por el humo, estaba de rodillas, luchando por respirar.

—Jackson Henley —gritó Santos a través del humo—. ¡Suelte el arma!

—Sabía que vendrían —dijo Jackson arrastrando las palabras. Estaba borracho, pensó Santos, lo que lo volvía más peligroso e impredecible. Tenía la cara ennegrecida por el hollín y sus pálidos

ojos azules ardían de furia—. Traté de ayudar a esa chica. Sangraba y lo único que quería era ayudarla. Y ahora creen que yo la rapté.

El humo negro se estaba solidificando como cemento en los pulmones de Santos. Tenía que sacar a Butler de allí y marcharse ella también.

Sopesó la idea de dispararle a Henley. Sería la solución más rápida. Santos sabía que esa acción estaría justificada: él esgrimía una escopeta. Era casi como si le estuviera pidiendo que le disparara. Pero ella tenía demasiadas preguntas sin respuesta y la primera de todas era sobre el paradero de Becky Allen. Si él moría, Becky podría morir con él.

Santos tomó una decisión. Era arriesgada, pero podía ser la única posibilidad de enterarse de la verdad. Bajó el arma, sabiendo que sus colegas la estaban cubriendo.

—Vamos, Jackson —dijo—. Hablemos. Quiero escuchar lo que tienes que decir, pero no así. No aquí. Vayamos a un sitio seguro.

Henley negó con la cabeza.

—No me va a creer. Nadie me cree, nunca.

—Eso no es cierto. Tu madre te cree, y yo también.

Henley soltó una risa amarga y pateó un bidón de gasolina, que explotó con un ruido sonoro. Henley se quedó mirando, hipnotizado, cómo el fuego corría hacia él. Las llamas siguieron un derrotero veloz por el suelo, se enredaron alrededor de su tobillo y treparon por su pierna.

La detective Santos arrojó el arma y corrió hacia Henley. Con su chaqueta, intentó apagar las llamas que le cubrían la pierna y subían hacia sus brazos.

Un grupo de bomberos con ropa de protección corrió hacia ellos. Alguien apretó una máscara de oxígeno contra la cara de la detective y la levantó en el aire.

Unos alaridos angustiados la aturdieron. Jackson Henley estaba

vivo y les diría qué le había sucedido a Becky Allen.

Capítulo 40

Tiempo presente

Wylie apuntó la linterna hacia el hombre y estudió su cara con atención. Habían pasado veintidós años, por supuesto, y tenía menos pelo, lo que dejaba expuesta una frente ancha y surcada de arrugas con un remolino escaso de pelo canoso. Pero no tenía dudas de que era él: vio las cicatrices gruesas y ásperas justo debajo de la mandíbula. Había visto su fotografía mil veces en las noticias, en los recortes de periódicos que había guardado todos esos años. Era Jackson Henley, el hombre que había asesinado a su familia, había raptado a Becky y ahora volvía para llevársela otra vez.

Luchó contra el impulso de estrellarle la linterna contra la cara. De patearlo y golpearlo hasta que quedara destrozado y ensangrentado como sus padres y su hermano. Lo quería muerto. Pero tenía que mantener a raya su furia, al menos por ahora. Era necesario asegurarse de que no entrara en la casa.

—Vi el accidente y pensé que alguien podría necesitar ayuda. Venía a preguntar.

—No, estamos bien —logró decir Wylie, y luego se pellizcó mentalmente por dar a entender que no estaba sola—. Mi marido y yo estamos bien —mintió, esperando que eso funcionara y él se marchara.

—Debe de haber sido un accidente terrible —dijo él—. Vi luces. Pensé que cualquier superviviente podría haber venido aquí a refugiarse de la tormenta. Es la casa que está más cercana al lugar del accidente. No sabía que había alguien viviendo aquí —agregó mientras se quitaba el gorro de lana de la cabeza.

Jackson no la reconoció, o por lo menos fingió no saber quién era ella. Wylie y sus abuelos habían abandonado la zona enseguida después de los funerales. Ella había estado lejos durante más de veinte años y nadie sabía que Josie Doyle había vuelto al pueblo como Wylie Lark.

Pero ella había estado vigilando a Jackson Henley. Pasaba delante de su casa, la misma en la que había vivido con su madre. Se había deshecho de la mayoría de su basura —neumáticos, maquinaria agrícola— y no quedaba nada. Lo único que había eran algunos vehículos aparcados en su jardín. Lo que ella no sabía era que él conducía una máquina quitanieves.

—¿Apareció alguien del accidente? —preguntó Jackson.

Wylie lo pensó antes de hablar. Si Jackson la había estado vigilando a ella tan de cerca como ella a él, sabría que no tenía marido y que estaba sola. Se había cuidado mucho de no interactuar con los lugareños. Había hecho todas las entrevistas para el libro meses antes, por teléfono. No había querido que nadie supiera quién era ella realmente.

—No —dijo tan despreocupadamente como pudo—. Fui a ver y por lo visto, alguien los ayudó antes de que llegara yo. Gracias por pasar. —Tenía que encontrar la forma de hacer que se marchara.

—Me llamo Jack; vivo a dos kilómetros de aquí, por ese camino —explicó él—. No sabía que esta casa estaba alquilada. Como le dije, vi la camioneta volcada y quería saber qué había sucedido.

—Soy Wylie —respondió ella, y Jackson ni parpadeó—. Mi marido y yo hemos alquilado la propiedad.

Tal vez él realmente no tuviera idea de que estaba delante de la mujer a la que le había destruido la vida, pero Wylie estaba segura de que sabía que Becky y su hija estaban dentro de la casa.

—Pensándolo bien, me vendría bien su ayuda —dijo Wylie—. Nos hemos quedado sin leña y no quiero despertar a mi marido para que me ayude a entrarla. Tal vez podría ayudarme a traer unos troncos —preguntó, rogando que su voz sonara natural.

—Claro que sí —respondió él—. Indíqueme hacia dónde debo ir.

—Está en el cobertizo, allí. Vamos, se la enseñaré.

Conteniendo el aliento, guio a Jackson por la tormenta hacia el viejo cobertizo, una antigua pero robusta construcción entre la casa

y el granero. No sabía si su plan funcionaría, pero era lo único que tenía.

Abrió la puerta del cobertizo y por encima del gemido del viento, gritó:

—La leña está allí. Si ambos recogemos bastantes troncos, nos alcanzará para lo que queda de la noche.

Jackson asintió y entraron en el cobertizo a oscuras.

—Está allí atrás —dijo Wylie iluminando por un instante un rincón con la linterna.

Luego utilizó la luz para buscar una herramienta delgada pero resistente. Sus ojos se posaron sobre un destornillador y lo cogió de la pared.

—No la veo —dijo Jackson—. ¿Puede iluminar hacia este lado otra vez?

Fue entonces cuando Wylie entró en acción. Le dio un rápido empujón desde detrás, lo que hizo que Jackson se tambaleara y cayera de rodillas.

—¡Eh! —exclamó él sorprendido.

Wylie giró y echó a correr. Le pareció escuchar los pasos de él tras ella, el aliento caliente sobre su cuello y, por un instante, volvió a estar en el maizal, tratando de huir de un asesino. Wylie no se detuvo, no miró hacia atrás para ver lo lejos que estaba.

Cerró la puerta tras ella, movió el cerrojo y con movimientos desesperados, lo trabó con el destornillador, justo cuando el cuerpo de él se estrellaba contra la puerta.

—¡Eh! —gritó Jackson, golpeando la puerta—. ¡Déjeme salir!

Wylie se apoyó contra la puerta mientras él daba empellones contra la madera maciza. La puerta vibraba, pero el cerrojo trabado con el destornillador resistía. Serviría, al menos por el momento.

Desde dentro del cobertizo se oyó un grito gutural, el sonido de pasos y el golpe del hombro de él contra la madera. Luego se oyeron los ruidos sordos y gemidos de alguien que caía al suelo.

Luego, nada. Ningún sonido. Ningún movimiento del otro lado de la puerta.

Necesitaba encontrar la pistola y una manera de mantener a Jackson encerrado en el cobertizo, fuera de la casa. Mantendría a salvo a Becky y a su hija y, de ser necesario, mataría a Jackson Henley.

Capítulo 41

Wylie se había ido hacía un rato largo. La niña se levantó del sofá donde su madre se mecía hacia adelante y hacia atrás y gemía:

—Allí viene, allí viene.

¿Tendría? ¿Las habría encontrado su padre? Si era así, las mataría a las tres. Tal vez, pensó, si ella hablaba con su padre, Wylie podría escapar. Buscar ayuda. Con una linterna en la mano, la niña se dirigió de puntillas hasta la cocina justo en el momento en que Wylie entraba como una tromba por la puerta trasera, la cerraba y apretaba la espalda contra ella como intentando mantenerla cerrada.

—¿Es mi papá? —preguntó la niña.

—Sí —dijo Wylie—. Es él. Coge una silla de allí. —Hizo un movimiento con la cabeza hacia la mesa de la cocina.

Josie arrastró la silla hasta donde estaba Wylie y observó cómo ella la inclinaba hacia atrás y deslizaba la barra superior debajo del picaporte.

Su padre estaba fuera, en alguna parte, pensó la niña. Solo unos pocos centímetros de madera los separaban.

—Entrará —dijo la niña con voz resignada—. Entrará.

—No —le dijo Wylie respirando agitadamente—. No se lo permitiré. Y si logra pasar por la puerta, no pasará por encima de mí. No permitiré que os vuelva a hacer daño.

Se hizo un silencio. Permanecieron allí durante varios minutos, escuchando, esperando. Nada.

Wylie se volvió hacia la niña.

—Tu mamá se llama Becky, ¿verdad?

La niña se quedó paralizada. ¿Podía confiar en Wylie? Lo sabrás, le había dicho su madre. "Lo sabrás".

—Por favor —dijo Wylie—. Necesito saberlo. ¿Se llama Becky?

La niña asintió y Wylie se cubrió los ojos con las manos y se echó a llorar.

Capítulo 42

Tiempo presente

Avergonzada por su poco habitual arrebato de emoción, Wylie se secó enseguida los ojos y miró a la niña con incredulidad. La mujer que estaba en la sala contigua era Becky. La niña era hija de Becky. La chica que todos creían muerta estaba viva. Y el hombre que había matado a la familia de Wylie y que había tenido cautiva a Becky estaba encerrado en el cobertizo.

Wylie apretó la cara contra la ventana y miró hacia el cobertizo buscando cualquier señal de movimiento por parte de Jackson. Todo estaba tranquilo. Tal vez se había hecho daño intentando derribar la puerta. O tal vez estaba esperando que Wylie bajara la guardia.

Tendrían que mantenerse alerta y esperar. Wylie sabía esperar. Muchos años antes, en aquel maizal, había esperado que alguien salvara a sus padres, a su hermano, a Becky. Luego había esperado que Jackson Henley fuera condenado por asesinar a su familia. Pero nada de eso había sucedido hasta el momento. Ahora Becky había regresado. Wylie esperaría para enfrentarse a Jackson Henley. Hacía veintidós años que esperaba, ¿qué importaba un día más?

Tomó a la niña de la mano y la guio hacia la sala. Becky no estaba en el sofá. Wylie sacó el cartel de personas desaparecidas de su carpeta de archivos.

Oyó ruido de llanto proveniente del armario y abrió lentamente la puerta. La mujer, Becky, estaba sentada en el suelo, temblando. Wylie se inclinó y se metió dentro del armario junto a ella. Dejó la linterna en el suelo delante de ambas. La niña se quedó junto a la puerta del armario, escuchando.

—Está allí fuera, ¿verdad? —preguntó la mujer; la voz le temblaba de miedo—. Ha venido a buscarnos.

Wylie trató de alisar los bordes de la fotografía arrugada y se la

entregó a Becky. Ella la miró durante largo rato, como tratando de reconocer a la persona de la foto. Aunque no miraba a Wylie, la mujer escuchaba con tanta intensidad que casi no respiraba.

—Becky —dijo Wylie en voz baja—. Soy yo. Josie.

La mujer bajó la cabeza y la movió de lado a lado con incredulidad. Le caían lágrimas por las mejillas que dejaban un surco sobre la sangre seca.

Wylie le cogió la mano y ella dio un respingo como si la hubiera quemado. Con suavidad, se la abrió con la palma hacia arriba. Siguió el trazo de la cicatriz en forma de herradura con el dedo.

—Yo también tengo la misma —dijo Wylie intentando mantener la voz serena. Saber que Jackson Henley estaba encerrado en el cobertizo la tranquilizaría, pero no por mucho tiempo. Antes, tenía que lograr que Becky comprendiera quién era ella—. Teníamos diez años, creo —dijo—. Nos entusiasmamos con la idea de que deberíamos ser hermanas de sangre. Utilizamos el cuchillo de cocina de mi madre. Tú fuiste más valiente que yo y te hiciste un corte más profundo. Por eso tienes una cicatriz tan visible. Pero yo también tengo una, ¿ves?

Extendió la mano y los ojos de la mujer se movieron hacia ella y luego se volvieron a apartar.

—Hermanas para siempre —murmuró la mujer.

La niña, al ver la angustia de su madre, se metió dentro del armario con ellas.

Wylie esperaba que la mujer hablara, que dijera algo, cualquier cosa. Pero solo había silencio y, por un instante, pensó que se había equivocado. No era Becky, solo una desconocida asustada y perdida buscando protección en una tormenta. De pronto, se sintió como una tonta. Después de tantos años, se había olvidado de la esperanza y comprendía por qué. Era demasiado doloroso. Apartó la mano.

Por fin, la mujer habló.

—Había olvidado tu cara. Bueno, en realidad, si cerraba los ojos bien fuerte, veía pequeños destellos. —Becky miró a Wylie, con ojos brillantes de lágrimas; de pronto sonrió y allí estaba. La Becky que Wylie recordaba.

—Creí que habías muerto —dijo Wylie—. Todos lo creímos, salvo tu madre. Ella nunca dejó de buscarte.

Becky se secó los ojos.

—Yo pensaba que ella había muerto. Fue lo que me dijo él. Que ya nadie me buscaba, que a nadie le importaba.

—A todos nos importaba, a todos nos importaba —dijo Wylie tratando de convencerla—. La detective Santos hizo todo lo que pudo para intentar condenar a Jackson Henley.

—¿Jackson? —repitió Becky frunciendo el entrecejo con expresión desconcertada.

Wylie asintió.

—Sí, a Jackson Henley. No encontraron pruebas suficientes para arrestarlo por matar a mi familia y por raptarte. No pudieron encontrar el arma que utilizó ni la camioneta desaparecida de mi hermano. No te pudieron encontrar a ti. Pero no te preocupes. Está encerrado. Lo acabo de encerrar en el cobertizo. Nunca más volverá a hacerte daño.

Capítulo 43

La madre de la niña y Wylie estaban sentadas en el armario, susurrando. La pequeña se apretó en el espacio entre ambas y apoyó la cabeza sobre el regazo de su madre. Tas, que no quería perderse nada, se tendió delante de la puerta abierta del armario.

Wylie hablaba mientras ellas escuchaban. Habló sobre la niñez compartida con su madre. Sobre la escuela, las fiestas de pijama y los cumpleaños con pasteles, helados y globos y las largas tardes en la piscina. Cosas que la niña ni siquiera sabía que fueran posibles.

Su madre y Wylie se habían conocido antes. Antes de su padre, antes del sótano, antes de la existencia de ella.

También contó que se había mudado lejos a los doce años, que se convirtió más tarde en escritora, se casó demasiado joven y tuvo un bebé llamado Seth.

—Nunca pensé que me casaría —dijo Wylie—. Ni que tendría un hijo. —Miró a la niña y añadió—: Creía que no lo merecía después de lo que sucedió. Pero echo de menos a mi hijo. Echo de menos muchísimo a Seth.

Wylie salió del armario y regresó unos segundos después con una foto.

—Este es Seth, mi hijo.

La niña quería saber a qué se refería. Deseaba saber qué era lo que había hecho Wylie como para no merecer a un marido bueno y a un hijo con risueños ojos oscuros y hoyuelos profundos en las mejillas, pero no quería que Wylie dejara de hablar. Le gustaba el sonido de su voz, quería saber más.

Durante un rato, su madre no dijo una palabra. Solo escuchaba y acariciaba la cabeza de su hija. La niña sentía algo en el pecho a lo que no podía ponerle nombre. No era tristeza ni rabia. Era algo más parecido a la esperanza.

—Pensé que, si lo escribía todo, podría seguir adelante —dijo Wylie. Vivir mi vida, ser buena madre. Pero, en cambio, he estado ocultándome aquí, tratando de escribir un libro sobre lo que sucedió, pero sin querer enfrentarme a ello realmente.

La niña sentía los ojos pesados. Estaba calentita y segura y con su madre. Todo iba bien. Podía dormir si lo deseaba, todo iba a ir bien.

—Tu madre sigue trabajando en el supermercado —dijo Wylie, y los ojos de la niña se abrieron. Un sonido suave brotó de labios de su madre. Ella rara vez hablaba sobre tener madre. Le provocaba demasiada tristeza—. No he hablado con ella desde que volví —agregó Wylie—. Fui demasiado cobarde. No he hablado con nadie.

La madre de la niña bajó la cabeza. Sus lágrimas caían sobre las mejillas de su hija, pero ella no se movió.

Por fin, habló:

—Él me dijo que mi madre había muerto. Me dijo que todos habían muerto, tu familia, tu perro, y que todo era culpa mía. Pero yo salí a escondidas del sótano y llamé a casa. Y me contestó ella. Mi madre. No estaba muerta. Pero no pude decir nada. Simplemente colgué. —Se secó los ojos—. Pero… ¿tus padres? ¿Tu hermano?

—Sí —respondió Wylie—. Él los mató.

La madre de la niña dejó caer los hombros.

—Fue lo que pensé —dijo en voz baja—. Él me subió a la camioneta de tu hermano y me dijo que también me mataría.

—Mis padres debieron de ir a buscar la camioneta de Ethan al camino de grava para llevarla a casa aquella noche —murmuró Wylie.

—Escondió la camioneta en su garaje durante todos estos años. Es la que utilizamos para huir. La pintó de negro, pero yo sabía que era la de Ethan. Teníamos que huir de allí. Yo no sabía conducir, pero era nuestra única opción. Con tanta nieve y hielo… —Sacudió la cabeza con pesar—. No pude mantenerme sobre el camino. Perdí el control y choqué. Lo lamento tanto.

Wylie y la madre de la niña se tomaron de las manos. Permanecieron allí sentadas largo rato, esperando. ¿Esperando qué? ¿Que viniera a buscarlas el hombre del cobertizo u otra persona?

Daba igual. Por primera vez en mucho tiempo, la niña sintió que tal vez todo iba a ir bien.

Capítulo 44

Tiempo presente

Llamaron a la puerta y Wylie y Becky enmudecieron. La niña las miró con expresión temerosa.

—Por favor, no abras —suplicó Becky—. Por favor. Es él…, tiene muchos amigos. Siempre nos decía que, por más lejos que huyéramos, encontraría la manera de traernos de vuelta.

—Estás a salvo. Lo he encerrado en el cobertizo. Creo que debería abrir —dijo Wylie, poniéndose de pie—. Sé que estás asustada, pero necesitamos que venga la policía aquí y tenemos que llevarte a un hospital. No podemos seguir así. Tenemos que irnos.

Volvieron a llamar a la puerta.

—¡Eh! —dijo una voz—. ¿Va todo bien ahí dentro?

—Es él —dijo Becky; abrazó a su hija y la metió al fondo del armario—. Ha venido a buscarnos.

—Quedaos aquí, iré a ver —dijo Wylie.

—No, no, no nos dejes —suplicó Becky.

—No iré a ninguna parte. Quedaos aquí. —Wylie fue hasta la ventana del frente y corrió las cortinas—. Es Randy Cutter otra vez —dijo, aliviada, y soltó la cortina—. Estuvo aquí antes. Dijo que regresaría. Él podrá ayudarnos.

—No, es él —susurró Becky—. Es él. Es Randy.

—¿Randy Cutter? —preguntó Wylie, desconcertada—. No puede ser. Te lo dije, fue Jackson Henley. Lo único que encontraron fue una tela manchada con tu sangre. Pero no fue suficiente.

—¿Sangre? —preguntó Becky—. ¿Qué sangre?

—Un perro de la policía encontró un trozo de tela con sangre tuya cerca de la finca de los Henley, pero no fue suficiente para arrestarlo. No te preocupes, no volverá a hacerte daño.

—¡Sé quién me raptó! —insistió Becky, con pánico en la voz—. Josie, fue Randy Cutter.

Por un instante, Wylie no pudo hablar. Hacía años que nadie la llamaba Josie.

—Pero tiene que haber sido Jackson —dijo.

Sus abuelos le habían contado que, unos días después del asesinato, Jackson Henley había sido arrestado por tenencia de armas. Ella lo había verificado cuando hizo su investigación para el libro. Henley había sufrido quemaduras graves durante el arresto y había pasado varios meses en una unidad para quemados graves en Des Moines, y cuando se recuperó lo suficiente lo enviaron a una cárcel para hombres en Anamosa durante dieciocho meses.

—El hombre que te raptó tiene quemaduras en gran parte del cuerpo, ¿verdad? En la pierna, en los brazos y en el cuello. —dijo Wylie, sin poder renunciar todavía a la idea de que Jackson había raptado a Becky.

—No. —Becky negó con la cabeza—. Tienes que escucharme. Es Randy Cutter. —Miró a Wylie con terror en los ojos—. ¡Está fuera ahora! Lo conozco. Reconozco la voz, créeme, la he escuchado casi todos los días durante los últimos veinte años.

Wylie se quedó mirando a Becky y luego miró a la niña, buscando confirmación. Ella asintió.

—¡Dios mío! —susurró. ¿Randy Cutter? No tenía ningún sentido.

—¡Hola! —gritó Randy—. Vine para saber cómo estaba y vi que un hombre merodeaba cerca de la casa.

Jackson Henley. Dios, lo había encerrado en el cobertizo. ¿Cómo había podido equivocarse tanto? ¿Cómo habían podido equivocarse todos de esa manera?

—Tal vez se vaya —susurró Wylie.

—No se irá —dijo Becky con voz apagada—. Nunca nos dejará ir.

—¡Oye, me estás poniendo nervioso! —exclamó Randy, desde el otro lado de la puerta—. Estoy preocupado. Voy a entrar, ¿de acuerdo? —El picaporte se sacudió y Becky emitió un quejido de miedo.

Wylie se tocó el bolsillo en busca de la pistola. No estaba allí. Revisó el suelo, miró debajo de los almohadones del sofá. ¿Dónde había ido a parar? Sin esa pistola, estarían muertas.

Tenían que armarse con algo. Recordó el cuchillo y el hacha que estaban en el estante. Los recuperó y puso el cuchillo en manos de Becky.

—Es todo lo que tenemos de momento —dijo. Dirigiéndose a la niña, agregó—: Si te digo que huyas, corre al granero y escóndete allí. Hará frío, pero hay muchos escondites. Iré a buscarte cuando no haya peligro.

La niña asintió, pálida. Wylie les entregó sendas linternas.

—No las encendáis a menos que sea realmente necesario. No queremos que sepa dónde estamos.

Recorrió la sala de puntillas, apagando todas las linternas, hasta que solo quedó la luz del fuego. Preguntándose si estaba sellando el destino de las tres, echó agua sobre el fuego. Las llamas sisearon y chisporrotearon y la habitación se quedó a oscuras.

Miró el reloj. Faltaba una hora para el amanecer.

—Todo va a ir bien —susurró Wylie.

Becky respondió:

—No puedo correr. No podré seguirte. Por favor, solo cuida de mi hija.

—Os cuidaré a ambas —prometió Wylie apretándole la mano.

—¿Qué hacemos? —preguntó Becky.

—Tenemos que separarnos. Ocultarnos en diferentes sitios. ¿Recuerdas el pequeño altillo en mi antigua habitación? —preguntó Wylie—. Llévatela y escóndete allí. Le resultará difícil encontraros. Yo me esconderé aquí abajo. Si entra, estaré preparada.

—¿Y Tas? —preguntó la niña.

—Estará bien —le aseguró Wylie. El perro se había tendido en su cama. No creía que Tas fuera a seguirlas y pensó en encerrarlo en el baño, pero decidió no hacerlo. Tal vez el perro se sintiera inspirado para protegerla si llegaba el momento—. Recordad, mantened apagadas las linternas —susurró mientras Becky y la niña subían corriendo la escalera.

Trató de pensar dónde esconderse. Necesitaba poder reaccionar con rapidez si Randy entraba por la fuerza. Deseó tener tiempo de buscar el arma, pero no se atrevía a encender la linterna por temor a revelar su ubicación.

Por fin, se escondió detrás del sofá con el hacha y esperó. Desde allí escucharía si Randy entraba en la casa. Sabría dónde estaba, mientras que él no tendría idea de dónde estaba ella.

El aire estaba helado y silencioso como la muerte. No había crepitar de llamas en la chimenea; fuera, el viento se había calmado. Wylie esperaba que Jackson Henley estuviera bien y no hubiera muerto congelado en el cobertizo. Había cometido un error terrible con él. El silencio estremecedor la envolvió como un capullo.

Transcurrieron unos minutos. Contaba los segundos en su cabeza. Tal vez Randy se había dado por vencido y se había marchado. No podría estar mucho tiempo fuera. Hacía demasiado frío. Descartó enseguida esa idea. Si Randy Cutter había matado a su familia y raptado a Becky, tenía todas las de perder. Becky tenía razón. Nada lo detendría.

¿Cómo no se había dado cuenta? Randy Cutter le había disparado, la había perseguido por el maizal, la había acechado sin que ella supiera en ningún momento de quién se trataba. Hasta había

dudado de su propio hermano, creyéndolo capaz de asesinar a sus padres. “Tenías doce años”, se dijo. Pero de todas maneras, la furia y la culpa la abrumaban.

La habitación se tornaba más fría con cada segundo que pasaba. Se le entumecieron los dedos y soltó el hacha para frotarse las manos y calentarlas.

Wylie ladeó la cabeza. ¿Había escuchado algo? ¿Un suave sonido susurrante?

Esperó para ver si se repetía y se relajó cuando no volvió a escucharlo.

Fue entonces cuando una imagen terrible le vino a la mente. El cristal roto de la puerta trasera. Con toda facilidad él podría quitar el cartón, meter la mano y abrir la puerta.

Wylie intuyó la presencia de Randy antes de escucharlo o verlo. Se paralizó en su escondite detrás del sofá y cerró los dedos alrededor del mango del hacha de mano. Contuvo el aliento, sabiendo que él estaba a unos pocos pasos de distancia.

Se oyó un clic y, de pronto, la habitación quedó bañada por una luz fantasmal.

—¿Josie, Becky? —dijo Randy, con tono cantarín—. Sé que estáis aquí.

Wylie apretó los dedos contra la boca para contener el grito que le subió por la garganta.

La sombra de él avanzaba por la pared. Se estaba acercando.

—Ay, vamos —dijo Randy—, ¿en serio pensabais que iba a dejar que os marchaseis? No podéis ser tan tontas como para creer eso. Me pertenecéis.

De pronto, estaba de pie por encima de ella, mirando hacia abajo. Levantó la escopeta y apuntó directamente a la cabeza de Wylie.

—Y tú —dijo con pesar—. Ojalá hubiera hecho esto la última vez

que lo intenté —dijo, y apretó el gatillo.

No sucedió nada. Randy bajó la vista hacia el arma, desconcertado y Wylie se levantó de un salto, blandiendo el hacha. Le dio en el hombro; la gruesa chaqueta amortiguó gran parte del golpe. Fue suficiente para hacerle perder el equilibrio y la escopeta se resbaló de sus manos y cayó al suelo.

El hacha también resbaló de entre los dedos de Wylie y se deslizó por el suelo hasta desaparecer de vista. Mientras Randy y Wylie luchaban para encontrar las armas, se oyó el estruendo de pasos que bajaban por la escalera y apareció Becky en el haz de luz. Se abalanzó sobre la escopeta, la cogió y la apuntó hacia Wylie y Randy, que forcejeaban en el suelo.

—¡Basta! —gritó—. ¡Ya basta!

Randy soltó a Wylie y ambos se pusieron de pie con dificultad.

—¡Corre! —le ordenó Wylie a la niña—. Corre y escóndete. ¡Ahora!

La niña no se movió.

—¡Vete! —dijo Wylie.

La niña movió la cabeza con aire desafiante. Wylie y Becky intercambiaron miradas.

—¡Corre! —dijo Becky—. ¡Vete ya!

—Se ha encasquillado —dijo Randy con tono confiado—. No sucederá nada si aprietas el gatillo.

—No lo sabes —dijo Wylie. Avanzó lentamente hacia la niña mientras Becky seguía apuntando a Randy con el arma. Wylie cogió a la niña en brazos y la llevó hasta la puerta principal. Tas pasó junto a ellas y salió cuando Wylie dejó a la niña en el porche delantero—. Haz lo que te dije, vamos, obedece. ¡Corre y escóndete! Todo va a salir bien, te lo prometo. —Y cerró la puerta, con la esperanza de que la niña huyera al granero a refugiarse.

Becky seguía apuntándole a Randy Cutter, que, lentamente se iba

acercando a ella.

—Quieto —le ordenó Becky, y él se inmovilizó.

Wylie no podía encontrarle sentido a lo que sucedía. Con el paso de los años, había llegado a una tregua incómoda con la verdad. Saber y aceptar que Jackson Henley había matado a su familia, había raptado a Becky y había salido impune. Ahora, el verdadero asesino estaba de pie delante de ella. Recordó el día después de los asesinatos, cuando Randy Cutter había entrado en el granero. El nudo de miedo que le había comprimido el pecho.

—Dame el arma, Becky —dijo Randy en voz baja y tranquilizadora —. Sabes que no quieres hacerme daño. Te quiero.

A Becky le temblaban tanto las manos que apenas si podía sostener la escopeta.

—Dame el arma —dijo Wylie—. Lo haré yo.

—No la escuches, Becky —dijo Randy—. ¿Quién te ha cuidado todo este tiempo? ¿Quién te ha dado un bebé? Yo. Nadie más se preocupó por ti. Solo yo. A nadie le importó que hubieras desaparecido.

A Becky se le aflojó la cara. “Se va a rendir”, pensó Wylie. “Le entregará el arma”.

—¡No le escuches, Becky! —gritó—. ¡No te quiere! ¡Mató a mis padres y a mi hermano! Me disparó a mí. Te raptó. Todos te buscaron. ¡El pueblo entero! Durante años. Tu madre no se dio por vencida nunca. ¡Nunca!

—Becky, cariño —dijo Randy, y dio un pequeño paso hacia ella.

Becky apretó el gatillo. La pared detrás de Randy estalló y volaron esquirlas de yeso por el aire. Volvió a apretar el gatillo y le dio al techo. Tanto Randy como Wylie se protegieron la cabeza de los escombros que caían. Becky volvió a apretar el gatillo una y otra vez hasta que la recámara se quedó vacía.

Capítulo 45

En cuanto Wylie cerró la puerta, la niña se puso de pie de inmediato y comenzó a golpear a la puerta principal. Intentó abrirla. Estaba cerrada con llave. El viento frío le mordía la piel desnuda.

—¡Mamá! —gritó golpeando la puerta—. ¡Mamá, déjame entrar!

El frío le calaba los huesos. Quería volver a su pequeño sótano con la cama y los libros, la televisión y la pequeña ventana. Pero más que nada, quería volver con su madre.

Dentro de la casa se oían gritos. La niña cerró los ojos con fuerza. Entonces, oyó los disparos. Con cada estallido, soltó un grito.

Hacía muy poco que la niña conocía a Wylie, pero le parecía que hacía mucho más tiempo. ¿Confiaba en ella? No lo sabía. Sintió una presión en las rodillas. Tas la miraba con sus ojos color ámbar.

Wylie le había dicho que se escondiera. Se escondería, entonces.

Corrió al granero con Tas a su lado. Intentó no pensar en su madre allí en la casa con su padre y el ruido de la escopeta. Wylie le había dicho que corriera. Pues correría. El frío le mordía la cara y los dedos; a pesar de que se caía continuamente y se hundía hasta la cintura, siguió avanzando paso a paso.

Entró en el granero seguida por Tas y escudriñó la oscuridad buscando un sitio donde esconderse. Sus ojos se posaron sobre la escalera y el pajar que estaba encima y comenzó a subir.

Capítulo 46

Tiempo presente

Becky dejó caer la escopeta como si le quemara los dedos y se acurrucó en un rincón.

Randy y Wylie se arrojaron sobre las armas a la vez. Wylie cogió el hacha; Randy, la escopeta. Ambos esgrimieron las armas, esperando que el otro hiciera la primera jugada.

—Mataste a mis padres. —La voz de Wylie temblaba tanto que ella pensó que se le haría añicos—. Golpeaste a mi hermano, lo estrangulaste, y escondiste su cuerpo en el granero. Intentaste culparlo y raptaste a mi mejor amiga. Me disparaste. ¿Por qué? No lo entiendo.

Randy se limitó a reír. Wylie sintió deseos de arrojarse sobre él y clavarle las uñas en los ojos para borrarle esa expresión de satisfecha superioridad.

—Nos vamos —dijo Wylie. Y dirigiéndose a Randy, añadió—: Si nos dejas ir, no te haremos daño.

Él se volvió hacia Wylie. Ella estaba en guardia. No iba a caer sin pelear. Pensó en Seth, en Becky y la niña. Tenía demasiados motivos para vivir.

Lo atacó con el hacha, pero solo logró darle de refilón en el hombro. Él intentó quitársela de las manos, pero ella se aferró al arma con fuerza. Él la soltó y ella cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra el suelo. Aturdida, intentó ponerse de pie.

Se preparó para otro ataque, pero él pasó junto a ella y fue en busca de Becky.

Wylie intentó frenarlo, pero calculó mal y derribó la pila de leña que se desparramó por el suelo. Randy se plantó delante de Becky y ella se encogió de miedo; Randy la empujó con fuerza contra la

pared. Becky se desplomó a sus pies.

Wylie se arrojó sobre Randy, pero él se la quitó de encima y ella cayó pesadamente al suelo.

Gimiendo, Wylie se acurrucó en posición fetal, tratando de protegerse la cabeza de otro ataque. Podía oír la respiración agitada de Randy, que trataba de decidir qué hacer.

Él se arrodilló.

—Tranquila —susurró—, todo terminará pronto.

La sujetó del pelo, le levantó la cabeza y se la estrelló contra el suelo. Wylie sintió una explosión de estrellas detrás de los ojos y un dolor blanco y ardiente como el fuego.

Sintió que el mundo se alejaba de ella y todo se volvió negro.

Transcurrieron minutos o tal vez horas. Wylie se obligó a volver del borde de la conciencia. Era como nadar por alquitrán negro, pero sabía que, si no se mantenía consciente, moriría. Y también morirían Becky y la niña.

El cráneo le estallaba de dolor. Tragó el vómito que le subía por la garganta y se concentró en respirar despacio y de manera regular. No tenía que parecer muerta, solo desvanecida. Una vez que pudiera recuperarse, podría volver a luchar.

Esperaba que la niña hubiera llegado al granero y se hubiera buscado un buen escondite que les diera algo de tiempo.

Era el momento de hacer su jugada, pensó Wylie. De levantarse y pelear.

Oyó pasos y sintió que Randy estaba junto a ella.

Él se inclinó y Wylie sintió el calor de su aliento sobre la cara. Trató de no fruncir el rostro ante el desagradable olor. Olía a ajo, cebollas y algo más. Miedo, decidió Wylie. Randy tenía miedo. Su mundo perfectamente creado había sido trastocado. Becky y la niña casi habían logrado escapar.

Ahora ella era la única que podía ayudar a darle a Becky lo que anhelaba para su hija. Libertad.

Randy le pasó los brazos por debajo de las axilas y comenzó a arrastrarla por el suelo. Se detuvo para abrir la puerta y la ráfaga de aire frío casi hizo que Wylie ahogara una exclamación, pero logró mantenerse inmóvil. Él la arrastró por los escalones y se detuvo.

Wylie comprendió lo que estaba pensando. La dejaría allí afuera para que muriera congelada. No deseaba perder más tiempo con ella. Quería a la niña. Y ¿dónde estaba Becky? ¿Y Jackson Henley? ¿Habrían muerto a manos de Randy? ¿Había vuelto a encontrar a su amiga solo para perderla de nuevo?

Él le soltó los brazos y la cargó contra su hombro como lo haría con un bebé. Ella dejó que su cabeza colgara contra el cuello de él, tratando de tocar cualquier parte expuesta del cuerpo de Randy. ADN, pensaba una y otra vez. Debía juntar la mayor cantidad posible de pelo, sudor y células que pudiera.

Randy la arrojó de cara sobre la nieve y el dolor casi la hizo gritar. Él se inclinó y le colocó la cabeza para que el lado que había golpeado contra el suelo quedara hacia abajo. El frío fue un bálsamo bienvenido contra el dolor feroz que irradiaba hacia su cabeza.

Wylie no supo cuánto tiempo estuvo él allí, mirándola, pero le pareció una eternidad.

Permaneció inmóvil y, por fin, Randy se alejó; sus botas pesadas crujían sobre la nieve dura. Estaba buscando a la niña. Wylie no se movió hasta que escuchó el chirrido de la puerta del granero. Sentía la cabeza como de plomo. Cuando logró ponerse de pie, miró la impronta que había dejado: una aureola ensangrentada sobre un ángel de nieve.

Avanzó en zigzag hacia el granero, manteniéndose en pie por pura fuerza de voluntad. Tenía que encontrar la forma de dominar a Randy, pero el mundo no paraba de girar. Cuando por fin tocó con la mano la tosca madera del granero, se inclinó y vomitó. Aterrada de que Randy escuchara sus arcadas, se apretó contra un lado del

granero, concentrándose en calmar su estómago y lograr que todo dejara de girar. Tenía una sola oportunidad de hacer las cosas bien.

Miró por la abertura de la puerta y recorrió el interior con la mirada, buscando señales de la niña o de Randy. La tormenta agonizaba. El viento se había calmado y los bordes de la noche comenzaban a borrarse. Pronto habría luz. ¿Debía entrar y enfrentarse a él? ¿O esperar a que saliera con la niña? No, eso era demasiado arriesgado. Si iba a actuar, tenía que ser ahora.

Agazapada, entró en el granero, cuidándose de no hacer crujir la puerta y alertar a Randy de su presencia. Desde donde estaba, no podía verlo, pero oía sus pasos pesados y su respiración agitada mientras revisaba detrás de montañas de cajas, buscando a la niña.

Wylie se escondió detrás de su coche y miró a su alrededor en busca de un arma. De un gancho contra la pared colgaban varias herramientas de aspecto letal: rastrillos, palas pesadas y horquillas para el heno. Todas tenían mangos largos y serían demasiado pesadas. En cambio, se decidió por una azada con cabeza en forma de V y bordes afilados. Lo suficientemente larga como para mantener a Randy a raya, pero no demasiado como para que Wylie no pudiera esgrimirla. Para descolgarla, tendría que salir de su escondite y Randy seguramente la vería. Tendría que ser más rápida y más inteligente que él.

Antes de que pudiera moverse, él entró en su campo de visión. Miraba hacia arriba, hacia el pajar. Wylie sintió que el alma se le caía a los pies. Si la niña estaba escondida allí, sería una presa fácil. Había una sola manera de subir y de bajar. Wylie observó, llena de impotencia, cómo Randy subía por la escalera. Rogó que los frágiles escalones de madera se partieran bajo su peso y lo hicieran caer al suelo, pero resistieron.

Wylie inspiró hondo y se lanzó hacia la pared para tomar la azada. Las herramientas tintinearon como campanillas de viento. Pensó que él bajaría en su busca, pero Randy siguió subiendo.

Dios, cómo deseaba tener su pistola.

Avanzó hacia la escalera. Por encima de su cabeza, oía el susurro de

la paja bajo los pies de Randy.

—Vamos, pichoncita, sal —dijo Randy con suavidad—. Ven con papá. Estoy aquí para ayudarte. Os llevaré a ti y a mamá a casa. Y no te vas a creer lo que te está esperando allí. Iba a ser una sorpresa, pero te lo diré: te he traído un cachorrito. ¿No quieres ir a casa a verlo?

Con la azada en una mano, Wylie apoyó el pie sobre el escalón inferior, extendió el brazo hacia el que estaba justo por encima de su cabeza y luego vaciló.

Una sola manera de subir y de bajar, se recordó. Comenzó a subir, tratando de moverse sin hacer ruido, pero sus botas raspaban los escalones gastados y su respiración agitada la delataba.

Cuando se acercaba a la cima, miró por encima del suelo del pajar, esperando ver a Randy allí, acechando. En cambio, lo vio de espaldas a ella, pateando la paja gruesa. Se movía metódicamente, como cuando se rastrilla la escena de un crimen.

Wylie trepó por el borde y se acercó a él por detrás, sujetando la azada por encima de su hombro como si fuera un bate de béisbol. Justo cuando se disponía a golpearlo, el pie de Randy topó con algo sólido. Siguió una exclamación y la niña se levantó de un salto de entre la paja.

—Aquí estás —dijo él sin abandonar su tono paternal—. Pero ¿qué te ha hecho mamá en el pelo? ¿Estabais tratando de escapar de mí? Ya sabéis que no podéis hacerlo. Es hora de ir a casa, cariño.

La niña tenía paja adherida al pelo; miró a su padre, luego a Wylie, que estaba detrás de él. Wylie se llevó un dedo a los labios y movió la mano como para indicarle que se alejara.

La niña caminó como un cangrejo hacia atrás, poniendo distancia entre su padre y ella, hasta que se chocó contra la pared frontal del granero, debajo del pico de viuda donde las puertas del pajar se abrían hacia fuera. Lo único que las mantenía cerradas era un simple pasador.

—Sé que estás detrás de mí —dijo Randy sin molestarse en mirar hacia atrás. No tenía miedo. Wylie era solo una molestia, un insecto al que ahuyentar—. No me estás facilitando las cosas, debo reconocértelo. Siempre fuiste una superviviente.

La furia que Wylie sentía enroscada en el pecho comenzó a tensarse. Deseaba destrozarle el cráneo, quería sentir la vibración del metal sobre el hueso, quería que él suplicara piedad como imaginaba habían hecho su familia y Becky, pero debía elegir el momento adecuado. Se concentró, entonces, en la niña.

—Ponte de pie —le dijo Wylie—. Quiero que bajes por la escalera. Una vez que estés abajo, ve a la casa y cierra la puerta con llave. Asegúrate de que tu madre esté bien. —La niña la miró con miedo —. No temas, yo iré en unos minutos. Te lo prometo.

La niña se puso de pie lentamente.

—Quédate dónde estás —le ordenó Randy a la pequeña, y ella se paralizó.

Él se volvió hacia Wylie.

Ella sabía que Randy esperaba que le apuntara con la azada a la cabeza, por lo que decidió apuntar más abajo.

—¡Vete ya! —gritó Wylie, y lo atacó. Con un silbido, la azada de metal cortó el aire helado e impactó la rodilla de Randy, que gritó y cayó al suelo.

Wylie sintió que la niña pasaba a su lado, pero todavía no había terminado su trabajo. Mientras él pudiera moverse, ambas corrían peligro.

—Entonces, ¿Jackson Henley era inocente desde un comienzo? — dijo tratando de distraerlo de la niña—. Todos estos años la gente lo acusó de ser un monstruo, pero eras tú. Nadie más que tú.

Randy se encogió ligeramente de hombros y se puso de pie con dificultad.

—Fue una feliz coincidencia que vosotras hubierais estado en la

finca de los Henley y cuando el perro encontró la tela con sangre de Becky… A decir verdad, fue perfecto.

—Pero tenías familia. Tenías una esposa y un hijo. ¿Dónde tenías a Becky? ¿Dónde la ocultaste durante tantos años? —Wylie negó con la cabeza—. Fue un milagro que te salieras con la tuya.

—Mi matrimonio había terminado, gracias a Dios —respondió con tono sarcástico—. Y mi hijo me odiaba. Tuve mucho tiempo para planear y preparar la casa que había pertenecido a los Richter. Monté el criadero de cerdos allí y comencé a reparar la casa y el sótano. Y mientras todos señalaban con el dedo a Jackson Henley, yo quedé libre de toda sospecha.

—Eres un enfermo —dijo Wylie con repugnancia—. Un enfermo perverso. Y ahora planeas matarnos a todas. Terminar lo que comenzaste.

Randy esbozó una sonrisa astuta.

—Solo a ti y a Henley. La policía creerá que él te mató para terminar lo que comenzó, y Jackson…, bueno, desaparecerá. Se me da muy bien eso de hacer desaparecer a las personas.

Wylie pensó en lo que podría sucederles a Becky y a su hija si ella dejaba que Randy saliera con vida de ese granero. Con un grito gutural, volvió a atacarlo. Esta vez lanzó la azada hacia adelante y la punta perforó la tela del abrigo de Randy y lo hirió en el hombro.

Él rugió de dolor y cogió el mango de la azada; por un instante, se trabaron en un forcejeo demencial, que no duró mucho. A pesar de la herida en su hombro, Randy era más corpulento y más fuerte que Wylie y no tardó en quitarle la azada de las manos.

Despojada de su única arma, Wylie sabía que tenía que salir de allí. La niña había desaparecido y con suerte habría llegado a la casa. Miró hacia la puerta del pajar. De niños, Ethan y ella habían pasado innumerables horas colgándose de la cuerda que llegaba hasta el suelo. Midió mentalmente la distancia hasta la puerta donde estaba la cuerda y en un segundo comprendió que jamás podría pasar junto a Randy. La única vía de escape era por la escalera.

Corrió hacia allí resbalando sobre la paja, pero logró bajar las piernas por el extremo. Temblando, bajó los primeros escalones y luego saltó al suelo. Aterrizó con estrépito y sintió el impacto en todos los huesos. Randy se elevaba por encima de ella en el pajar, el monstruo en sombras de su infancia, ahora de carne y hueso.

Fuera del granero, el paisaje era un páramo nevado. La invadió una desesperación helada. No había podido salvar a sus padres ni a su hermano.

Pero ahora estaban Becky y su hija. Era su oportunidad de compensar lo que no había podido hacer tantos años atrás.

—No sigas, es inútil —dijo Randy desde arriba.

Wylie se puso de pie. Le chorreaba sangre por la sien del corte en la cabeza. De pronto, tuvo una idea. El Bronco. Estaba en el extremo del granero. Echó a correr hacia el vehículo. Se apoyó contra él, buscando un arma con la vista. Al menos caería luchando, le haría derramar a Randy la mayor cantidad posible de sangre. Esperó a que él le diera la espalda para bajar por la escalera y se puso en acción. Abrió la puerta del Bronco y la cerró mientras se sentaba detrás del volante.

Metió la mano en el bolsillo de los pantalones buscando las llaves, sin dejar de mirar el descenso de Randy. cogió una linterna de la guantera y la dejó en el asiento junto a ella.

Con manos temblorosas, intentó poner la llave, pero se le cayó el llavero.

—Mierda —masculló, recorriendo el espacio entre los asientos con la mano, buscando con desesperación, hasta que sus dedos se toparon con el metal frío.

Inspiró hondo y se obligó a dejar de temblar. Metió la llave y esperó. Tenía que calcular el momento exacto. Se abrochó el cinturón de seguridad, contó hasta tres y giró la llave. Encendió las luces del coche y Randy giró la cabeza cuando oyó que el motor cobraba vida con un rugido.

Wylie puso el vehículo en marcha y pisó el acelerador. El Bronco saltó hacia adelante. El chillido de metal contra metal le llenó los oídos cuando el vehículo en movimiento rozó el tractor para cortar el césped, lo que empujó el Bronco hacia la derecha. Wylie corrigió el rumbo girando el volante hacia la izquierda.

A través del parabrisas, vio que Randy se aferraba a la escalera tratando de decidir qué hacer. Vaciló un segundo de más. Sus miradas se encontraron y Wylie vio miedo en los ojos de él.

Imaginó que sería el mismo terror que habrían sentido su madre y su padre antes de que él les disparara y los matara. El terror que habría sentido Ethan cuando Randy le apretó el cuello con las manos enguantadas, el terror que habría sentido Becky a los trece años cuando él se la robó a su familia y la sometió a lo inimaginable. Y el terror que sentiría la niña creciendo junto a un monstruo.

Wylie se aferró al volante, preparándose para el impacto. El vehículo embistió de lleno a Randy en las piernas y él gritó. Más tarde, Wylie se preguntaría si el crujido que oyó justo antes de que él cayera sobre el capó y rebotara por el techo del coche fue de la escalera o de los huesos de Randy al romperse.

Pisó el freno, pero fue demasiado tarde. Embistió de lleno la pared del granero y pasó hacia el otro lado. Oyó el estruendo de la madera partida, del metal abollado y del estallido del parabrisas cuando chocó contra una pared blanca de nieve.

Capítulo 47

Cuando Wylie le dijo a la niña que corriera, ella bajó a toda prisa por la escalera, salió del granero y corrió hasta la casa. Tas estaba sentado junto a la puerta, con frío y sin energías. Una vez dentro, la niña cerró la puerta con llave.

Con el corazón golpeándole contra el pecho, corrió a la sala, donde todavía estaba su madre con la escopeta en la mano.

—¿Mamá? —dijo.

—¿Dónde están? —preguntó su madre.

—En el granero —respondió la niña, nerviosa—. Wylie dijo que regresaría. Pero creo que él la va a matar.

—Josie —dijo su madre—. Se llamaba Josie. Era mi mejor amiga.

—¿Josie? —repitió la niña, desconcertada. Su madre la asustaba.

—Ve a esconderte, cariño —dijo su madre—. No dejaré que te haga daño. Ve a esconderte donde nadie pueda encontrarte.

—Sí, mamá —dijo la niña. En lugar de ocultarse, fue a una ventana del fondo de la casa desde donde podía ver el granero—. Date prisa, date prisa —susurró, rogándole a Wylie o "Josie" que regresara. ¿Y si su padre volvía y Wylie no? ¿Qué haría? Tendría que hacerle caso a él, pues era su padre, pero ella sabía que era un hombre malvado.

Desde el granero, la niña oyó el ruido de un motor acelerando y luego un estallido de madera; un coche atravesó la pared del granero y frenó en seco. Pedazos de madera y escombros cayeron como lluvia sobre el vehículo y de allí al suelo.

La niña volvió corriendo a la sala, se agachó y metió la mano debajo del sofá. Sus dedos recorrieron el suelo cubierto de polvo hasta que encontró lo que buscaba y se puso de pie. Wylie necesitaba su ayuda.

Capítulo 48

Tiempo presente

Wylie hizo un repaso mental de su cuerpo para comprobar si estaba herida. Le dolía el pecho por la tensión del cinturón de seguridad y sabía que al día siguiente tendría un terrible dolor de cuello, pero todo lo demás parecía estar bien. Abrió los ojos. El parabrisas parecía una telaraña. El coche había atravesado la pared del granero.

Con un gemido de dolor, se desabrochó el cinturón e intentó abrir la puerta de su lado, pero estaba bloqueada por una montaña de nieve. Se arrastró por encima de la palanca de cambios, probó con la puerta del copiloto y pudo abrirla lo suficiente como para salir. Sintió las piernas como de goma cuando bajó al suelo en la oscuridad. La única luz provenía de la luna casi llena.

La mitad posterior del vehículo seguía dentro del granero y las tablas por encima del hueco crujían y se movían. Temiendo que se desmoronara el resto de la pared, caminó cuidadosamente entre los escombros hasta alejarse a una distancia prudente. Su primer impulso fue correr a la casa a asegurarse de que Becky y la niña estuvieran bien. Pero antes de hacerlo, sabía que debía buscar a Randy y cerciorarse de que estuviera incapacitado o muerto.

Wylie volvió a entrar en el granero y caminó con dificultad por encima de los escombros. Mantuvo la mirada fija en el suelo, buscándolo. Debería haber estado cerca de allí, pero no había rastros de él, salvo marcas de sangre.

Sintió un escalofrío. No podía imaginar que alguien hubiera sobrevivido al impacto. Cogió un martillo de una pila de herramientas y siguió el rastro de sangre que zigzagueaba entre muebles viejos y maquinaria agrícola en desuso.

Contuvo el aliento al doblar cada esquina, esperando que Randy estuviera allí, listo para atacarla. En cambio, lo encontró boca abajo, tratando de arrastrarse como un soldado por el suelo; la

pierna derecha, flexionada y ensangrentada, era un peso muerto detrás de él.

—No tienes adónde escapar, Randy —le dijo repitiendo la misma advertencia que él le había hecho.

Randy giró la cabeza al oír su voz y ella contuvo una exclamación de repugnancia. El lado derecho de su cara estaba hecho jirones y tenía la nariz torcida.

Él abrió la boca para hablar, pero lo único que brotó de sus labios fue un burbujeo de sangre. Intentó arrastrarse hacia adelante; sus manos arañaban el suelo, pero no tenía fuerzas.

Wylie miró el martillo que tenía en las manos. Sería tan fácil. Un golpe y todo habría terminado. Para todos ellos. Con brazos tensos y doloridos, levantó el martillo por encima de su cabeza. La niña y Becky quedarían libres de su captor. Ella también. Quedaría libre de la sombra negra de la que había estado tratando de huir, la sombra que la había acosado durante años.

Randy respiraba superficialmente y tenía la cara contraída de dolor, pero vigilaba a Wylie con desconfianza.

—¿Cómo se llama? —preguntó Wylie—. La hija de Becky, ¿cómo se llama?

Randy la miró: sus ojos eran ranuras; la boca se le curvó en una sonrisa malévola. Wylie dio media vuelta para marcharse, pero se detuvo cuando él habló:

—Al principio ibas a ser tú —dijo con voz débil pero burlona—. Solo tú. Pero tu familia se metió en medio y Becky no corrió tan rápido como tú.

Wylie sintió deseos de vomitar. No solo le había soltado la mano a su mejor amiga en el peor momento, sino que, desde un principio, la víctima debió ser ella.

Intentó no pensar en eso. Hacía décadas que quería enfrentarse con la persona responsable de la destrucción de su familia.

—Apagaste el aire acondicionado después de dispararles. ¿Por qué? ¿Para que la policía no pudiera establecer el momento de la muerte? Pues pudieron calcularlo igual. Y trataste de hacer que todos creyeran que había sido mi hermano —dijo Wylie furiosa—. Mataste a mis padres con tu pistola y luego, cuando mi hermano se enfrentó a ti, lo mataste y cogiste su escopeta y volviste a dispararles a mis padres para desconcertar a la policía. También se dieron cuenta de eso. No fuiste tan inteligente como creías.

—Pero funcionó. Nadie relacionó el asesinato conmigo. Tuve mucho cuidado, pero te vigilaba —dijo Randy. Wylie se paralizó; esas palabras se le clavaron en su pecho como puñales—. Tiempo después, te seguí vigilando y nunca lo supiste. Pensé en raptarte también, pero tus abuelos se mudaron de la ciudad. Una pena. Habría sido divertido.

Ella le dio la espalda para que no viera la reacción que esperaba.

—Nos iremos, y la policía vendrá a por ti.

—Bueno, entonces espero morir antes de que lleguen. —Soltó una risita—. De todas maneras, ya sabemos dónde iré.

—Directo al infierno —dijo Wylie con satisfacción.

Cuando giró para marcharse, la mano de Randy salió disparada desde debajo de la paja y le sujetó un tobillo tomándola por sorpresa. Wylie perdió el equilibrio y cayó estrepitosamente al suelo; se quedó sin aire en los pulmones y sintió ecos de dolor en todo el cuerpo.

Había bajado la guardia, pensó, mientras trataba de recuperar el aliento. Intentó arrastrarse fuera de su alcance, pero Randy, con un gruñido, la tomó de la cintura del pantalón y comenzó a atraerla hacia él. Su fuerza la sorprendió. Wylie trató de defenderse, pero la mano de él era como una tenaza. No tenía adónde ir.

Randy la giró de espaldas y le inmovilizó los brazos por encima de la cabeza. Ella miró su cara deformada. ¿Por qué no estaba muerto? El coche debió haberlo matado. Se retorció bajo el peso de él.

—¡No! —gritó, una y otra vez.

Las cosas no iban a terminar de esa manera. Logró liberar una de sus manos y le arañó el lado sano de la cara. Él aulló de dolor, pero logró sujetarle la muñeca e inmovilizársela contra el suelo.

—¡No! —volvió a gritar.

—Cállate —jadeó Randy, y le metió un puñado de paja en la boca.

Ella intentó escupirla, pero los tallos secos y ásperos le llenaban las mejillas y la garganta impidiendo el paso del aire. Presa del pánico, pateó desesperadamente, pero el peso de él era demasiado para ella.

Qué fácil sería dejarse ir, simplemente morir. Podría volver a estar con su madre y su padre. Casi podía sentir la mano de su padre sobre su cabeza, escuchar la voz de su madre. “Quiero ver una sonrisa grande”. Sus abuelos también estarían allí. “Hora de volver a casa, Shu”, diría su abuelo. Su abuela, estoica como siempre, simplemente asentiría. Y Ethan. Por fin podría pedirle perdón a Ethan por no creer en él. “No hay problema, hermanita”, diría él. “Yo siempre creí en ti”.

Randy tenía las manos alrededor de su cuello y apretaba. Ya faltaba poco. Wylie vio lucecitas flotando sobre su cara, casi tan cerca como para tocarlas.

Pero estaban Becky y su hija. Una imagen de Becky a los doce años, con su melena de pelo negro ondulado y su sonrisa rápida apareció en los límites de su conciencia. La necesitaban. No podía abandonarlas otra vez.

“Un puñado de estrellas”, susurró Becky, cogiéndole la mano, y Wylie sonrió.

Capítulo 49

La niña sabía que no era lo suficientemente fuerte para pelear contra su padre y que Wylie tampoco lo era; pero con una pistola, eso no tendría importancia. Le llevaría el arma a Wylie y ella haría que su padre las dejara en paz para siempre.

Había terminado de nevar y, a la luz de su linterna, el mundo se veía mágico. Una parte de ella quería detenerse y contemplar la belleza del paisaje, pero sabía que tenía que seguir avanzando. Cuando llegó al granero, oyó ruidos de forcejeo, de brazos y piernas en lucha, y un extraño jadeo. Con excepción del estrecho haz de luz de su linterna, el granero estaba a oscuras. "No le tengo miedo a la oscuridad", se recordó. Con manos temblorosas, avanzó en dirección a los jadeos y respiraciones agitadas y vio a su padre. Tenía la cara cubierta de sangre, pero debajo la niña vio la ira que tanto conocía. Estaba encima de Wylie, con las manos alrededor de su cuello.

La iba a matar. Él siempre amenazaba con matarlas, aunque lo decía tan a menudo que la niña había dejado de creerle. Pero allí estaba, apretando el cuello de Wylie con tanta fuerza que su cara se estaba poniendo morada.

—Suéltala, papi —le dijo con voz débil y tímida. Él ni siquiera reaccionó a su presencia—. Lo digo en serio —dijo, esta vez en voz más alta y firme.

Eso hizo que su padre se volviera hacia ella, pero, en lugar de asustarse, se rio. Ella sintió que una oleada de humillación le inundaba el cuerpo. Él nunca la escuchaba. Nunca. Corrió hacia adelante hasta quedar justo detrás de él.

—Hablo en serio, suéltala —repitió la niña levantando el arma que se le había caído del bolsillo a Wylie y que ella había encontrado debajo del sofá.

Él movió el brazo hacia atrás y le pegó en la cara, haciendo volar la pistola y la linterna al suelo. Wylie aprovechó que le había quitado una mano del cuello para defenderse. Se retorció hasta salirse de debajo de

él y cerró los dedos alrededor de lo primero que encontró: el martillo.

Intentando respirar, Wylie logró ponerse de rodillas. Luego tomó todo el impulso posible con el brazo y golpeó a Randy en el hombro con el extremo curvo del martillo. Él maldijo y se lanzó sobre ella. Otra vez, la derribó y apretó las manos alrededor de su cuello.

—Papi —dijo la niña desde donde estaba. Había recuperado la linterna y le apuntaba la luz directamente a los ojos, lo que lo obligó a levantar una mano para protegerse del resplandor.

—No te metas —dijo él—. Quédate allí atrás y cállate.

Wylie había dejado de moverse. Había dejado de luchar.

La niña bajó la linterna para iluminar el suelo y vio la pistola. Su padre parpadeó rápidamente y cogió el martillo que estaba entre los dedos inertes de Wylie.

—Cierra los ojos, pichoncita —dijo—. Es mejor que no veas esto.

Se incorporó y, cuando se disponía a atestar el golpe con el martillo, sintió el caño frío de la pistola contra la nuca.

La niña cerró los ojos y apretó el gatillo.

Capítulo 50

Tiempo presente

Tambaleándose y cogidas de la mano, Wylie y la niña cruzaron la distancia hasta la casa. El corte en la sien le latía, se sentía mareada, con náuseas y era muy probable que hubiera sufrido conmoción cerebral. La niña no dejaba de mirar hacia atrás, temiendo ver a su padre.

—No te preocupes —dijo Wylie, apretándole la mano—. No va a venir.

Entraron por la puerta principal y encontraron a Becky sentada allí, apuntándoles con la escopeta.

—¡Becky! —gritó Wylie, alarmada—. Ya está, todo ha terminado.

—Me dijo que tenía amigos por todas partes y que, si intentábamos escapar, ellos nos llevarían de nuevo con él —repuso Becky con voz temblorosa.

A Wylie le llevó un momento comprender lo que Becky estaba diciendo.

—Randy te mintió —dijo—. Te decía esas cosas para atemorizarte. Te raptó él por su cuenta. Nadie lo ayudó. Randy era el monstruo. El único monstruo. Y ahora está muerto.

Becky aflojó los dedos alrededor de la escopeta.

—¿Está muerto? —preguntó casi sin aire.

—Sí —respondió Wylie. No mencionó que su hija había apretado el gatillo. Ya habría tiempo para todo eso—. Nunca más volverá a haceros daño. Te lo prometo.

Despacio, Becky hizo a un lado la escopeta y se echó a llorar. La niña fue hacia ella.

—Ya está, mamá —susurró—. Ya está.

Wylie abrió las persianas para poder ver mejor. El sol comenzaba a salir.

—Tenemos que irnos —dijo—. Necesitamos llevarte al hospital. No hay más leña y quién sabe si volverá la tormenta.

—¿Irnos? ¿Cómo? —preguntó Becky entre lágrimas.

—En la camioneta de Randy. Tengo sus llaves —respondió Wylie, y las sacó del bolsillo. Seguramente tenga cadenas.

—De acuerdo —dijo Becky con voz débil—. ¿Y el hombre que está en el cobertizo?

Jackson Henley. Cómo se había equivocado Wylie con él; cómo se habían equivocado todos con él. Ese pobre hombre había sido acusado de los crímenes más atroces y era inocente. No había ido a la cárcel, pero había sido juzgado y condenado por la comunidad. Jackson también era una víctima.

—Abrí el cobertizo y lo dejé salir —dijo Wylie—. Intenté explicárselo, pero no tienes que preocuparte ahora por él. Está bien. Podrás irte a tu casa, ver a tu madre y tu padre, a tus hermanos.

—No lo puedo creerlo —dijo Becky mientras se sentaba cuidadosamente en el sofá—. No me parece real.

Wylie llevó a la niña a la cocina.

—¿Estás bien? —le preguntó mirándole atentamente la ropa, las manos, la cara; todo estaba salpicado con la sangre de su padre.

La niña asintió con ojos inexpresivos. Wylie temió que estuviera entrando en estado de shock.

—Todo va a ir bien —le aseguró guiándola hacia el fregadero, donde le lavó las manos ensangrentadas con agua de una botella—. Todas estamos a salvo. Nos iremos de aquí y él nunca volverá a hacerte daño.

A la niña le temblaba la barbilla.

—Cogí la pistola. Vi cuando te cayó del bolsillo. Sé que no tenía que tocarla, pero, como no volvías, me asusté. Entonces, vi que el coche atravesaba la pared del granero. Pensé que habías muerto —dijo, llorando—. No sabía qué hacer. Fui a buscarte.

—Hiciste muy bien —dijo Wylie limpiándole suavemente la cara con un paño húmedo.

La niña le dedicó una sonrisita que desapareció de inmediato.

—Le disparé a mi papá. —Se le quebró la voz—. Lo siento.

—Tuviste que hacerlo. —Wylie trató de tranquilizarla—. Me salvaste la vida. Le salvaste la vida a tu madre. Gracias. —Abrió los brazos. Tras vacilar unos segundos, la niña fue hacia ella y Wylie la abrazó. Permanecieron así durante un largo rato; las lágrimas de la niña humedecían el abrigo de Wylie. Para ella no había lágrimas. Todavía no. Las guardaría para más adelante.

Wylie cogió abrigos y gorros y los llevó a la sala.

Vistió a Becky y a la niña con varias capas de ropa para que estuvieran abrigadas durante el viaje. Becky parecía estar en trance. Estado de shock, seguramente. Wylie cubrió las manos de la niña con calcetines de lana, le caló un gorro hasta las orejas y le envolvió una bufanda alrededor del cuello dejándole solamente los ojos a la vista.

—¿Confías en mí? —le preguntó. La niña asintió. Juntas, ayudaron a Becky a llegar a la puerta. Tas les pisaba los talones—. ¿Estás lista?

—Sí —respondió la niña, y su voz sonó lejana debajo de la ropa. Del otro lado de la puerta, el viento se había calmado y el paisaje nevado resplandecía como diamantes.

—Wylie —dijo la niña tímidamente—. Mi nombre es Josie. —Y salieron al frágil sol matinal.

15 MESES DESPUÉS

Las bibliotecas de cualquier estado o ciudad que visitaba tenían siempre el mismo aroma reconfortante, y la Biblioteca Pública de Spirit Lake, en Iowa, no era diferente. Los libros, el papel, el pegamento y la tinta, en distintas etapas del proceso de desintegración tenían un olor a antiguo, como a vainilla, que la tranquilizaba.

Wylie miró hacia el púbico; unas cincuenta personas esperaban ansiosamente que ella leyera. Un año después de haber terminado las últimas correcciones, el libro había salido al mundo y ella estaba de gira por los Estados Unidos para presentarlo, acercándose centímetro a centímetro a Burden. Al día siguiente saldría de Spirit Lake y conduciría los sesenta kilómetros hasta la pequeña biblioteca de su pueblo natal. La idea la ponía nerviosa. No había vuelto en un año.

Tras la huida de Becky y Josie en medio de la tormenta de nieve y los sucesos en la granja que terminaron con la muerte de Randy Cutter, las tres se encontraron en el punto de mira, al igual que el pequeño pueblo de Iowa. Después de hablar con las autoridades y cerciorarse de que Becky y Josie estuvieran a salvo y se hubieran encontrado con su familia, Wylie volvió a su casa. A Oregón y a su hijo. Tenía mucho que recuperar y había pasado cada minuto del año transcurrido haciendo precisamente eso.

Hablar delante de grupos de personas, grandes o pequeños, seguía resultándole difícil, pero las bibliotecas y las librerías hacían todo lo posible para que se sintiera cómoda, como en su casa, y la biblioteca en la que se encontraba no era una excepción. Todas las sillas plegables estaban ocupadas y había gente de pie contra la pared del fondo.

Mientras la directora de la biblioteca la presentaba, Wylie recorrió el público con la mirada buscando a Seth, que había aceptado a regañadientes acompañarla en la gira. Con quince años, Seth ya tenía un trabajo de verano y un novio.

Wylie comprendía su reticencia.

—Quiero mostrarte dónde me crie —le dijo—. Quiero que veas dónde sucedió mi historia. Por qué soy como soy.

Él se había quedado en silencio.

—De acuerdo —había dicho por fin—. Pero ¿podemos, por favor, ir a ver a los Dodgers cuando jueguen en Boston?

Wylie se rio. Era tan fanática del béisbol como él.

—Trato hecho —prometió.

Y allí estaba ahora su hijo, sentado en la última fila, con la cabeza gacha, mirando su móvil. Levantó la mirada, vio que Wylie lo miraba y le dedicó su sonrisa radiante. Habían avanzado mucho desde el año anterior.

Cuando la directora de la biblioteca terminó con la presentación, la sala estalló en un aplauso cortés y Wylie se acercó al atril.

—Buenas tardes —comenzó—. Para mí es una gran alegría estar otra vez en Iowa, mi estado natal, hablando con ustedes esta noche. Como escritora de crímenes reales, acostumbro a escribir sobre la vida de otras personas. Escribo sobre gente común y corriente a la que le suceden cosas inimaginables. Escribo sobre el impacto que tiene eso sobre las familias, las comunidades, los que siguen viviendo. También escribo sobre los criminales, trato de investigar sus antecedentes, cómo fueron criados, cómo funciona su mente, para intentar comprender por qué cometen esos actos terribles. Pero este fue un proyecto muy diferente para mí, pues se trataba de algo personal.

Esa era la parte en la que Wylie leía del libro. Siempre elegía las primeras páginas.

Al principio, Josie Doyle, de doce años, y su mejor amiga, Becky Allen, corrieron hacia las explosiones. Lo lógico habría sido volver a la casa, donde se encontraban su madre, su padre y Ethan. Estarían a salvo allí. Pero, para cuando Josie y Becky descubrieron su error, ya era demasiado tarde.

Dándoles la espalda a los ruidos, cogidas de la mano, atravesaron corriendo el corral oscuro hacia el maizal: ese bosque alto y desgarbado de tallos era el único sitio donde estarían a salvo.

Josie estaba segura de haber escuchado pasos detrás de ellas y se volvió para ver qué era lo que las perseguía. Nada, no había nadie, solo la casa bañada por las sombras de la noche.

—¡Date prisa! —jadeó Josie tirando de la mano a Becky obligándola a seguir.

Corrieron con la respiración entrecortada. Casi habían llegado. Becky se tropezó. Gritó y su mano se soltó de la de Josie. Sus piernas se doblaron y cayó de rodillas.

Al llegar a esa parte, a Wylie se le quebraba la voz cada vez que la leía. Era lo que más le dolía: no haber podido llevar a Becky hasta la seguridad del maizal.

Levantó la mirada. Dos mujeres y una niña entraron en la sala. Wylie reconoció de inmediato a Margo Allen, la madre de Becky. No había visto a Margo desde que Becky se había encontrado con ella en el hospital.

Cuando Margo había llegado a la sala del hospital donde Becky, Josie y Wylie estaban recibiendo atención médica, al principio se negó a creer que esa mujer demacrada, con la cara herida e hinchada, fuese su hija.

Wylie se había sentido como una intrusa. Margo, una vez que procesó el impacto de haber recuperado a su hija y de haber descubierto que tenía una nieta, había tratado a Wylie con cierta frialdad. Wylie sentía que la mujer nunca había llegado a perdonarla. Becky había sido raptada en su casa, estando al cuidado de sus padres, y Wylie había salido viva mientras que su hija no.

Y allí, junto a Margo, estaban Becky y Josie. Wylie no pudo continuar. No había esperado que fueran. No estaba preparada para leer esas palabras delante de Becky. No le parecía bien hacerlo.

Becky le sonrió para darle ánimos; Wylie se tragó las lágrimas y

siguió leyendo:

—¡Levántate, levántate! —le rogó Josie tirando de su brazo—. ¡Por favor!

Se atrevió a mirar hacia atrás una vez más. Un fragmento de luz de luna dejaba entrever una forma que salía del granero. Vio con espanto cómo la figura levantaba los brazos para apuntar. Soltó el brazo de Becky, se volvió y corrió. Solo un poco más… ya casi había llegado.

Josie entró en el maizal justo cuando sonó otro disparo. Un dolor agudo le atravesó el brazo y la dejó sin aliento. No se detuvo, no aminoró su marcha; aunque la sangre caliente chorreaba sobre la tierra compacta, siguió corriendo.

Wylie bajó el libro y miró al público que la seguía con suma atención. La mayoría de los que estaban allí ya sabían que Wylie era Josie Doyle y que Becky y su hija habían sobrevivido milagrosamente a años de cautiverio en un sótano, pero la historia les resultaba igualmente impactante.

Margo Allen se secaba los ojos con un pañuelo de papel, Josie revolvía el bolso de su abuela y Becky miraba el suelo.

Muchas manos se levantaron y Wylie comenzó a responder preguntas del público. “¿Cuándo decidió convertirse en escritora? ¿Por qué eligió el género de crímenes reales? ¿Por qué decidió escribir su propia historia? ¿Cómo se siente Becky Allen respecto del libro? ¿Sigue en contacto con Becky y su hija?”.

—Becky Allen y su hija —dijo Wylie— son las personas más valientes y más fuertes que he conocido en mi vida. Espero que el mundo respete su intimidad.

—Pero usted escribió un libro sobre su tragedia. ¿Cómo se siente Becky al respecto? —preguntó una mujer del público.

Antes de que el libro fuera a impresión, Wylie le había ofrecido a Becky enviarle el manuscrito para que pudiera leerlo y darle su opinión. Wylie le aseguró que el libro no se publicaría sin su

consentimiento.

—No necesito leerlo —le había dicho Becky—. Confío en ti.

Wylie miró hacia el fondo de la sala buscando la confirmación final; Becky esbozó una sonrisa triste y asintió.

—Becky dio su consentimiento —le dijo al público—. Yo no habría terminado el libro, no lo habría publicado sin su aprobación. Fue nuestra tragedia, la de ella y la mía. Durante todos estos años compartimos la pesadilla de manera diferente y en sitios diferentes, pero ambas la sufrimos. —Wylie luchaba contra las lágrimas—. Y logramos llegar al otro lado. Me siento muy agradecida por tener a mi amiga otra vez.

La sala se llenó de aplausos.

Una hora más tarde, cuando hubo firmado el último ejemplar y se hubo tomado la última foto, Wylie le dio las gracias a la directora de la biblioteca y Seth y ella se dirigieron a la salida, donde esperaban Becky, Josie y Margo.

—¡No puedo creer que hayáis venido hasta aquí! —exclamó Wylie.

—No estaba lejos y queríamos darte una sorpresa —dijo Becky con una sonrisa.

Parecía completamente diferente de la última vez que ella la había visto. La hinchazón y las magulladuras de la cara habían desaparecido, dejándoles el lugar a las facciones que Wylie más recordaba de su amiga. Sus hoyuelos y su sonrisa luminosa. Pero las cicatrices seguían allí, algunas visibles, otras no tanto.

—Hola, Wylie —dijo Josie, tímidamente.

Ella también había cambiado. Le había crecido el pelo y ya le llegaba por los hombros, en una melena de rizos negros. Había crecido varios centímetros y su cuerpecito demacrado se había rellenado ligeramente.

—¡Mírate! —dijo Wylie y la abrazó con fuerza—. Has crecido una barbaridad. Y tú —agregó, tomando a Becky de la mano—, estás

fabulosa.

Becky y Josie tenían mucho mejor aspecto, sí, pero había una desconfianza en sus ojos, una expresión de angustia que hacía que Wylie sintiera deseos de llorar. Pero en lugar de hacerlo, buscó a Seth.

—Este es mi hijo. Ven aquí, Seth.

—Hola, Seth —dijo Becky—. Me alegra mucho conocerte por fin.

—A mí también —asintió él.

Becky comenzó a hacerle preguntas sobre sus planes para el verano y Margo llevó aparte a Wylie.

—Becky y Josie me contaron todo lo que hiciste para ayudarlas —dijo, y le apretó la mano—. Sé que no fui amable contigo…

—No pasa nada —dijo Wylie con un movimiento de cabeza—. Lo entiendo, de verdad. Y por más que Becky y Josie digan que las ayudé, ellas también me salvaron a mí.

Los ojos de Margo brillaban de lágrimas.

—Gracias. Gracias por devolvérmelas.

Wylie no sabía qué más decir y sintió alivio cuando el momento se interrumpió.

—¿Alguien tiene hambre? —preguntó Becky—. Hay un bar con parrilla a la vuelta de la esquina. ¿Tienes tiempo de comer algo? —le preguntó a Wylie.

Ella miró a Seth, que asintió.

—Me muero de hambre —dijo él.

El grupo comenzó a caminar y Becky se retrasó un poco, observando cómo Seth entretenía a Josie y a Margo con anécdotas divertidas sobre la gira con su madre.

—Tenemos unos hijos maravillosos —dijo Becky.

Levantó la cara hacia el sol del atardecer, sintiendo la tibieza en su piel. Wylie hizo lo mismo. Desde la tormenta de nieve, había intentado no dar por sentado ningún momento, por pequeño o corriente que fuera.

—Es verdad —asintió Wylie, y vaciló antes de hacerle la pregunta que había tenido en la cabeza durante mucho tiempo—. ¿De verdad tienes planeado quedarte en Burden? ¿No te resulta difícil? Yo no veía la hora de huir de allí.

Becky negó con la cabeza.

—Tengo a mi madre. Y a mi padre. Y mi hermana y mi hermano están cerca de allí. No puedo irme. Acabo de volver.

Wylie intentó comprenderla.

—¿No te preocupa que Josie se críe en un sitio donde todos saben lo que sucedió? ¿No tiene pesadillas? ¿No las tienes tú también? Sé que Randy Cutter está muerto, pero Josie y tú podríais venir a vivir con nosotros a Oregón.

Cuanto más lo decía en voz alta, mejor le parecía la idea. Ya no quedaba nada en Burden para Becky y Josie solo malos recuerdos.

—Podrías conseguir un empleo cuando te sientas preparada —continuó—, y hay una escuela primaria muy buena para Josie cerca de mi casa. Tu familia podría venir a visitarte cuando quisiera. Creo que lo entenderían. ¿Cómo no van a entenderlo?

Becky se detuvo.

—Es difícil estar en Burden, pero creo que sería igualmente difícil en cualquier sitio. Ambas tenemos pesadillas. Más que pesadillas —se corrigió—. Sueño que estamos otra vez allí, en aquel sótano. Te aseguro que siento el hormigón debajo de mis pies, puedo olerlo a él. Y Josie, pues… Ambas estamos yendo a una terapeuta. Ayuda un poco. —Al ver que Wylie no parecía convencida, Becky inspiró hondo y prosiguió—: Perdiste a tus padres y a tu hermano en la casa de tu infancia. Sé lo difícil que fue para ti volver a la casa y

trabajar sobre el libro, pero, si no hubieras estado allí, Josie habría muerto y yo también. O tal vez Randy nos habría encontrado y nos habría llevado de regreso a casa.

—¡Esa no era tu casa! —la interrumpió Wylie, furiosa—. Era una cárcel.

—Sí —accedió Becky—. Era una cárcel. Pero tenía a Josie conmigo. Y gracias a ti, he tenido la suerte de volver a mi verdadero hogar. A la casa donde crecí. El sitio donde me sentí segura y amada cada día de mi vida. Duermo en mi antigua habitación, en mi antigua cama, y mi madre está a unos metros por el pasillo.

—Pero… —objetó Wylie.

—Y eso es lo único que he deseado desde la noche en que Randy Cutter me capturó —prosiguió—: volver a mi casa. Y ahora estoy ahí, con mi hijita. Sé que las cosas no van a ser perfectas, que tengo un largo camino por delante y que el de Josie probablemente sea todavía más largo. Pero estamos en casa y eso es suficiente por ahora. —Becky le cogió la mano—. Piénsalo. ¿Cuál es el sitio más seguro que conoces?

Wylie quería decir que no tenía un verdadero hogar. Era una de las tantas cosas que Randy Cutter le había robado. Seguía mirando todo el tiempo por encima del hombro. No tenía ningún sitio donde se sintiera segura.

Miró hacia delante, donde Seth, Josie y Margo las estaban esperando en la esquina. Seth la saludó con la mano.

Y, de pronto, lo comprendió. Su hijo. No importaba dónde fuera, no importaba cuántos kilómetros los separaran, él era su verdadero norte. Él era su hogar.

Wylie sonrió, le devolvió el saludo y miró a Becky:

—Todo va a terminar bien, ¿no? —preguntó.

Se quedaron allí, contemplando por un instante a Seth, Josie y Margo que reían y las llamaban:

—¡Daos prisa!

—Creo que sí —respondió Becky—. Pero, mira, sé que sigues culpándote por lo que me sucedió. Vi tu reacción cuando leías esa parte del libro.

Wylie negó con la cabeza. Ya no quería hablar de eso.

—No, espera —dijo Becky, y se plantó delante de ella para que tuviera que mirarla a los ojos—. Hay veces en las que es bueno soltar. Hay veces en que es lo único que queda por hacer.

Wylie se mordió la parte interna de las mejillas, tratando de no llorar, pero las lágrimas brotaron igual.

—No fue culpa tuya —dijo Becky—. Fue culpa de Randy Cutter y de nadie más que de él. Déjalo ir —le suplicó—. Yo nunca te culpé, ni una sola vez, así que, por favor, deja de culparte a ti misma.

Becky cogió la mano de Wylie entre las suyas.

—Hermanas para siempre, ¿verdad?

—Hermanas para siempre —susurró Wylie.

AGRADECIMIENTOS

Aunque escribí y reescribí esta novela en la pandemia, en ningún momento me sentí sola durante ese tiempo y hay muchas personas a las que quiero darles las gracias por eso.

Gracias a Marianne Merola, mi querida agente, que sigue siendo una gran fuente de sabiduría, amistad y apoyo en mi carrera. Gracias a todo el equipo de Brandt & Hochman Literary Agents Inc., por el trabajo que hacen por mí.

Muchas gracias a mi editora y compañera de resolver rompecabezas de trama favorita, Erika Imranyi; adoro nuestras conversaciones telefónicas en las que hablamos de los puntos difíciles de la trama, es siempre una aventura. Emer Flounders, gurú máximo de las relaciones públicas, trabaja incansablemente para correr la voz sobre mis libros y le estoy muy agradecida. Gracias a toda la gente de Park Row, Harper Collins y Harlequin, incluidos los equipos increíblemente talentosos de marketing, ventas, arte y producción, que me apoyan a mí y a mis libros de tantas maneras que no las puedo contar.

Algunos primeros lectores me dieron valiosísimas opiniones sobre *Huésped de una noche*, como Jane Augspurger, Molly Lugar, Amy Feld y Lenora Vinckier. Muchas gracias.

También un agradecimiento enorme para Mark Dalsing, la doctora Emily Gudenkauf y John Conway por sus conocimientos. Siempre puedo contar con ellos cuando necesito que me guíen por los caminos de la fuerza pública, la medicina y la vida en el campo.

Mi amorosa familia sigue siendo mi grupo más fiel de seguidores. Toda mi gratitud para mis padres, Milton y Patricia Schmida, y a mis hermanos y hermanas. Y, como siempre, gracias a Scott, Alex, Annie y RJ, y Gracie: os quiero y no podría hacer esto sin vosotros.

Si te ha gustado esta novela...

Seguramente has disfrutado cada minuto de *Huésped de una noche*, hasta las últimas páginas, que te mantienen en vilo mientras los acontecimientos se van precipitando uno tras otro.

Es por eso, para que vuelvas a sentir esa emoción y asombro sin pausa, que queremos que conozcas a Jennifer Hillier, una autora de magnífico talento para el thriller, que en su libro *Cosas que hacemos a oscuras* supera cualquier expectativa de los amantes del género.

Aquí tenemos a una heroína, Paris Peralta, que también se ve enfrentada a secretos imposibles de olvidar y que vuelven a acosarla una noche terrible, en la que el mundo parece venirse encima de ella, porque la arrestan por el asesinato de su esposo. ¿Cómo saber lo que realmente ocurrió, sin dejar al descubierto lo que ella más quería esconder, lo que había logrado borrar sin huella para siempre?

No vas a parar hasta resolver este fantástico rompecabezas, que además plantea hasta qué punto una persona puede reinventarse y liberarse de los estigmas y el dolor de un pasado atroz.

El equipo editorial.

Escanear el código QR
para ver más información de

Cosas que hacemos a oscuras

Heather Gudenkauf es la autora de ocho novelas *best sellers* del *New York Times* y el *USA Today*, y ha sido nominada al premio Edgar. Su primera novela, *El peso del silencio*, fue un éxito instantáneo y aclamada por la crítica en más de 20 países. Al haber nacido con una pérdida auditiva unilateral profunda, Heather solía usar los libros como un refugio, se metía en una caja con una almohada, una manta y una linterna, cerraba la tapa y escapaba del mundo que la rodeaba. Se convirtió en una lectora voraz y esa fue la semilla de su destino como escritora. Actualmente vive con su familia en Iowa, lugar donde transcurren muchas de sus novelas.

Su sitio web es: heathergudenkauf.com

MOTUS

Nos gusta la adrenalina y la tensión que vivimos al leer un thriller. Ese hilito de sangre, ese tictac que hará detonar lo imposible, no saber quién es el culpable y también intentar deducir el final.

Nos intriga saber que la muerte pudo ser solo una coartada, la vuelta de tuerca, el reto que nos ponen al contarnos cada historia.

En el cine, la ansiedad nos lleva al borde de la butaca, y con los libros nos hundimos en el sofá, sudamos en la cama, devoramos cada párrafo a la velocidad de nuestras emociones.

Sentir que falta el aliento cuando la trama nos recuerda que la vida es un suspiro le da sentido a varios de nuestros días.

Nuestro compromiso es poner ante tus ojos solo autores que te provoquen todo eso que los buenos thrillers y novelas negras tienen.

Queremos que te sumes a esta comunidad a la que guía una gran sed de buen entretenimiento. Porque lo tendrás en cada uno de nuestros libros.

¡Te damos la bienvenida!

Únete al grupo escaneando el código QR:

MotusThriller

www.motus-thriller.com